Memoria a 40 años



Pedro Milos
Editor

Pedro Felipe Ramírez
Raúl Vergara
Eduardo Rojas
Gonzalo D. Martner
Joan Garcés
Julio Pinto
Shlomit Baytelman
Jorge Coulon
Osvaldo Puccio
Sofía Prats
Luis Maira
Aníbal Palma
Jorge Arrate
Jaime Insunza
Ignacio Balbontín



EDICIONES
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

MEMORIA A 40 AÑOS

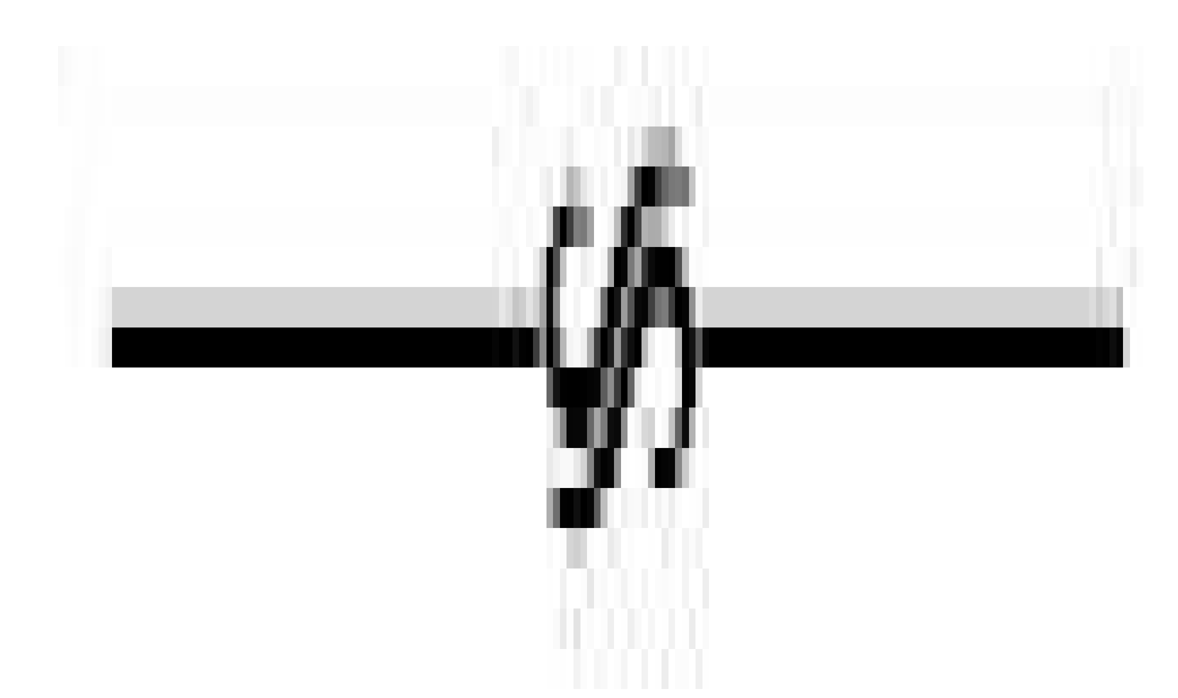


PEDRO MILOS
EDITOR

PEDRO FELIPE RAMÍREZ
RAÚL VERGARA
EDUARDO ROJAS
GONZALO D. MARTNER
JOAN GARCÉS
JULIO PINTO
SHLOMIT BAYTELMAN
JORGE COULON
OSVALDO PUCCIO
SOFÍA PRATS
LUIS MAIRA
ANÍBAL PALMA
JORGE ARRATE
JAIME INSUNZA
IGNACIO BALBONTÍN



MEMORIA A 40 AÑOS



CHILE 1973

LOS MESES PREVIOS AL GOLPE DE ESTADO

Memoria a 40 años

Chile 1973

Los meses previos al golpe de Estado

Pedro Milos

Editor

Ediciones Universidad Alberto Hurtado

Alameda 1869– Santiago de Chile

mgarciam@uahurtado.cl– 56-02-28897726

www.uahurtado.cl

Impreso en Santiago de Chile

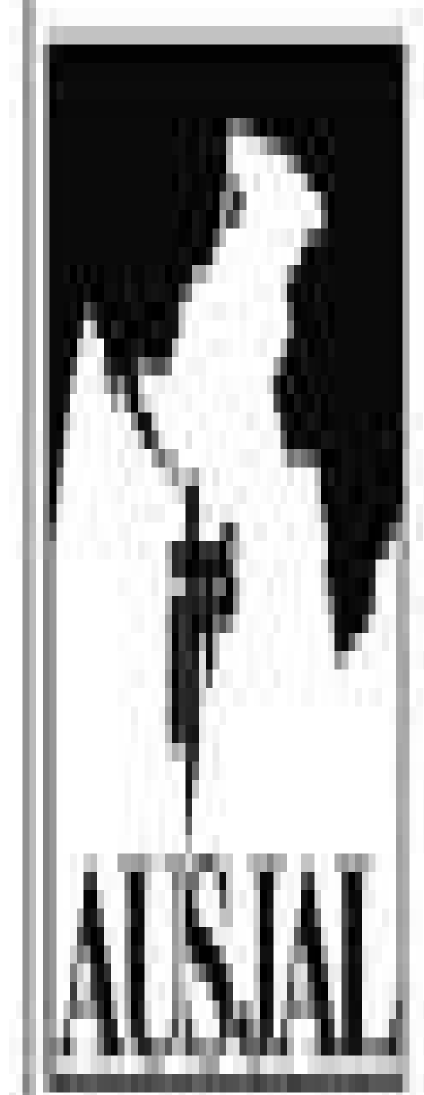
Octubre de 2013

ISBN libro digital: 978-956-9320-53-8

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com



MIEMBRO DE LA

RED DE EDITORIALES UNIVERSITARIAS DE AUSJAL

www.ausjal.org

MEMORIA A 40 AÑOS

CHILE 1973

LOS MESES PREVIOS AL GOLPE DE ESTADO

Pedro Milos

Editor

Autores

Pedro Felipe Ramírez

Raúl Vergara

Eduardo Rojas

Gonzalo D. Martner

Joan Garcés

Julio Pinto

Shlomit Baytelman

Jorge Coulon

Osvaldo Puccio

Sofía Prats

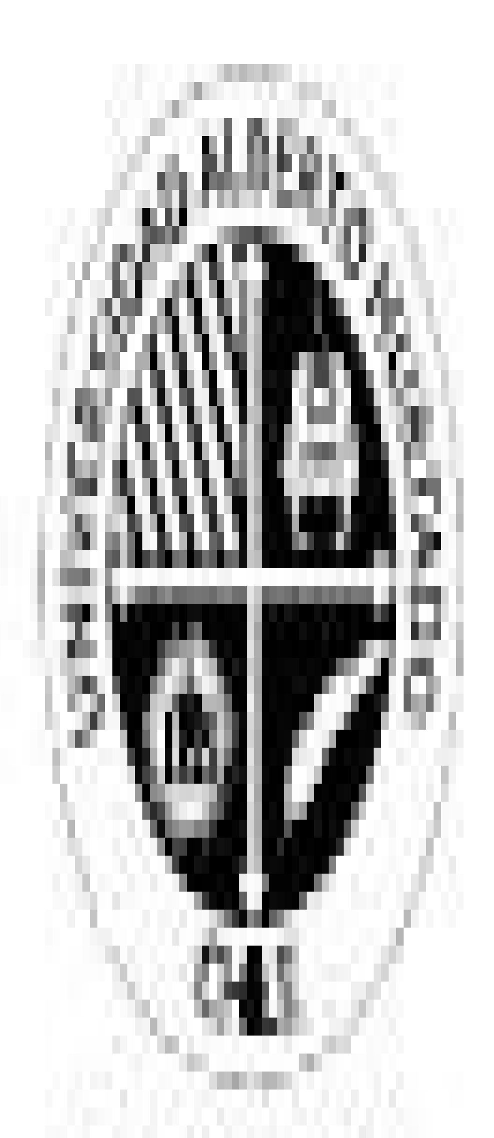
Luis Maira

Aníbal Palma

Jorge Arrate

Jaime Insunza

Ignacio Balbontín

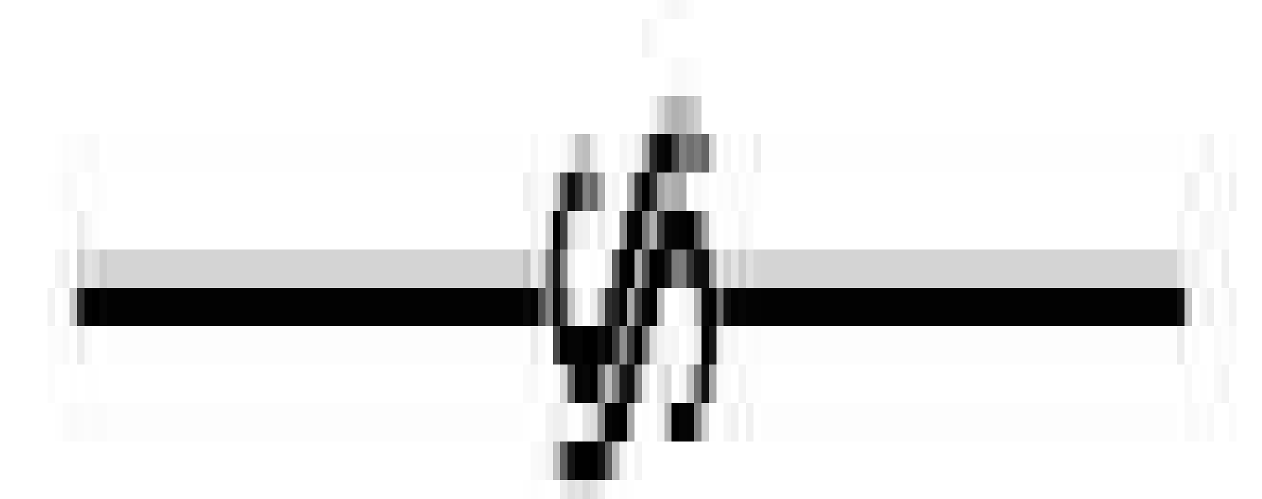


EDICIONES
UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

ÍNDICE

agosto de 1973

PRESENTACIÓN



MEMORIA A 40 AÑOS es un proyecto que se inició en 2010 con el Seminario Chile 1970, realizado con ocasión de los cuarenta años de la elección del Presidente Allende. De ahí en adelante, año a año, se fue siguiendo el desarrollo histórico de la experiencia de la Unidad Popular hasta su término en septiembre 1973. Esta ‘saga’ finalizó este año 2013 con el Seminario Chile 1973 y en total convocó a alrededor de sesenta personas, la mayoría de ellas actores o testigos directos de esos años, más algunos académicos. Los registros transcritos de esta rememoración colectiva dan lugar a cuatro volúmenes que hoy ven la luz pública, buscando constituirse tanto en testimonios de una memoria como en fuentes posibles para una nueva historia de este periodo. Este volumen es uno de ellos.

MEMORIA A 40 AÑOS responde a una hipótesis respecto del recuerdo que existe sobre este convulsionado período y sobre la relación entre memoria e historia. Tenemos la impresión de que, en general, cuando se menciona a la Unidad Popular o se habla de Salvador Allende, nuestra memoria colectiva activa distintos focos aglutinadores de recuerdos. Al menos cuatro. En primer lugar, se activa el recuerdo del proceso de esos tres años que corresponden al Gobierno de la Unidad Popular, haciendo de ellos un todo sin distinciones. Un segundo foco —tal vez el más recurrente— se relaciona específicamente con el golpe de Estado de 1973, asociando el recuerdo de la Unidad Popular y de Salvador Allende a ese acontecimiento, con la enorme carga emotiva y política que tiene para nuestro país. En tercer lugar, ese recuerdo se asocia a la vivencia de la dictadura, ya que buena parte de la experiencia autoritaria se vincula con lo sucedido en nuestro país a partir de 1970. Por último, una cuarta evocación está relacionada con el discurso y la vivencia democrática de los últimos veinte años, uno de cuyos pilares fue ‘recuperar’ la democracia que se había extinguido el año 1973.

En cualquiera de los cuatro casos mencionados, la memoria se muestra reticente a recordar de manera pormenorizada o ‘reconstructivamente’ aquello que, en términos más estrictamente históricos, representaron la Unidad Popular y la figura de Salvador Allende. Y es comprensible y saludable que así sea porque no

está en la naturaleza de la memoria ese tipo de reconstrucción ‘racional’ o pretendidamente objetiva. En efecto, la memoria entendida como práctica social a través de la cual los sujetos, individual o colectivamente, construyen sentidos respecto del pasado, opera de manera distinta a la historia. No es raro, entonces, que la memoria evoque distintos sentidos o construya significados diferentes para un mismo proceso. Sin embargo, en este caso, al hacerlo —y del modo como lo hemos caracterizado— creemos que como sociedad estamos retrasando una comprensión más ‘empática’ o comprensiva de este período tan gravitante en nuestras vidas personales como también en su dimensión colectiva.

MEMORIA A 40 AÑOS ha querido aportar, entonces, una práctica conmemorativa diferente. Busca potenciar la relación entre memoria e historia, por la vía de la interpelación de la memoria desde interrogantes propias de la historiografía: proponiendo un andamiaje temático y un marco temporal que ayuden a situar los recuerdos de un modo más cercano a los acontecimientos y a las fases del proceso. De allí el corte, por cierto arbitrario, entre cada año, progresivamente, y la identificación de temas que para cada uno de esos años se supone significativos.

Un intento por reconstituir el ritmo y la cadencia del proceso, del modo lo más cercano posible a cómo lo vivieron los actores, o sea intentando no considerar el futuro de los hechos ni las consecuencias de sus propias acciones. Así, quienes fueron invitados a participar de este proyecto debieron realizar un ejercicio especial y, en cierto modo, artificial: recordar su experiencia en un año específico, sin olvidar que, en ese momento, no sabían lo que vendría después.

MEMORIA A 40 AÑOS, sin embargo, reconoce y asume otro sesgo: es una iniciativa que no ha buscado representatividad o ecuanimidad alguna en el sentido de convocar a partidarios y/o detractores de la Unidad Popular. Por el contrario, creemos haber invitado a actores que, de distintos modos y en distintas circunstancias, estuvieron comprometidos con el proceso que se buscaba rememorar. La mayoría de ellos con responsabilidades políticas, técnicas o sociales en esos años, próximas al Gobierno o bien con posiciones relativamente

afines o cercanas. Con una sola excepción: en cada una de las mesas en que se discutió el contexto político, se invitó a un dirigente o militante democratacristiano activo en la época. En el caso de los académicos o analistas, en cambio, se invitó a quienes hubiesen realizado trabajos sobre los temas en discusión. Las razones de estas opciones son múltiples; tal vez la principal de ellas sea la dificultad de crear condiciones para un diálogo efectivo entre memorias tan disímiles y polémicas. Este es solo un primer paso.

MEMORIA A 40 AÑOS, cuatro volúmenes que contienen huellas de un pasado reciente, que cambió la línea de las vidas de millones de chilenos y chilenas. Una serie de testimonios que busca evitar que la brutalidad y el dramatismo del golpe de Estado de 1973 ensombrezcan el recuerdo y determinen el análisis del tiempo que lo precedió. Un conjunto de 'fuentes' que va más allá de esa fecha símbolo y que remonta su historia.

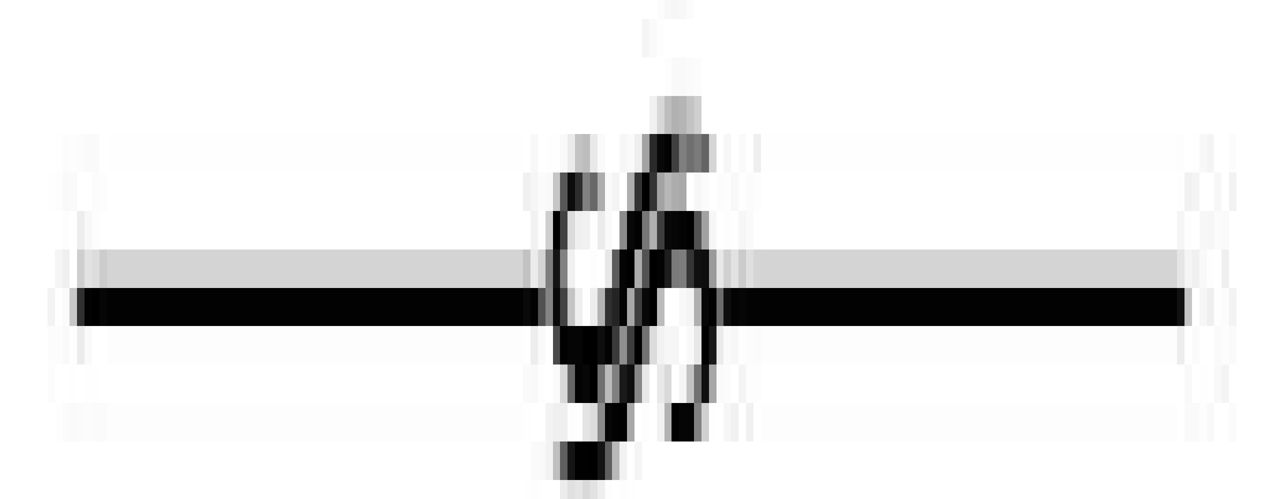
MEMORIA a 40 AÑOS, es también la publicación que inaugura la nueva serie de Documentos para la Historia del Chile Contemporáneo de la Colección Historia de la Universidad Alberto Hurtado, espacio editorial para la difusión de fuentes históricas que aporten a la comprensión de nuestro presente.

DEPARTAMENTO DE HISTORIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

INTRODUCCIÓN



Pedro Milos

En junio de este año 2013, el Departamento de Historia de la Universidad Alberto Hurtado convocó al cuarto y último seminario de la serie MEMORIA A 40 AÑOS. Iniciativa que desde 2010 viene recordando los cuarenta años del proceso que se inició con la elección de Salvador Allende en 1970. Así como en los tres seminarios anteriores se recordó y analizó el contexto previo a dicha elección, el primer año de gobierno y el vertiginoso año 1972, correspondía ahora –siguiendo la temporalidad del proceso– poner la atención en el año 1973.

De acuerdo al diseño inicial de esta serie, el período en estudio cubría hasta septiembre de 1973, hasta al momento del golpe de Estado y del abrupto término del Gobierno de Salvador Allende. En este sentido, el golpe mismo y sus consecuencias no fueron parte del objeto de análisis del Seminario Chile 1973. Su propósito fue otro: recuperar, principalmente por la vía testimonial, el tono y la intensidad de los meses que preceden al golpe de Estado del modo más cercano posible a como lo vivieron los protagonistas y al recuerdo que de ello persiste. Era este un propósito que daba continuidad y ponía término a los seminarios precedentes. De esos meses, entonces, se ocupó el Seminario Chile 1973, realizado en junio pasado y del cual damos cuenta en esta publicación[1].

1973 fue un ‘año corto’. No solo porque el proceso de la Unidad Popular se vio interrumpido por el golpe de Estado, sino también porque el año ‘político’ había comenzado un poco más tarde, con la elección parlamentaria del mes de marzo. Seis meses son los que transcurren entre el 4 de marzo y el 11 de septiembre de 1973. Cada uno de esos meses tuvo sus particularidades y llama la atención sobre aspectos ya sea políticos, sociales, económicos o culturales específicos; sin embargo, en conjunto, fueron generando una dinámica política y un clima social que se tornarían irreversibles.

Enero y febrero de 1973 fueron meses en que los efectos del ‘paro de octubre’ y el aumento del consumo se hicieron sentir sobre la producción y abastecimiento de alimentos, lo que llevó a la creación de la Secretaría

Nacional de Distribución, a cargo del General de la Fuerza Aérea Alberto Bachelet. Desde el exterior, los ingresos del país se vieron amenazados por el embargo de una partida de cobre en el puerto de Hamburgo, lo que reforzó la inquietud respecto de los niveles de intervención de Estados Unidos en el proceso. En lo interno, la discusión sobre las áreas de propiedad en la economía, principalmente la constitución del Área de Propiedad Social (APS), se instaló en el seno de la propia Unidad Popular, así como también lo hizo el debate respecto de la expansión del llamado 'poder popular'. La oposición, por su parte, acusó constitucionalmente al Ministro de Hacienda Orlando Millas e incentivó y apoyó los movimientos huelguísticos en la minería del cobre, comenzando por Chuquicamata.

En ese contexto, la elección parlamentaria del mes de marzo –verdadero reloj de arena instalado desde la crisis de octubre del año anterior– se transformó en el hito que marcaría el signo de los acontecimientos para el resto del año. El inesperado 'triunfo' de la Unidad Popular –que logró el 43,3% de los votos, siete puntos más que en 1970– y la consiguiente frustración de las expectativas de la oposición –que obtuvo solo un 57,7%, lejos de los dos tercios que buscaba– permitió un relativo reordenamiento de las cartas. Relativo, porque el Gobierno siguió siendo minoría en ambas cámaras, lo que impedía, de acuerdo a la estrategia institucional de Allende, avanzar en decisiones que seguían siendo cruciales: delimitación de las áreas de la economía, proyecto de Escuela Nacional Unificada (ENU), entre otros. Las tensiones internas a la Unidad Popular se expresan crudamente en la división del MAPU, apenas pocos días después de la elección de marzo. El nuevo aire electoral que recibe el Gobierno impulsa un cambio de gabinete, que ya no contará con la presencia de los mandos militares que se habían incorporado a fines de 1972.

Durante abril y mayo, el nuevo escenario comienza a configurarse, precipitado por el debate de la izquierda respecto del creciente aumento en las tomas de predios y fábricas; por las denuncias de acciones sediciosas por parte de la derecha al interior de las Fuerzas Armadas; y por el inicio de una huelga de mineros en El Teniente, que se extendería por más de dos meses. La derrota del sector de Renán Fuentealba en la Junta Nacional de la Democracia Cristiana del mes de mayo, contribuye también a inclinar el escenario hacia una confrontación

cada vez más declarada. La violencia política se hace presente a través de una serie de enfrentamientos y atentados protagonizados por la extrema derecha. La asistencia del Presidente Allende a la asunción del Presidente Héctor Cámpora en Argentina, hace visible nuevamente el apoyo internacional con que cuenta el proceso, que contrasta con un sentimiento de creciente aislamiento y hostigamiento interno. El título del Mensaje presidencial del 21 de mayo de 1973 es elocuente: “Por la democracia y la revolución, contra la guerra civil”.

La aprobación que en el mes de junio el Congreso hace de la ley de áreas de la economía –vetada por el Ejecutivo dado el contenido impuesto por la oposición– así como la sucesión de acusaciones constitucionales a ministros y autoridades de gobierno, dan sustento al concepto de ‘desestabilización’ que comienza a ser utilizado por fuentes norteamericanas. Más aún, en un contexto en que la huelga de El Teniente se transforma en símbolo de una oposición social, que despierta tanto adhesiones como rechazos, expresados, por ejemplo, en enfrentamientos entre estudiantes en las calles. Mientras el Partido Nacional habla de iniciar un juicio político contra Allende, Patria y Libertad se compromete directamente en la sublevación militar del 29 de junio, no sin antes haber comenzado a erosionar la figura del General Carlos Prats. El Presidente abre la posibilidad de dialogar con la Democracia Cristiana así como de recurrir a un plebiscito. Los embarques de cobre al exterior siguen viéndose afectados debido a la estrategia de embargos impulsada por las compañías norteamericanas.

A comienzos del mes de julio se pone término a la huelga de los mineros de El Teniente, pero pronto se iniciarán otros movimientos de efectos más directos y cotidianos sobre la economía, como un nuevo paro de camioneros y transportistas. Las experiencias de cordones industriales y de comandos comunales se extienden, tensionando aún más las relaciones al interior de la Unidad Popular y de esta con el MIR. Se produce un nuevo cambio de gabinete. Mientras la propuesta de diálogo encuentra ecos favorables en sectores de la DC, ella despierta resistencias en la dirección del Partido Socialista. El mes de julio se cerrará con un duro golpe al sistema político y al Presidente en particular: su Edecán Naval, el Comandante Arturo Araya Peeters, es asesinado por un comando de ultraderecha.

Durante el mes de agosto la situación se vuelve cada vez más tensa y las vías de salida más estrechas. El diálogo impulsado por el Presidente es desahuciado por la Democracia Cristiana y se produce una nueva recomposición del gabinete, con participación de los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas. Este gabinete, llamado de “Seguridad Nacional”, debe hacer frente a un paro generalizado del transporte y creciente del comercio, con los consecuentes problemas de abastecimiento. Los militares, en tanto, continúan allanando fábricas e industrias en virtud de la Ley de Control de Armas y la amenaza de golpe de Estado ya es vox pópuli. Los atentados y acciones violentas por parte de grupos de ultraderecha no cesan. Se producen las renuncias de los Comandantes en Jefe al gabinete, las que son inicialmente rechazadas por Allende. La declaración de la Cámara de Diputados, del día 22, señalando que el Gobierno ha quebrantado la Constitución será considerada como una base de legitimidad para justificar el golpe de Estado. El mes de agosto se cierra con un nuevo –y último– cambio de gabinete.

En septiembre se mantienen los paros y el desabastecimiento amenaza consumos tan básicos como el pan. Las Fuerzas Armadas continúan con los allanamientos, al tiempo que son acusadas por arrestos y torturas a civiles y militares. El diálogo por parte de la Democracia Cristiana no se reanuda y ciertos sectores de la Unidad Popular y de la izquierda se oponen a las negociaciones impulsadas por Allende. El Parlamento extrema su posición y tanto la derecha como la DC exigen la renuncia del Presidente. A pesar de la difícil situación por la que atraviesa el país, el martes 4 de septiembre se realiza una multitudinaria manifestación de apoyo al Gobierno. En ese contexto, cuatro días después, Allende confirma a sus círculos más cercanos, incluidos militares que considera leales, que el lunes 10 o el martes 11 anunciará al país la convocatoria a un plebiscito. El anuncio no alcanza a materializarse.

Más allá de los acontecimientos que marcaron estos seis meses que van de marzo a septiembre y que conducen el proceso a su crisis final, ¿cómo se enfrentan los problemas económicos más agudos durante la primera mitad de 1973? ¿Cuál es la lectura que la Unidad Popular realiza de la elección de marzo

y sus resultados? ¿Qué rol estaban dispuestos a jugar los distintos actores sociales? ¿Será posible revivir el entorno social y afectivo que rodeaba a quienes enfrentaban enormes responsabilidades en ese momento crítico del proceso? ¿De qué manera la actividad cultural y artística acompañó esta fase del proceso? ¿Qué escenarios políticos se perfilan después del ‘tancazo’ del 29 de junio? ¿En qué estrategia de mediano plazo se inserta la propuesta de llamar a plebiscito?

Estas y otras preguntas y temáticas son abordadas por Chile 1973. Los meses previos al golpe de Estado, cuarto y último volumen de la serie MEMORIA A 40 AÑOS. Sus autores, todos protagonistas de su tiempo, indagan en el tramo final del proceso que se iniciara tres años antes, en septiembre de 1970, desde su propia experiencia y recuerdo. Trece relatos y una conferencia, que se centran en rememorar los intensos meses que condujeron al desenlace que todos presentían pero que nadie parecía aceptar.

Los testimonios de Pedro Felipe Ramírez y de Raúl Vergara permiten acceder a dos puntos neurálgicos en el tratamiento de los problemas de abastecimiento y distribución que se viven de manera cada vez más dramática en 1973: el Ministerio de Minería y la Secretaría Nacional de Distribución. Pedro F. Ramírez nos recuerda que quienes se opusieron a que Allende fuera elegido y asumiera fueron los mismos que obstruyeron su Gobierno y que, finalmente, terminaron por derrocarlo. En ese contexto, de fuerzas poderosas que se empeñan en hacer fracasar el proyecto popular, el ex Ministro nos relata su ‘pequeña-gran batalla’, de la cual dependían hospitales y actividades productivas esenciales: transportar el combustible desde los depósitos a los lugares en que era requerido con urgencia. Una situación que a su juicio ya no era económica sino política: se vivía, día a día, una situación de guerra. Por su parte, la ‘batalla’ del joven Capitán de Bandada, Raúl Vergara, no era menor: hacer intervenir al Estado en un área en que nunca lo había hecho, sin que los pequeños comerciantes se sintieran amenazados y respondiendo, al mismo tiempo, al ímpetu justiciero de amplios sectores que por primera vez accedían al consumo. Todo ello, bajo el mando y la conducción de un muy especial general de la Fuerza Aérea: Alberto Bachelet.

“Adelante, adelante, obreros y estudiantes…”. Cuántos cientos de veces –sino miles– habrá resonado esta consigna por las calles del Chile de 1973 y de los años precedentes. Entre esas voces es muy probable que hayan estado las de Eduardo Rojas y de Gonzalo Martner. El primero como dirigente sindical, el segundo como dirigente estudiantil. Las mismas voces que hoy, un poco más gastadas pero más sensibles y sutiles que ayer, nos traen la memoria, la emoción y el recuerdo de ese año. En primer lugar, del que fuera Vicepresidente de la CUT, que al pisar las calles nuevamente del barrio que cobijara la sede sindical hace cuarenta años, no puede sino pensar en aquellos que hoy no están. La voz de Eduardo Rojas nos habla de un tiempo en que “la confianza parecía incertidumbre y la certidumbre parecía torpeza”; de una central obrera cuya capacidad de organización y movilización eran expresión de un masivo sindicalismo histórico, confrontado a las nuevas formas del ‘poder popular’. Gonzalo Martner, por su parte, nos trae un registro específico dentro de la polifónica voz de los setenta: la de los jóvenes de colegios particulares que contribuían cotidianamente a la revolución asistiendo a clases, haciendo que los establecimientos funcionaran y que no fueran sumados a la estrategia insurreccional de la oposición. Junto a otros jóvenes –o tal vez los mismos– que luego engrosarían con sus nombres las interminables listas de detenidos–desaparecidos.

La tecnología permitió contar con la presencia virtual de Joan Enrique Garcés, con quien Chile –a nuestro juicio– aún está en deuda. El contenido de su videoconferencia nos entrega información de primera fuente respecto del posicionamiento personal y político del Presidente Allende respecto de cinco cuestiones cruciales en los meses previos al golpe: las elecciones parlamentarias de marzo del 73; la Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano en el mes de mayo; el intento de golpe del 29 de junio; su posición ante las organizaciones de poder popular; y las salidas que él veía y estaba preparando ante la crisis socio-económica y política que se vivía. En suma, “lo que pensaba y hacía Allende, por qué y cómo” ante la coyuntura que va desde marzo a septiembre de 1973. El historiador Julio Pinto Vallejos, invitado a comentar in situ los dichos de Garcés o a formularle preguntas, optó por seis contundentes interrogantes, que fueron catalogadas por su interlocutor como “extraordinariamente importantes y tan incisivas que no creo poder responderlas como merecen”. A su modo, Julio Pinto cuestionó varias cosas: la supuesta virtud de un Allende que supo ser, a lo largo de su vida política, ‘el mismo de siempre’; su ‘fijación institucionalista’ y su

oposición al uso de la fuerza; su negativa a considerar la posibilidad de un 'doble poder'; su intención de gobernar con una minoría electoral, a pesar de su profunda convicción democrática; y su tardanza en recurrir a alguna fórmula que permitiera un cambio constitucional. Cuestiones que, por cierto, Joan Garcés tuvo ocasión de comentar, al igual que algunas otras preguntas del público.

Shlomit Baytelman y Jorge Coulon, aportan la visión y sensibilidad del mundo del arte y la cultura –del teatro y la música, en particular– desde la experiencia de dos jóvenes artistas y testigos de la época. Shlomit Baytelman, rescatando laboriosamente su memoria, logra recuperar y compartir "momentos de la amnesia, tan necesaria por esos años después del golpe de Estado". En su texto nos ofrece sugerentes claves de compresión de lo sucedido, a partir de una mirada a las obras de teatro en las que participó, insinuando su carácter premonitorio. Jorge Coulon se reconoce como parte de "una generación que iba puro ganando no más", que vivió esos años desde una cierta inocencia, porque –piensa y dice– no se tenía por qué estar preparados para cosas que nunca habían sucedido. Esta simple constatación, sin embargo, se encadena con otra convicción: "O tú construyes un camino de confianza en la institucionalidad, (…) en el cual vas construyendo organización, gente conciente, o construyes otro camino. Pero no puedes construir los dos al mismo tiempo".

Generosa es la participación de Osvaldo Puccio y Sofía Prats, ya que a través de sus presentaciones nos abren puertas que conducen al ámbito personal, familiar, donde las emociones a menudo anteceden a las razones. Esta disposición nos permite saber por Osvaldo Puccio, por ejemplo, que la figura de Salvador Allende era parte del paisaje dominical de su familia o conocer el gesto digno de aquel colaborador del Presidente que, en el momento último y definitivo, reconoce con valor que tiene temor, que no hará uso de un arma y que abandonará La Moneda. Todo ello en el marco de una recreación contextual cargada de significados y no exenta de humor. Misma disposición que nos permite explorar, junto a Sofía Prats, las dimensiones más humanas de su padre el General Carlos Prats; saber de su amor por la música y las letras; conocer de su decepción y soledad al ver que sus compañeros de armas abandonaban su deber; o comprender su dolor y desazón al pensar que tal vez un amigo, en el

umbral de la muerte, hubiese dudado también de él. Un padre que Sofía Prats no duda un instante en calificar como "un héroe de la paz y un mártir de la democracia".

Para reflexionar sobre los dilemas y alternativas políticas que recorrieron y se barajaron en los meses previos al golpe de Estado, contamos con los valiosos testimonios y reflexiones de Luis Maira, de Aníbal Palma, de Jorge Arrate, de Jaime Insunza y de Ignacio Balbontín. Casi todos ellos –sin haberlo previsto al momento de convocarlos– antiguos conocidos desde los años sesenta y todos, sin excepción, dirigentes juveniles o estudiantiles en su época. Sobre esta base de confianza y de amistad cada uno hace sus aportes. Luis Maira, dando a conocer el hecho –con aires surrealistas– de una delegación chilena que se interna en el corazón del imperio –yendo a Foggy Bottom– a intentar negociar recursos para una economía que los requería y que no estaba siendo apoyada por quienes se suponía debían hacerlo. Aníbal Palma, el mediático ex Ministro de Educación de la época –conocido como "el Pibe Palma", por lo joven– confesando las aprehensiones que le generaba hacer campaña, en el verano de 1973, en medio de 'las colas', expuesto a rechiflas, y la alegría de constatar que –incluso en ese contexto– eran más los que lo alentaban a seguir adelante que los que lo hostigaban. Jorge Arrate, aludiendo a los 'pasajes' de Walter Benjamin para explicar por qué la construcción de un nuevo orden está llena de posibilidades de perderse y equivocarse, pero también de corregir e innovar; calificando al Presidente Allende de un "reformador revolucionario", un "político-maestro", un "constructor". Jaime Insunza, rescatando el enorme empuje y entrega de la juventud que le 'puso el hombro' con la militancia, con los trabajos voluntarios, con el canto e, incluso, desde el deporte, en una época tan política; esa juventud que 'se le puso' construir el dren de Cabildo –dren, no tren–, y lo construyó. E Ignacio Balbontín, habiendo aceptado gentilmente su condición de 'democratacristiano invitado', preguntándose en qué momento y por qué la Democracia Cristiana cambió el rumbo que traía la dirigencia de inicios de los setenta, más proclive a la colaboración con la izquierda, optando por una directiva más propicia al golpe.

Chile 1973. Los meses previos al golpe de Estado, el cuarto volumen de la serie MEMORIA A 40 AÑOS, nos ofrece –a través de sus autores– la oportunidad

de explorar aquel complejo campo de especulación que se constituye entre la historia que fue y la historia que pudo ser. Entre lo que finalmente sucedió y lo que pudo haber sucedido si… Entre la asunción del pasado y el ejercicio reflexivo que, si bien no lo modifica, agrega más aprendizajes para el futuro que la simple constatación de lo obrado.

En relación a la ‘historia que fue’, los distintos autores ofrecen al menos cinco maneras alternativas de calificar esos meses previos al golpe de Estado: Como una guerra ya declarada, que hacía que los problemas económicos que más afligían a la población ya no lo fuesen en sentido estricto, porque se habrían convertido –a esas alturas del proceso– en un componente más de la descarnada lucha política. Como el resultado lógico de una estrategia sistemática, comandada desde el exterior, destinada a hacer fracasar la experiencia de un socialismo por vía democrática, que resultaba inaceptable para los Estados Unidos. Como un proyecto a la deriva política, por la debilidad e inconsistencia de los partidos que conformaban la Unidad Popular, expresada en dirigentes que estaban fuera de la realidad y en ausencia de mecanismos eficaces para resolver contradicciones que sobrepasaban a su líder, que no estaba dispuesto a consagrar la división de las fuerzas políticas a las que se debía. Como un campo abierto y dejado libre para que aquellos que se veían afectados en sus intereses económicos, se insurreccionaran y comprometieran a las Fuerzas Armadas en un proceso de ruptura institucional, ante la ausencia de una voluntad real de ponerles atajo por todos los medios disponibles. En fin, como un desgobierno provocado tanto por las fuerzas opositoras como por grupos que, buscando agudizar las contradicciones y precipitar una salida más radical, se oponían a la negociación con los sectores más moderados de la oposición, poniendo en riesgo lo que trabajosamente se estaba logrando.

En relación a ‘la historia que pudo ser’, los puntos de convergencia y divergencia se concentran en torno a aspectos o factores que de algún modo están presentes en las distintas evaluaciones que se hacen de la ‘historia que fue’.

• Así, un primer curso alternativo al proceso vivido habría sido una política más

clara respecto de las Fuerzas Armadas, por parte del Presidente Allende o de la Unidad Popular, que podría haber tomado al menos dos direcciones, tal vez excluyentes, pero tendientes a dar mayor fortaleza a la tesis de que el recurso a la fuerza que requeriría probablemente el proceso debía buscarse en los cuerpos armados regulares. Una dirección, consistente en un reforzamiento de los sectores democráticos de las Fuerzas Armadas más claro y decidido a nivel institucional, traducido en una mayor diligencia en el llamado a retiro de aquellos altos mandos que, se sabía o se suponía, estaban complotando. La otra, la apertura a validar un trabajo de mayor politización del mundo militar que llevara, sin necesariamente caer en una división interna, a una mayor comprensión del proceso, de su sentido nacional y a generar una mayor resistencia en los suboficiales y en la tropa a la tendencia sediciosa de sus mandos.

• Un segundo curso alternativo pudo haber sido un compromiso más activo y temprano con la búsqueda de una alianza con la Democracia Cristiana, basada en el concepto de 'unidad social y política del pueblo'. Ello a partir de una lectura distinta del 'triunfo' de marzo de 1973: más que indicativo de una auto-suficiencia política debiese haber sido –en esta hipótesis– leído como una constatación de que aún no se contaba con una mayoría suficiente, pero que se estaba muy cerca de alcanzarla. Que era el momento de ampliarse, ya que faltaba poco –o menos– para ser efectivamente una mayoría. A partir del 5 de marzo se pudo haber ido en busca inmediata de aquellos demócratas (cristianos) que, viendo cancelada la posibilidad de lograr una rectificación por la vía constitucional, hubiesen estado dispuestos a apoyar el reforzamiento del camino institucional que proponía el Gobierno. Un grupo tal vez minoritario en el universo opositor, pero significativo como apoyo al campo popular.

• Un tercer curso alternativo, hubiese sido abrirse a la estrategia del 'doble poder', capitalizando el caudal de energía transformadora que se expresaba por vías que, si bien no eran las gubernamentales, tampoco eran, a priori, necesariamente opuestas a las oficiales o institucionales. Esta alternativa tenía sus bases de realidad en la existencia ya de esta tensión en el seno mismo de la Unidad Popular, que debilitaba y prácticamente anulaba su capacidad de conducción. Lo mismo se observaba en el campo del movimiento social, en

donde las formas tradicionales de organización y participación, coexistían con las emergentes. Una tensión que siempre tendió a verse como dificultad más que como una posibilidad. Un apoyo decidido por parte de la Unidad Popular a las organizaciones identificadas como ‘poder popular’ hubiese significado no solo un reforzamiento a sus políticas sino también a la imagen del Gobierno frente a los sectores más duros de la oposición.

• Un cuarto curso alternativo, que pudo haber estado más cercano quizás a la ‘historia que fue’, era impulsar y precipitar un cambio constitucional a través de un mecanismo de consulta directa, tipo referéndum, plebiscito o convocatoria o elección de una Asamblea Constituyente. Ello, sobre la base de al menos dos antecedentes que lo hacían posible: los positivos resultados de la elección parlamentaria del mes de marzo y la existencia ya de un borrador de nueva Constitución, desde 1972. En efecto, la lectura de los resultados de la elección de marzo pudo ser hecha en la dirección de reconocer que si ya se contaba con un 43 por ciento de adherentes ‘incondicionales’ (porque había que serlo para votar por la Unidad Popular en ese contexto), era perfectamente posible sumar un diez o quince por ciento más para una propuesta de reformas constitucionales que garantizaran la institucionalidad del proceso de cambios que se estaba implementando.

¿Qué podemos concluir respecto de esta exploración en el campo de la especulación histórica, atreviéndonos a confrontar la ‘historia que fue’ con la ‘historia que pudo ser’? Dos cosas, al menos, que no por evidentes dejan de ser importantes: una, que ‘la historia que fue’ permite distintas lecturas e interpretaciones y que todas ellas encuentran asidero en alguna parte de la realidad; dos, que, en apariencia al menos, existen bases para pensar que esa ‘historia que fue’ pudo haber sido de otro modo. Más aún, siempre en el campo de aquello más o menos evidente pero no despreciable: que las bases para pensar ‘la historia que pudo ser’ no son ajenas a las distintas interpretaciones que existen sobre ‘la historia que fue’. Todo ello indica que la reflexividad respecto del pasado –en lo que fue y en lo que pudo ser– es parte de su necesaria comprensión.

Volvamos a la pregunta que –de un modo mucho más simple y directo– justifica el ejercicio que acabamos de hacer y que está planteada en varias de las presentaciones que pueden leerse en este libro: ¿el golpe de Estado de 1973 era evitable? El valor de esta pregunta no está necesariamente en su respuesta, cuyo rango de posibilidades puede ser o muy amplio e inútil o muy estrecho e igualmente inútil. Su valor radica, en cambio, en su implícito: la posibilidad –aunque sea teórica– de que la historia pudiese haber sido otra. Algo de mucha importancia cuando la historia se la concibe como el resultado de las decisiones que toman los sujetos en un determinado tiempo. Entonces, si el pasado pudo haber sido diferente, con cuanta mayor razón el presente y el futuro pueden serlo.

Para el Presidente Allende, los meses previos al golpe de Estado de septiembre de 1973 deben haber sido –si retomamos nuevamente la figura de 'el peligro y la esperanza', que planteó en su Mensaje de 1971– aquellos en los que 'el peligro' ya no era inminente sino que algo con lo que debía convivir cada día. Un gran aporte de la conferencia de Joan Garcés está en que nos acerca –de un modo como pocos tal vez pueden hacerlo– a la comprensión de la lógica, del razonamiento y también de la convicción que están detrás de lo obrado por el Presidente Allende en esos últimos meses de su Gobierno. Con la posibilidad suplementaria de que, si aceptamos la idea que el Allende de 1973 es el Allende de siempre, podremos también comprender mejor su accionar en los años previos. Para el Presidente Allende 'la historia que fue', fue su historia, la que él quiso o pudo vivir; la historia que él imaginó pudo ser, esa, no la conoceremos nunca[2]. Lo que sí conocemos es su visión de un futuro del cual él ya no sería el protagonista que fue: "Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigan ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor".

Chile 1973. Los meses previos al golpe de Estado, no solo es el cuarto sino también el último volumen de la serie MEMORIA A 40 AÑOS. En tal sentido sus contenidos son significativos más allá de la comprensión de los últimos meses del Gobierno de la Unidad Popular. Resultan también clarificadores en relación al contenido de los volúmenes/años anteriores. Si en los años

precedentes el esfuerzo por evitar que el conocimiento del futuro incidiera en el seguimiento y comprensión del proceso tenía, a nuestro juicio, sentido, en este último, a medida que se acerca el desenlace, la visión del conjunto se vuelve más posible y necesaria. Invitamos, entonces, a una lectura de este último volumen dialogante con los anteriores.

Los reconocimientos, en el caso de este cuarto y último volumen de MEMORIA A 40 AÑOS, no son solo para quienes han sido parte del esfuerzo por sacarlo adelante –desde la organización del Seminario de este año hasta su publicación– como Javiera Letelier C., a quien agradezco nuevamente su colaboración. O mis colegas que animaron las mesas de discusión: Pablo Toro, Marcos Fernández, Marisol Palma, y Liliana Bravo. Sino también para Cindy Iriarte y Cristina Quezada, que fueron fundamentales en el inicio de este proyecto, y para todos los que de distintas maneras lo han hecho posible. Porque también tienen parte en esto mis compañeros y compañeras de la Vicerrectoría Académica; las Ediciones Alberto Hurtado; la Facultad de Filosofía y Humanidades; el Departamento de Historia; y, por cierto, las autoridades de la universidad. Pero, especialmente, a los sesenta autores y autoras que generosamente han volcado su conocimiento y su memoria en las páginas de los cuatro volúmenes que componen esta serie. A todos y todas mi afecto y gratitud.

PEDRO MILOS

EDITOR

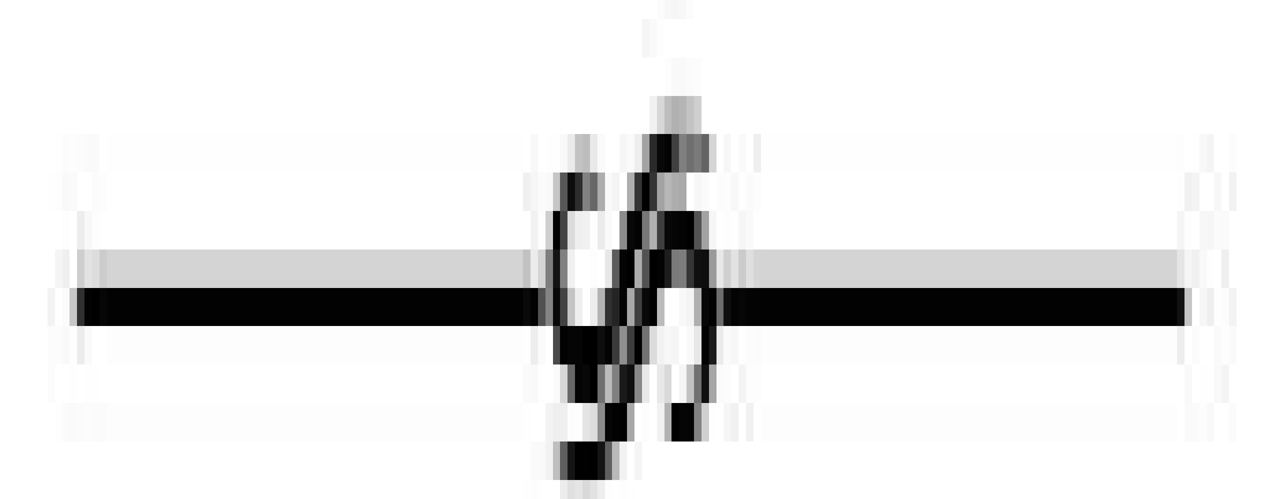
Santiago, septiembre de 2013

1 Los textos que se incluyen en este volumen han sido redactados y editados a partir de los registros de las intervenciones orales de este Seminario, realizado el 13 de junio de 2013 en la Universidad Alberto Hurtado. El trabajo de edición ha respetado, rigurosamente, la estructura y el contenido de dichas presentaciones. Como complemento a cada texto, bajo el título de ‘Notas del debate’, se han seleccionado –con un criterio de pertinencia temática– algunas intervenciones que los autores realizaron en el marco del debate y de las preguntas del público.

La responsabilidad última de los textos escritos, así como de las notas a pie de página, es del editor.

2 En la sección Documentos de este volumen hemos incorporado tres textos que, tal vez, nos acercan a lo que el Presidente Allende buscaba y sentía en los días –ya no meses– previos al golpe: su última carta-llamado a Patricio Aylwin para retomar el diálogo; su carta-despedida al General Prats una vez que acepta su renuncia; y el discurso que realiza con ocasión del último cambio ministerial. Todos ellos escritos de los últimos diez días de agosto de 1973.

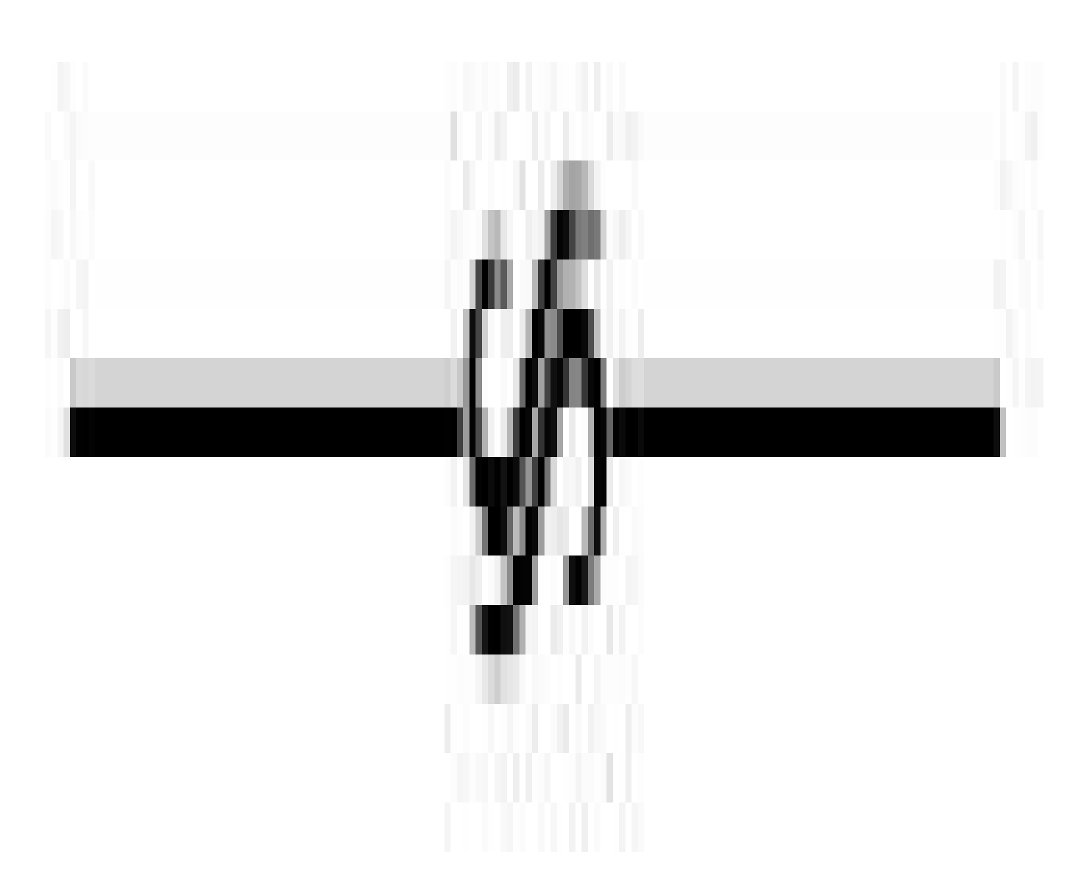
ABASTECIMIENTO Y DISTRIBUCIÓN



Pedro Felipe Ramírez

Raúl Vergara

PRESENTACIÓN DE PEDRO FELIPE RAMÍREZ



Efectivamente, todo el proceso de resistencia, de desestabilización del Gobierno de la Unidad Popular se inicia desde antes que asuma el Presidente Allende. Todos recordamos, por ejemplo, la muerte, el asesinato, del Comandante en Jefe René Schneider en octubre de 1970. Efectivamente, si uno toma todo el periodo, desde la elección del Presidente Allende, pasando por la ratificación del Congreso, hasta el golpe, es toda una secuencia de hechos que –desde el punto de vista de quienes intentan, primero, que el Presidente no asuma y, después, que sea derrocado– obedece a un plan que va siguiendo etapas sucesivas, en que cada una tiene su carácter.

El paro de octubre de 1972, en el marco de este plan, se orienta a la búsqueda de una gran victoria de la oposición en las elecciones parlamentarias de marzo del año 1973, con el objeto, incluso, de lograr tener los suficientes parlamentarios para acusar constitucionalmente al Presidente Allende y ponerle de esa manera término al Gobierno. Eso no resulta, no es posible, porque la votación que obtiene la Unidad Popular en marzo del 73 es una votación bastante importante, que naturalmente impide que la oposición obtenga los dos tercios que se necesitaban para acusar constitucionalmente al Presidente.

Se inicia, entonces, una última etapa que es la de provocar el caos. El caos, fundamentalmente económico, y empezar, por esa vía, a incidir también en las instituciones militares para efectos de debilitar a los sectores que en las Fuerzas Armadas consideraban su deber respetar la Constitución y, en consecuencia, oponerse a cualquier intento de golpe. Cuando el Presidente me nombra Ministro, lo hace después de que se acusó constitucionalmente a Sergio Bitar, que era el Ministro de Minería, con ocasión de una huelga de los mineros, que lograron desarrollar en la mina El Teniente. Se aprobó esa acusación constitucional contra Sergio y el Presidente optó por nombrarme Ministro de Minería. Esto fue alrededor de un mes y medio antes del golpe, no fue mucho antes[1]. Yo había sido diputado hasta el 21 de mayo de ese año y no recuerdo bien exactamente cuándo fue la fecha… debe haber sido hacia mediados de julio.

Bueno, desde el punto de vista minero, el problema principal que tenía el Ministerio de Minería era Codelco[2]. Se había nacionalizado el cobre[3] y Codelco había asumido la responsabilidad de dirigir y administrar la gran minería: Chuquicamata, El Teniente, El Salvador, Andina. Evidentemente era una empresa enorme, había que organizar la más grande empresa del cobre del mundo y era, desde luego, la más grande empresa chilena. Pero esa responsabilidad, que tenía el Ministro de Minería, la verdad es que no tenía ningún sentido ejercerla desde el Ministerio. Institucionalmente, el Ministerio era muy débil, extraordinariamente débil y los equipos técnicos fuertes eran propiamente los equipos de Codelco. Entonces –ante el hecho, que ya voy a mencionar, de tener que atender, como Ministerio, los problemas de distribución del combustible, producto de un segundo paro que hubo de camioneros– la única cosa que podía hacer y que debía hacer y que era razonable hacer, era respaldar a la dirección de Codelco, que en ese momento estaba ejercida por su Vicepresidente ejecutivo, Jorge Arrate[4]. De tal manera que fuera la propia dirección de Codelco, sus propios ejecutivos, los que se hicieran cargo del desarrollo de esa tarea, que era una tarea enorme.

A mí, como Ministro de Minería, más bien me tocó enfrentar el segundo paro de los camioneros, que afectó enormemente el problema de la distribución del combustible. La ENAP[5], que era entonces la empresa dedicada al tema de combustible, tenía una relación institucional doble: en parte con el Ministerio de Economía y en parte con el Ministerio de Minería. Desde luego, la ENAP era una empresa dependiente de la Corporación de Fomento, Corfo, que a su vez dependía del Ministerio de Economía. El Ministerio de Economía, además, fijaba los precios del combustible, a través de Dirinco[6]. Sin embargo, el presidente de ENAP era el Ministro de Minería y la distribución del combustible dependía del Ministerio de Minería.

El segundo paro de los camioneros[7] afectó de manera muy importante la distribución del combustible porque empezaron a parar todos los camiones cisterna que trasladaban el combustible. Prácticamente, desde el primer día que yo asumí, tuvimos que montar, en la propia oficina del gabinete, una especie de comando de guerra para ver cómo enfrentábamos este tema. Desde luego teníamos –no los recuerdo exactamente– porcentajes bajísimos de disponibilidad

de distribución de combustible. No es que no hubiera, sino que no había camiones para distribuirlo. Y teníamos presiones de todos los lados. Había presiones, por ejemplo, de los hospitales que nos llamaban y nos decían “Nos quedan tres horas de petróleo para nuestra caldera y si no…, se apagan las calefacciones y tendremos serios problemas”. Mientras uno atendía y trataba de solucionar ese problema, llamaban de Chuquicamata y decían “Nos queda petróleo para un día, y, si no, se nos paran las instalaciones…”. Y, así, había presiones desde todos los lados. Evidentemente, había que establecer prioridades, había cosas más importantes que otras y había también, incluso, algunas que producían problemas políticos mayores. Recuerdo haber recibido una carta del ex Presidente Frei Montalva, que en ese momento era presidente del Senado, reclamando de una manera muy airada porque el edificio del Congreso, del Senado, no tenía combustible para la calefacción.

Vivimos ese proceso. Yo creo que pasaba 18 horas en el Ministerio dedicado a eso. Viendo cómo lograr que hubiera más camiones y cómo distribuir el poco combustible que había, para atender las muchas emergencias que se producían tanto en el sistema productivo como en el sistema sanitario, entre otros.

En esa ocasión el Presidente Allende también constituyó un equipo negociador con los camioneros, un equipo que encabezó el General Prats, que era Ministro del Interior y también estaba compuesto por José Cademartori, que era Ministro de Hacienda[8] y yo mismo, que era Ministro de Minería. Los tres conformamos una comisión designada por el Presidente para negociar con los camioneros. Y ahí, claro, nos dimos cuenta de que el problema no era económico, sino que político y que no había negociación posible, porque se les concedía todo y siempre salían con algo nuevo, para justificar que el paro siguiera.

Todo esto se producía, también, en un contexto político de gran polarización. Un contexto en el cual –ya Raúl Vergara se referirá a eso[9]– se atacaba también el problema del abastecimiento; la idea de la oposición era generar una sensación de que había un caos en el país, que el Gobierno no podía gobernar y que, de alguna manera, había que ponerle término, para los efectos de poder normalizar

la situación nacional.

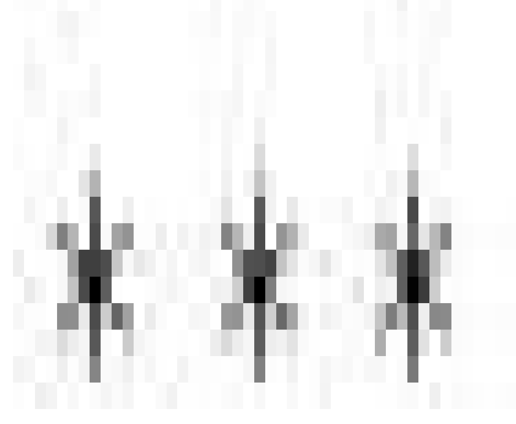
A eso me dediqué como Ministro de Minería y ese era el contexto en el cuál vivíamos todos. Realmente, el contexto económico era parte de un contexto general de polarización del país, extraordinariamente fuerte, que existía y que abordaba todos los aspectos de la vida política, económica, social, etcétera.

Es muy impresionante también –a pesar de que no tiene que ver con el contexto económico– que en medio de esta situación, una semana antes del golpe, el día cuatro (de septiembre), que era el aniversario del triunfo, se hiciera una gran marcha de apoyo popular al Gobierno. Yo nunca en Santiago había visto una concentración más grande. Se dice que desfiló un millón de personas. Frente a La Moneda había un escenario y esa gente, claramente de pueblo, vitoreaba al Presidente, respaldaba a la Unidad Popular, a pesar de todos estos problemas de abastecimiento y de boicot. Ahí fue que apareció ese cartel famoso que llevaba un poblador y que decía: “Este es un gobierno de mierda, pero es mi gobierno”. Ese fue el cartel más impresionante, yo estaba al lado del Presidente y nos impresionó mucho ese cartel. El sentido de clase que había en ese momento, de defender un Gobierno, que podía tener todos estos problemas, era enorme. Porque además se sabía que eran problemas provocados por la oposición y comandados por un centro que dirigía y organizaba todo esto y que no estaba en Chile, sino que estaba fuera de Chile y que desde fuera de Chile dirigía todos los hilos para provocar, finalmente, el golpe de Estado.

Ese fue el contexto económico. Pero hablar de macroeconomía –había, claro, un proceso inflacionario enorme, no sé a qué cifras se llegó–, hablar de economía propiamente tal, no corresponde. Hay que hablar de guerra. Había una guerra económica, una guerra para crear caos en el país en todos los órdenes. También en el orden productivo, de abastecimiento, problemas enormes que existían, pero esta ya no es una materia propiamente de economía. Es una materia vinculada a la guerra propiamente tal. Ese es el testimonio que yo puedo dar, nada más.

Notas del debate

En relación a si la gestión cotidiana que realizábamos –un día a día en tan difíciles condiciones– tenía una perspectiva de largo plazo, la verdad es que nosotros éramos, por así decirlo, soldados de la causa. Yo sentía que estaba dedicado a una pequeña batalla, que no era tan poco importante, pero era una pequeña batalla. El que veía todo el conjunto era Presidente de la República por quien yo sentía una enorme lealtad, hacia él y sus directrices. Entonces, la tarea era que este problema que estaba creando la oposición, debía ser superado. El problema del combustible era una cosa seria. Parar el combustible, significaba parar los hospitales, el proceso productivo, la bencina. Además, junto con los problemas de los camiones, mientras uno luchaba contra el tema de los camiones, había atentados de bombas a los oleoductos. Aunque los bombazos no nos creaban tantos problemas, porque de todas maneras teníamos, en Maipú, los estanques llenos, pero no teníamos cómo distribuirlos. Así es que claro, uno tenía, o por lo menos nosotros teníamos, una perspectiva del día a día, pero sabiendo que esto estaba inmerso en una lucha muy larga, muy grande, que era la lucha política enorme contra una oposición apoyada y dirigida desde los Estados Unidos.

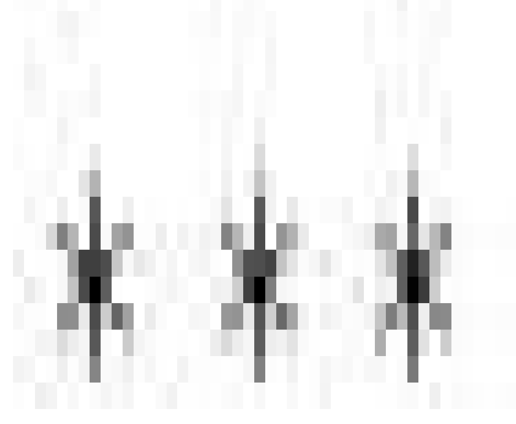


En relación con la pregunta sobre la presencia de la oposición dentro de Codelco, la verdad es que dentro de Codelco mismo no tuve conocimiento de una oposición organizada, importante. Lo que sí hubo fue una oposición fuerte de sectores sindicales, que logró controlar la Democracia Cristiana. Hay que recordar que la acusación constitucional a Sergio Bitar, que fue mi antecesor en el Ministerio, se produjo producto de una huelga que dirigentes sindicales de El Teniente[10] hicieron allá, en Rancagua. Pero dentro de la misma administración de Codelco, no recuerdo que hubiera habido una oposición importante. Yo creo que efectivamente la gente nuestra, Jorge Arrate y todos los ejecutivos nuestros, lograron controlar bien la empresa.

Yo alcancé apenas a sentarme en el Ministerio de la Vivienda, porque estuve doce días ahí. El último cambio de gabinete, el Presidente lo hizo –creo– doce días antes del golpe y ahí me cambió desde Minería a Vivienda[11]. El anterior Ministro de Vivienda era Aníbal Palma. El problema en esta área no era muy distinto al que comentábamos anteriormente, el problema del abastecimiento.

El programa de vivienda de la Unidad Popular era muy ambicioso y la verdad es que se construyeron muchas viviendas. El Ministerio de Vivienda tenía tres corporaciones fundamentales, una era la Corporación de Mejoramiento Urbano, la Cormu; la otra era la Corhabit, que era la Corporación Habitacional, donde había más bien servicios y se apoyaban las construcciones sociales, en que muchas de estas ya se hacían desde el sector privado; y la Corvi, que era la Corporación de la Vivienda, a través de la cual el Estado construía viviendas. Entonces, había un programa de construcción muy importante y los problemas de abastecimiento que se tenían para eso, eran enormes. Yo recuerdo que teníamos problemas en términos de que no teníamos fierro para la construcción y no era que CAP[12], que estaba en el área de Talcahuano, no tuviera fierro, sino que teníamos problemas de transporte, por ejemplo, a través de ferrocarriles, porque incluso ferrocarriles tenía un problema de aseguramiento de repuestos. Había un círculo vicioso, ahí, tremendo. Teníamos también problemas en la entrega de cemento. Había problemas de abastecimiento enormes para cumplir los programas de construcción que tenía la Corvi, que eran muchas, muchas

viviendas.



Este problema invadía todos los sectores, no solo minería, sino que también otros sectores. Por eso es que yo sostengo que esto no hay que mirarlo desde el punto de vista económico. Creo que este proceso no se puede analizar desde la perspectiva del análisis económico tradicional. Hay que analizarlo desde la perspectiva de la guerra. Clausewitz[13] decía que la guerra era la continuación de la política por otros medios, pero yo siempre doy vuelta la frase y digo que la política es la continuación de la guerra por otros medios. Era una guerra en que todavía no había balazos, pero era una guerra. Y yo lo sentí claramente en el Ministerio de Minería: estábamos en una guerra y lo que yo tenía instalado ahí era un comando de guerra para una batalla. Y ustedes tenían ahí, con el General Bachelet, un comando de guerra para darle a la gente de comer y el abastecimiento básico… Yo creo que en todos los sectores del Gobierno se sentía eso. En el Ministerio de Minería, en el Ministerio de la Vivienda, en la Secretaría de Distribución, en todas partes.

1 Sergio Bitar estuvo en el cargo de Ministro de Minería hasta el 5 de julio de 1973, fecha en que asume Pedro F. Ramírez. Nota: en adelante todas las notas a pie de página son del editor; solo en caso contrario se indica la fuente.

2 La Corporación del Cobre, fue creada en 1967 y funcionó hasta 1976, en que fue reemplazada por la actual Corporación Nacional del Cobre. En su primera etapa fue el organismo público encargado de representar los intereses del Estado en las sociedades mineras mixtas derivadas del proceso de ‘chilenización’ del cobre, ocurrido bajo la administración de Eduardo Frei Montalva. Luego tuvo a su cargo coordinar los yacimientos nacionalizados en 1971.

3 La reforma constitucional que permitió la Nacionalización del Cobre había sido aprobada el 11 de julio de 1971, durante el primer año de Gobierno del Presidente Allende, con la votación unánime del Congreso Nacional. Fruto de esta decisión, las empresas norteamericanas Anaconda y Kennecott dejaron de explotar el cobre chileno y abandonaron el país.

4 En 1971, al momento de ser nombrado Vicepresidente ejecutivo de Codelco, Jorge Arrate se desempeñaba como asesor económico del Gobierno de Salvador Allende.

5 Empresa Nacional del Petróleo, ENAP, creada en 1950, es una empresa estatal dependiente del Ministerio de Minería y dedicada la exploración, producción y comercialización de hidrocarburos y sus derivados.

6 Dirección de Industria y Comercio, creada en el año 1960 dependiente del Ministerio de Minería y Economía, Fomento y Reconstrucción, y su acción se enfocaba a la fiscalización. Vino a reemplazar el antiguo Comisariato de Precios y Subsistencias.

7 El primero había ocurrido durante el segundo semestre de 1972, a comienzos del mes de octubre, y había desembocado en un movimiento mayor: el llamado 'paro de octubre', que comprometió a más sectores.

8 El economista José Cademartori, militante del Partido Comunista, era Ministro de Economía, Fomento y Reconstrucción, cargo que había asumido el 5 de julio de 1973, junto con Ramírez, y que ocupó hasta el 11 de septiembre del mismo año.

9 Ver presentación de Raúl Vergara, pp. 44-53.

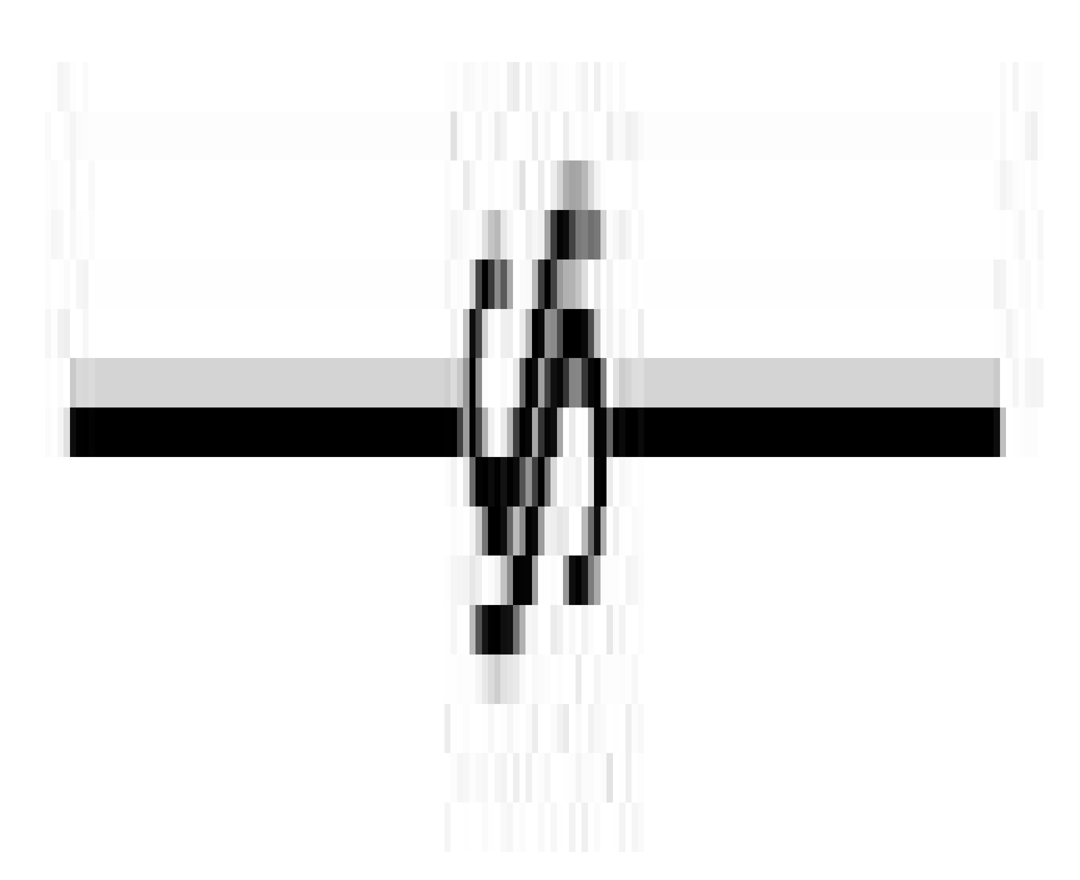
10 Esta huelga se inicia en abril de 1973 y se prolonga hasta junio de ese mismo año. Sus motivos fueron reivindicaciones salariales, sin embargo, fue un conflicto que se insertaba claramente en una estrategia mayor de la oposición por obstaculizar el desempeño del Gobierno.

11 Pedro F. Ramírez fue nombrado Ministro de Vivienda y Urbanismo el 28 de agosto de 1973.

12 La Compañía de Acero del Pacífico, empresa pública, era la principal industria siderúrgica de Chile, abastecedora del hierro que requería el desarrollo nacional. Había sido creada en 1946. Luego, en dictadura, fue privatizada.

13 En referencia a Karl von Clausewitz (1780-1831), militar e historiador prusiano, cuya obra póstuma De la guerra, compuesta de ocho libros, es considerada un clásico en el campo de la concepción y teoría de la guerra.

PRESENTACIÓN DE RAÚL VERGARA



Cuando recibí la invitación de esta prestigiosa universidad –y en particular de su Departamento de Historia– para referirme a la Secretaría Nacional de Distribución y Comercialización, en el marco de la feliz iniciativa de rememorar y traer a la memoria los hechos de ese Gobierno, pensé que iba a ser una tarea fácil. Mal que mal había tenido el privilegio de desempeñarme en esta subsecretaría bajo el mando del General (Alberto) Bachelet, en calidad de ayudante-asesor[1]. Revisando, sin embargo, la memoria, en primera instancia, y luego algunos documentos de la época, revivo con mucha claridad la magnitud del problema que debíamos enfrentar y, en particular, la responsabilidad que significaba para nosotros –oficiales de la Fuerza Aérea– asumir tamaño desafío.

La velocidad y fuerza de los acontecimientos políticos que vivía el país en el tercer año del Gobierno de la Unidad Popular, agudizaban las contradicciones hasta límites inimaginables. Los cambios en marcha estremecían a Chile hasta sus cimientos. El Gobierno continuaba sus esfuerzos por quebrar la estructura capitalista dependiente y establecer las bases de una estructura socialista, cuya línea central de acción era tratar de satisfacer las necesidades elementales de las masas, empeño que la lucha política había llevado al centro mismo de la batalla.

La demanda o consumo de los trabajadores –vía incremento de los ingresos– se había expandido notablemente en los dos primeros años; expansión que tuvo inicialmente una respuesta adecuada por parte del aparato productivo, desde la capacidad instalada, mayoritariamente en manos privadas. Sin embargo, cuando fue necesaria la inversión para continuar respondiendo a esta demanda creciente, esta no se realizó generando una escasez relativa de bienes. Por otra parte, la fijación de precios, asociada al afán de lucro del empresariado, generó una masiva desviación de productos hacia el mercado negro, acentuando, por cierto, la escasez.

El desabastecimiento de bienes esenciales de consumo deviene, entonces, en el instrumento político por excelencia para desestabilizar al Gobierno. En lo

interno, a la restricción intencional de la oferta por parte de las empresas productoras, se suma una campaña masiva por parte de la reacción, destinada a provocar, a través del mecanismo de la 'profecía autocumplida', la sobrecompra del producto anunciado como escaso y generar así su desaparición del mercado. Los sectores de altos ingresos, por su parte, hacen uso de su privilegiada disponibilidad de recursos para –en una campaña muy bien orquestada– acaparar productos esenciales, previendo una supuesta crisis que ellos mismos provocaban. No eran ajenas a estos esfuerzos desestabilizadores las grandes empresas distribuidoras e incluso los pequeños comerciantes, quienes veían amenazadas sus fuentes de trabajo producto tanto de la campaña opositora –del terror– como de quienes –desde el Gobierno y desde sectores de la Unidad Popular– auspiciaban la desaparición del pequeño comercio.

A fines del año 1972 la distribución estatal era francamente minoritaria e inexistente en la mayoría de los artículos de primera necesidad. Esto, en medio de una inmensa red comercial privada, que sobrepasaba los 125.000 establecimientos. Aunque la distribución estatal se concentró en las empresas distribuidoras mayoristas, aún a ese nivel no se sobrepasaba el 30 por ciento de los productos alimenticios de origen industrial. Con relación a los productos agropecuarios, el control estatal de la distribución era aún más reducido que en el caso de los productos alimenticios industriales. En efecto, no superaba el 14 por ciento de la totalidad de los productos agropecuarios disponibles.

El problema de la disponibilidad de bienes de primera necesidad para la población hace crisis a fines del año 1972, con la conocida 'huelga de los camioneros', que paraliza su distribución en todo el país. Para responder a este desafío de distribución el Gobierno va a promover dos mecanismos. Por una parte, incorporar a las masas a las tareas de efectuar y controlar la distribución de bienes de consumo y, particularmente, controlar sus precios; y, por otra, crear una institución que centralice, planifique y dirija la distribución a nivel nacional.

El primer mecanismo toma forma en las Juntas de Abastecimiento y Precios, conocidas como las JAP, organismos de base territorial integrados por los

habitantes de la zona, encargados de vincularse con los comercios que en ella operaban. Las JAP estaban formadas por representantes de las organizaciones de masas, sindicatos, centros de madres, juntas de vecinos, clubes deportivos y representantes del pequeño comercio organizado. Su función original era, solamente, controlar que los pequeños comerciantes dispusieran del abastecimiento necesario para el sector geográfico comprendido y que esta disponibilidad fuera oportuna; además de supervisar que los productos fueran distribuidos a las personas correspondientes al sector y a los precios oficiales.

En cuanto al segundo mecanismo, el de la institucionalidad, se crea la Secretaría Nacional de Distribución y Comercialización, organismo dependiente del Ministerio de Economía. Para dotarla de personal se destinan a ella profesionales de las distintas reparticiones del Estado. Físicamente se la ubica en el piso 19 del edifico Unctad, entonces, y ahora conocido como edificio Gabriela Mistral.

La complejidad del sector –expresada tanto en los problemas objetivos de la disposición y distribución de los bienes básicos, como en los problemas políticos, manifestados en opiniones contrapuestas, dentro del propio Gobierno, acerca de cómo enfrentarlos– hacía necesario poner en la dirección de esta Secretaría a alguien que diera confianza a todos los sectores y que pudiera implementar las soluciones técnicas necesarias, dentro del marco político definido por el Gobierno. Así es como en enero del año 1973, el general de la Fuerza Aérea don Alberto Bachelet Martínez es llamado a ocupar el cargo de Director Nacional de Distribución. A la fecha, el General se desempañaba en la cúspide de su carrera como Director de Finanzas de la institución. Aclaro que, para este efecto, el Presidente solicitó a la Fuerza Aérea que comisionara al Ministerio de Economía al General Bachelet, disposición ejecutiva en la que también se me incluyó, habida cuenta que, sin perjuicio de mi condición de piloto de combate, el año 1972 había yo había egresado de la Escuela de Economía, a la que había sido oficialmente enviado por la FACH.

Sobre el punto quisiera –si me permiten– destacar el significado del compromiso asumido por el General Bachelet. Si bien es cierto que su misión obedecía a una

orden presidencial, su nombramiento no fue ajeno a su forma de pensar. Por eso, cuando se requirieron sus servicios para dirigir un sector entonces conflictivo de la economía, como era la distribución de los productos básicos, no trepidó en poner a disposición del Gobierno su experiencia, su prestigio y su ascendiente, consciente de los riesgos que ello implicaba, no solo para su impecable carrera militar sino para su persona y familia, como lamentablemente se comprobaría más adelante, a consecuencias del golpe. Y quienes le acompañamos entonces, presenciamos su entrega, dedicación, su empeño por resolver los problemas que afectaban a los sectores populares y medios de la ciudadanía. ¡Y vaya cómo avanzó en su cometido! Con transparencia, con imparcialidad, con participación, enfrentó exitosamente tan delicada misión, solo abortada por el golpe de Estado.

Al poco tiempo de asumir y una vez acabada la evaluación de la situación, el General Bachelet solicita al Presidente se le den las facultades para tomar el control completo de las principales distribuidoras y nombrar en ellas a otros oficiales de las Fuerzas Armadas. Audaz y muy discutida decisión, resistida entonces por sectores del movimiento popular. Al respecto, algunos sectores políticos propugnaban establecer canales directos de distribución, omitiendo la intermediación de los pequeños comerciantes y creando 'almacenes del pueblo', desde los cuales se distribuyera la entonces conocida 'canasta popular'. Y no pocos gerentes de las distribuidoras estatales, contraviniendo las disposiciones existentes, apoyaban estas iniciativas, generando desconcierto en amplios sectores de la población y, por cierto, en la masa de pequeños comerciantes, también pertenecientes a los sectores populares. Se requería, pues, una autoridad que pudiera imponerse y ordenar, cuestión nada fácil en un ambiente de radicalización. En algunos lugares incluso hubo movilizaciones en defensa de la política de control popular de la distribución y de sus precios.

La crítica de la ultraizquierda de la época, en cuanto al rol de militares en la distribución, se centraba en que los uniformados actuábamos bajo criterios 'tecnicistas'. Cito: "…y bajo ese prisma, la oficialidad militar se encuadra en el concepto que la distribución debe operar manejando volúmenes físicos, pero no aplica una adecuación, flexibilidad o sentido político para que ese manejo se realice discriminadamente al servicio de los sectores populares". Esto decía Punto Final[2] en abril del 73. Leo también otra de las críticas de esa época: "De

este modo –se nos decía a la Subsecretaría– no resulta comprensible y consecuente que ahora se busque imponer un sistema de distribución de abastecimiento desde la superestructura. Esto significaría marginar a la masa de esa función vital para la economía y desmovilizarla en una acción de tanta importancia en el proceso revolucionario". A eso debíamos enfrentarnos…

Por nuestra parte, asumíamos que nuestra misión era llegar con lo que definimos como la 'canasta familiar' a todos los ciudadanos de Chile, especialmente a los sectores marginales. Asegurar que estos contaran con la cantidad necesaria de productos básicos oportunamente. Se trabajó en un catastro familiar por barrios y comunas; se censó al universo de comerciantes establecidos; se logró articular programas de distribución por zonas; y se estableció una estrecha coordinación con las JAP allí donde existían y, en subsidio, con las Juntas de Vecinos cuando aquellas no existían. Para regular el trabajo de las JAP, desde la Secretaría de Distribución y en estrecha coordinación con organismos de masas, se reglamentó el rol de estas, cuestión que, como se comprenderá, no estuvo exenta de conflictos. Y me voy a permitir leer un instructivo del General a los directores de las empresas distribuidoras, para que vean el sentido político que tenía también la Secretaría, pero también sus deficiencias. La circular del General Bachelet a las empresas distribuidoras mayoristas decía:

"Señor Gerente:

En atención a que esta Secretaría debe atenerse a las políticas fijadas por el Supremo Gobierno en materia de distribución y ante las repetidas denuncias de transgresiones a ellas formuladas por autoridades civiles, Juntas de Abastecimiento y Precios, Juntas de Vecinos, comerciantes, etc., el Secretario Nacional de Distribución infrascrito, reitera: 1. La distribución de bienes de consumo básico deberá hacerse exclusivamente a través del comercio establecido, con la única excepción de los sectores donde no lo haya; 2. La distribución que se efectúe directamente en aquellos lugares carentes de comercio establecido deberá ajustarse a las cantidades y frecuencias conforme a las demandas poblacionales, evitando con ello la especulación; y 3. Esta

Secretaría tomará las medidas conducentes a lograr la mayor coordinación con los comerciantes detallistas y las organizaciones de base".

El mecanismo de operación, entonces, consistía en fijar un número de familias y sus miembros en un determinado sector y definir los pequeños comerciantes, a través de los cuales se haría la distribución y venta del producto. Con antelación, se informaba a las JAP de la programación de distribución de determinado artículo o artículos en su sector y la cuota familiar o individual que correspondía. La JAP, entonces, coordinaba con él o con los puestos seleccionados la forma de entrega. Un instrumento que se fue extendiendo en procura de organizar y ordenar la distribución, fue el uso de 'la tarjeta', una suerte de comprobante familiar de pertenencia a un determinado sector, que emitían las JAP, con la cual el portador accedía a las cuotas de productos correspondientes a la familia. Las fuentes de conflicto surgían del uso sectario que algunos pretendía hacer de la tarjeta; de la resistencia de algunos comerciantes a distribuir en un orden y precio prefijado; y de las tendencias a filtrar productos al mercado negro, entre otras dificultades.

Todos los sectores sociales, gremiales y políticos accedían a la Secretaría a presentar sus quejas, reclamos y puntos de vista y todos eran escuchados. No habiendo cabida para presiones políticas sobre el General Bachelet, este procuraba conducirnos solo por criterios de eficiencia y justicia. Si bien recuerdo que el esfuerzo era públicamente reconocido por los sectores populares, la exposición mediática que la tarea implicaba para el General, le significaba abiertas críticas en la oposición y resentidos comentarios entre sus camaradas de armas, sentimientos que después del golpe se convirtieron en represalias.

Los acontecimientos militares que marcaron hito ese año, como el alzamiento del Regimiento Blindado Nº 2 en Santiago, conocido como el 'tancazo' o 'tanquetazo'[3]; el asesinato del Edecán Naval del Presidente[4]; la integración de los Comandantes en Jefe al gabinete; imprimieron una especial presión institucional a la permanencia nuestra en la Secretaría. Sin perjuicio de ello, la efectividad de las tareas emprendidas por la Secretaría condujo a la creación de

Secretarías regionales, varias de las cuales alcanzaron a funcionar antes del golpe de Estado.

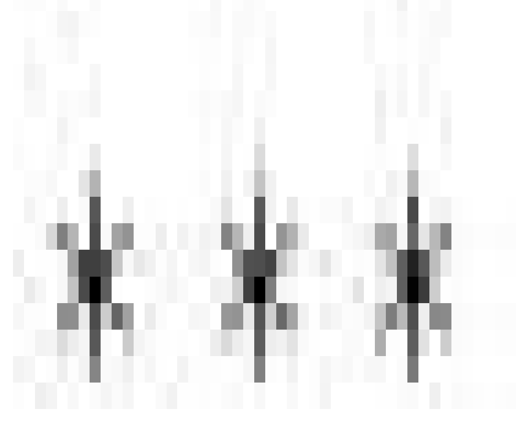
Y termino con una cita, para revindicar también cómo nos veían en la Secretaria, de la misma revista Punto Final, que decía: “También los militares en la distribución han tenido contacto con partidos de izquierda, frente a los cuáles se han mostrado decididamente progresistas”.

Notas del debate

A partir del ‘paro de octubre’, de los camioneros, en muchos sectores poblacionales se generaron lo que se llamó los almacenes del pueblo y la canasta popular, que pretendían resolver, en forma inmediata, el problema de la escasez de recursos y de bienes básicos. En ese contexto, en algún sector del movimiento popular se consideró que esa debería ser la política nacional y, por lo tanto, eliminar los canales de distribución establecidos, que eran los pequeños comerciantes, e ir a lo que se llamaba la ‘distribución directa’; que las empresas productoras entregaran sus productos directamente a las respectivas poblaciones. Lo cual, obviamente, era imposible para un país tan dislocado como el nuestro, en que, además, si no se hacía desde una organización centralizada era muy fácil dejar a grandes sectores sin la disponibilidad y sin el acceso a los productos.

De allí que, sin perjuicio de que se creó esta instancia centralizada, como era la Secretaria Nacional de Distribución, se siguió contando con la participación de la población y de la sociedad organizada, fundamentalmente a través de la JAP, Junta de Abastecimiento y Precios; un tipo de organización que había sido creada a mediados del año 72, pero cuya reglamentación se generó recién el año 73, en los términos en que yo explicaba, es decir, destinada a coordinar a nivel barrial la distribución de alimentos, pero a través –donde lo había– del comercio establecido. Porque no olvidemos que habían 300.000 familias dependiendo de la actividad del pequeño comercio y que no se las podía sacar del sistema económico, desperdiciando simplemente la capacidad instalada que existía. Por

lo tanto, efectivamente, las JAP jugaron un papel muy importante en la organización barrial de la distribución y siempre contamos con ellas. No omito, sin embargo, mencionar que, efectivamente, siempre hubo una presión y una tendencia a tratar de llegar al tema de la distribución directa, que fue el gran problema que enfrentamos.



A través de este Seminario, así como en los años anteriores[5], ha quedado claro que se planteaban objetivos políticos de cambio social con instrumentos absolutamente insuficientes, como era la Constitución Política existente, o como era el sistema político y la institucionalidad vigente. Por lo tanto, había que manejar las leyes disponibles, para poder avanzar hacia cambios sociales profundos y hacia una estructura socialista de la sociedad. Nosotros en algún momento consideramos –digo nosotros, el General Bachelet y las autoridades de la época– llegar al racionamiento y conocimos la experiencia cubana; pero, en realidad, esa experiencia se daba en un ambiente absolutamente distinto, donde el poder popular tenía el poder completo, el control de las Fuerzas Armadas, por lo tanto allí era cosa de organizar, ordenar y distribuir. No era lo mismo lo que nosotros vivíamos acá: teníamos leyes vigentes, teníamos sindicatos poderosísimos a los cuales había que considerar y, por lo tanto, nuestro desafío era avanzar con lo disponible.

1 El General de la Fuerza Aérea Alberto Bachelet Martínez (1940-1973), fue nombrado por el Presidente Allende, a comienzos de enero de 1973, Director de la Secretaría Nacional de Abastecimiento y Distribución, dependiente del Ministerio de Economía. Raúl Vergara, joven oficial de la Fuerza Aérea, fue nombrado su ayudante-asesor.

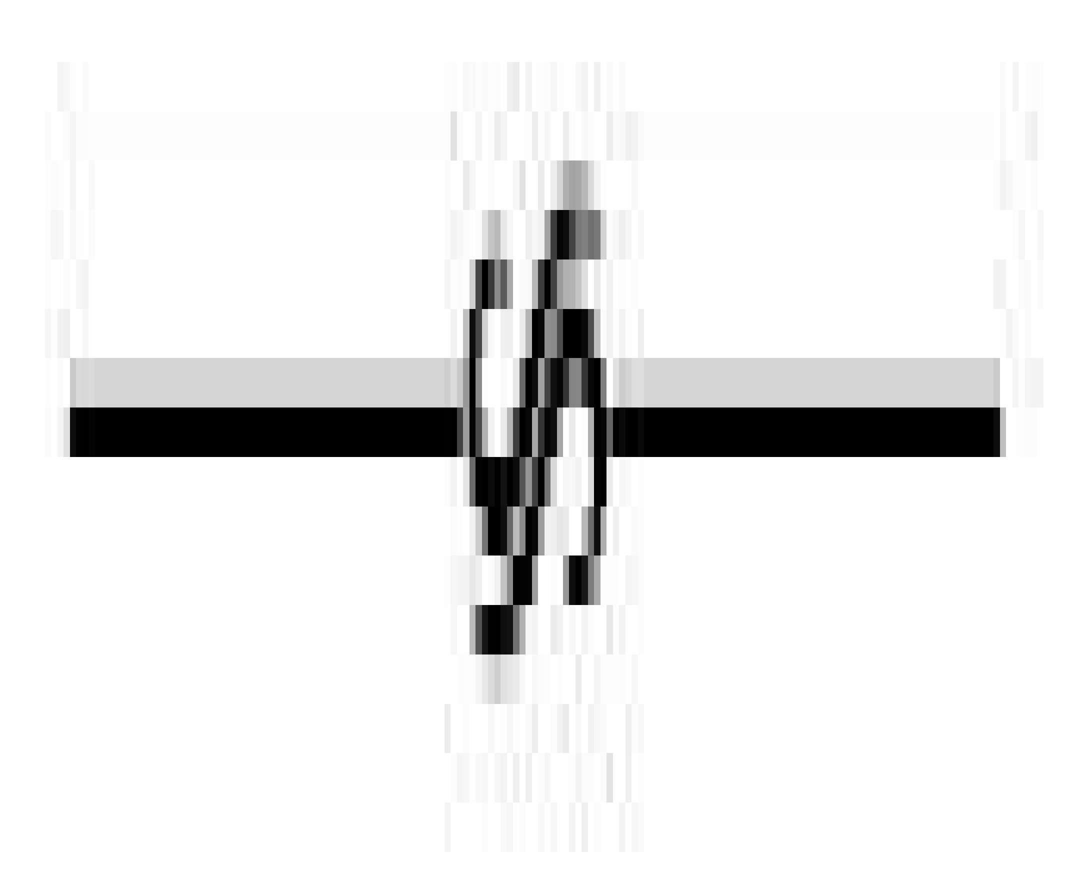
2 La revista Punto Final fue fundada en septiembre de 1965. Ligada en sus inicios al MIR, esta revista –si bien adhería desde su identidad de izquierda– mantuvo una línea crítica frente al Gobierno de Salvador Allende. Fue clausurada el 11 de septiembre de 1973, reapareciendo en 1989, contando con colaboradores socialistas, comunistas, cristianos e independientes.

3 Sublevación militar ocurrida el 29 de junio de 1973, en que tanques del Regimiento Blindados de Santiago rodearon el palacio de La Moneda. El movimiento fue desactivado personalmente por el Comandante en Jefe del Ejército Carlos Prats.

4 Arturo Araya Peeters, Capitán de Navío y edecán del Presidente Allende, fue asesinado el 27 de julio de 1973 por miembros vinculados al grupo de extrema derecha “Patria y Libertad“.

5 En alusión a los otros tres seminarios realizados previamente, los años 2010, 2011 y 2012.

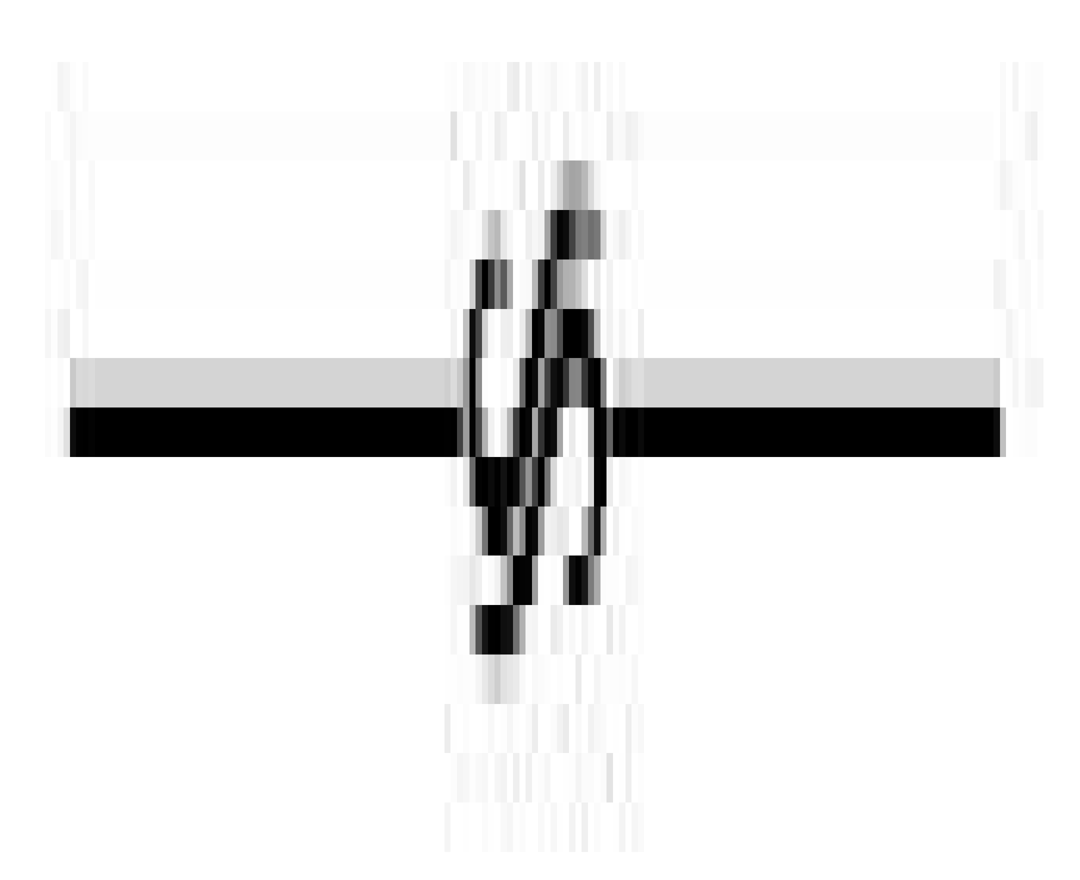
ORGANIZAC IÓN Y PARTICIPAC IÓN ESTUDIANTIL Y SINDICAL



Eduardo Rojas

Gonzalo Martner

PRESENTACIÓN DE EDUARDO ROJAS



Es difícil el testimonio cuando uno intenta hacerlo de modo más directo y no lo intelectualiza, como está acostumbrado. Tanto Gonzalo (Martner) –mi compañero de mesa– como yo, hoy somos académicos. Hay, por cierto, una distancia temporal en el conocimiento de las cosas y ese es un problema de los historiadores; pero, además, hay un problema personal, que son los filtros, los recuerdos, la memoria propia, que se dispara en la relación con ustedes. Uno se encuentra con gente y empieza a recordar. Y ya no es como dictar una clase. Ya deja de ser un pensamiento más ordenado, como a uno le gusta ¿no?, que escribe libros, papers, que escribe en inglés… Entonces me disculpan, por el esfuerzo que hay que hacer para hablar de estas cosas.

Yo le decía a Pedro (Milos) –nos conocimos en ese tiempo con él, militando– que hacía 40 años que no caminaba por esta vereda[1]. No sé cómo explicarlo, la CUT quedaba acá en frente[2]. Era el 11 de septiembre de 1973, a las 12:15 del día, terminaba una reunión, salí, doblé por la esquina y me fui por la Alameda hacia el centro, solo. Me iba a encontrar con uno de ustedes, que está presente acá. Es difícil la 'academia' así. Eso es lo que quería decirles, en primer lugar. He venido muchas veces al país, porque no vivo en Chile, pero no había venido nunca acá, a este lugar, en los 40 años…

Entonces, lo primero que quería decir es eso, es una memoria que está muy recargada de afecto. No sé si todas las memorias, porque no es mi especialidad, están cargadas de afecto, pero esta, en esta circunstancia, acá a veinte metros de la CUT, a veinte metros de la última vez que caminé por esta vereda…, es una memoria muy fuerte. Se dispara sola. Sufre sola.

Tratando de hablar un poquito más distante, haciendo el esfuerzo, yo diría que había en ese tiempo del 73 –yo recuerdo– un clima general en el movimiento obrero en el que había dos visiones muy fuertes. Una, una visión de confianza en la fuerza del pueblo, que trataré de comentarla después un poco; y, otra, una visión de incertidumbre, de inminencia de algo que iba a ocurrir. Y esas dos

visiones –en alguien como yo– se cruzaban, se entrelazaban, se confundían. La confianza parecía incertidumbre y la certidumbre parecía torpeza.

Una visión de confianza en la fuerza del pueblo para salir adelante ante lo que llamábamos la ‘ofensiva de la derecha’. Ofensiva que se había desatado a fines del 72 y comienzos del 73, con una fuerza que impresiona e impresionaba mucho. Ya ustedes escucharon los relatos de Pedro Felipe (Ramírez) y de Raúl Vergara antes[3]… ¡Qué clima, ese! Y una visión de incertidumbre, como que iba a pasar algo que iba finalmente a detener el proceso de cambios. Fue una sensación de precariedad política, de precariedad de vida. En ese tiempo vida y política –para alguien como yo– era lo mismo. Afortunadamente ya no es más así, digo, hoy. En ese tiempo vida y política era lo mismo. ¡Vida y política! Entonces había una precariedad política y de proyecto de vida. Las dos cosas eran precarias.

Entonces, eso afectaba mucho. Sobretodo afectaba a quienes nos considerábamos y decíamos marxistas leninistas, es decir, gente que sabía para dónde iba la historia, en definitiva. La precariedad para un marxista leninista –que sabíamos para donde iba todo, por marxistas y por leninistas– era una precariedad muy notable. El clima era ese. Esa confianza en la fuerza del pueblo y esa precariedad de proyecto y de vida. Pero primaba con frecuencia, por sobre la incertidumbre –diría yo, hoy, recordando– primaba esa confianza en que la clase obrera sabría defenderse llegado el momento. Primaba, finalmente, en gente como yo… –yo era un joven, andaba por los treinta años, Vicepresidente de la central obrera de un país, era como una ‘joda’[4]: un Vicepresidente de la central obrera con treinta años, egresado y titulado en una universidad, como que no era razonable, pero era– primaba, finalmente, una cierta confianza en que la clase obrera –el pueblo como decíamos– sabría defenderse y resolvería políticamente –ese era el punto– la crisis que a todas luces el país estaba enfrentando.

La expresión fundamental del movimiento sindical y del movimiento obrero, era –es esa, entiendo, la pregunta que me hacen ustedes– la dirección, la política y

las movilizaciones de la Central Única de Trabajadores. Eso era lo fundamental. No estoy hablando de una burocracia, sino de dirección, de política y de movilización de la CUT. Eso era lo fundamental para mí. La CUT había nacido como una central única, hoy se llama Central Unitaria, pero en ese tiempo se llamaba Central Única. Era la única organización de tercer grado que representaba a las federaciones y confederaciones. Había nacido veinte años antes del 73[5] y, a la época, según un estudioso que era dirigente conmigo, que también era egresado de la universidad –Agustín Muñoz, con quien nos encontrábamos todos los días ahí al frente, en la sede de la CUT[6]–, según él la CUT era extraordinariamente representativa de los obreros de este país. Tenía entre el 50 y el 60 por ciento de los trabajadores ‘sindicalizables’. Unos 600.000 trabajadores afiliados, del sector privado y del Estado; por consiguiente, de sindicatos y de asociaciones de trabajadores estatales. Según el estudio de Agustín, 87 de las 130 federaciones y confederaciones que había en ese tiempo, integraban el plenario de la CUT.

Los dirigentes de la CUT, habíamos sido elegidos un año antes, en mayo del 72, en campañas similares a las campañas de presidenciales; fue una elección universal en que votaron todos los afiliados, de Arica a Magallanes. Postulamos en listas, vinculadas y presentadas por lo que en la CUT se llamaban ‘tendencias’, pero que, en el fondo, eran los partidos políticos. En la CUT no había partidos políticos, había ‘tendencias’ políticas. Ese uso, a veces maravilloso del lenguaje, que permite decir que las cosas no son como son: ‘tendencias’… Y en esa elección universal, la lista que yo encabezaba, que era la del MAPU –un partido que en ese tiempo existía, que después en los años 90 se dice que existió también, pero en realidad había dejado de existir años atrás, y por ahí hay gente que cree que el MAPU era un partido de los 90– esa lista, que yo encabezaba, había salido cuarta. Primera, la tendencia comunista; en segundo lugar, la tendencia socialista; tercera, la tendencia democratacristiana; y cuarta la tendencia MAPU. Por los estatutos, la primera mayoría tenía la presidencia; la segunda tenía la secretaría general, que era el segundo cargo importante; y las otras dos los vicepresidentes. Yo era el segundo vicepresidente; el primero era Ernesto Vogel, de la tendencia democratacristiana[7].

La CUT era presidida en ese tiempo por un dirigente obrero excepcional… (larga

pausa) Luis Figueroa, militante del Partido Comunista. Uno guarda, de Figueroa, recuerdos que son imborrables. Trataba de pensar cómo relatar, contarles, lo que implica decir 'un dirigente obrero excepcional'. Yo conocí muchos dirigentes obreros en mi vida, sigo conociendo dirigentes obreros y tengo la impresión de que Figueroa era excepcional. Se me ocurren tres rasgos de la figura de Figueroa, para decir cuán excepcional era… Fíjense que era un tipo que tenía solo escuela primaria, venía de los obreros gráficos, había sido Diputado por su Partido –el 'Partido de los Comunistas', como decían ellos– en el cual había sido reclutado a los quince años.

Tres rasgos. Lo primero, una pasión por el saber y el conocimiento, una especie de respeto, que no es habitual, un cariño por el saber. Se llevaba bien con los intelectuales. La CUT tenía un equipo de asesores permanentes, algunos de ellos andan por las universidades acá; Marcela Noé, María Ester Feres, Pedro Guglielmetti[8], entre otros. Figueroa trabajaba con ellos. Ninguno de los que acabo de nombrar era comunista. No sé si Marcela después se hizo comunista, no recuerdo, pero en ese tiempo no lo era. Una pasión por el saber y el conocimiento. Por supuesto, por el saber histórico, por aprender historia, pero también –cosa que no es habitual– pasión por el saber y el conocimiento del trabajo y de la producción. De cómo la gente trabaja, no del mercado de trabajo, de cómo la gente trabaja; del lugar donde está, cómo vive en la empresa, cómo hace su 'laburo'. No se usa mucho el conocimiento del trabajo, los economistas nos han convencido de que cuando hablan de trabajo, ellos hablan de empleo, de cómo es el mercado. Yo vengo poco, vengo tres o cuatro veces al país, pero hace unos años, en una de esas venidas, leí –no podía creer lo que leía en La Tercera– un comentario de alguno de los centros de estudio, que decía la siguiente idea: "Lo concreto es el empleo, lo abstracto es el trabajo", "lo ideológico es el trabajo". ¡Qué bárbaro! "¡Lo concreto es el empleo, lo ideológico es el trabajo!". Pasión de Figueroa por el saber y el conocimiento de la historia y del trabajo, diría yo. Preocupación permanente, de todos los días. Incluso había aprendido a escribir bien, escribía conceptualmente bien, diría un académico si leyera los manuscritos de Figueroa. Él redactaba las declaraciones de la CUT, no necesitaba que se las redactaran los asesores. Primer rasgo.

Segundo rasgo: una ideología antisistémica, que no era solo una ideología

partidaria que diera para la crítica coyuntural habitual. No solo eso. Sino que le daba también para buscar, siempre, la comprensión entre los que están contra de lo que él llamaba el sistema capitalista. Eso era permanente.

Y, en tercer lugar, una gran sensibilidad por lo obrero. Que no es bondad, que no es simpatía, que no es generosidad, que no era caridad, sino una apertura. Como que los obreros existían. Una apertura para escucharlos, para tomarlos en serio. Hoy llamaríamos, quizás, a eso, una gran capacidad de comprensión. En ese sentido, yo recuerdo a Figueroa como alguien excepcional. Alain Touraine, un sociólogo francés –después los que nos dedicamos a la universidad lo leímos– que en ese tiempo vivía en Chile, que se casó con chilena, que hablaba mucho de Chile, refiriéndose a Figueroa, dijo que era la personalidad política más notable de la izquierda chilena de ese tiempo, porque era uno de los pocos que podía ser hombre de Estado y agitador social simultáneamente. Hombre de Estado y agitador social.

La dirección de la CUT –decía yo que fue como la expresión fundamental, de lo que recuerdo en ese tiempo– estaba completada por Rolando Calderón. Esa era la llamada Mesa Directiva, los cuatro: Figueroa, Calderón, Vogel y Rojas. Rolando Calderón, dirigente campesino, había sido guerrillero; en los 60 se había tomado un fundo disparando con unas ametralladoras, decía él cuando contaba; después se había vinculado al Ejército de Liberación Nacional del Che, en Bolivia. Habían formado una facción que se llamaba "los Elenos" y después dieron origen, históricamente, a lo que se llamó "el Almeydismo", en el Partido Socialista. Reclutaron alguna gente en los 60, antes de que yo fuera MAPU, entre los cuales me incluí. Entonces yo había sido como 'filo-eleno' en mi prehistoria socialista, sindical, por decirlo de esa manera.

Y Ernesto Vogel era dirigente ferroviario, demócrata cristiano; de una tradición democratacristiana, que había aprendido a conversar y a cooperar, no solo a establecer alianzas, sino a cooperar, a trabajar juntos con la izquierda en la CUT. Había una tradición democrática cristiana de eso y Vogel la representaba bien.

Ese es el recuerdo fundamental de lo que pienso del movimiento obrero de ese tiempo. Es difícil obviar, es difícil borrar de la memoria, la polarización político-social que había en el país, que era extrema. Uno vivía casi en un permanente estado de excepción, como diría un buen jurista. Es difícil, en ese estado de excepción permanente, dejar de recordar lo que implicó el esfuerzo, paralelo a la CUT –diría yo–, simultáneo a la CUT, que en ese tiempo lo enfrentábamos mucho, pero que hoy con la perspectiva histórica, uno lo valora de otro modo. Me refiero al esfuerzo de creatividad política que implicó todo lo que fue la llamada consigna de 'crear poder popular'. Creatividad política, creatividad de formas de acción, de organización y de discurso nuevo.

El 'crear poder popular' cundió en los sectores menos tradicionales del movimiento obrero de ese tiempo, implicó un principio de movilización y de organización socialmente diversificado, divergente, que no se encuadraba en el orden institucional, legal, formal, laboral o político, sino que lo trascendía buscando muchas veces no transgredirlo, pero –en la práctica– muchas veces confrontándose con el orden político, legal y laboral más clásico.

A nivel de los sindicatos, la idea de 'crear poder popular', lleva a formar lo que llamamos, en ese tiempo, los 'cordones industriales'; una especie de agrupamientos, cuasi políticos, de lógica más bien territorial; por ejemplo, Maipú. Integrado por dirigentes sindicales de base, que venían de una parte del PS, del MIR o del Frente de Trabajadores Revolucionarios[9], del MAPU y de la Izquierda Cristiana. Dependiendo del contexto local, los cordones industriales entraban en mayor o menor contradicción con los sindicatos legales, con aquellos que se expresaban en las federaciones, en las confederaciones y en la CUT.

Eran tiempos en que la situación política general podía ser sintetizada en dos consignas fuertes, el 73: "Consolidar lo logrado" o "avanzar sin transar". Tengo acá los recuerdos de (Luis) Corvalán diciendo "consolidar", los de (Carlos)

Altamirano diciendo: “Avanzar sin transar” o los de (Jaime) Gazmuri tratando de no decir ni una ni otra de las dos consignas, sino una que él –y yo también– consideraba más razonable[10]. Pero, me la salto, mejor. Además que me queda poco tiempo.

Yo diría que en el marco de este estado de excepción, de este clima de tensión, de este clima de polarización, de esta precariedad política y de vida, el movimiento obrero clásico se había transformado. Si uno mira con una mirada un poco más distanciada, quizás el movimiento obrero, ya en ese tiempo, mostraba aspectos más de un movimiento social, más difuso, más fragmentado, con visiones y dinámicas divergentes. Por un lado, estaba lo que algunos de nosotros veíamos como el peligro ultraizquierdista, por su espontaneísmo político, que se expresaba en los ‘cordones’; y, por otro lado, veíamos también de qué modo el movimiento obrero clásico se ilusionaba o se concentraba, ya no tanto en la reivindicación, como movimiento social, sino en la defensa irrestricta del Gobierno. No estoy criticando, estoy relatando. Sigo pensando que había que defender al Gobierno con todo, pero me doy cuenta que eso –al interior nuestro– era una contradicción básica. La defensa del Gobierno, que Allende había llamado “Gobierno Popular Revolucionario”, en ese estado de excepción.

Voy a tratar de hacer un recuerdo final… Se acercaba a mediados del 73 –ustedes saben, todos lo sabemos– lo que después sería la batalla final. El Partido Comunista intenta, en ese momento, desde la CUT, darle sentido material a la defensa del Gobierno, darle sentido práctico, que no fuese una pura consigna. Entonces, Figueroa lo expresa muy bien: “La clase obrera debe encuadrarse, cuasi militarmente; debe mostrar en el espacio público su militarización, obrera; marchar como batallones, tener dirigentes explícitamente encargados de ello; y, en las fábricas, debe organizarse en comités de vigilancia para superar la producción y para defender el Gobierno”.

Yo recuerdo –y con esto voy a terminar– una reunión, después del ‘tancazo’, que fue el 29 de junio, en la casa de Tomás Moro, con (Carlos) Prats y (Augusto) Pinochet, para defender el Gobierno. Para defenderlo ‘ante cualquier peligro

golpista', dice el Presidente Allende en esa reunión. La reunión estaba convocada entre los generales Prats y Pinochet –Comandante en Jefe y Vicecomandante en jefe, si mal no recuerdo– y la CUT, de manera de coordinar la defensa popular con la defensa militar[11]. Ambas, institucionalmente dirigidas. Pinochet, en esa reunión –nunca lo voy a olvidar– escucha atentamente lo que decimos–lo que dice Figueroa, lo que dice Allende, lo que dice Prats–, asiente con todo, no abre la boca y se muestra dispuesto a coordinarse, en caso de emergencia institucional. Se muestra dispuesto a coordinarse con la expresión informal, podría decirse políticomilitar, de la clase obrera encuadrada y dispuesta a defender lo conquistado, mostrando su fuerza.

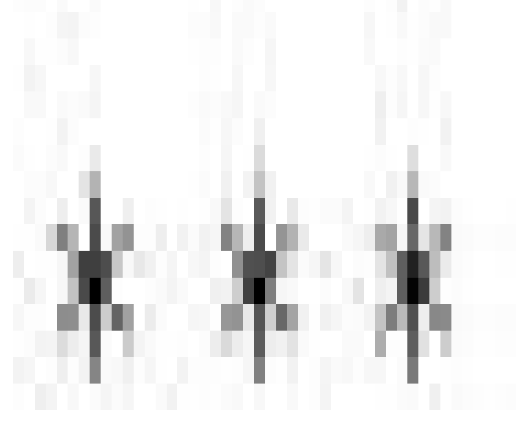
El 11 de septiembre, ya les conté: salí de enfrente de este lugar, caminé por la Alameda, me pareció que la vida se terminaba. Cuesta decirlo. Una gran desolación, como una carencia de suelo, como una carencia de no saber uno dónde está. Creía que ya no viviríamos jamás. Había creído que nunca viviría lo que empezaba a vivir. Había dicho que no viviría así.

Y dos memorias: una, la memoria imborrable de Nicolás López[12], Secretario de Organización de la CUT, obrero comunista; otra, de Exequiel Ponce[13], obrero de mi sector, los portuarios –yo era funcionario del Estado, había trabajado en el puerto de Valparaíso y de Antofagasta–. Exequiel Ponce, dirigente socialista, tiene historia, los historiadores lo conocen. Un maestro de los que descendían de Recabarren, que me había enseñado a ser dirigente: Ponce. La memoria de ellos dos…

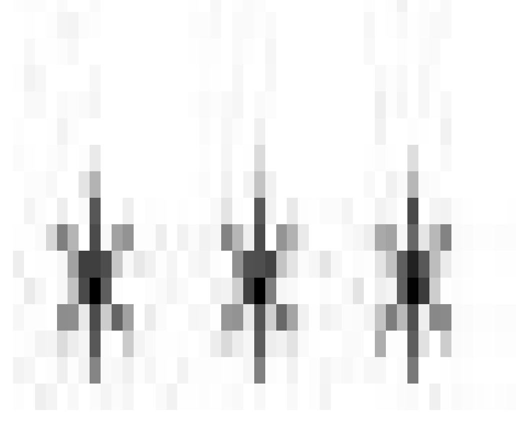
Al final, final, yo creo que uno aprendió –yo aprendí– un enorme respeto por el saber obrero. Por el valor constructivo de la experiencia de los trabajadores. Un saber que yo diría tiene tanta validez como el de las Ciencias Sociales –a las cuales me dedico hoy– porque sin ese saber obrero, sin esa experiencia obrera, no se cambia la historia. Respeto por el saber obrero, porque quizás la experiencia obrera no quiere tanto que la expliquen –como nosotros se lo explicábamos– sino quiere que la consideren. Más que explicación quiere, quizás, consideración.

Notas del debate

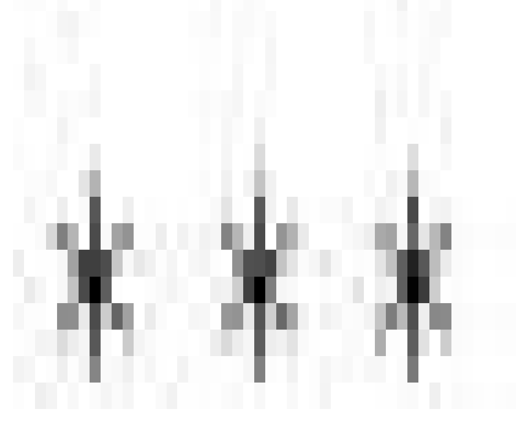
Yo les decía hoy día, al comienzo, que no vine a darles una opinión científica de lo que ocurrió, sino un testimonio. Y los testimonios se caracterizan porque olvidan. Así dicen los que saben de memoria y de testimonios y, sin duda, en mi intervención hay mucho olvido. Hay mucho olvido, sí, es cierto. Así es que yo solo pido disculpas por eso, pero no puedo de otra manera referirme a las cosas.



La relación de la CUT con los partidos en ese tiempo, yo no sé si se puede decir de esa manera, porque tengo la impresión que cuando uno dice partido político en el siglo XXI, dice otra cosa de la que se decía en aquel tiempo. Tengo la impresión de que hoy la frase partido político, no dice lo mismo que decía en ese tiempo. En ese tiempo partido político era vida política, eran unos organismos que funcionaban todas las semanas y los dirigentes todos los días, bien o mal. Me da la impresión que ya no hay ese tipo de organizaciones, o a lo mejor hay y me equivoco… Los partidos eran o éramos como la vanguardia, la jefatura, los que sabían todo. Así eran los partidos políticos. Yo entiendo que eso también es algo loquísimo, pues era una organización que sabía todo el pasado, sabía todo el presente y sabía todo el futuro. Nosotros –tú y yo, que militábamos juntos– sabíamos la historia, el presente y el futuro. Y por eso teníamos un partido y, por tanto, el partido, que sabía tanto, dirigía a los que sabían menos, que era el pueblo. Ese era el esquema, ese era el modo cómo funcionaba. Yo, al final, creo que ese fue el cambio para mí más importante. No sé si es autocrítica, yo tampoco me las doy de autocrítico, mira que he encontrado que hay mucha gente que hace autocrítica y que me da la impresión que no es ‘auto’. Casi nunca. Entonces, quizás lo que más yo he aprendido es que ese esquema, en el cual hay alguien que sabe y explica y otro que escucha y aprende, ese esquema ya no funciona, ni tampoco funcionó allá, en ese tiempo; ni en ese tiempo, ni hoy.



En ese tiempo y hoy, el saber de la experiencia popular es un saber sin el cual no se puede conocer la historia, ni el pasado, ni el presente, ni el futuro. Y ese saber está en la experiencia popular. No en los libros, ni en la cabeza de los dirigentes. Yo me dediqué a investigar eso después y a trabajar con trabajadores y con obreros durante muchos años, después del golpe. No en Chile, no viví más en Chile, no vivo en Chile, actualmente, no, no vivo en Chile. Ustedes viven acá y tienen otra historia después del golpe. Ese saber, ese modo de saber, requiere entender la experiencia popular, lo que fue y lo que puede ser hoy. Implica un cambio en el sentido de que el pueblo, los trabajadores –como dije antes– más que explicación, necesitan consideración, requieren ser considerados y no son considerados. Considerados significa valorizados.



La Democracia Cristiana había tenido siempre un componente obrero, nos gustara o no a los que no éramos democratacristianos; un componente obrero importante, además. En elecciones universales, el año 1972 –universales, en que los tipos votaban en cada lugar de trabajo– la Democracia Cristiana debe haber sacado más del 25 por ciento de los votos[14] y –tal como se recordaba– se eligió un señor, don Manuel Rodríguez[15], que yo había olvidado completamente, como Secretario General, como jefe de la CUT aquí en Santiago, en la regional Santiago. Eso es lo primero.

Segundo, esa tendencia democratacristiana en el movimiento obrero, expresaba siempre una contradicción, interna entre ellos, entre cooperar con los marxistas o enfrentar a los marxistas, y ganaba una u otra, históricamente. En la CUT siempre hubo y se mantuvo, en toda la historia de la CUT, desde que es fundada hasta después del golpe, una representación de aquellos democratacristianos que estaban por cooperar. Cooperar significa trabajar juntos, hacer cosas juntos. No significa ni siquiera estar de acuerdo. Yo puedo cooperar con él y trabajar juntos y no estar de acuerdo. Es en ese sentido que digo cooperar. Ernesto Vogel representaba eso. Se peleó con nosotros, y se acordó con nosotros. El día antes del golpe –esto no lo conté– tuvimos una reunión en La Moneda con Allende, que se iba, y después con un marino, que era Ministro en ese momento[16], cuyo nombre también olvidé. Como a las once, doce de la noche, estuvimos en La Moneda ese lunes 10 de septiembre de 1973 y Vogel fuera, estuvo un rato y después se fue. Porque la Democracia Cristiana estaba en otra posición oficialmente.

No sé si respondo a la pregunta, pero, desde el punto de vista del testimonio, lo que yo recuerdo es que siempre había habido demócratas cristianos… Uno de ellos estaba presente en esta sala hace un rato atrás, en ese tiempo un joven dirigente sindical metalúrgico. Estaba por allá atrás.

Y no me hagan a recordar más, que me voy a poner a llorar de nuevo.

1 En referencia a la vereda oriente de la calle Cienfuegos, entre Erasmo Escala, por el norte, y Alameda, por el sur, en Santiago. La Universidad Alberto Hurtado, donde se realizó el seminario, ocupa buena parte de la manzana comprendida por las calles Alameda, Cienfuegos, Erasmo Escala y Almirante Barroso.

2 La sede de la Central Única de Trabajadores –de la cual Eduardo Rojas era uno de sus Vicepresidentes en 1973– estaba ubicada en calle Santa Mónica, entre Cienfuegos y Avenida Brasil.

3 Ver sus presentaciones, pp. 35-43 y 44-53, respectivamente.

4 Broma.

5 La Central Única de Trabajadores, CUT, fue fundada en Santiago el 12 de febrero de 1953. Su primer Presidente fue Clotario Blest.

6 Agustín Muñoz Vergara, había estudiado en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, la que tenía un convenio con la CUT para que sus estudiantes y académicos apoyaran la labor de su Departamento de Educación y Cultura; en ese contexto, en 1969 fue nombrado director de la Escuela Sindical de la CUT. En 2006, Muñoz Vergara publicó una valiosa obra titulada Abriendo caminos: retrospectiva política, sindical y social de Chile y de América Latina, a través de una historia personal.

7 Así, la directiva de la CUT, elegida en mayo de 1972, quedó compuesta por: Luis Figueroa, Presidente; Rolando Calderón, Secretario General; Ernesto Vogel, primer Vicepresidente y Eduardo Rojas, segundo Vicepresidente.

8 Fundador del Centro de Estudios Sindicales y Cooperativos, de la Universidad de Chile. Sobre todo este grupo de colaboradores de la CUT de esa época, y que continuaron luego vinculados al sindicalismo durante el período de la dictadura, ver la ya mencionada obra de Agustín Muñoz V.

9 Expresión del MIR en el frente sindical.

10 En marzo de 1973, una vez que el MAPU se dividió, Jaime Gazmuri pasó a ser Secretario General del MAPU Obrero Campesino. MOC.

11 Respecto de esta reunión, ver conferencia de Joan Garcés, pp. 85-105.

12 Militante del Partido Comunista, Presidente del Sindicato minero, oficina salitrera María Elena, en Tocopilla; Consejero nacional de la Central Única de Trabajadores. Detenido y desaparecido en julio de 1976.

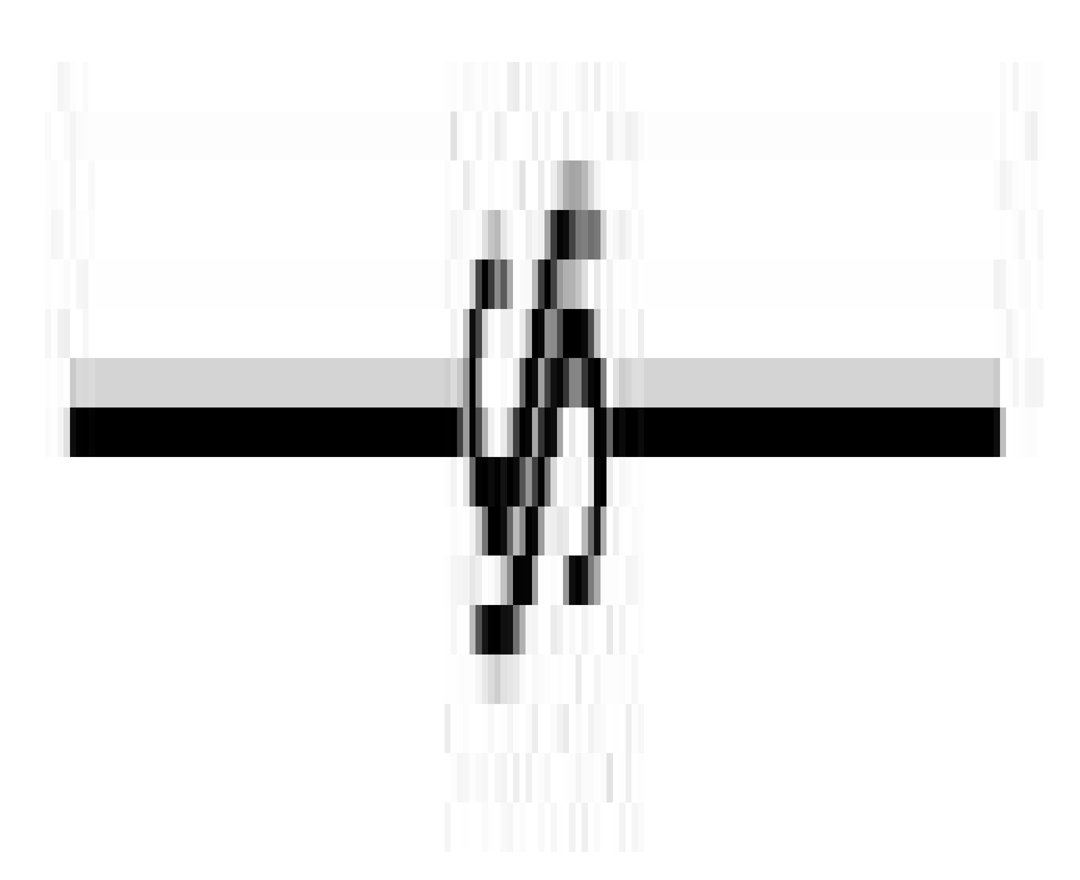
13 Militante del Partido Socialista, miembro de su Comité Central y Comisión Política. Dirigente portuario y dirigente de la CUT. Detenido y desaparecido en junio de 1975.

14 La lista de la Democracia Cristiana obtuvo 147.598 votos, representando un 27 por ciento del total.

15 Dirigente sindical democratacristiano, que continuó jugando un papel en el sindicalismo durante la dictadura, siendo parte de la creación del Comando Nacional de Trabajadores.

16 En referencia, seguramente, al Contralmirante Daniel Arellano, nombrado Ministro de Hacienda en el cambio de gabinete del 28 de agosto de 1973. Antes se había desempeñado como Ministro de Obras Públicas.

PRESENTACIÓN DE GONZALO D. MARTNER



Ha sido muy emocionante escuchar a Eduardo (Rojas)[1] y, en fin, trataré de dar esta mezcla de testimonio con análisis.

En verdad, creo que tiene interés, en esta secuencia que ustedes están analizando del año 1973, considerar los procesos que generó la propuesta del Gobierno del Presidente Allende de hacer una reforma integral en la educación y que se denominó la propuesta de la Escuela Nacional Unificada[2]. Esto suscitó en la sociedad un conjunto de procesos que, sin embargo, no voy a analizar en su contenido de política pública, entre otras cosas porque yo entonces tenía 15 años. Estoy aquí, más bien, para un relato testimonial que tiene que ver con una parte bastante específica de esos procesos. Lo que yo en esa época llamaba, para reírse un poco, 'el último frente de la lucha de clases' y que tiene que ver con lo que ocurrió en los colegios particulares.

Por una serie de cosas que no vienen al caso, el hecho es que yo empecé a ser dirigente de mi colegio –yo estudiaba en la Alianza Francesa, fui vicepresidente de su centro de alumnos el año 72– y a partir de ahí empecé también a militar en el MIR. Después de haber simpatizado con la Juventud Socialista, opté por ingresar al MIR. Yo diría que hay un momento bien crucial para muchos de nosotros –adolescentes en ese momento– que es el paro de octubre de 1972. Porque es la primera conmoción en nuestra vida cotidiana, más allá de los que teníamos militancia. La derecha pone ya en práctica su estrategia insurreccional que consiste en paralizar las actividades del país. Y, bueno, lo primero que tenían a mano para paralizar, eran los colegios donde tenían a su hijos, entonces los colegios particulares fueron muchas veces punta de lanza de ese proceso y los que estábamos allí, que teníamos una opción de apoyo al Gobierno del Presidente Allende, evidentemente que reaccionamos y buscamos organizarnos.

A ese título, entonces, precisamente luego del paro de octubre, es que José Miguel Crispi –en el relato que estoy haciendo ustedes van a encontrar un montón de nombres, entonces más de alguien aquí podría hacer estudios, varios

los han hecho ya, sobre las élites y su reproducción, pero yo simplemente me remito a contar las cosas como fueron– José Miguel Crispi, rompe con Osvaldo Artaza, que dirigía en esa época la Federación Unitaria de Estudiantes Particulares[3]. Justamente, porque Osvaldo pacta con el Partido Nacional y con Patria y Libertad[4] para una estrategia insurreccional, para paralizar los colegios particulares. Entonces se produce esta reacción, liderada en ese momento por José Miguel que a la sazón era todavía, entiendo, militante de la Democracia Cristiana. Él rompe, se integra a la Izquierda Cristiana y empieza, entonces, a producirse este fenómeno de agrupación, media espontánea, entre trabajos voluntarios para el abastecimiento de alimentos, en fin –ya hablaron de eso en la mañana[5]–, donde participábamos, pero también para procurar que no paralizaran los colegios particulares.

Esto nos ponía en una situación un poco divertida –encuentro yo– porque nosotros éramos jóvenes revolucionarios, que aspirábamos a una transformación radical de la sociedad, pero estábamos dedicados a mantener el orden, o sea, que funcionaran las cosas y que hubiera clases, en vez de que no hubiera, como suele ocurrir en la acción de los estudiantes revolucionarios. Pero esas eran las circunstancias de la época. José Miguel Crispi parte a la Universidad y yo lo reemplazo, en marzo del 73. Entonces, llegamos a tener una estructura organizada que denominamos la FIEP, Federación de Izquierda de Estudiantes Particulares. Esta era una agrupación que tenía la característica de ser ideológica y que su postura esencial y primordial era hacer que siguieran funcionando los colegios particulares; ser una contraparte del proceso insurreccional en curso. Uso esta denominación porque creo que es exactamente lo que allí había como estrategia. La gente que uno tenía en frente, lo que quería era derrocar al Gobierno mediante el uso de la fuerza y la violencia; yo lo denomino insurrección.

En ese sentido es que se constituye, entonces, una organización de esta naturaleza, que llegó a agrupar –y esto nos conecta en algún sentido con esta Universidad– una presencia bastante importante de estudiantes del San Ignacio de arriba y de abajo, ambos colegios jesuitas. Luego –ustedes se reirán un poco– estaba la gente del Saint George’s, aquellos que fueron después retratados en la película famosa, Machuca[6], que existían –doy fe, eran amigos míos que estaban

en el Saint George’s– y que, entre otras cosas, participaban en estos asuntos. Fíjense ustedes, gente del Villa María, del Santiago College, de las Ursulinas, etcétera, que nos agrupamos y empezamos a funcionar en el Palacio Pereira[7], ese preciosísimo edificio que esperamos que algún día se repare.

Era muy notable, porque efectivamente nosotros éramos gente más bien del barrio alto, de estos colegios que siguen teniendo la connotación social que ustedes saben que tienen y nos juntábamos en el centro, en un lugar que era bastante mágico y ajeno a nuestras vidas cotidianas. Era un edificio completo a nuestra disposición, con otras organizaciones estudiantiles. En ese contexto es que se va produciendo esta especie de agrupación, de radicalización, puestos una serie de adolescentes en el contexto de una batalla política, consistente en tratar de resistir, de ser contraparte, de ser contrapeso, a lo que estaba ocurriendo en el país, en general, y específicamente en el sistema educacional.

Paso, rápidamente, a describir lo que fue este proceso de la Escuela Nacional Unificada, bajo el gobierno popular. Les recomiendo, por supuesto, el precioso libro de Iván Núñez[8], que era Superintendente de Educación en aquella época. Actor directo, inspirador de ese proceso, él hizo un libro que está publicado el 2003 que yo –como bien mencionaba Eduardo (Rojas), los ejercicios de la memoria y de análisis, de dar cuenta del proceso, cuando se ha sido actor, son difíciles–, lo encuentro muy notable en eso, porque tiene la emoción evidente de quien vivió estos procesos, pero una capacidad de análisis puesta en contexto. Entonces los que quieran saber más, léanse el libro de Iván Núñez. Paso rápido, nada más diciendo que este proyecto es fruto de un largo proceso de propuestas de reformas que provienen de reflexiones de décadas, de un proceso de maduración, que viene de las primeras reformas pedagógicas de los años veinte y, principalmente, de las reformas realizadas durante el Gobierno del Presidente Eduardo Frei Montalva. Es un planteamiento que, a su vez, entiende que, junto con provenir del mundo de la pedagogía de la época, tiene que ser participativo y tiene que ser objeto de debate por parte de los actores. En particular, esto tiene que ver con la creación del Sindicato Único de Trabajadores de la Educación –el SUTE– que se crea en julio del 70 a través de una asamblea constituyente –no vamos a hacer comentarios, pero así se llamó: asamblea constituyente–. En su primer Congreso, este sindicato le plantea al país, y en su propia reflexión, la

necesidad de una reforma integral. Esto está, en parte, en el Programa de la Unidad Popular, ya que, por lo demás, el mismo Iván Núñez era uno de los representantes del Partido Socialista en la confección del Programa de la Unidad Popular y, por supuesto, están allí bien reflejadas las preocupaciones educacionales de la época. Esto es recogido por el propio Presidente Allende, sobre todo en el Mensaje al Congreso del 21 de mayo de 1972 y, previamente, por el primer Ministro de Educación de la época, Mario Astorga[9], que era, entre otras cosas, el vicepresidente del SUTE, el Sindicato Único de Trabajadores de la Educación.

Había una voluntad, entonces, de recoger –repito– la reflexión del mundo de la pedagogía, llamémosle progresista, y al mismo tiempo de esta poderosa rama del movimiento sindical, que era el sindicato de trabajadores de la educación. Iba emergiendo un conjunto de propuestas que, a su vez, van acompañadas de una muy fuerte expansión de la matrícula en esa época. Entre el 1970 y 1973 la matrícula global se aumenta en 275.000 alumnos, un 13,5 por ciento. Fíjense lo que son las cosas, hace unos años estaba discutiéndose la necesidad y la importancia de la educación pre-básica, pues bien, la expansión de la educación parvularia en ese periodo fue del 53 por ciento. Luego, la educación creció en un 32 por ciento; la educación superior –era pública claro– creció en 83.000 nuevos estudiantes en ese periodo, un 101 por ciento; la universitaria un 89 por ciento.

Ustedes se dan cuenta que el tema educacional, que nos tiene bastante ocupados y está tan presente en la agenda nacional, tiene en este episodio de la ENU, y en su derrota claro, un antecedente que yo encuentro hace muy válido que el tema se ponga en la reflexión que ustedes están haciendo.

Jorge Tapia Valdés era el entonces Ministro de Educación[10] –eran casi todos radicales los ministros de educación en esa época– y lo menciono porque creo que tiene que ver con cómo se traslada el eje de la discusión. En enero del año 73, Jorge Tapia Valdés hace un informe al Consejo Nacional de Educación y eso es la ENU. Es una cosa impresionante, porque no llegó a ser nunca un proyecto de ley, que yo sepa. Un proceso de tanta relevancia, que es uno de los factores

que siempre se citan, históricamente, como los desencadenantes inmediatos del golpe, es un informe de un Ministro de Educación al Consejo Nacional de Educación. Para que tengamos clara la sensibilidad que el tema educacional siempre ha tenido en la sociedad chilena y el modo en que despierta pasiones, conflictos políticos y –cómo no– en aquella época, polarización.

Entonces este conjunto de estudiantes que andábamos dando vueltas por ahí, después del 'paro de octubre', nos encontramos con esta reacción. Miren qué raro, El Mercurio, a la cabeza, diciendo: "estos son los marxistas que van a tomarse ahora las conciencias". Todavía no conocían a Gramsci[11], así es que no lo leían, pero igual decían: "Quieren aquí conquistar las conciencias". Y se produce entonces un fenómeno en donde, desgraciadamente, la propia Iglesia católica se sintió amenazada –no tenía por qué–. Creo que es una discusión interesante de hacer alguna vez con ellos: qué les pasó que se fueron de cabeza en contra de este proceso. Y también hubo pronunciamiento militar directo; un consejo de almirantes de la Armada y, luego, reuniones del Ministerio de Defensa. Reuniones del Ministerio de Defensa, acerca de un informe del Ministro de Educación al Consejo Nacional de Educación…, para que veamos las características y sensibilidades de la época.

Es muy interesante el texto de este informe, porque lo que procura es, sobre todo, una reflexión pedagógica sobre qué tiene que enseñarse, en la etapa post años 60 –por así decirlo–, en la etapa cultural después de los años 60, con todo lo que había pasado en Chile y el mundo, qué debía enseñarse a los estudiantes. En términos institucionales, expresamente dice que no se producirá modificación alguna de la educación particular, aquella en la que estaba el diez por ciento de los estudiantes, un poco menos, incluidos los que estábamos ahí. Que eso no se tocaría, ni habría reforma alguna, salvo el que los colegios tuviesen que adaptarse a los programas del Ministerio de Educación, cosa que ya ocurría. Yo estaba en el colegio que les mencioné y a fin de año recibíamos a los profesores del Ministerio de Educación, que nos tomaban examen. Y posteriormente, en la dictadura, vino todo aquello de los objetivos transversales y los contenidos obligatorios. De modo que no había nada, uno lee el texto de la ENU y no hay nada, absolutamente nada, que implicase algo de aquello que tuvo como fenómeno social.

Obviamente, uno tiene que preguntarse, entonces, algo pasó. Así es, este informe del Ministro de Educación al Consejo Nacional de Educación tuvo otros usos y esos usos eran terminar de levantar la idea de que aquí había unas fuerzas oscuras del mal, que querían no solo producir transformaciones en otros ámbitos, sino que, además, tomar las conciencias y reconvertir al marxismo a los jóvenes chilenos, y más encima, a los que estaban en la educación particular.

El llamado fue, como he dicho, a una conducta directamente de resistencia y de tomas y de paralización de estos liceos particulares. En el colegio Las Ursulinas, el capellán era un señor Infante, obispo del Ejército, entonces este señor llamaba abiertamente a las jóvenes de Las Ursulinas, unas niñas muy inocentes y muy tranquilas, a tomar activa participación en una resistencia ante el orden que se veía venir… El marxismo que se tomaba el país y que iba a eliminar, por supuesto, la educación católica, la educación particular y cometer otro tipo de atrocidades.

Contemplemos, entonces, esta situación, desde ese ángulo. Así nos podemos explicar la distancia absoluta con el hecho objetivo –las cosas nunca pueden determinarse objetivamente en los fenómenos sociales, está claro– a partir de una mínima lectura honesta sobre qué decía el proyecto de la ENU, en qué consistía y, a su vez, en qué proceso se insertaba. El Ministro, lo que dijo ante el Consejo de Educación –él habla en enero– fue lo siguiente: “Pido que, de aquí a julio, los actores de la educación chilena opinen sobre este documento que aquí les entrego”. En el marco de ese proceso se desenvuelve este conjunto de situaciones.

Yo quiero hacer, ahora, una breve reflexión política sobre este asunto. La introducción del documento de la ENU, que ciertamente no tuvo mucho que ver con la reflexión previa, es una introducción muy poco feliz. Iván Núñez cuenta, no en el libro, pero en la conversación más directa y personal, que ahí hubo una cierta lógica de radicalización del lenguaje. Se hablaba allí que este proyecto de

la ENU acompañaba el proceso de transición al socialismo –tampoco era una frase tan terrible–. Que en definitiva había que poner la educación en el contexto del proceso revolucionario en curso, de un tono así eran las frases que decía esa introducción. Probablemente, ese fue el error más grande, en el sentido de no concordancia con lo que se proponía poner en discusión, que era una reforma de la educación en Chile, de eso se trataba. Entonces el lenguaje que se usaba en la introducción genera esta reacción o es pretexto para esta reacción. Esto da para una reflexión mucho más amplia, acerca de propuestas programáticas de cambios, presentes en la sociedad chilena en esa época, con radicalidad del lenguaje que influyó en los procesos políticos.

El punto está en el uso que se hizo de la ENU para este proceso de insurrección, que tiene otro origen, otras características, que ustedes están analizando en este seminario y que están documentadas en otros aspectos.

El hecho es que nos juntamos estos estudiantes secundarios y fuimos a una reunión con Aníbal Palma, Ministro de la Secretaría General de Gobierno. Yo nunca he tenido ocasión de recordarlo con él, cuando muchos años más tarde nos veíamos con frecuencia al ocupar ambos cargos de dirección en el PS, pero entonces fuimos a hablarle y dijo: "¡Ah! Por fin aparecen jóvenes que van a poder defender la ENU en los colegios particulares". Entonces fue muy cálido. Yo era del MIR, que en principio no estaba exactamente en la lógica de subordinación al Gobierno, pero evidentemente había una causa común. Entonces empezamos a trabajar con el Gobierno y, por supuesto, nos articulamos con Camilo Escalona y Lina Rivas, que en ese momento dirigían la Feses, en realidad su rama de izquierda que se había escindido de la Feses[12]. Y a su vez nos articulamos muy fuertemente con Ricardo Pizarro de la Fevenoch[13], la federación de los estudiantes vespertinos, que era una organización muy importante, bien estructurada y más adulta, porque los que estudiaban de noche tenían más edad que nosotros. Entonces la Feses de los liceos, la Fevenoch de los liceos nocturnos y este grupo de estudiantes particulares, que metíamos bastante ruido y que ya llevábamos varios cientos de gentes organizadas, estábamos sistemáticamente controvirtiendo esta estrategia insurreccional de la derecha.

Yo quiero transmitirles que a mí me habían formado en un colegio en que tener ideas y defenderlas era como la parte básica de la educación, pero tener unas ideas y defenderlas delante de quinientas mujeres, un poco agitadas, en el gimnasio del Villa María, se los regalo. Nosotros íbamos ahí, éramos bien poquitos y defendíamos la ENU, decíamos: "No, Chile tiene que tener una educación que sea democrática, que no sea clasista, que sea integrada, que cambie los modos de vincular la formación de las personas….". No teníamos tampoco mucha idea del detalle mayor, nosotros estábamos en la defensa general del asunto, pero créanme que era como para que alguien hubiese podido hacer un estudio de campo de fenómenos de histeria de masas, bueno, eso era más o menos.

Por otro lado, la calle. Esto era mucho la calle, las calles, las disputas callejeras, las barricadas. En un momento dado, en la Alameda, tipo seis de la tarde, esto sería alrededor de mayo más o menos, se produce una tarde entera de fuertes enfrentamientos; nos confrontamos con una gente de Patria y Libertad, que estaba relativamente lejos, avanzamos y vamos corriendo y empiezan a sonar balazos y al lado mío cae herido un querido amigo mío, Mauricio Jorquera, que después desapareció, cae herido. Entonces, claro, con la adrenalina seguimos corriendo, pero volvimos después y lo llevamos y por suerte ahí se salvó; no así de la DINA, después[14]. O sea, esto era un asunto bastante serio. En alguna otra ocasión, uno terminaba con tres costillas rotas, en este caso por los carabineros cuyas conductas, que conocemos, son más o menos históricamente parecidas y no han cambiado mucho. Cuando toman a un joven estudiante en la calle, le pegan. Así con esta confrontación con la gente de la derecha.

Con Osvaldo Artaza y la DC nosotros tratábamos de resolver las cosas civilizadamente. Invitábamos a la derecha y a Osvaldo a debatir sobre la ENU. Hicimos un gran evento en el entonces edificio Gabriela Mistral –de nuevo hoy Gabriela Mistral– y ahí yo me di cuenta de la magnitud del desencuentro y del problema en que estábamos. Debatimos, yo creo que bastante razonablemente – por lo demás Osvaldo tenía una visión un poco más compleja en los temas de educación– pero inmediatamente se empiezan a producir, a la salida en el

edificio, choques, incidentes, golpes, piedrazos, etcétera. Entonces yo le digo a Osvaldo, “mira, está quedando la escoba, te propongo que salgamos juntos por atrás”. “No –me dice– yo voy a salir por delante”. Entonces, era una provocación, simplemente. Era la idea de provocar, de estar generando un cuadro de desorden. Ellos estaban en una estrategia de provocación, directamente, de generación de desorden, de ausencia de voluntad política de concordar temas. Lo que querían era derrocar al Gobierno y en este caso tener, como punta de lanza, el universo de la educación particular, donde se daba una agitación especialmente violenta.

Nosotros logramos mantener funcionando un conjunto de liceos hasta el final –el mío por ejemplo– pero en un clima muy deteriorado. El 2 de septiembre de 1973, a nosotros nos pusieron una bomba en la casa. Mi padre fue Ministro del Presidente Allende los tres años de su Gobierno[15]. Al día siguiente en el liceo se discutía la paralización, y, bueno, yo dije “a mí qué me hablan de violencia, si la violencia la crean ustedes, por ejemplo anoche en mi casa me acaban de poner una bomba”. La mitad de los que estaban ahí aplaudieron. Ese era el tenor de la polarización, de la radicalización, de la pérdida de parámetros de convivencia elemental. No era de parte nuestra, no era de parte de la izquierda, ni siquiera de parte de la izquierda más radicalizada, a la que yo pertenecía a mucha honra. Sino que, francamente, hubo la creación expresa de ese clima y la voluntad de llegar a ese clima.

Luego que el Presidente Allende tomara la decisión política de retirar la discusión de la ENU –porque ni siquiera se trataba de retirar un proyecto de ley, que no lo había– el tema de la ENU, en sí mismo, decae y desaparece de la escena y ya entramos en el 29 de junio y entramos de nuevo en la consigna insurreccional final. El tema ya era –como lo decía Eduardo (Rojas)– cómo nos defendíamos, qué hacíamos y en ese contexto las cosas ocurrieron como ustedes saben.

Nada más quiero concluir, diciendo lo siguiente. Nosotros éramos cinco en la dirección de estudiantes secundarios del MIR, seis en realidad, contando a quien

estaba a cargo de nosotros y quiero mencionar sus nombres: Sergio Riffo, el encargado de estudiantes secundarios, que desapareció a los 23 años[16]; Luis Valenzuela, que fue candidato a Presidente de la Feses, que desapareció a los 19 años[17]; Mauricio Jorquera, que era del Instituto Nacional y desapareció a los 19 años… Bueno, en fin, los otros dos (Ricardo Pizarro e Ignacio Vidaurrázaga) estuvieron presos mucho tiempo y yo salí fuera del país. Entonces yo siempre he tenido la sensación de que estos procesos fueron procesos humanamente muy, muy costosos y uno pertenece –en mi caso es así– a una generación directamente masacrada. Muchos de mis compañeros, con los que yo hacía política, están desaparecidos. Son 585 los muertos del MIR, los del Frente Patriótico son 43.

Hay una postura de tener, entonces, un sentido del deber. Por eso es que hoy día estoy aquí. Un sentido del deber con quiénes, como uno, se involucraron en estos procesos, cada uno a su manera, por sus propias razones y que, a su vez, fueron actores de estos procesos, con mucha alegría. Es una época, es la época de Los Beatles, es la época de Jimmy Hendrix, es la época en que empezábamos a fumar pitos de marihuana, con gran horror de las estructuras leninistas de los partidos…

En fin, era esta sensación de que se podía tomar en serio lo que estaba pasando y el sueño de construir una sociedad justa y, por tanto, una época maravillosa. El precio que se pagó fue muy alto, pero esa época maravillosa la vivimos y eso queda como un recuerdo y una memoria indelebles.

1 Ver presentación de Eduardo Rojas, pp. 57-69.

2 La Escuela Nacional Unificada (ENU) fue un proyecto de reforma educacional, que comienza a promover el Gobierno de la Unidad Popular, desde 1971. Su propósito era establecer conexiones entre los diferentes niveles del sistema educativo, así como mejorar su planificación y abrir espacio a la participación comunitaria. Los planteamientos de la ENU, en un comienzo, no generaron mayores reacciones, sin embargo la discusión y polarización en torno a él se activaron durante el año 1973. El proyecto nunca llegó a materializarse.

3 Tanto José Miguel Crispi como Osvaldo Artaza eran dirigentes secundarios de la FUEP, siendo Artaza su presidente. Ambos fueron, luego, dirigentes universitarios en dictadura.

4 Movimiento político nacionalista, de extrema derecha, creado en 1971, por Pablo Rodríguez Grez, quien un año antes había creado el Comité Cívico Patria y Libertad. Con vínculos con la derecha tradicional, opta por una estrategia de confrontación social y política destinada a erosionar el Gobierno de la Unidad Popular. Fracasado el movimiento militar del 29 de junio, conocido como el 'tanquetazo' y del cual Patria y Libertad fue su promotor, el movimiento opta por la vía armada con el propósito de derrocar al Gobierno constitucional.

5 Ver presentaciones de Pedro Felipe Ramírez y de Raúl Vergara, pp. 35-43 y 44-53, respectivamente.

6 Película chilena (2004) dirigida por Andrés Wood. Su trama ocurre en Santiago en 1973 y alude a cómo los conflictos de la sociedad se viven en una comunidad escolar.

7 Edificio ubicado en la esquina norponiente de San Martín con Huérfanos, en la ciudad de Santiago, en vías de ser restaurado.

8 Se refiere a: La ENU entre dos siglos: ensayo histórico sobre la Escuela Nacional Unificada, escrito por Iván Núñez Prieto y publicado por LOM en 2003.

9 Mario Astorga Gutiérrez del Partido Radical, profesor primario de profesión, formó parte del primer gabinete ministerial del Presidente Salvador Allende entre 1970 y 1972.

10 Jorge Tapia Valdés asume como Ministro de Educación, en 1972, en reemplazo de Aníbal Palma. En 1973 será, a su vez, reemplazado por Edgardo Enríquez Frodden.

11 Antonio Gramsci (1891-1937), filósofo, periodista y militante comunista italiano. Introduce en el discurso marxista conceptos como son hegemonía y superestructura, otorgándole a la cultura y a la educación una gran importancia como factor dominación vía el consenso y no solamente la coerción.

12 La Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago, había sido creada en

1948. Surge con demandas de tipo económico y estrictamente gremiales. Es en los años 50 y 60 que radicaliza su posición, adquiriendo presencia en su interior las juventudes políticas. A fines de los sesenta la Feses se divide entre socialistas y comunistas. En 1971, con el fin de reunificarse, convoca a la primera elección universal y directa, llegando la JDC a controlar su presidencia. Al año siguiente, en las elecciones de 1972, Camilo Escalona, de la Juventud Socialista, y Lina Rivas, de las Juventudes Comunistas encabezan la lista de la Unidad Popular. Miguel Salazar la de la oposición. Ambas listas se dicen ganadoras, con lo cual la Feses se divide nuevamente, esta vez entre la oposición de centro-derecha y la izquierda.

13 Federación de Estudiantes Vespertinos y Nocturnos de Chile.

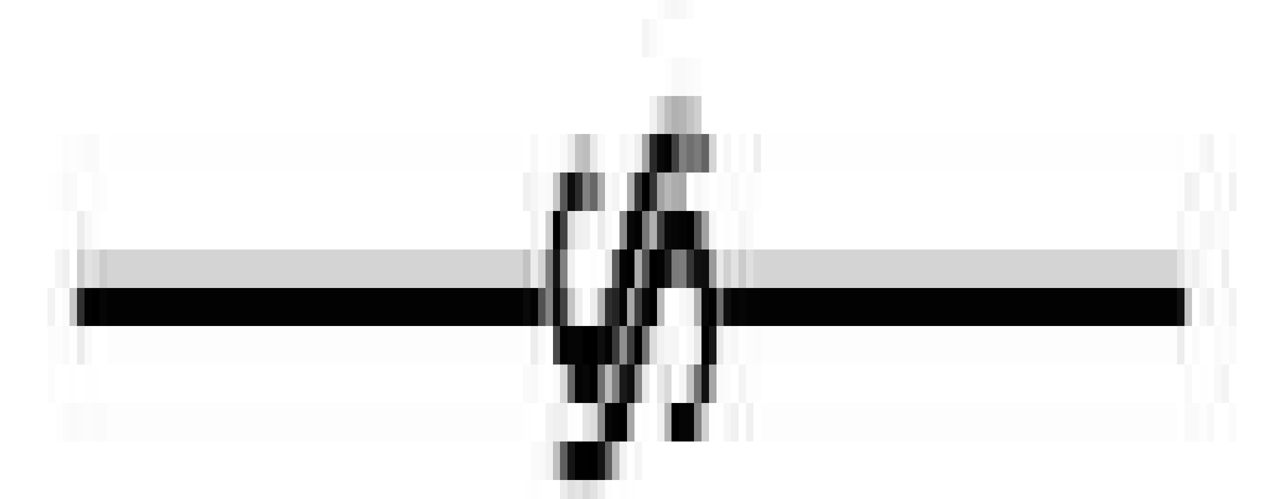
14 Mauricio Edmundo Jorquera Encina, soltero, 19 años de edad, estudiante universitario, militante del MIR, fue detenido el día 5 de agosto de 1974 en horas de la tarde. Aunque no se conocen las circunstancias de la detención y desaparición, existen numerosos testimonios de la permanencia de Mauricio Jorquera en recintos secretos de la DINA.

15 Gonzalo Martner García (1928-2002) economista de la Universidad de Chile, fue Ministro de Planificación nacional durante todo el Gobierno del Presidente Allende, desde 1970 hasta 1973.

16 Sergio Alejandro Riffo Ramos, ex dirigente estudiantil, militante del MIR, fue detenido entre el 25 y 29 de noviembre de 1974, en Santiago, por agentes de la DINA. Es visto por testigos en la Villa Grimaldi, antes de su desaparecimiento.

17 Luis Armando Valenzuela Figueroa, casado, estudiante, militante del MIR, fue detenido a las 07:00 horas de la mañana del domingo 29 de julio de 1974, en una “ratonera” hecha en su domicilio de calle San Francisco 1917 de la capital, por agentes de la DINA.

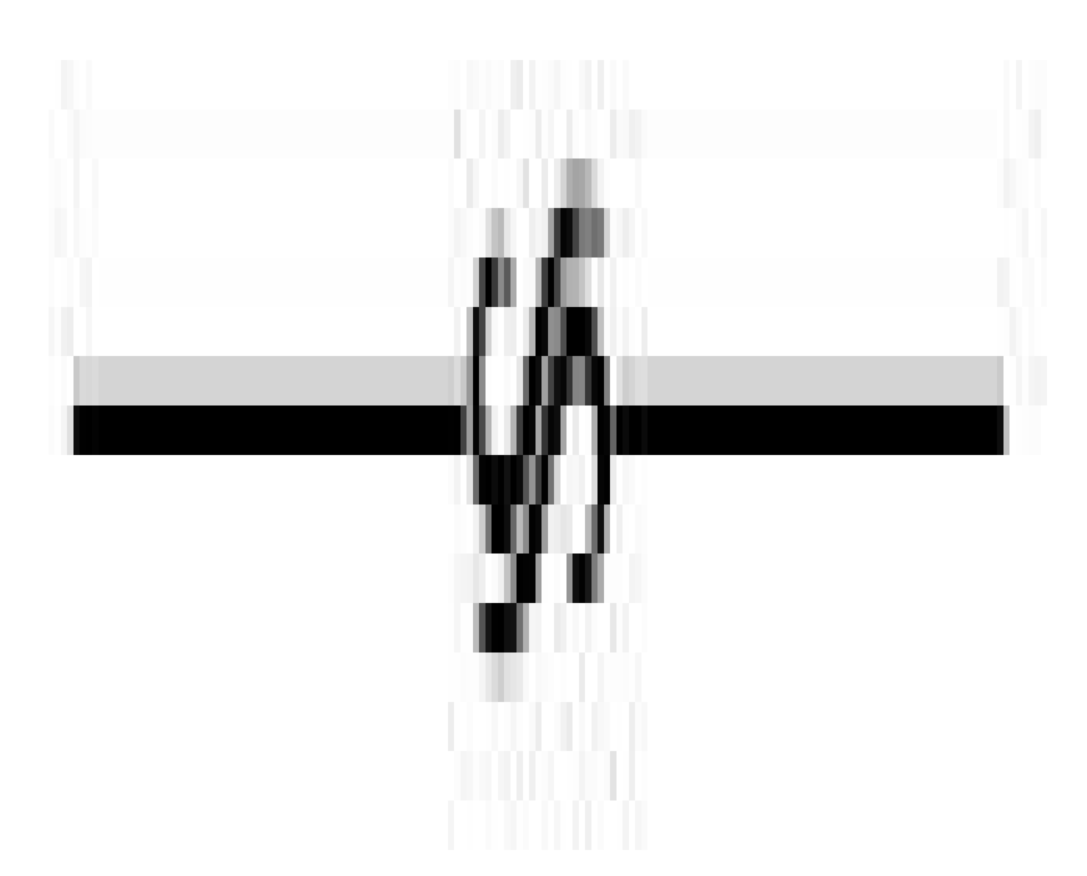
LOS MESES PREVIOS AL GOLPE



Joan E. Garcés

Julio Pinto V.

VIDEOCONFERENCIA CON JOAN GARCÉS PRESENTA PEDRO MILOS Y COMENTA JULIO PINTO



PEDRO MILOS: Vamos a dar inicio a esta videoconferencia que se inserta en el marco del Seminario que estamos realizando sobre Chile 1973[1]. Baste recordar que es el cuarto seminario de una serie que comenzamos el año 2010, donde hemos seguido, año a año, la evolución del proceso de la Unidad Popular y del Presidente Allende. Lo hemos hecho, principalmente, a partir de testimonios; vale decir, hemos privilegiado –al momento de invitar a participar en estos seminarios– a personas, hombres y mujeres –la verdad más hombres que mujeres–, que hubiesen tenido alguna relación directa con dicho proceso.

Se ha instalado, así, una reflexión de un carácter más testimonial. Hoy, un estudiante –creo que en las mesas anteriores– dijo que había muchas cosas que podían encontrarse y leerse en los libros y efectivamente, sobre el período que estamos analizando, se ha dicho y se ha escrito bastante –por lo pronto nuestro invitado principal, Joan Garcés, lo ha hecho y ha publicado abundantemente sobre este período–. Lo que buscamos es una reflexión que se sitúa entre el análisis y la memoria; entre el recuerdo, el testimonio y lo que puede ser una reflexión más académica, intelectual o racional.

Quiero empezar agradeciendo a Joan Garcés por su disposición a participar en esta videoconferencia. La verdad es que nuestra primera intención fue tenerlo acá físicamente, personalmente, sin embargo eso no se pudo. Pero, hemos acogido con mucha gratitud su ofrecimiento de participar por este medio, virtual, en nuestro debate.

Joan Garcés no requiere de mayores presentaciones, solo recordar que en el período que hemos estado analizando fue uno de los más estrechos colaboradores del Presidente Allende. Lo acompañó desde el inicio hasta el final de su Gobierno. Sin embargo, su contribución a Chile no se circunscribió solamente a esas circunstancias, sino que jugó un rol fundamental en otra parte muy importante de nuestra historia, cual fue la persecución y procesamiento de

Augusto Pinochet, que condujo a su detención en Londres. Joan Garcés, como abogado, y el juez Garzón fueron piezas fundamentales de ese proceso y lograron lo que el Estado chileno no logró materializar o no tuvo la voluntad de hacerlo. Por lo tanto, el aporte de Joan Garcés lo sitúo en términos de su contribución a nuestra historia, a nuestra memoria, a nuestra recuperación más profunda como nación. Destaco, así, esa doble contribución de Joan Garcés: haber participado intensamente en el proceso que estamos reflexionando ahora, como colaborador del Presidente Allende, siendo él muy joven, y luego habiendo contribuido, fundamentalmente, al procesamiento de Pinochet.

Me acompaña Julio Pinto Vallejos, colega historiador, Doctor con mención en Historia de la Universidad de Yale y actualmente –y por muchos años– académico de la Universidad de Santiago. Con líneas de investigación que tienen que ver, principalmente, con la historia social y económica de Chile. Cuando yo le cursé esta invitación, Julio me dijo que el tema no era su especialidad y yo le contesté que no lo invitaba como especialista de este período, sino por su capacidad de conjugar sapiencia y agudeza, una mirada que es histórica y también política, todo ello con una gran sabiduría.

La estructura que hemos acordado con Joan Garcés se basa en una intervención de él, en relación con unos puntos que consideramos importantes de abordar para comprender mejor los meses previos al golpe de Estado de 1973.

JOAN GARCÉS[2]: Muy amable, en primer lugar, la presentación, y agradezco tener la oportunidad de conversar con amigos chilenos. Sé que entre los presentes hay algunos con los que me unen lazos desde hace muchos años; a ellos les envío un abrazo. Y a los que no tengo el gusto de conocer personalmente, también un saludo muy cordial. Cuando queráis puedo empezar mi intervención, saludando en particular a los dos profesores a los que estoy viendo en pantalla.

Quisiera añadir que no es fácil para mí resumir en pocos minutos lo que se me ha

pedido que explique, el posicionamiento personal del Presidente Allende en relación con la coyuntura del año 73 y con algunos hechos particularmente relevantes en ese momento. No lo es por la multiplicidad y enorme cantidad de acontecimientos, circunstancias y momentos que se agolpan en la memoria. Aunque sí sería muy fácil si se tratara de sintetizar en pocas palabras cuál era el posicionamiento de Allende ante los hechos que voy a explicar. Es fácil porque Allende es un hombre de una continuidad de principios y de posicionamientos extraordinaria a lo largo de sus cuarenta años de vida pública. En los meses en los que tuvo que enfrentar los hechos a los que voy a referirme –y sobre los cuales ustedes están discutiendo desde hace varias horas– es el mismo Allende de siempre; naturalmente, dando respuestas en función de las circunstancias de cada coyuntura.

Por ejemplo, ya que estamos en una universidad católica, podría empezar por una anécdota un poco poética. Me comentaba, en el mes de octubre de 1973, Luis Badilla[3], que había sido recibido por el Papa Pablo VI para hablar de lo que estaba pasando en Chile en esos momentos, y que las primeras palabras de Su Santidad fueron: “Fíjese que el año 1970 el Presidente Allende me envía un mensajero con una frase que me pareció tan singular que la anoté: decía que no iba a tocar a la Iglesia ‘ni con el pétalo de una rosa’. Y, efectivamente, cumplió su palabra: no la tocó ni con el pétalo de una rosa”.

Lo primero que yo conocí de Allende, cuando me fue presentado en el año 1968, es que era un hombre de una sola palabra; en un político es muy difícil encontrar a alguien así, pero Allende sí lo era. Lo cual no era incompatible con su gran habilidad política y su capacidad de juego, pero siempre con una línea constante. Por ejemplo, su compromiso con América Latina, su voluntad de tener las mejores relaciones con los países vecinos y, en la medida de lo posible, construirlas. Así, mientras en el mes de agosto del año 1971 el Presidente de Bolivia, General Juan José Torres, estaba siendo asediado por un golpe militar al que resistió durante varios días, Allende seguía con gran angustia el derrocamiento de un Presidente con el cual estaba sosteniendo negociaciones dirigidas a solucionar el diferendo histórico con Bolivia[4]. Tan angustiado estaba que llamó a la dirección del MIR para proponerle –ya que decían tener capacidad militar– que fueran a La Paz a ayudar a Juan José Torres. La respuesta

negativa fue para Allende un test definitivo sobre la distancia entre las palabras y los hechos de este grupo, que no influyó nada en las acciones y decisiones del Gobierno. Hay que recordar el contexto histórico de ese diálogo: Allende cuatro años antes se había jugado su carrera política yendo a rescatar y a ayudar a salir de Bolivia a los sobrevivientes de la guerrilla del Che Guevara.

El año 1973 es una simple continuidad de los anteriores. Voy a hablar de Allende desde un ángulo muy preciso: como persona, ante determinados hechos. Estamos hablando 40 años después, y no podemos obviar que hoy conocemos realidades y circunstancias que en aquel momento las estábamos sufriendo, conociendo parcialmente, y que hoy se conocen mejor. Por ejemplo, cualquiera que quiera conocer ese período de la historia de Chile tiene que leer, necesariamente, el “Informe Hinchey”, del 18 de septiembre de 2000, que consiste en la respuesta de la CIA a una ley del Congreso norteamericano exigiéndole explicar su intervención en Chile antes, durante y después del Gobierno de Allende. O los hechos que desveló la Comisión del Senado de EE.UU. presidida por el senador Church el año 1974[5]. No se puede comprender bien lo que son esos años en Chile sin leer las revelaciones de 1974 y 2000, el reconocimiento por los servicios secretos norteamericanos de algunas de sus acciones dirigidas a desestabilizar la democracia chilena.

Quiero hablar en particular, sucintamente, del posicionamiento de Allende en cinco circunstancias: en las elecciones parlamentarias de marzo del 73; respecto a lo que ocurrió en la Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano en mayo siguiente; el intento de golpe del 29 de junio; su posicionamiento ante las organizaciones de poder popular; y las salidas que él veía y estaba preparando a la crisis socio-económica y política que se estaba viviendo.

Las elecciones parlamentarias de marzo de 1973

En primer lugar, las elecciones de marzo del 73 fueron contempladas como una oportunidad para que la ciudadanía se pudiera expresar democráticamente sobre

lo que había sido, y era, la política del Gobierno de incrementar las libertades efectivas y la soberanía popular. Por ejemplo, se hizo un gran esfuerzo, muy efectivo, para incrementar las inscripciones voluntarias en el Registro electoral. La incorporación de masas crecientes de ciudadanos, de trabajadores, de los sectores populares, a la dinámica política y social, era constante. También la de someter al voto ciudadano la concepción de la democracia que se tenía, que era no solamente política sino, sobre todo, económica y social, parte integrante de la primera, mediante la transformación de las estructuras económicas, de la Reforma Agraria que estaba acabando definitivamente con el sistema de latifundios legado de la Colonia, abriendo camino a nuevas posibilidades económicas para el país; mediante la nacionalización de los recursos naturales, particularmente de la Gran Minería del cobre, de la cual ha vivido Chile desde entonces en gran medida; mediante la organización del sistema financiero como servicio público a la comunidad, lo contrario de subordinar esta al capital especulativo. Esto, que en el mundo de hoy parece relativamente utópico, en aquel momento era realidad en Chile.

Todo ello iba acompañado de la deliberada voluntad de redistribuir la riqueza nacional, los recursos del país, mediante el incremento constante de los niveles de la educación pública –en aquel momento ‘gratuita y de calidad’, como se dice ahora– compatible con la libertad de enseñanza, privada y pública, incluida la religiosa. Igualmente, mediante el incremento de los recursos destinados a la atención sanitaria al conjunto de la población y a paliar los graves déficits de viviendas.

Ese era el proyecto que el Gobierno presentó en las elecciones parlamentarias de 1973. En frente lo que había era la voluntad de la oposición de conseguir los dos tercios en el Senado necesarios para acusar constitucionalmente al Presidente de la República y destituirlo, siguiendo los mecanismos previstos en la Constitución a este efecto.

Muy importante fue el papel en esas elecciones de las Fuerzas Armadas. La concepción de Allende se correspondía con la de las Fuerzas Armadas en la

historia constitucional de Chile. Al menos desde la Constitución de 1828 –y desde entonces, de forma ininterrumpida– la República chilena había considerado que las Fuerzas Armadas tienen que estar subordinadas a la soberanía popular, lo que significaba institucionalmente que nadie podía llegar a ser coronel, capitán de navío, comandante de un regimiento, sin tener el acuerdo previo de la Comisión de Defensa del Senado, es decir, de una de las instituciones representativas de la soberanía popular. Y nadie podía llegar a ser general o continuar siéndolo sin gozar de la confianza del Jefe del Estado, a su vez elegido directamente por los ciudadanos. Coroneles y generales que podían ser destituidos en cualquier momento, discrecionalmente, por el Jefe de Estado, en la medida en que eran cargos de su confianza. Esta subordinación que, digo, ya estaba en la Constitución del año 1828, está presente en la del año 1925, que es la vigente en 1973. Esa concepción de las Fuerzas Armadas está integrada con la de que son el respaldo al ejercicio de la soberanía popular a través de las instituciones democráticas que esta se ha dado. Esta es la misión que confía el Presidente Allende al General Carlos Prats, a un General de la Fuerza Aérea y al Almirante Montero para –tras la huelga insurreccional del mes de octubre del año 1972– garantizar que los ciudadanos chilenos pudieran libremente ejercitar su voto en 1973 y elegir las opciones que les ofrecían el gobierno y la oposición[6].

El resultado de las elecciones de marzo de 1973 fue decepcionante para lo que buscaba la derecha, acabar con el Gobierno de Allende a través de la acusación constitucional, como he dicho antes. Y es muy importante la consecuencia de esa decepción. En nuestro análisis –lo comentaba con el Presidente– el fracaso de ese intento, por la vía política, de derrocar al Gobierno, llevaba a pensar en las elecciones parlamentarias en España de febrero del año 1936. Decíamos que fue después de que el Frente Popular ganará esas elecciones cuando los intereses anti-republicanos, que no creían en el sufragio universal, empezaron a maquinar la insurrección armada que, seis meses después de las elecciones parlamentarias, se propuso acabar con las libertades democráticas en España –después de una larga resistencia de los españoles víctimas de la intervención extranjera que les sumergió en una guerra civil–. Cinco o seis meses era el plazo que nosotros considerábamos, después del 4 de marzo de 1973, que podía tardar la derecha en organizar una insurrección antidemocrática. Ese era el plazo que estaba presente en los análisis del Gobierno.

La Junta Nacional del Partido Demócrata Cristiano en mayo de 1973

De ahí que, inmediatamente después de las elecciones, el posicionamiento del Presidente Allende –coherente con lo que ha sido desde siempre su posición– es buscar un acuerdo entre los chilenos sobre bases democráticas compatibles con el desarrollo de la democracia económica, social y política, que era la estructura diamantina del pensamiento y acción de Allende.

El cambio de mayoría en la dirección del Partido Demócrata Cristiano que tiene lugar la primera mitad de mayo, marca definitivamente el final de la secuencia histórica que empezó en octubre del año 1970, después que el 4 de septiembre de aquel año obtuviera Allende la primera mayoría en las elecciones presidenciales, y Alessandri la segunda. En aquel debate interno la Democracia Cristiana discute si en el Congreso Pleno, que tenía que decidir entre las dos primeras mayorías, votaba, como era la constante desde el año 1925, a favor de la primera mayoría o de la segunda. Determinados personajes de la Democracia Cristiana muy simbólicos, como Patricio Aylwin y Eduardo Frei Montalva, están a favor de votar a Alessandri en el Congreso Pleno. La mayoría de la Democracia Cristiana en ese momento decide continuar votando por la primera mayoría. Además, como lo explicó muy bien el candidato presidencial en 1970, Radomiro Tomic, porque también entendía que era más compatible el Programa de la Unidad Popular con los ideales y objetivos de la candidatura de la DC. En ese debate interno quedó en minoría, por consiguiente, lo que yo llamo en mis escritos 'el sector Aylwin-Frei'.

Hay un punto muy importante en el debate interno de la Democracia Cristiana, entre septiembre y octubre de 1970, y se refiere a las Fuerzas Armadas. La Democracia Cristiana –después que quedara en minoría el sector de Aylwin y Frei– acordó que estaba dispuesta a votar por la primera candidatura a condición de que Salvador Allende suscribiera lo que se denominó entonces "garantías constitucionales", en las que se comprometería a respetar una serie de derechos y

libertades elevados a rango constitucional. Allende dijo que por supuesto que sí, pues los compartía; para él no era ningún problema dar garantía de algo que coincidía con sus propias convicciones y su Programa de Gobierno. Ante un punto nada más Allende dijo: “Estoy dispuesto a renunciar a ser Presidente, no admito serlo, si esa condición ustedes la ponen como requisito sine qua non para votarme en el Congreso Pleno”.

¿Cuál era la condición ante la que se plantó y dijo que no aceptaba ser Presidente bajo la misma? Era la que le proponía la Democracia Cristiana, a iniciativa del sector Aylwin-Frei, de que renunciara a las prerrogativas del Jefe del Estado sobre los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas; que el Presidente de la República perdiera la facultad de nombrar y, sobre todo, de destituir a los jefes militares. Allende dijo que “ningún Presidente puede aceptar esa condición; todos los Presidentes de Chile han tenido esa facultad, yo no seré Presidente de Chile si tengo que pasar por esa condición”.

Pues bien, ese equilibrio interno de la Democracia Cristiana se rompe en la primera mitad de mayo de 1973, y por primera vez queda abierto el camino al sector que, tras el 4 de septiembre de 1970, quiso conseguir que el mando de las Fuerzas Armadas quedara fuera del control de los órganos representativos de la soberanía popular, democráticamente expresada. Ese fue el mensaje que, en otras palabras, me hizo llegar el Senador democratacristiano Tomás Reyes a través de un amigo común, Iván Auger, que era entonces secretario de una comisión del Senado, diciéndome que lo que estaba intentando hacer la nueva dirección era extraordinariamente grave y peligroso para el país, y que les gustaría abrir una vía de comunicación informal con el Presidente de la República al respecto. Yo comuniqué al Presidente Allende el mensaje del Senador Tomás Reyes, quien se alineaba con la orientación de los Presidentes de la DC que se sucedieron desde 1970 –Benjamín Prado, “el vasco” Irureta[7] y Renán Fuentealba–. Allende me contestó que no podía aceptar abrir esa vía informal de comunicación porque el Partido Socialista se iba a enterar de una forma u otra, protestaría y armaría un escándalo. En cierto modo era una vía innecesaria, porque la voluntad de Allende era llegar a un acuerdo con la directiva demócrata-cristiana, a la que respetó hasta el último momento –ya me referiré después a ello, a lo que en la noche del 10 al 11 de septiembre se habló en relación con la postura de la

Democracia Cristiana–. De modo que el desenlace del debate interno en mayo de 1973 supone el fin del equilibrio político que permitió, institucionalmente hablando, el comienzo del Gobierno de Allende en virtud del voto en su favor de la Democracia Cristiana en el Congreso Pleno de octubre del año 1970.

El intento de golpe del 29 de junio de 1973

La dinámica golpista se inició, de una forma absolutamente contundente y radical, no en el año 73, sino inmediatamente después de las elecciones de septiembre del año 70. Hay que entender lo que pasó en 1970 para comprender lo que ha pasado en 1973. En 1970, la CIA –en el "Informe Hinchey", reconoce por primera vez en su historia haber intervenido en un Estado soberano– financió y dirigió el golpe de Estado en Chile, y alineó, detrás de este, a un sector de la Democracia Cristiana. En sus Memorias, Carlos Prats, menciona la visita de un personaje del que hace una descripción física que un amigo chileno, el poeta Armando Uribe, me dice que no puede ser de otro sino Aylwin, que le está ofreciendo lo que Prats llama en sus Memorias la "fórmula magistral" para resolver el problema: un golpe militar[8]. Prats era jefe del Estado Mayor del Ejército en septiembre de 1970. En ese intento de golpe estaban embarcados el General Jefe de la Guarnición del Ejército en Santiago, al que sobornaron con cincuenta mil de dólares; el Comandante en Jefe de la Marina y otros altos almirantes; el Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea y otros generales de la Fuerza Aérea; y el Director General de Carabineros. Tenía esa conspiración el apoyo de la derecha, el del Partido Nacional, y el 'dejar hacer' del Presidente Frei y del ala de la Democracia Cristiana más próxima a este.

¿Por qué fracasa el golpe de octubre de 1970? No es ningún misterio, el Presidente lo dijo tras asumir su cargo en su primer mensaje público, el 4 de noviembre de 1970, en el Estadio Nacional. El entonces Comandante en Jefe del Ejército, el General (René) Schneider, no aceptó plegarse al golpe; le costó la vida, pero no se plegó, y junto a él había otros generales. Por eso fracasa el golpe, y punto, no hay más. Y desde entonces ha habido en Chile sucesivos intentos de golpe: lo hubo en marzo de 1972, que fue descubierto por los

servicios de información del Ejército y sofocado por su Alto Mando; lo hubo en octubre de 1972, igualmente descubierto por los servicios de información del Ejército y la Policía Civil, lo que supuso el llamado a retiro de los dos generales que aparecían claramente involucrados –Hiriart y Canales–[9]. Y en esta secuencia se dio la intentona de golpe de junio de 1973, que es sofocada, igualmente, desde dentro del propio Ejército. Son conocidas las imágenes de Prats intimando la rendición de uno de los blindados que había estado asediando La Moneda[10].

¿Cuál es la posición del Gobierno frente a esa secuencia golpista, que tiene sus raíces en las circunstancias –como sintetizaba antes– del año 1970? Militarmente, es la defensa de la institucionalidad republicana y democrática, con el Ejército en la función que he descrito antes, propia de un Ejército republicano como era el de Chile. La conspiración estaba en marcha, sus cabezas iban surgiendo e iban siendo pasadas a retiro a medida que eran descubiertas. El que trazaba, en cierto modo, la línea de la política militar era el General Prats, no solo en su condición de Comandante en Jefe del Ejército, que obviamente tiene sus propias y exclusivas responsabilidades, sino porque, además, tenía la confianza del Presidente Allende y, en cierto modo, era el principal asesor militar del Presidente en las funciones privativas de este. Prats era partidario del ‘contragolpe’. Decía: “Nosotros tenemos que ir al contragolpe” –cuando digo “nosotros” me refiero a la institucionalidad militar y al Gobierno–. Buscaba de esa forma contribuir al mantenimiento de la disciplina interna de las Fuerzas Armadas, que era considerada requisito indispensable para evitar que el país fuese llevado a una situación de enfrentamiento. Una de las obsesiones de Allende era evitar que el país fuera sumergido en las destrucciones propias de enfrentamientos de esta naturaleza.

Después del fracaso de la intentona del 29 de junio –que parecía articulada con el golpe militar en Uruguay de dos días antes contra el Presidente Bordaberry, quien fue mantenido en la Presidencia de la República rodeado de un gabinete militar del que era un títere, hasta que definitivamente lo desplazaron de su cargo– la tensión continúa. En julio los servicios de información militar detectan actos conspirativos como los de los Generales Stuardo de la Cruz y Rodríguez, de la Fuerza Aérea, que son pasados a retiro, al igual que el número dos de Carabineros, el General Vivero que había tenido una actitud más que sospechosa

el 29 de junio. El 17 de agosto el Presidente pasa a retiro forzoso al general Ruíz Danyau, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea; en la última semana de agosto ordena pasar a retiro a los generales del Ejército Bonilla, Nuño, Baeza, Arellano, Javier Palacios y Torres de la Cruz; en la primera semana de septiembre firma el decreto de retiro del Almirante Huerta. El Presidente de la República mantiene la disciplina de las tropas ejercitando las facultades que le confiere la Constitución.

Observen esto: el Jefe del Estado es el jefe de las Fuerzas Armadas, según la Constitución Política del Estado desde al menos 1828, que le confiere en exclusiva esa facultad fundamental. No es concebible un sistema republicano democrático con un Jefe de Estado sin esas facultades, de hecho no lo hay en el mundo. La excepción es el Chile actual, el artículo 104 de la Constitución –tal como está redactada hoy en día– es una capitis diminutio[11] absoluta del Jefe de Estado respecto de las estructuras militares. Ni el Congreso ni el Jefe de Estado tienen intervención y control de la promoción interna de los mandos de las unidades militares, de los regimientos y navíos de guerra. Está forzado el Presidente a nombrar al Comandante en Jefe de cada arma dentro de la quina que le es discrecionalmente preparada por los propios militares, tampoco puede destituirlo –si no es previo informe a la Cámara de Diputados y el Senado, órganos políticos que lo pueden censurar o rechazar–. ¿Qué Jefe de Estado es tan ingenuo, o temerario, como para someter previamente al Congreso su propósito de destituir a un Jefe del Ejército que conspira, o por otro motivo grave? Eso es inviable, una vía muerta que al subordinar el Jefe de Estado a las tropas es incompatible con las raíces republicanas del Estado de Chile.

Posicionamiento ante las organizaciones de poder popular

El desarrollo de la democracia política y de sus componentes sociales y económicos, habían llevado a una integración progresiva en las estructuras del Estado de sectores populares, hasta aquel momento marginados cuando no excluidos, del Congreso y el Ejecutivo. La democracia participativa era una realidad en desarrollo en las empresas, en los asentamientos campesinos, en las cooperativas agrarias, en los centros educativos, de salud, etcétera, y también en

lo que se denominaban los ‘cordones industriales’. A veces se planteaba la cuestión –en los cordones industriales, por ejemplo– de qué sentido y orientación podían tener las movilizaciones participativas. La preocupación del Presidente era responder, dar dirección, estructura y sentido a la voluntad de organizar y defender las conquistas sociales y económicas. Pues no hay que olvidar que el desarrollo de los cordones industriales responde directamente al sentimiento y sensación de amenaza que sobre los trabajadores proyectaban sectores sociales que no creían en la democracia y preparaban la represión.

En contraste con esta voluntad de dar dirección estructural y orientación al desarrollo del poder popular, Allende siempre quiso evitar –y de cierto modo lo logró– que este fuera concebido como un ‘doble poder’: fuera del sistema político, opuesto al sistema político democrático institucional y que, en un momento dado, lo sustituiría. El doble poder, propio de una dinámica insurreccional perfectamente conocida en las experiencias históricas de la Revolución Rusa y otras, no tenía, en la concepción de Allende, posibilidades de desarrollo en la realidad, era incompatible con el Programa de Gobierno de la Unidad Popular y la voluntad del Jefe de Estado. De ahí que el Presidente Allende tuviera una intervención directa, directísima en el mes de marzo del 73 para aislar dentro de la Unidad Popular al sector del MAPU llamado entonces Garretón-Aquevedo, que estaba impulsando una línea de doble poder y de enfrentamiento que presentaba como absolutamente necesarios. Esta línea encontró siempre en Allende una barrera infranqueable.

Salidas y opciones frente a la crisis social, económica y política que se estaba viviendo

En las circunstancias en que el país se encontraba, por consiguiente, tras tres años de aplicación de lo que William Colby[12] denominó ‘el plan de desestabilización de otro país más vasto que el Gobierno norteamericano había practicado jamás’, ¿qué opciones tenía e intentó impulsar el Presidente Allende?

De nuevo tengo que decir que son las mismas que durante toda su vida, no hay cambio al respecto. Por supuesto, se trataba de defender al Gobierno, pero defender a este era defender el sistema democrático y el sistema institucional en todas sus componentes: las representativas, las organizativas, las coercitivas. De modo que la fusión entre ese proyecto, esa vocación, ese mandato –porque era finalmente un mandato constitucional y legal que tenía el Presidente– y las instituciones es tan extraordinaria, que se funden; y la destrucción física de Allende es la destrucción física de las instituciones republicanas. El día en que acaban con Allende acaban con ellas, hasta hoy.

En la tercera semana de mes de agosto de 1973 –ya que estamos hablando en universidades de Madrid y Santiago vinculadas a la Compañía de Jesús– pasó por Santiago el General de la Compañía de Jesús, el Padre (Pedro) Arrupe, quien se entrevistó con el Presidente Allende y al llegar a México hizo unas declaraciones al respecto que, difundidas por la Agencia EFE, publicaba el 25 de agosto el diario ABC de Sevilla. Yo sabía que Arrupe se había reunido con Allende; muy brevemente y en síntesis, decía el General de los jesuitas que "Chile vive una situación realmente difícil y tanto el Presidente Allende, con quien me he entrevistado, como el pueblo están tratando de superar esos factores". Yo no estuve presente en esa conversación, pero con esas palabras del Padre Arrupe entiendo perfectamente de qué se habló en ella. Coincide también con la postura de otro distinguido jesuita, el padre Larraín, director de la revista Mensaje[13], que a través de un amigo común me invitó a almorzar precisamente en la tercera semana de agosto. Yo no conocía al padre Larraín. ¿Cuál era el sentido de ese almuerzo? ¿Por qué quería conocerme y hablar conmigo? El mensaje que yo entendí que quería darme era que acababa de regresar de Europa Patricio Rojas con una indicación muy clara a la Democracia Cristiana chilena: "Ningún acuerdo con Allende, golpe militar". Yo lo trasladé, obviamente, al destinatario.

De manera que lo que estaba pasando era sabido y se tomaban las medidas que se podían tomar. Un momento decisivo, al respecto, es el día 21 de agosto, con motivo de una manifestación de mujeres protestando ante la casa del Comandante en Jefe del Ejército, el General Prats. El Ejército seguía cumpliendo, según instrucciones del Presidente, la función que este le asignaba

de acuerdo con sus competencias, la de hacer respetar las instituciones democráticas frente a la sedición y subversión, y el Servicio de Inteligencia Militar detectó en esa manifestación a las esposas de seis generales, muy conocidos después en el prontuario criminal de Chile: Bonilla, Arellano Stark, Baeza, Palacios…

Inmediatamente esa información llega al Presidente, quien invita esa noche a varios generales a cenar y analizar la situación. A media noche, después que partieran los generales, Allende convocó a los jefes de los partidos políticos de la Unidad Popular y a los dos más altos dirigentes de la Central Única de Trabajadores, diciéndoles: "Hay un golpe militar en desarrollo y tenemos que atajarlo". Es decir, lo mismo que hizo el día en que atentaron contra el General Schneider. Tengo en este punto que volver atrás, a cuando Allende, Presidente del Senado, no se hablaba con Frei, Presidente de la República, desde el año 1964 por el comportamiento de Frei durante las elecciones presidenciales de aquel año, de alentar la 'campaña del terror' contra de Allende; pero en cuanto en octubre de 1970 se produjo el atentado contra el General Schneider, Allende se precipitó al despacho del Presidente Frei y le dijo, en tono muy, muy golpeado: "Tú eres el Presidente de Chile, aquí hay un golpe en marcha y tienes que atajarlo, esa es tu obligación". Así se dirigió, esa mañana de octubre de 1970, a mediodía, el Presidente electo Allende al Presidente Frei. Y esa fue también su actitud el día 21 de agosto de 1973.

La reunión de ese día con los jefes de la Unidad Popular y la CUT terminó cuando Allende dijo: "Acaban de entrar el Jefe del Estado Mayor y el General Inspector del Ejército" –los Generales Pinochet y Urbina, respectivamente– "para sostener conmigo y los dirigentes de la CUT una reunión sobre medidas a adoptar en previsión de la posible reacción al retiro forzoso de los seis generales cuyas mujeres han insultado al Comandante en Jefe". Yo salí de Tomás Moro al amanecer, mientras seguía esa reunión, convencido de que ese día se iba a pasar a retiro a esos generales[14]. No fue así, se siguió otro camino, marcado lamentablemente por el hundimiento psicológico del General Prats en las horas subsiguientes, cuando en la tarde del 22 de agosto pidió a los generales cuyas mujeres le habían insultado que desautorizarán esos agravios y los seis generales se negaron. En ese momento se derrumbó anímicamente el General Prats y

presentó su dimisión, en un momento culminante del asedio del golpismo contra la Fuerzas Armadas subordinadas a la soberanía nacional y popular.

Lo que ocurrió después es conocido. El Presidente dispuso la retirada de esos generales al sucesor de Prats, pero Pinochet respondía: “Presidente, yo estoy visitando las unidades y si los pasamos a retiro así, en seco, podemos provocar una situación que ni usted ni yo deseamos”. Pinochet conocía bien el propósito recurrente del Presidente Allende de evitar un enfrentamiento. La noche posterior al golpe frustrado del 29 de junio de 1973 planteé al Presidente la necesidad de constatar lo que significaba que la línea de mando hubiera sido quebrada por oficiales que se estaban sublevando contra la jerarquía militar, y que había que tomar medidas al respecto. Estábamos en su despacho de la residencia de Tomás Moro, descolgó el teléfono, como para que no fuera escuchada su respuesta, y no me la dio verbalmente sino que en un papel escribió las guarniciones donde se temía que en las próximas horas podía haber levantamientos: Concepción, Valdivia, Osorno, y otras guarniciones del sur. Esa era la situación. La voluntad de Allende de evitar ese enfrentamiento, de buscar por otras vías el mantenimiento de la disciplina del Ejército, la instrumentó Pinochet, con el mismo argumento, para ganar tiempo, hasta el 11 de septiembre.

¿Qué opciones políticas estaba manejando el Presidente? Desde luego, las mismas que durante toda su vida, que los chilenos democráticamente escogieran el camino que querían seguir. Y todas las opciones democráticas estaban abiertas.

En primer lugar, la necesidad de adecuar las instituciones del Estado a la nueva realidad social y económica creada por la profundización de la democracia social y económica. Eso significaba someter a referéndum las bases del proyecto de Constitución que el Presidente había aprobado durante el invierno de 1972, elaborado por una comisión integrada por distinguidas personalidades de cada partido de la Unidad Popular. La presidía el Ministro de Justicia, el radical Jorge Tapia; yo representaba en ella al Presidente; el Ministro Sergio Insunza al Partido Comunista; el Diputado Luis Maira a Izquierda Cristiana; Waldo Fortín e

Iván Auger al Partido Socialista; también formaba parte de esta comisión coordinadora el Presidente del Consejo de Defensa del Estado, Eduardo Novoa Monreal. El resultado de ese trabajo fue aprobado por el Presidente y lo hizo público en su discurso del 5 de septiembre de 1972 en el Estadio Chile, donde explicó los fundamentos y la filosofía de una Constitución para la transición hacia un socialismo congruente con el desarrollo democrático del país, donde los trabajadores organizados dirigirían el Estado.

Esa salida política, estaba preparada y el Presidente dispuesto a llevarla adelante.

También tenía estudiada y abierta la posibilidad de dimitir de la Presidencia de la República. Era un gobernante sensible al estado de opinión y en julio de 1973 ya había pedido a una comisión formada por Gonzalo Martner, Pedro Vuskovic y yo analizar los pros y los contras de presentar su dimisión[15].

La tercera opción la planteó a los dirigentes del Partido Comunista en la mañana del domingo 9 de septiembre, y consistía en elegir una Asamblea Constituyente que –en paralelo con el desarrollo de las actividades legislativas del Congreso elegido en marzo de 1973– debatiera el proyecto de nueva Constitución redactado en agosto de 1972. El Partido Comunista dio su conformidad en la carta firmada por el Senador Luis Corvalán que llegó a La Moneda hacia las dos de la tarde del lunes 10 de septiembre, en la que evocaba, igualmente, la posibilidad de reducir el mandato presidencial a cuatro años –lo que dejaba abierta la opción de la dimisión del Presidente y la convocatoria de elecciones presidenciales anticipadas, para la que Allende también estaba preparado–. Y les puedo decir cuál era el nombre de la persona que él pensaba que podía reunir a la mayoría de los chilenos en torno de una candidatura sometida al sufragio universal: Carlos Prats.

De esa forma podemos ver hasta qué punto chocan durante esos tres años dos proyectos alternativos: por un lado, el del mantenimiento y desarrollo de la democracia social y económica, participativa, representativa, a través del

ejercicio del sufragio universal, y, por otro, el de los sectores que no creían en el sufragio universal, lo utilizaban en la medida que les fuera útil y provechoso mientras buscaban la manera de acabar con él, de una forma u otra.

De este modo se puede describir, de manera muy sintética y apretada, lo que pensaba y hacía Allende, por qué y cómo. Naturalmente, en su dimensión crítica alguien puede decir que algunas cosas no funcionaron como debían –desde luego que no, yo soy el primero que las someto a crítica en mis escritos, públicamente– pero en esta ocasión no se me ha invitado a hacer una exposición crítica sino a presentar cómo veía y enfrentaba Allende la coyuntura que se inicia con las elecciones parlamentarias de marzo de 1973. Es lo que he intentado hacer.

En dos palabras, para terminar, indicaré que estos desarrollos de la democracia representativa, económica y social, institucionalizada, que responde a la soberanía popular, fueron interrumpidos brutalmente en 1973, en una secuencia de hechos en la que el futuro no estaba escrito. Desarrollos que se retomarán porque son valores absolutamente indestructibles; podrán ser indudablemente aplastados por dictaduras, tiranías y despotismos, pero vuelven a florecer porque forman parte del lado más positivo del ser humano.

PEDRO MILOS: Muchas gracias Joan Garcés por esta presentación y por haber aceptado que ciertos tópicos que propusimos fueran abordados en tu intervención; me parece que iluminan aspectos de lo ocurrido en esos meses. Aspectos que, si bien son conocidos, abordarlos desde la particular posición que ocupaba Garcés en esos años y dada su cercanía con el Presidente Allende, nos pueden aportar elementos de debate y discusión muy valiosos.

No lo hice al comienzo, pero quiero hacerlo ahora: agradecer a la Universidad de Comillas, pues es nuestra contraparte –desde el punto de vista técnico– y nos ha acogido en esta videoconferencia en Madrid y es el lugar donde está Joan Garcés en este momento.

Tenemos un tiempo por delante, unos minutos, y está la posibilidad de que el público que nos acompaña haga llegar preguntas por escrito, las que intentaremos procesar a medida que vayan llegando. Ahora, sin embargo, vamos a escuchar los comentarios, reacciones o preguntas de nuestro invitado nacional, el historiador Julio Pinto Vallejos.

JULIO PINTO: Agradezco a la Universidad Alberto Hurtado por su invitación y en particular a su Vicerrector Académico y amigo de largos años, Pedro Milos. Deseo también agradecer el privilegio de poder conversar, aunque sea a distancia, con un protagonista de los hechos de la Unidad Popular, como lo fue Joan Garcés.

Más que un comentario, yo he preferido hacer preguntas, surgidas de la presentación suya, que no necesariamente reflejan mi propia posición respecto de los temas y que tampoco son necesariamente consistentes entre sí. Pero, me parece, permiten profundizar en algunos de los dilemas que se le presentaron al Presidente Allende y a la Unidad Popular, durante sus últimos meses de vida y que han seguido intrigando, hasta un grado de angustia, a quienes hemos intentado comprender qué fue lo que pasó en esos meses y en esos años y ponernos en la posibilidad que el desenlace hubiese sido distinto del que fue. En esa perspectiva, entonces, quiero plantearle seis preguntas.

La primera tiene que ver con la frase con la que usted comenzó su presentación: “El Allende del año 73 era el mismo de siempre”. Usted lo presentó de una manera positiva: es la misma persona que se mantuvo consecuente e incólume en sus convicciones de principio a fin. Pero, la pregunta que yo me hago, al escuchar esa frase, es si seguir siendo ‘él mismo de siempre’, en circunstancias absolutamente extraordinarias, sin precedentes, era necesariamente una fortaleza. Y si, tal vez, las circunstancias no requerían que Allende hubiese sido distinto al que había sido en sus cuarenta años anteriores de vida política. Esa es la primera pregunta.

La segunda tiene que ver con el tema de las armas, de lo militar. La imagen que ha quedado de la postura de Allende frente a ese tema –ese delicado tema en política– fue la de una, llamémosle, negativa –algunos se atreverían a calificarla de intransigencia– frente a la alternativa del recurso a la fuerza armada. Incluso en momentos en que –como usted mismo lo recordaba– la correlación de fuerzas al interior de la superioridad de las Fuerzas Armadas se le hacía cada vez más adversa y donde, pese a que él conservaba la facultad de remover y nombrar a los Comandantes en Jefe, el sentir y el posicionamiento del resto de la oficialidad superior era un factor político que no se podía ignorar.

Allende habló mucho de su confianza en el institucionalismo de las Fuerzas Armadas chilenas. Pero él era un político inteligente, experimentado y avezado, y sabía –me imagino, a partir de su vida política– que las Fuerzas Armadas una y otra vez conspiraron en Chile. Sin éxito durante esos años, por lo menos a partir de 1932, pero no era inusual, no era absolutamente inaudito que la superioridad militar conspirara en contra del orden institucional y cabía esperar que lo hiciera en circunstancias tan extremas, como las del año 73 o 72. ¿Por qué, entonces, seguir negándose a contemplar la posibilidad de un recurso a ese factor? En circunstancias que –como usted mismo recordó– para otros países él parece no haber tenido mayores objeciones éticas en hacer uso de ese recurso. Usted recordaba el llamado que le hacía al MIR para que interviniera en el golpe que terminó destituyendo a Juan José Torres en Bolivia y que, por lo tanto, veía como aceptable para otro país algo que para el caso de Chile se le hacía absolutamente inadmisible. Y que, finalmente, cuando se produjo el golpe en Chile, él también rompió en lo personal porque decidió ir a La Moneda a resistir con las armas en la mano. Veo una suerte de ambivalencia en la actitud de Allende frente al tema de lo militar o de lo armado.

Tercera pregunta, que se deriva de la segunda. Tanto por la imagen que uno tiene de la actuación política de Allende, como por lo que usted nos ha recordado ahora, vemos en él lo que se podría denominar como una fijación institucionalista. La palabra ‘fijación’ es un poco fuerte, pero la uso deliberadamente a modo de provocación. Allende siempre, o por lo menos en

estos momentos claves de su actuación política, se la jugó por la institucionalidad vigente: eso en el caso de las Fuerzas Armadas es evidente. Pero ahora usted ha agregado un segundo dato –que yo desconocía– y es que cuando se produce el viraje en la Democracia Cristiana y asume la conducción del Partido una directiva que estaba en una postura intransigente hacia Allende, se le ofrece la posibilidad de contar con el sector más progresista de la Democracia Cristiana y él se niega radicalmente. Entonces, el respeto a las instituciones se mantenía incluso cuando se convertía en un peligro o una amenaza inminente para la continuidad del proyecto que él mismo estaba tratando de implementar en el país. Vuelvo a preguntarme: si es un político avezado, que si estaba en la Presidencia, era con el objeto de iniciar una transición de Chile hacia el socialismo, ¿cómo podía mantenerse tan apegado a ese respeto institucional, al extremo de comprometer la viabilidad y el futuro del proyecto que él mismo se había encargado de encabezar?

La cuarta pregunta tiene que ver con la postura que él –según usted nos lo ha refrendado ahora– adoptó frente a las expresiones de poder popular. Usted nos ha dicho que Allende siempre se negó taxativamente a aceptar, o siquiera contemplar, la posibilidad de un 'doble poder'. Por lo tanto, frente a las expresiones de ese posible doble poder que empiezan a manifestarse cada vez más abiertamente desde fines del 72 y durante el 73, la postura de él es mucho menos flexible que la que sostuvo frente a instituciones o directivas institucionales que eran abiertamente enemigas de él y su proyecto. Entonces, se me plantea el dilema de que el Presidente Allende era más respetuoso de las instituciones enemigas que de las bases sociales amigas o partidarias, y que, al momento de elegir –estoy extremando obviamente el análisis, para efectos de la discusión– hacia cuál de los dos lados se va a inclinar, aparentemente, de acuerdo a lo que usted decía, se estaría inclinando al lado que menos le convenía desde el punto de vista de su proyecto político.

Quinta y penúltima pregunta. Aquí me situó en la vereda del frente, respecto a la lógica que venía desarrollando antes, a propósito de que las preguntas no necesariamente son consistentes entre sí. Uno de los valores que usted reconoce como intransables y admirables de Allende, fue su fe absoluta en la voluntad popular expresada a través del sufragio y eso lo habría demostrado él incluso a

costa de su vida, lo que ciertamente no es poco. Sin embargo, se le ha criticado a Allende, desde –por cierto– la oposición a su proyecto, que él pretendió llevar a cabo una transformación radical de la sociedad chilena sin haber contado nunca –salvo, tal vez, en las elecciones municipales de comienzos del 71– con una mayoría electoral. Desde luego, no llegó a la presidencia con una mayoría absoluta y en las elecciones parlamentarias de marzo del 73 que usted ha recordado, si bien obtuvo una votación muy superior a la que muchos esperaban en ese momento, fue una votación que alcanzó poco menos del 44% del electorado. Entonces, la pregunta es: si uno tiene esa fe radical en el sufragio como instrumento de legitimación de cambios, ¿cómo se propone hacer un cambio absoluto y estructural de la sociedad chilena, con una minoría electoral? Y eso me lleva a la sexta y última pregunta.

El recurso a la Constituyente, que es un tema que está muy vigente en el debate político actual en Chile, afortunadamente. Pues, como usted bien sabe, en Chile, desde 1828 –sí, desde 1828, no es un error– no ha habido una Asamblea Constituyente. Y, por lo tanto, todas las Constituciones que ha tenido este Chile –modelo de republicanismo– han sido Constituciones que han surgido de ejercicios ciudadanos muy poco representativos, por decirlo suavemente. Allende pensó en una Constituyente, incluso desde mediados del 72 venía –como usted lo ha recordado– trabajando, con sus asesores más directos, en la elaboración de un proyecto de reforma constitucional. Y, en los últimos días de su mandato, una de las opciones que manejó fue la de someter este proyecto, o cualquiera, a una Asamblea Constituyente, convocar a una Constituyente. Entonces la pregunta que a mí me surge, al escuchar eso, es ¿por qué no lo hizo antes? ¿Por qué una Constituyente en la hora undécima cuando ya los dados estaban echados y tenía todas las fuerzas en su contra? ¿Y por qué no en su momento de mayor fortaleza política? ¿Por qué no aprovechar esa coyuntura para instalar un cambio más profundo en la institucionalidad chilena, que fuera más favorable a los cambios que él pretendía impulsar, contando con el aval y la legitimidad de un ejercicio ciudadano, que en Chile no se había realizado desde 150 años antes?

Con eso termino mis preguntas. Gracias.

JOAN GARCÉS: Muchas gracias por sus preguntas, extraordinariamente importantes y tan incisivas que no creo poder responderlas como merecen. Voy a hacer un esfuerzo y ya, de antemano, creo que no voy a satisfacer todos los desarrollos que a usted le gustaría, posiblemente, que hiciera.

Empezando por la última, Allende está buscando el referéndum desde el año 1971. Concretamente, en agosto del 72, cuando ya tiene el proyecto de Constitución entregado por la comisión que nombró a este efecto, un día comiendo con él en su residencia de El Cañaveral terminé brindando por el referéndum que se iba a convocar. De nuevo lo plantea Allende el 5 de junio de 1973, un día muy importante porque al día siguiente vencía el plazo para ejercitar el veto presidencial –o promulgar– la reforma constitucional de las llamadas ‘tres áreas de la propiedad’ aprobada por la oposición en el Congreso. Ese día, cerca de medianoche, convocó a los jefes de los partidos de la Unidad Popular y les dijo “aquí hay tres posibilidades, no hay otra”. Una era el acuerdo con la Democracia Cristiana y promulgar la reforma constitucional de las tres áreas de la propiedad –lo que significaba un bloqueo de la línea que desarrollaba el Gobierno, pero era una opción–. Otra era convocar un plebiscito y que los ciudadanos decidieran el diferendo en las urnas. La tercera opción era la de prever un enfrentamiento en cinco o seis meses: “Pero si ustedes optan por la tercera, díganme qué tienen preparado para el caso de que les corten las comunicaciones por teléfono, ¿que tienen pensado para comunicarse entre ustedes?”. Era una manera de decirles “¿qué preparación tienen ustedes para la tercera opción?”.

Tengo que decir que entre los dirigentes de los partidos no hubo acuerdo sobre ninguna de estas tres opciones, ni propusieron otra.

Yo les podría dar muchos otros ejemplos de cómo el recurso al plebiscito fue sistemáticamente obstruido, negado, imposibilitado dentro de los partidos de la Unidad Popular. Y aquel era un Gobierno de partidos, como lo habían sido los

anteriores. Allende no era cesarista, ni un caudillo ni un líder unipersonal. Y decide llamar a un plebiscito el martes día 11 de septiembre –de hecho estaba previsto que lo hiciera el lunes 10, pero se retrasó porque la carta del Partido Comunista llegó después de las dos de la tarde– después que el domingo día 9 rompe finalmente el bloqueo: el Partido Comunista da su acuerdo a la convocatoria de un plebiscito. También lo aceptaba el Partido Radical, pero se oponían al mismo, de manera rotunda, el Partido Socialista y otros partidos más pequeños. De modo que era tarde, pero no hubiese sido imposible si no se hubiera quebrado la institucionalidad de las Fuerzas Armadas.

Esto me lleva hacia otro de sus puntos. La respuesta la podría sintetizar en lo que Allende les dijo muchas veces a los miembros del Comité Político de la Unidad Popular: “Yo no he sido elegido Presidente para llevar a este país a la guerra civil”. Eso significaba que cada vez que le venían con ideas o proposiciones que, en su desarrollo potencial, significaban sumergir a Chile en una situación de guerra civil, su respuesta era esta: “Jamás”. Era un conflicto abierto. Particularmente, a esas reuniones del Comité Político venía a veces, en nombre del Partido Socialista, Adonis Sepúlveda, su Subsecretario General, y Allende me decía: “Empieza a hablar Sepúlveda y es imposible, inmediatamente desarrolla una línea política absolutamente incompatible con la del Gobierno”. En un momento dado, a mediados del 73, le dice a Carlos Altamirano, que era el Secretario General del Partido Socialista: “Ven tú o envía a otro, pero no a Sepúlveda porque es imposible que estemos en la misma sintonía de razonamiento”. Lo que me lleva a responder sus otras preguntas en relación con las armas.

Tengo que decir que Allende se definía a sí mismo como un ‘luchador social’, y lo era. El país estaba asediado, era objeto de una agresión, de una guerra –él hablaba de ‘un Vietnam silencioso’–, financiera, de subversión, de financiamiento clandestino de grupos políticos y huelgas insurreccionales, de soborno de militares y políticos; todo eso está hoy muy bien documentado. Allende entendía que, en algún momento, la defensa de la República podía significar tener que enfrentar una situación de violencia desencadenada por sus adversarios. Tan convencido estaba que, por ejemplo –la gente no se ha dado cuenta de por qué– instaló formalmente el Gobierno en Valparaíso en el mes de

enero de 1971, y en Antofagasta en enero de 1972. Por primera vez el Gobierno de Chile se instalaba fuera de la capital, fuera de Santiago, y Allende nos decía: “El país debe acostumbrarse a que quizá, en alguna determinada coyuntura, yo esté gobernando a Chile desde fuera de Santiago”. Se trataba de la defensa de la República frente a adversarios que actuaban a través de los agentes internos que querían destruir el sistema republicano, representativo y democrático. Asumía que en su calidad de Jefe de las Fuerzas Armadas defendería la República con las fuerzas leales.

En la madrugada del 11 de septiembre Allende entra en La Moneda dispuesto a sofocar el amotinamiento de la Marina en Valparaíso, que es la información de que dispone cuando sale –yo estaba con él– desde su residencia de Tomás Moro hacia La Moneda. Todavía a las nueve de esa mañana, cuando le comunican que una insubordinación en el Centro de Telecomunicaciones por radio ha aislado al Alto Mando –que fue siempre leal al Presidente– y que se estaban retirando las unidades de Carabineros que protegían La Moneda porque recibían esta orden por el circuito interno de radio, el Presidente le dice al General Sepúlveda, que era el Director General de Carabineros y se encontraba a su lado: “Ordene usted retomar el control del Centro de Telecomunicaciones”. Las nueve de la mañana era media hora después del ultimátum de los Comandantes en Jefe –uno de ellos auto designado– pidiéndole que entregara el mando de la Nación. La respuesta del General Sepúlveda fue: “No tengo hombres suficientes”. Allende le pregunta: “¿De cuántos hombres dispone en la Dirección General de Carabineros?”. “Cincuenta”. “Ordene que ingresen en La Moneda”. Allende está combatiendo con lo que tiene… hasta el final.

En su idea estaba que ese combate hubiera podido empezar antes, pero siempre concibió sostenerlo con las Fuerzas Armadas de la República, no frente a ellas. Llevar al país a una situación de enfrentamiento armado era para él inadmisible en su concepción de la realidad, de su responsabilidad política y su condición de Jefe del Estado.

El debate estuvo abierto durante los tres años y muy vivamente, en la calle, en

los partidos políticos, en la prensa, pero donde no había ningún debate al respecto era en la mente de Allende. Siempre fue muy claro, y significaba no ponerse del lado de los que estaban subvirtiendo el orden republicano, sino de enfrentarlos, si fuera preciso, con las armas de la República. La distribución de armas al margen del mando institucional y jerárquico de las Fuerzas Armadas era llevar al país a una aventura a la que Allende era el primero en oponerse por su sentido de la responsabilidad.

No era solamente su postura en relación a las armas, lo más letal. También lo hizo en otros momentos importantes en su larga trayectoria política, como el cuatro de septiembre de 1958, día de elecciones presidenciales. En el conteo que se iba dando por la radio iba ganando la candidatura de Allende –del FRAP– frente a la de Alessandri: hubo un apagón de luz en Santiago y cuando se restablece el resultado se da vuelta: por treinta mil votos aparece ganando Alessandri. La dirección del Partido Socialista –integrante de su candidatura– le pide que denuncie de inmediato el fraude y desconozca el escrutinio. Allende responde que él piensa que ha habido fraude pero no puede demostrarlo, y que no va a llamar a desconocer el resultado porque ello significa llevar al país a la aventura.

Esa era la personalidad de Allende. Muchos no estarán de acuerdo con él, pero era su idea de Chile. Entonces, no es una fijación –en el sentido freudiano– con la institucionalidad, sino que entiende que el momento en el que él está gobernando es un punto de una trayectoria de la historia de Chile que se inicia antes y va a seguir después. En ese punto, es consecuente con lo que él estima que es la parte más positiva de la secuencia temporal anterior, y prepara el camino para su continuidad en una posterior, de desarrollo de los valores que defiende, los de respeto a la persona humana, a la democracia participativa, social y económica.

En el contexto internacional, Allende da prioridad, primero, a la buena relación con sus vecinos. El primer viaje que hace es a Argentina, y establece óptimas relaciones personales con el Presidente argentino. A pesar de estar en posiciones

políticas distintas, negocia y consigue que Argentina acepte someter a arbitraje el diferendo del Canal de Beagle; es uno de los legados de la política exterior de Allende el comienzo del acuerdo que pone fin a ese diferendo. Y hace lo propio con el Perú: en ningún momento durante el Gobierno de Allende, próximo el centenario de 1879, Perú significó un peligro para Chile. No lo había. El del Perú y el Gobierno de Allende tenían las mejores relaciones, confianza mutua. En Bolivia, el Gobierno de Juan José Torres era un gobierno constitucional, su desestabilización buscaba naturalmente lo que provocó: una dictadura militar. Allende tenía un compromiso latinoamericano. Lo había tenido también con países como Venezuela, Rómulo Betancourt, exiliado de Venezuela durante la dictadura de Pérez Jiménez, vivía en casa de Allende en Santiago; lo tuvo frente a la dictadura de Odría en el Perú, en los años 30, ayudando al APRA; y lo continuaba teniendo con Bolivia. Naturalmente, no tenía otra posibilidad de ayudar al gobierno legítimo de Bolivia en ese momento y esa oportunidad le ofreció la prueba de lo que podía esperarse de la disociación –a que me he referido antes– entre las palabras y los hechos.

El recurso a la fuerza armada, por consiguiente, tenía ese contexto: la fuerza armada en el interés de la República y no otro.

Esos son los hechos, a algunos les gustara a otros no, pero ese era Allende.

PEDRO MILOS: Joan, muchas gracias. En los pocos minutos que nos quedan, aprovechando la buena voluntad de Joan Garcés, voy a leer seis preguntas que hemos recibido del público y lo dejaré en libertad para que conteste aquellas que le parezcan posibles de hacerlo en unos diez minutos que nos quedan, como máximo, para terminar esta videoconferencia.

La primera –que tal vez podría quedar para el final– dice: “Tengo entendido que usted no ha regresado a Chile desde 1973. ¿Hay algún motivo por el cual no haya vuelto desde entonces?”.

Segunda pregunta –la verdad es que acá venían dos–. “¿Cuál es su opinión sobre la figura del ex Presidente Aylwin?”. Esto se pregunta a partir de una introducción más amplia –que no voy a leer– en la cual se citan algunas declaraciones del ex Presidente Aylwin respecto a que Allende no habría sido un buen político… en fin.

Tercera: “En su exposición usted menciona, en varias ocasiones, la posibilidad de un golpe frustrado. ¿Por qué cree usted que el golpe de septiembre del 73 sí resultó y los anteriores no?”.

Cuarta pregunta: “¿Cuál es el sentido del lema ‘revolución chilena con sabor a empanada y vino tinto’?”.

Quinta: “Suponiendo que el equilibrio político interno hubiese sido posible –o dejando al margen ese factor en el análisis– ¿qué problemas externos, además de la intervención de la CIA, vislumbraba el Gobierno de la Unidad Popular? Y si los consideraron, ¿recuerda cómo los iban a enfrentar?”.

Por último, una pregunta que me imagino va a ser muy significativa para Joan Garcés, la formula Víctor Pey, quien nos acompaña y a quien saludamos. Dice así: “¿Cómo puede usted explicarnos, que haya sido posible, por la iniciativa de usted mismo, la detención de Pinochet en Londres y que cuando el juez Garzón intentó investigar los crímenes ocurridos durante el franquismo, fuese este destituido e inhabilitado para ejercer en el Poder Judicial español durante 17 años?”.

Esas son las preguntas que nos han llegado, les agradecemos sinceramente, no tenemos otro modo de escuchar vuestras preocupaciones, y dejo en libertad a

Joan Garcés para responderlas todas o algunas de ellas, en los minutos que nos quedan.

JOAN GARCÉS: Empezaré por la última pregunta, de nuevo, diciendo algo que puede interesar a los chilenos, que el referente de la transición chilena desde 1990, como lo fue referente del golpe de 1973, es la insurrección contra la República española de 1936 que he comentado antes. La transición a partir de 1989-1990 está igualmente marcada por la transición española, que tiene un precedente simbólico que voy a comentar muy brevemente. Marzo del año 71 –recién iniciado el Gobierno de Allende–, Madrid: visita del General Vernon Walters –que estará dirigiendo la CIA en 1973– al General Franco para convencerle de que, dada su avanzada edad, ceda la jefatura del Gobierno a alguien de su confianza mientras retiene vitaliciamente la jefatura de las Fuerzas Armadas. La transición española está marcada por esa directriz de Estados Unidos; es decir, que las Fuerzas Armadas de España sigan fuera de control de la soberanía popular. Y, en efecto, Franco designó a una persona para que le sucediera como jefe vitalicio de las Fuerzas Armadas.

Observen como en Chile ha sido ése el modelo. Pinochet decide perpetuarse al frente del Ejército hasta el año 1998 y deja detrás una estructura militar cuyos mandos no están subordinados a la soberanía popular. Esa transición española se hace sobre la base de la impunidad absoluta de los crímenes de lesa humanidad cometidos durante el régimen fascista español, que se prolonga desde 1936 –en que empieza a instalarse en una parte de España– hasta el año 1975, en que muere el dictador. Todavía hoy, la cúspide del Tribunal Supremo español, la denominada Sala del artículo 51, tiene una mayoría de dos tercios de sus miembros que juraron lealtad al dictador y a los principios fundamentales del partido único fascista.

En esa continuidad en la estructura política y en sus cargos superiores está la respuesta a la pregunta sobre por qué la impunidad se ha mantenido en España hasta hoy. Yo mismo he sido el abogado de la nieta del último Presidente del

Gobierno de la República española, combatiendo esa impunidad.

En Chile el diseño era el mismo: la impunidad absoluta. Si el procedimiento se inició en España el año 1996, y yo fui quien firmó, a nombre de la Fundación española Presidente Allende, la primera querella, y si solicité en 1998, y conseguí, la detención de Pinochet en Londres, fue porque en Chile los tribunales estaban herméticamente cerrados para investigar esos crímenes. Afortunadamente, desde entonces, se han abierto cada vez más, de lo que estoy muy contento, junto con tantos millones de chilenos.

Hay un paralelismo, tanto en el golpe de Estado como después en la transición a un sistema de partidos, en los medios utilizados para tener bajo control el ejercicio del voto popular y evitar, en España, un resultado como el de las elecciones de 1936 (que proclamó la República), en Chile como el de las de 1970. En España, mediante un sistema electoral, especialmente ingeniado a ese fin, de listas bloqueadas y cerradas, con circunscripciones provinciales, en Chile ustedes tienen la adaptación local llamada ‘sistema binominal’.

¿Por qué resultó el golpe de 1973 y no el de 1970? Lo dije indirectamente: en 1970 el jefe del Ejército no se pliega al golpe. En Chile, en 1973 mientras el jefe del Ejército no se plegó al golpe, no era posible que este triunfara. Amotinamientos los había habido, ya lo dije antes, y podría haberlos habido también después, pero el golpe no podía triunfar sin el Comandante en Jefe del Ejército. La traición de este es la clave de la tragedia humana que ha vivido Chile desde entonces, y entenderán ustedes por qué yo pedí la detención y enjuiciamiento de ese individuo, aunque no fue por haberse amotinado sino por los crímenes contra la humanidad que cometió, como consecuencia de su alta traición.

El Presidente Aylwin. Lo he escrito muchas veces y lo he dicho: hay dentro de la Democracia Cristiana, desde el año 1970, una corriente que quiere cambiar el sistema político, inclusive destruyendo las instituciones democráticas en los

hechos, aunque verbalmente diga otra cosa. En 1973, la oposición había intentado tras las elecciones parlamentarias la sustitución, en los hechos, del régimen presidencial por el parlamentario. Es decir, ya que no podía destituir al Presidente, tratará de privarle de las facultades propias del régimen presidencial. Y esto responde, indirectamente, a la otra pregunta sobre la mayoría en el Parlamento. Chile tiene un régimen presidencialista. Ninguno de los Presidentes que ha habido en Chile desde que en 1925 se establece el régimen legal que regía en Chile en 1970, ha tenido mayoría absoluta en el Congreso. Frei Montalva la tuvo los dos primeros años de su mandato y la perdió en los siguientes, todos gobernaron hasta el final. Es decir, las facultades que Allende estaba ejerciendo desde la Presidencia se hallaban dentro del marco legal. De las cinco veces en que se pronunció el Tribunal Constitucional al respecto, cuatro fueron a favor de la forma en que estaba actuando el Gobierno. Sostener lo contrario es propaganda negra: el Gobierno actuó dentro del régimen legal hasta el final.

Las amenazas externas de Chile. La política exterior de Allende no reconocía las fronteras ideológicas que imponían al país un corsé que limitaba su desarrollo. Fue el suyo el primer gobierno de la América continental –desde Canadá hasta Tierra del Fuego– que reconoció a la China Popular, a pesar de que en ese momento esta se hallaba enfrentada con la Unión Soviética y de que en su coalición Allende tenía al Partido Comunista, muy próximo a la Unión Soviética. Allende la reconoció. Y agrego, cuando en diciembre de 1972 viaja a las Naciones Unidas y a Rusia en busca de romper el cerco financiero al que estaba sometido el país, estudió muy seriamente que su viaje desde Nueva York, sede de las Naciones Unidas, hasta Moscú, prosiguiera hasta Pekín. No asumía la frontera que había en ese momento de conflicto entre los chinos y los soviéticos. Chile no tuvo ningún conflicto externo durante el Gobierno de Allende excepto la política de desestabilización y de cambio de régimen, en la forma que conocemos, de que fue objeto por parte de Estados Unidos. No había otro.

Y en cuanto a por qué no he regresado a Chile, espero que en algún momento vaya a regresar. Por el momento, creo que puedo colaborar mejor con los demócratas chilenos desde fuera que desde dentro.

PEDRO MILOS: Agradezco, en nombre del Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Alberto Hurtado, la colaboración y participación de Joan Garcés en nuestro seminario, convencido de que sus opiniones, sus reflexiones, sus actos de memoria, son imprescindibles para una reflexión más profunda sobre este período. Y recordar que lo estamos haciendo cuarenta años después. Ciertamente hay un déficit en esta sociedad en su capacidad de reflexionar y de poder discutir abierta, clara y directamente sobre su pasado. Vamos a seguir contribuyendo para que esa carencia sea superada.

Muchas gracias, a Joan Garcés y a Julio Pinto, por acompañarnos.

JOAN GARCÉS: Gracias a todos ustedes.

PEDRO MILOS: ¿Quieres agregar algo más Joan?

JOAN GARCÉS: Simplemente reiterar mis saludos a los presentes y a los ausentes, a los que tengo siempre muy próximos a mí.

1 Video conferencia emitida desde Madrid, España, el día 13 de junio de 2013, entre las 12:45 y 14:00 horas, aproximadamente, y recepcionada, públicamente, en el Aula magna de la Universidad Alberto Hurtado. El texto que se presenta es resultado de su transcripción, la que fue editada in extenso respetando la estructura y el contenido de la misma.

2 El texto transcrito y editado fue sometido a la revisión del autor. Las notas a pie de página, sin embargo, son responsabilidad del editor.

3 Quien fue parte del grupo que abandonó la Democracia Cristiana, en 1971, y creó la Izquierda Cristiana; en ese momento era Presidente de la Juventud Demócrata Cristiana.

4 El General Juan José Torres encabezó un gobierno militar, de orientación de izquierda, que gobernó Bolivia entre el 7 de octubre de 1970 y el 21 de agosto de 1971, fecha en que fue derrocado por un golpe de estado encabezado por Hugo Banzer.

5 Versiones electrónicas de Informe Hinchey sobre las actividades de la CIA en Chile y de Informe Church: Acción Encubierta en Chile: 1963-1973 en: http://www.derechos.org/nizkor/chile/doc/hinchey-e.html y http://www.derechos.org/nizkor/chile/doc/encubierta.html, respectivamente.

6 Los militares que se incorporan al gabinete del Presidente Allende el 2 de noviembre de 1972 son: el General Carlos Prats, como Ministro de Interior; el General Claudio Sepúlveda, de la Fuerza Aérea, como Ministro de Minería; y el Contralmirante Ismael Huerta, como Ministro de Obras Públicas y Transportes.

7 Narciso Irureta, Presidente del PDC al momento de asumir Allende.

8 En referencia a: Carlos Prats González, Memorias: testimonio de un soldado, Pehuén, 1985.

9 Complot denunciado por el Gobierno como Plan Septiembre, encabezado por el General Alfredo Canales.

10 Algunas de estas imágenes en: http://ada.evergreen.edu/~arunc/texts/chile/torre/tanquetaz.html.

11 "Disminución de derecho", en este caso, una pérdida de autoridad del Jefe de Estado, poder político, frente al poder militar.

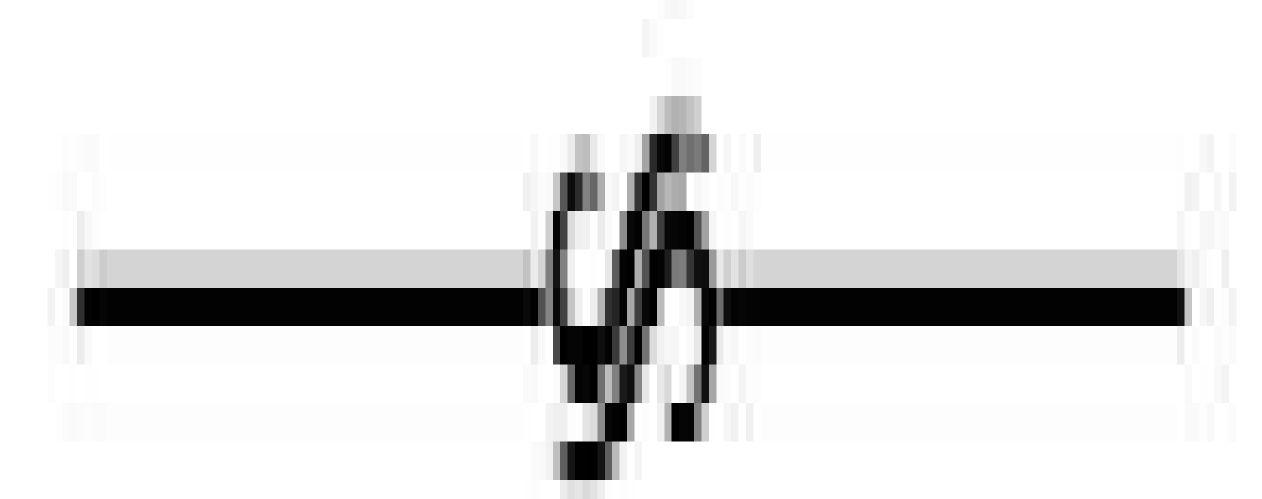
12 Director de la CIA entre septiembre de 1973 y enero de 1976.

13 Hernán Larrain Acuña S.J. (1921-1974), Doctor en Psicología por la Universidad de Munich, director de la Revista Mensaje desde 1957. Fue también fundador y director de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica (1957-1967) y rector de la Universidad Católica de Valparaíso (1962-1964).

14 Al respecto, ver presentación de Eduardo Rojas, pp. 57-69.

15 Todos colaboradores muy cercanos del Presidente Allende: Martner era Ministro de Planificación; Vuskovic había sido su Ministro de Economía hasta 1972; y el propio Garcés.

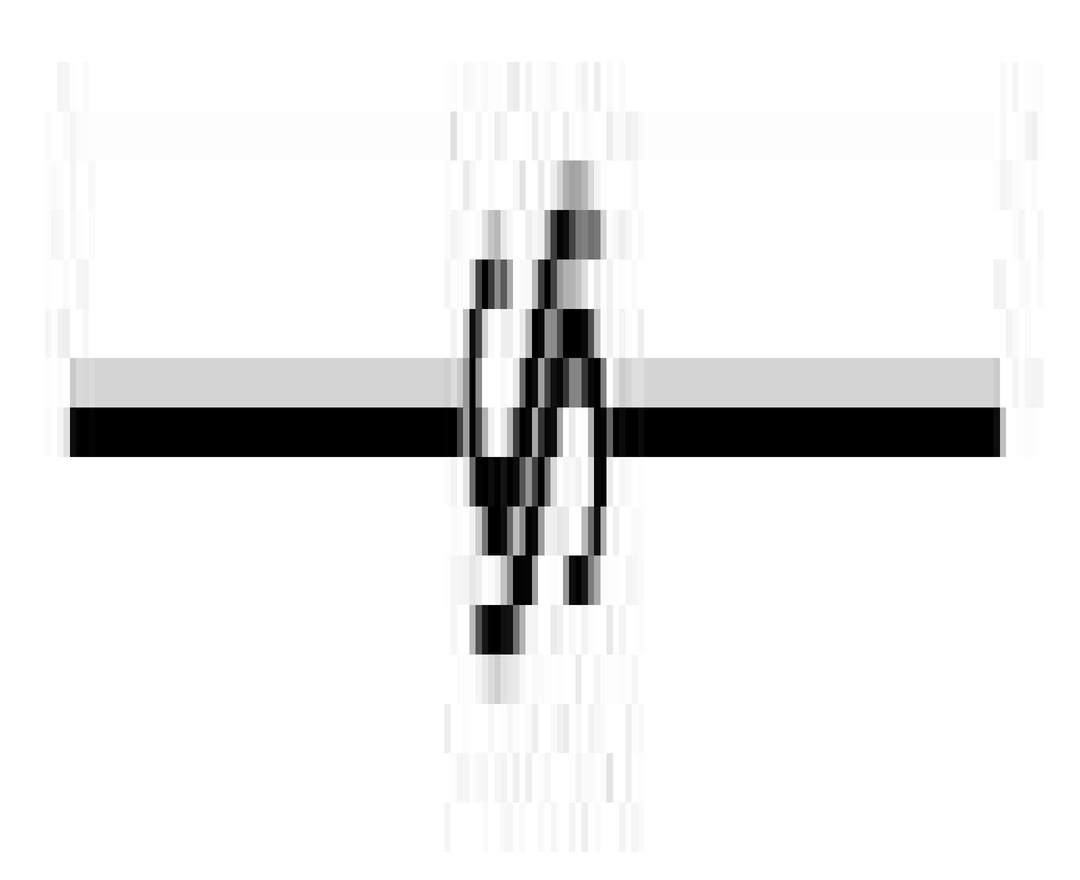
ARTE Y CULTURA



Shlomit Baytelman

Jorge Coulon

PRESENTACIÓN DE SHLOMIT BAYTELMAN



Esta invitación no ha sido fácil, en realidad, tomarla y preferí escribirla para que no se me fueran todas las ideas que fueron llegando… Camino –pongo aquí– de un lado para otro por mi casa, hago miles de actividades que no tienen nada que ver con la tarea a la que me han invitado. Mi mente se rehúsa, no quiere, no quiere irse hacia atrás, hasta que, bueno, va cediendo y ya hace varios días que hago el ejercicio, el rescate de un pasado enterrado bajo mucha tierra. Cada momento libre del día se ha convertido en un viaje de mi memoria tratando de recuperar momentos de la amnesia, tan necesaria por esos años después del golpe de Estado. Miro mis fotos, releo mis escritos, pedazos de diario. Nada muy claro. Habrá que sentarse con paciencia y reconstruir, pieza a pieza, el puzle de 1973.

Obviamente, me paseo por Youtube y Google: silencio, casi nada. De pronto un registro fotográfico y las canciones que nos llevan a la emoción de lo perdido. Casi todo lo que estaba en Youtube era o del golpe o cosas muy políticas, pero cosas de la cultura, muy poco. Empecé entonces a hacer el ejercicio de tratar de sentir los años del Gobierno de Allende. Tremendo trabajo, porque es doloroso pensar en la fugacidad de esa alegría profunda que sentimos como sociedad. Todavía mucha tertulia y canto por esos días, mucha amistad cultivada, mucha conversación y mucha discusión. Almuerzo barato y muy bueno en la Unctad[1], ¡con cuántos amigos artistas nos encontrábamos ahí! Miles de jóvenes en ese espacio, sintiendo el precario equilibrio de nuestra historia.

Yo trabajaba, desde mi egreso de la Escuela de Teatro en la Universidad de Chile, en 1971, en el Teatro de la misma Universidad. Recién unos pocos meses antes del golpe había salido mi nombramiento definitivo. Recuerdo, el año 1972, haber hecho una gran gira con el Teatro de la Universidad, apoyando la política gubernamental de llegar con el arte a cada rincón de nuestro país. Eso fue algo que cambió en esos años: el teatro estaba muy encajonado, muy clásico, y de pronto tuvimos que salir y abrirnos. Recuerdo muy bien esa gira, porque fue a los pocos días de mi casamiento. En ese tiempo nos casábamos muy jóvenes, tenía amor, tenía 22 años, tenía el trabajo que había soñado… solo había futuro.

Yo creo que el 90 por ciento de la gente que trabajaba en el Teatro de la Universidad de Chile era allendista. Por lo tanto, en 1973, dentro del teatro, se vivía un estrés constante. Recuerdo que lo que a mí personalmente me inquietaba era el boicot de grupos de ultraizquierda, que producían en la población un efecto de rechazo a las políticas de Allende. Para mí era inconcebible: le daban en bandeja argumentos a la derecha, la que recibía eufórica estos regalos. ¡Qué terrible! Vivíamos realmente estresados, era tremendo.

Físicamente, trabajábamos en el Teatro Antonio Varas, que está ubicado a pocos pasos de La Moneda[2], y el clima político reinante, de gran polarización, lo vivíamos en línea directa. Recuerdo actos de apoyo al Presidente con nosotros en las primeras filas. Tengo la sensación de haber estado todo ese tiempo, antes del golpe, alerta, al pie del cañón. Toda la comunidad artística alerta entregando lo mejor de nosotros, para que nuestro país viera quiénes estábamos apoyando la gestión de nuestro Presidente. Nos sentíamos los mejores, éramos los que estábamos haciendo arte, esos éramos nosotros y nosotros apoyábamos eso.

El año 1973, hasta enero, tuvimos en cartelera, en el Antonio Varas, la obra: Chiloé, Cielos Cubiertos, de María Asunción Requena, con la música de Luis Advis, la asesoría folclórica de Margot Loyola y la dirección de Eugenio Guzmán. Luego sacamos la obra para llevarla a Chiloé. Viajamos a Ancud, Castro y Achao. Chiloé, por esos años era una isla lejana, por eso fuimos recibidos con bombos y platillos. Todos los días, para contradecir el título de la obra, nos tocaron soleados. Era increíble, la obra se llamaba Chiloé cielos cubiertos y todos los días tenían un sol exquisito; bueno, ese fue ‘el’ comentario de esa gira.

Un grupo grande de actores nos ponemos en campaña en medio de nuestros ensayos, para colaborar activamente con una guardería de la Facultad de Arte a la que pertenecíamos. Y muchas otras cosas de ese tipo, no me acuerdo

exactamente, pero me acuerdo esto de la guardería, porque juntamos cosas para niños, cunas, no sé, era algo muy concreto. No recuerdo exactamente, pero queríamos que nos vieran en este tipo de acciones, que ayudaban a mejorar nuestro entorno. Es decir, no solamente queríamos hacer arte bueno, sino que además queríamos demostrar que éramos buenas personas, que estábamos con el proceso, que podíamos colaborar con cosas concretas, que podíamos tejer y entregar un tejido, o podíamos, no sé, martillar y hacer una cuna… Ese tipo de cosas.

Por supuesto que la Facultad de Artes estuvo presente en los trabajos voluntarios. Recuerdo unas madrugadas subiéndonos al bus en compañía de académicos, músicos y bailarines. Había que cargar vagones de trenes con alimentos, teníamos que estar donde nos requirieran. Había que cuidar, había que dar el ejemplo.

Empezamos a ensayar Las Troyanas de Eurípides en la versión de (Jean Paul) Sartre, que él había estrenado en el año 1965. Una versión que hacía más clara su lectura. Ensayábamos desde las tres de la tarde, luego seguíamos con la función de la obra en cartelera. En las mañanas podíamos hacer algunos trabajos en la televisión. Estos eran esporádicos. Era todo lo contrario a ahora, lo más importante era el teatro. Poco a poco la ‘tele’ se transformaba y requería de los actores, que hasta ese momento su fuente más importante de trabajo era el teatro, porque la gente iba al teatro. No había televisión casi y había mucho público.

Ahora, almorzar rápido y a ensayar Las Troyanas. Esta tragedia tiene como motivo central la libertad del hombre. Eurípides cuenta el destino de las mujeres de Troya, una vez perdida la guerra con Grecia. Los dioses se han ensañado con las troyanas, que ya lo han perdido todo. Toda la obra pone de manifiesto el significado de la guerra: “No dejará ni vencedores, ni vencidos”. Esto es lo que toda la obra demuestra. Los griegos destruyeron Troya, pero no sacarán beneficio alguno de su victoria, puesto que la venganza de los dioses los hará perecer a todos. Casandra dice: “Todo hombre sensato debe evitar la guerra”.

Mientras ensayo, me llega el guion de una película. Para mí fue algo importantísimo, después de haber tenido la experiencia de trabajar con Costa-Gravas, en su película Estado de Sitio[3]. Al menos esa sensación la he podido traer hasta aquí… Creo que el tema central era el Ejército chileno, era un proyecto de un director alemán que llega a Chilefilms[4]. Tengo una amnesia total sobre los detalles importantes: nombre del director, actores, ni qué hablar del guion, que debo haber quemado después del golpe. Lo que sí recuerdo es que se trabajaba con mucha rigurosidad. Creo que mi personaje era el principal: nada más ni nada menos que la Virgen del Carmen, patrona de Chile y del Ejército. Me hicieron ver unas cuántas películas que recreaban el ambiente que ellos querían dar, la estética de lo que también buscaban entregar. Eran casi todas películas europeas, pero de la única que algo recuerdo es una película soviética, muy hermosa, en su estética. Creo que se llamaba Ave blanca con pinta negra. Ahora le voy a hacer el rastreo, porque ya que me acordé, digamos, eso hay que buscarlo. Mientras tanto me entrenan físicamente; unos cuantos días a la semana, tengo una intensa clase de Tai Chi, en Chilefilms. Mi personaje tiene que levitar. Estoy fascinada.

Repaso mis trabajos del Teatro de la Universidad. Un año antes participo en La Madre de (Máximo) Gorki, en la versión teatral de (Bertolt) Brecht. No sé si antes o después hago El jardín de los cerezos de (Antón) Chéjov. Siento un escalofrío. Son obras que muestran algo que nos acerca a lo que estábamos viviendo, con una carga premonitoria no principalmente en los hechos, pero sí en las sensaciones, en los sentimientos de los personajes. La Madre es la vieja Pelagia, que ha vivido siempre en la pobreza, con un marido que la maltrató en medio de sus borracheras. Pelagia tiene un hijo, Pablo, joven obrero que, tras la muerte de su padre, lleva a su casa libros y amigos que defienden las nuevas ideas. Pablo es arrestado y desterrado a Siberia. Entonces ella, convencida, cree que su deber es ocupar el puesto de Pablo. La policía ahora persigue a la madre. Es detenida, injuriada y mal tratada hasta convertirse en mártir de la libertad. La novela La Madre de Gorki es considerada como la primera obra del realismo socialista[5].

En El jardín de los cerezos, de Antón Chéjov, los personajes principales han tenido un pasado glorioso y lleno de abundancia económica, que por razones de mala administración, lo van perdiendo todo. Los personajes son víctimas de sus propios actos. Muestra el mundo reaccionario de una clase aristocrática que parece no aceptar los cambios. La nueva burguesía, a pesar de sí misma, llega para desplazarlos aunque ellos se nieguen a aceptarlo. Cuando ya está todo perdido y en medio de la trama realista, el símbolo irrumpe en la forma del sonido de una cuerda que se rompe... Clic. Muy impresionante. Tengo 'aquí' el sonido en la obra…

Estrenamos Las Troyanas en agosto de 1973. Ya faltaban pocos días…

El martes 11 yo tenía mi clase de Tai Chi en Chilefilms, era a medio día, y a las siete de la tarde, al Teatro. No alcancé a partir.

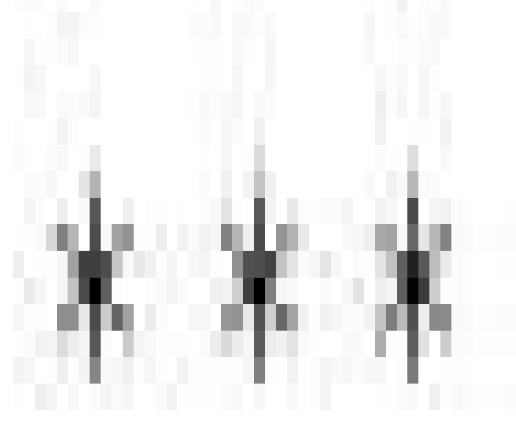
El domingo anterior habíamos hecho la última función de Las Troyanas. Estábamos nerviosos, pero llenos de proyectos.

En Chiloé cielos cubiertos, yo cantaba en el coro: "Chiloé es un palafito, que suspira por sus hombres. Se fueron para otras tierras… Se fueron quizás pa'onde".

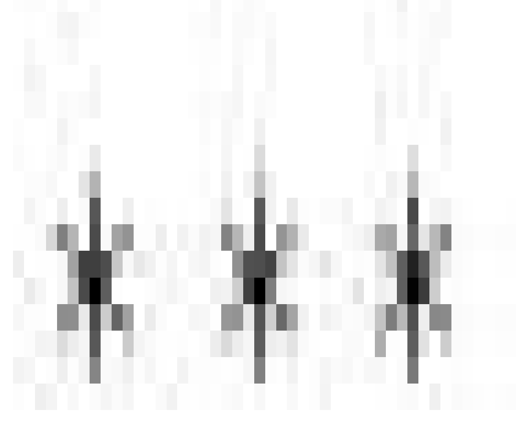
En la obra Las Troyanas, también actuaba en el coro. Dijimos en esa última función: "¡¿Qué lamentos bastarán para deplorar tu indigna suerte?! Por última vez saludo a los cuerpos de mis hijos. Por última vez, maldita noche, funesto destino".

Notas del debate

Teníamos una editorial que se llamaba Quimantú[6] y empezamos a leer los clásicos, los cuentos, cosas cortas de Dostoievski, empezaron a llegar también los autores ingleses. Estaba todo a la mano, tú podías comprar toda la literatura universal a casi nada; de hecho, se vendían en los quioscos de diario por… ¿ahora serían 500 pesos? Una cosa así.



En cuanto al rol de la mujer en esos años y si surge un tipo nuevo de mujer, que antes no existía, o si hay una continuidad de algo que ya venía, yo creo que sí, que venía de muchísimo antes. La participación era muy activa, digamos, éramos buenas compañeras, íbamos a todo, estábamos dispuestas a muchas cosas como mujeres. Sí, estábamos realmente dispuestas a proteger esto que era nuestro. No siento una mujer fuera, todo lo contrario, tremendamente activa, participativa. Mujeres pintoras, artistas, pintando en las calles. Bueno, las actrices, obviamente, siempre trabajando y apoyando en lo que viniera, el ballet, tantas mujeres en el ballet, y todas participando muy activamente en cosas políticas. Estas preciosas mujeres que bailaban. Así que siempre en el arte, la mujer absolutamente presente.



Una de las peleas que dábamos era con nuestros propios compañeros, que querían sacar un arma que tenían guardada debajo de la almohada. Entonces tú decías: “Esto no se resuelve así, justamente la gracia de este Gobierno, es que podemos caminar libres”. Era esa la sensación, de que estábamos empoderados y salían estos locos, que los teníamos al lado. Más de algún compañero mío del Teatro, que empezaba a dar unos discursos de repente en la mitad de un ensayo y decía: “Compañeros, es que acaba de pasar esto…”. Como nos llegaban las noticias directamente de La Moneda, muchas cosas se discutían ahí mismo, me acuerdo. “Vamos o no vamos a tal cosa, nosotros pensamos que no, por esto, por esto otro…”. Y de pronto tú decías “pero ¿qué está pasando?”. Entonces eran tus propios compañeros los que ponían obstáculos. Esa sensación, desde que fuimos Gobierno, de cuidar esta joya, porque era una sensación de algo precioso, algo realmente increíble; cómo se dialogaba, cómo podíamos hablar con todos, cómo se daba esta conversación. Todo eso, entonces, estaba boicoteado, peor, autoboicoteado, a cada rato, por una ultraizquierda absolutamente demente. Había que estar, ahí, alerta y decir qué hacer y cuando tú no eras muy político y no tenías, así, como mucho marxismo, ni mucha cosa que sacar, y querías decirles: “¡Eey! Hay que cuidar esto, hay que cuidarlo”. Era tremendo, porque era gente que estaba con mucha cosa, mucho texto, de repente.

Creo que lo que pasó es que de repente queríamos todo de una vez. Esto pasó en muy pocos años, había que ser tremendamente delicados, había que ser diplomáticos. Estábamos en algo absolutamente nuevo y entonces se subieron por el chorro. Esa era mi visión, muy poco política, pero que era lo que a mí me afectaba en mi cuerpo. Encontraba que había gente que no tenía sensibilidad, que no quiso esperar y fue mucho peor.

1 En el casino del edificio Gabriela Mistral, que había sido construido como sede del encuentro que la Unctad celebrara en Chile, el año 1971, se ofrecía almuerzo a precios muy económicos y era un lugar de encuentro natural de la juventud, en esos años.

2 El Teatro Antonio Varas está ubicado en calle Morandé, casi esquina Alameda,

en la Galería del mismo nombre, al costado oriente de La Moneda.

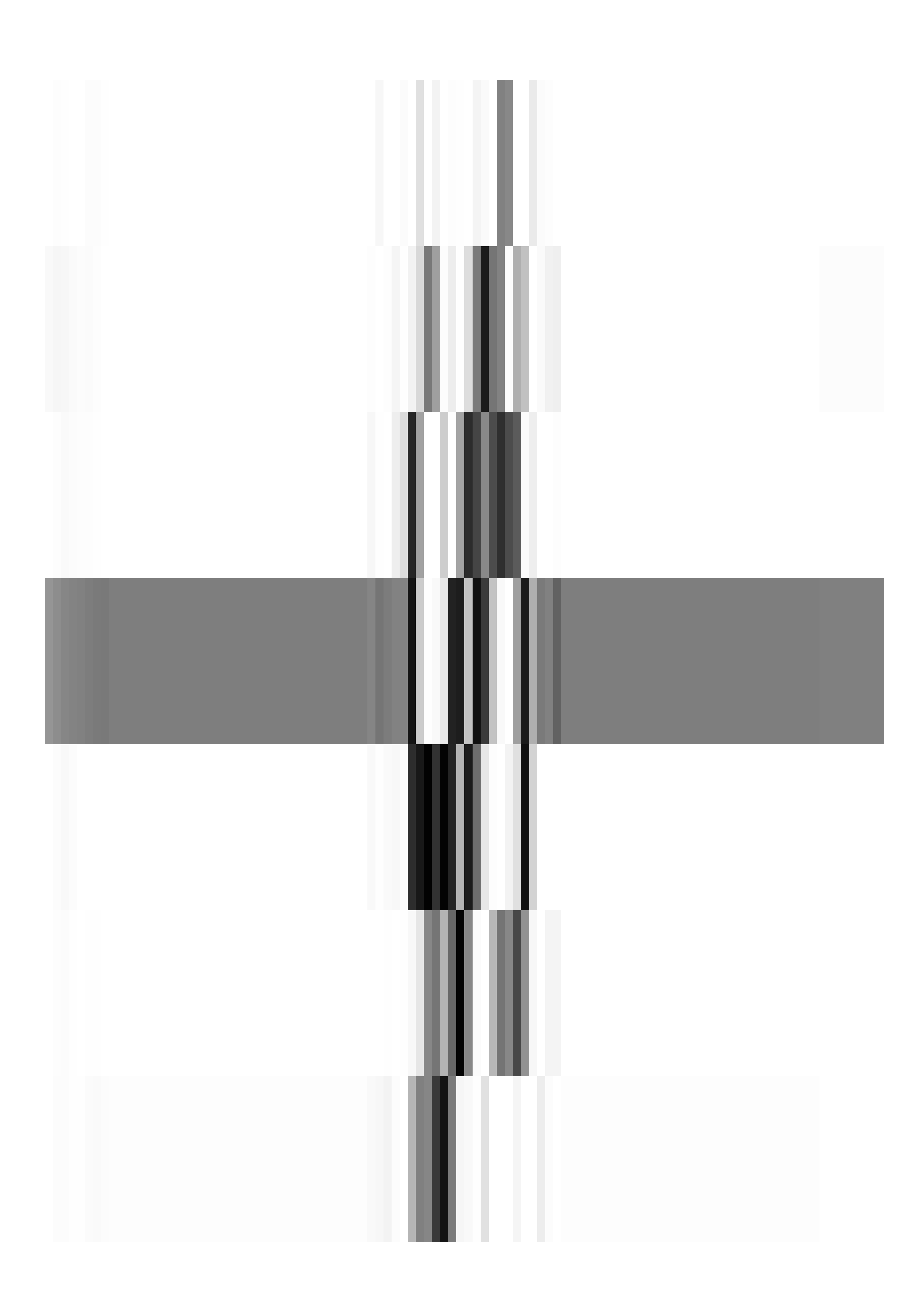
3 Película estrenada en 1972, inspirada en el secuestro de un funcionario norteamericanos –ligado a la CIA– a manos del movimiento Tupamaros en Montevideo, Uruguay, ocurrido en julio de 1970. Dirigida por Costa Gavras, fue filmada en Santiago, con la participación de Yves Montand en el rol principal y una serie de actores y actrices chilenas.

4 Empresa estatal creada, inicialmente, por la Corfo, en el año 1942, con el fin de promover y desarrollar el cine chileno. Tras años de inestabilidad, administrada por privados desde 1949, vuelve al Estado en 1960, para ser finalmente privatizada durante la dictadura, a fines de los años 80.

5 Máximo Gorki (1868-1936), su novela La madre fue publicada en 1907.

6 La Editora Nacional Quimantú, fue creada en febrero de 1971, al pasar el Estado a ser propietario de la Editorial Zig-Zag. Cumplió con su propósito de poner el libro al alcance de todo el pueblo chileno al publicar y distribuir millones de libros por todo Chile, a través de series como: Nosotros los chilenos, Minilibros, Cordillera, Cuadernos de Educación Popular, Camino Abierto, Clásicos del Pensamiento Social, Cuncuna, entre otros. Asimismo, se editaron revistas como Cabrochico, Onda, Paloma, La Quinta Rueda, La Firme, Mayoría, Estadio, Historietas Q, etcétera.

PRESENTACIÓN DE JORGE COULON



A mí se me pidió, expresamente, que no trajera nada preparado… De manera que los recuerdos brotaran… Si hay algo que es muy cierto de lo que decía Shlomit (Baytelman)[1], es que cuesta hacer brotar recuerdos cuando hay un mecanismo de defensa, que hace que algunas cosas uno las borre. Dicen que las mujeres, por ejemplo, no recuerdan el dolor del parto. Porque si lo recordaran no parirían más. Ahora con la medicina chilena, ya no hay partos naturales, pero en la época en que los había, parece que es un dolor que los mecanismos del cerebro hacían cancelar.

Leí por ahí que tendemos a reconstruir nuestra propia historia de manera mítica. O sea, que los peores testigos de una época son los que la vivieron, porque tratamos de recordar, de partida, de manera épica, en que los héroes de las circunstancias somos nosotros mismos; y, luego, de manera mítica, en el sentido de que ordenamos míticamente nuestros recuerdos, de manera que todo el relato tenga una coherencia. Que sea un relato, en buenas cuentas, que sea una historia que nosotros mismos, tal vez, o en nuestro subconsciente, nos vamos contando.

Me ha tocado, en más de una ocasión, hacer este ejercicio de confrontar mis recuerdos con documentos, por ejemplo, de la realidad y es cierto que no es evidente. Tuve, por encargo de la editorial de la Universidad de Santiago, que escribir un breve librito a cerca de mis recuerdos de Víctor Jara[2] –un librito que tiene 70 páginas, que es muy ameno y que cuesta tres mil pesos en la librería que está aquí cerquita de la Usach– y me tomó un trabajo tremendo, porque en la medida que yo iba recordando cosas y las confrontaba con los datos –la época en que se grabaron los discos y todo eso– todos mis recuerdos estaban ordenados de manera absolutamente caprichosa. Tanto, que entré en una serie de dudas respecto si tenía algún recuerdo concreto o real de cómo habían sido o transcurrido los hechos en esos años.

Me había pasado antes en Italia, en relación al mundial del 62, que se jugó acá en Chile –para que vean ustedes con qué nivel de ancianidad ustedes se están

enfrentando–. Bueno, hubo, en ese mundial, un partido Chile-Italia, que fue famoso porque Leonel Sánchez le pegó un combo a un italiano, que no era italiano, sino que era argentino, cosa que ya era suficiente ofensa. En el equipo italiano venían como cuatro argentinos y dos brasileños con pasaporte italiano, que incluso ya habían jugado por Argentina y ya había, por lo tanto, una animadversión, digamos. Pues bien, ese partido en Italia no lo olvidaron nunca. Hasta ahora, con los muchachos que hoy día tienen 18 años, uno conversa tres palabras y aparece Leonel Sánchez. Entonces, se publicó en Italia un libro de distinta gente que escribía acerca del futbol –políticos, artistas– y me pidieron que escribiera sobre el famoso partido Chile-Italia. Y cuando me fui a ver los registros, en una biblioteca en Roma, me encontré con el mismo problema: que mis recuerdos –yo había visto el partido no en el estadio, pero sí en la televisión– de ese partido y las circunstancias eran completamente distintos de cómo habían sucedido los hechos.

Me imagino que ustedes, como estudiantes de Historia o como Departamento de Historia, deben saber que esto es así, que los peores testigos de un periodo son los protagonistas.

También tengo la sospecha que recordar, de cuando uno tenía entre 22 y 25 años, tiene un desfase hormonal tremendo, con la época actual. Naturalmente, yo no era el mismo, desde el punto de vista de las pasiones, de los afectos y de la importancia que tenían las cosas, que el que soy hoy día. Hoy tiendo a recordar mucho, y con algún grado de análisis, las cosas políticas, y sin embargo, creo haber vivido ese periodo bastante más preocupado de las chiquillas –de la Shlomit Baytelman, por supuesto– y de todo lo que le pasaba a uno como persona joven. Mi primer hijo nació en esos años. Es cierto que nos casábamos muy jóvenes en la época, tal vez también porque teníamos una confianza tremenda en la nación en la cual actuábamos; teníamos una confianza tremenda en sus instituciones; teníamos una confianza tremenda en su futuro; y estábamos metidos en una cosa en la cual casarse, tener hijos, participar, sentir la ciudad como nuestra –un montón de cosas– eran cuestiones bastante naturales.

Mi hijo Matías nació el año 1971. Partimos, me acuerdo, de un concierto que teníamos en el Teatro Municipal varios artistas y nosotros estábamos programados para tocar más al final, y yo estaba con la Paca, ahí, que tenía ya la guagua… Le decía yo a Ricardo García[3], “pucha, apúrate con la parte nuestra, porque me tengo que ir a la clínica”. Y Ricardo decía “no, no, no”. No me tomó nunca en serio y, bueno, tocamos, partimos y nació tres horas después. Pero todo tenía, visto desde ahora, a cuarenta años, tenía algo como de mágico, no sé.

Nosotros somos de una generación que iba puro ganando no más. Nosotros no teníamos idea que podía pasar lo que pasó. No lo teníamos en nuestro horizonte experiencial. No estaba en la capacidad de imaginación nuestra, que se cerrara el Congreso, por ejemplo; seguramente era por la mala enseñanza de la Historia, que era una historia antigua. Pero no lo concebíamos, simplemente. Yo tengo recuerdos de elecciones desde el año 1952, en las que triunfó Carlos Ibáñez del Campo; tenía como cinco años, pero recuerdo las marchas, porque mi papá era radical y me llevaba a las marchas, ahí en la Alameda. Después, ya el año 58, alguna idea tengo. Pero el año 1964, por ejemplo, ya estábamos metidos de frentón con el FRAP[4], apoyando a Allende.

Yo fui presidente del FRAP de la Escuela de Artes y Oficios, que era el grado previo de la Universidad Técnica. Cuando perdió Allende en el 64, todos buscamos algún tipo de militancia, porque éramos, así, puro corazón y sentíamos que había necesidad de organizarse y ya el año 70 participamos activamente y seriamente en política. Además, porque durante toda la década del 60 en las universidades en Chile hubo un movimiento fuertísimo, que en la Universidad Técnica empezó en el año 62. Cuando el año 68 explota el famoso mayo de París, la Universidad Técnica ya tenía un Rector comunista, elegido por votación de los estudiantes, de los académicos y de los administrativos. O sea, en la década del 60 –que en todo el mundo se ve como una década súper importante y además una década que se ha encargado un poquito de opacar todas las que vinieron después– en Chile todo este movimiento había comenzado bastante antes.

Llegamos al año 1970, cuando ganó la Unidad Popular, pero hay que decir también que las ideas de cambios profundos iban muchísimo más allá, puesto que Radomiro Tomic[5] –injustamente olvidado en estos días– tenía un programa que era muy similar al de la Unidad Popular. Además, él siempre lamentó que la Unidad Popular no lo hubiera apoyado a él. Tal vez tenía razón en su lamento, en el sentido en que podría, con una mayoría de ese tipo[6], haber sido otro el fin de la historia. Aunque eso de reconstruir las posibles salidas de la historia, es un ejercicio un poquito inútil. También, legítimamente, se podría haber dicho, por qué no apoyó Radomiro Tomic a la Unidad Popular, ya que los programas eran tan similares, las intenciones eran tan similares. Hubo ese desencuentro, que tal vez nos costó muy caro, pero que no sabemos tampoco hacia dónde nos habría llevado.

Nosotros nos habíamos formado, como grupo[7], el año 1967 en la Universidad Técnica del Estado. Nosotros, como grupo, empezamos por 'una fulguración hacia el camino de Damasco'[8], respecto de la música andina; cuando empezamos ni siquiera cantábamos, tocábamos solo temas instrumentales. Los que vivieron la época van a recordarse de que en ese momento era furor en el ambiente universitario –y no solo en el ambiente universitario– el Quilapayún[9], que era una especie de ceremonia de la revolución, así, ponchos negros y serios. Y nosotros tocábamos charanguito ahí… Entonces no faltaban los compañeros de la Universidad que nos decían: "Hasta cuándo van a tocar esas 'hueaítas', comprométanse con…". De alguna manera, las circunstancias y el hecho de que todos éramos bastante comprometidos personalmente, nos llevaron también a poner nuestra música al servicio de la causa. Aun cuando eso es tan discutible…

El hecho es que se creó ahí una situación tan especial. Por ejemplo, Shlomit habla del Ituch –el Instituto de Teatro de la Universidad de Chile–, de Luis Advis, de Eugenio Guzmán y resulta que todos andábamos mezclados en eso[10]. Andábamos mezclados porque para nosotros los estrenos del Ituch o incluso los del Teatro Experimental de la Universidad Católica, eran de asistencia obligatoria. Por una parte, por el acontecimiento cultural que significaban, pero, por otra parte, porque la música la hacía el Lucho Advis, que estaba trabajando con nosotros en otra cosa o porque el mismo Lucho Advis revolucionó la música chilena, de todo nivel, con la Cantata Santa María de Iquique[11], que fue un

acontecimiento que realmente marca un antes y un después en lo que se concibe en Chile como música popular chilena. Sergio Ortega[12], Gustavo Becerra[13], ni hablar de Víctor Jara[14], el Ballet Nacional chileno; toda gente que, por una parte, teníamos una militancia política activa, pero, además, una relación y un intercambio permanente de experiencias y de proyectos.

Pasamos los tres años de la UP con Patricio Bunster[15] que nos perseguía porque él tenía un proyecto para el Ballet Nacional, en que participaba el director de la carrera de Composición en ese tiempo, que era el peruano Celso Garrido Lecca[16] –que tiene una historia divertida que les puedo contar después, tragicómica–. Participaba Víctor Jara; participaba Isabel Parra[17]; participaban Los Blops[18], que era el grupo donde estaba (Eduardo) Gatti y el actual luchador por la ecología, Juan Pablo Orrego; participábamos nosotros, Inti Illimani; y la Orquesta Sinfónica de Chile, además. Entonces, el maestro Garrido nos llevaba –nos íbamos a la casa de Víctor Jara– y ensayábamos quince días lo que teníamos que tocar y después íbamos a grabar con la Orquesta Sinfónica. Llegaba Celso Garrido, no decía nada que habíamos ensayado antes, y nos entregaba partituras a todos, a la Orquesta y a nosotros. Y partíamos nosotros como bala…, cómo no, si habíamos pasado quince días ensayando y los de la Orquesta se equivocaban porque estaban leyendo a primera vista, primera vez que veían la partitura. Entonces Garrido les decía: “¿Qué pasa maestros, cómo es que aquí los músicos populares leen más rápido que ustedes? ¿Qué es lo que está pasando?”. Y nos ganamos, bueno, un poco de rabia, pero mucho respeto también de los músicos de la Orquesta.

Todas estas cosas que pasaban y mientras tanto, paralelamente, nosotros montábamos con Isabel Parra y con Luis Advis el “Canto para una semilla”[19], con las décimas de la Violeta Parra. Todas estas cosas pasaban de manera mágica y al mismo tiempo estábamos trabajando en lo mismo que Shlomit decía, en los trabajos voluntarios, descargando sacos en la estación el día domingo, con Víctor Jara, hay una foto muy linda de Víctor también en eso. Y, además, yo tenía 24 años…, entonces, ¿qué más se le puede pedir a la vida?

Parecía que todo iba así… Ganábamos las elecciones estudiantiles, después ganábamos las elecciones presidenciales y después, a pesar de que Allende ganó con un treinta y tantos por ciento en el 70, en la elección de 1973 –en la cual participamos también activamente en la campaña y ese verano, además, tuve el placer, el orgullo y el honor de conocer al General Prats, precisamente en un trabajo voluntario– a pesar de todo lo que iba pasando, ahí ya la Unidad Popular sacó cerca del 46% de los votos[20]. Era la primera vez que un Gobierno en el cargo crecía en apoyo parlamentario y no perdía apoyo, como había sucedía siempre.

Nosotros éramos los dueños del mundo, era puro 'tirar y abrazarse'. La sensación que yo tengo siempre de ese tiempo es de sentirme dueño de Santiago, de sentirme dueño del país. A ninguno de nosotros se nos habría ocurrido sacar una señal del tránsito, echar abajo un árbol, eran como cosas nuestras y estábamos preocupados de este país que estábamos haciendo y que, además, estábamos tan seguros que lo estábamos haciendo re bien. Esa sensación me queda a mí y siempre la tuve. Así como la sensación, cuando se produce el golpe militar, de un crimen de magnitud bíblica, una cosa casi inconcebible.

Nosotros partimos de Chile el 25 de julio del 73, a una gira por Europa que tenía que durar hasta mediados de octubre, y regresamos en septiembre, pero de quince años después. Eso para mí ha sido raro, porque nosotros salimos de una situación de mucha euforia, también de mucho enfrentamiento, es cierto, de mucha tensión, y volvimos en plena campaña del No para el plebiscito[21]. Entonces yo no experimenté, ni física ni sicológicamente, la situación de haber vivido bajo una dictadura, no he vivido nunca eso. Salimos y durante quince años nos imaginábamos cómo íbamos a volver. ¿Vamos a volver clandestinos? O en los funerales de algún exiliado que moría, todos pensábamos que nos íbamos a morir afuera; asistir a un funeral de un exiliado es terrible, porque uno asiste a su propio funeral, de alguna manera.

Salí de esa situación de euforia y volví a otra situación de euforia, entonces como que hubo un puente extraño y creo que recién ahora –gracias a este

Gobierno 'de excelencia'[22]– me doy cuenta de la huella profunda –más allá de los sucesos terribles, de los asesinatos, de las desapariciones y todo–, del daño profundo que se le causó a Chile. Recién se está valorando el daño tremendo que se le ha causado a este país, que es mucho más grave y mucho más profundo de lo que uno se puede imaginar.

Yo no soy de ninguna manera partidario de que 'todo tiempo pasado fue mejor'. Claro, para uno que ahora tiene sesenta y tantos años, es fácil decir que cuando tenía veinte era más entretenida la cosa. No estoy tan seguro tampoco, pero era, eso sí, más excitante. Pero los tiempos que uno vive, son los tiempos de uno. Cuando me piden aquí hablar ahora del 73, no quiero hablar de esos tiempos como 'mis tiempos', porque me considero perfectamente y legítimamente dueño de los tiempos de hoy también. O sea, son estos mis tiempos, mis tiempos son los tiempos que estoy viviendo, no los que viví. Pero sí creo que hay una pérdida, que los jóvenes tienen una pérdida. Fuera de que jugábamos pichanga en la calle, cosa que ya es imposible hacer en cualquier calle de Santiago, yo a los cinco años me iba solo, primero a mis clases de piano y después al colegio, caminando por las calles de Santiago y nunca me pasó nada extraordinario, era más o menos normal. Ahora veo cómo la ciudad se ha ido encerrando, se ha ido fortificando y la gente que cree que se protege, en realidad está presa. Han ido construyendo en estos años no su seguridad, sino su prisión.

Estas cosas me han vuelto a la mente estos últimos años. Las he ido pensando, pero también viendo con una nueva esperanza, porque nunca pensé que iba a volver a vivir una situación como la que hemos vivido desde el 2011 hasta ahora. Pero también me hace pensar: 'pucha, qué difícil'. Llegamos al Gobierno de la Unidad Popular después de por lo menos de 70 años de trabajo, de organización, de maduración, de crecimiento de los partidos políticos, de que los trabajadores, de ser prácticamente esclavos, pasaran a ser protagonistas, pasaran a tener dignidad. De que los campesinos –yo de niño, yo soy del sur, yo nací en Temuco– vivieran hasta los años 60 en Chile en un Estado completamente feudal. Una película maravillosa –que me imagino todos habrán visto, y si no deberían verla– es El Chacal de Nahueltoro[23], porque no solo es una metáfora de cómo un Estado toma a una bestia, la educa, le enseña a leer y escribir, le enseña a ponerse zapatos, le da la dignidad de persona y luego la fusila; no solo tiene

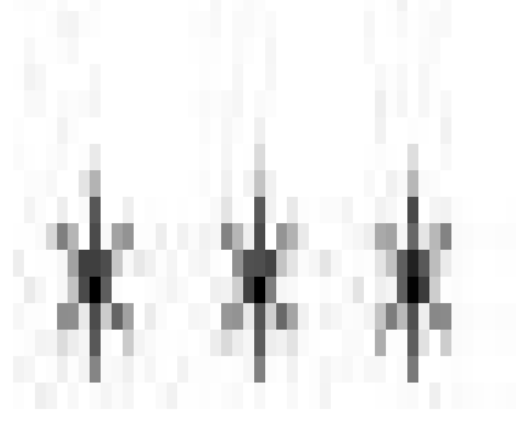
esa historia trágica, sino que muestra lo que era el campo chileno en el año 62, o sea, hace muy poco. Lo que más me impresiona es eso, años, decenios, para llegar a una situación como la de la Unidad Popular; tanto que cuesta mover un poquito las cosas hacia la justicia, hacia la dignidad y tan poco que cuesta de repente perderlas.

Ahora, como recuerdo, lo que más recuerdo del año del golpe fueron dos cosas: 'el tancazo'[24] y el día en que por última vez vi a Víctor Jara, que fue cuando andaba yo por el centro y de repente el Víctor me dice: "Pucha, no veis, hay que ir a ver una película italiana". Y me llevó a ver Metello, que era una película maravillosa y, naturalmente, me quedé enamorado de la Ottavia Piccolo que era la protagonista[25]. Ni siquiera siete meses después, no sé, poco tiempo, fue antes del fin del 73, me encontré viendo otra película, en un cine de Roma, y detrás mío estaba sentada ella, la Ottavia Piccolo.

Solo que había cambiado tanto todo: Víctor Jara ya no estaba, ya no teníamos país y comenzábamos un exilio, que es otra historia.

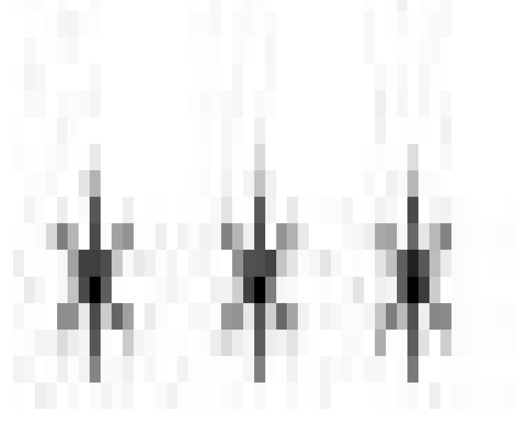
Notas del debate

La pregunta en Chile en esos años fue quiénes somos. ¿Quiénes somos los chilenos? ¿Por qué estamos en Chile, por qué estamos en América Latina? Y ¿por qué estamos en Chile y en América Latina escuchando música que nos venden de afuera, en el terreno de la música popular, y formando en los conservatorios con compositores europeos que tampoco en Europa van a ser escuchados? Esas preguntas sobre la identidad fueron las que desataron aquí también una revolución que tenía antecedentes ilustres. En la literatura, pero también en quienes, mucho antes que Víctor Jara y todo, empezaron, como Violeta Parra, como la misma Margot Loyola[26]. Esas cosas casi siempre tienen que ver con una crisis de identidad que se produce en la sociedad.



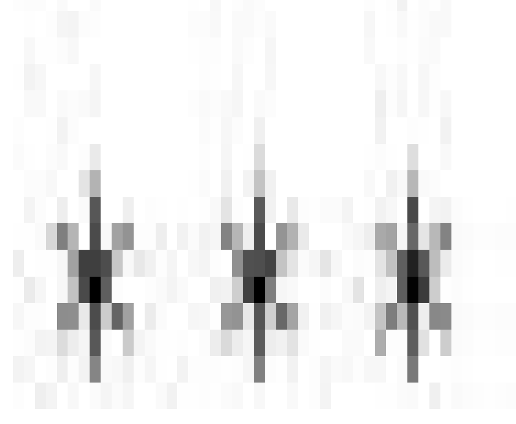
Hay una película italiana que se llama El desierto de los tártaros[27], en que hay una guarnición del imperio Austro-Húngaro vigilando una frontera hacia el Asia Menor y pasan tres siglos vigilando la frontera y no aparecían los tártaros. Entonces era tan ritual ya la vida de este cuartel, al final, que cuando aparecen no los ven… Yo creo que, de alguna manera, a nosotros nos pasó un poco eso. Pero hay que decir también otra cosa, que a mí me parece que es súper importante. El camino que nosotros construimos, era ese camino. Porque o tú construyes un camino de confianza en la institucionalidad, y tú ganas conciencia en aquí no hay ni héroes, ni hay Che Guevaras, ni hay supermanes, ni nada; un camino en el cual vas construyendo organización, gente conciente o construyes otro camino. Pero no puedes construir los dos al mismo tiempo, porque tú no puedes ganar confianza con nadie con la pistola debajo de la mesa. La única manera de que la historia de Chile llegara a lo que fue Allende, a lo que fue la Unidad Popular, era el camino del consenso, de ganar conciencia.

Entonces, ¿por qué no estábamos preparados para el golpe de Estado? Porque no teníamos por qué estar preparados para un golpe de Estado, por eso, porque habría sido completamente contradictorio. Si nosotros hubiéramos estado desde los años 30 preparados para hacer una revolución, tal vez nos habríamos pasado como se pasaron los colombianos, o como pasó en Guatemala, por ejemplo, años de años de años de una lucha fratricida, que no nos habría llevado a ninguna parte. Yo no creo en estas críticas o estos héroes que estaban preparados para salvar el pueblo, no tengo ninguna simpatía ni empatía con esas argumentaciones, porque yo no creo ni en los santos ni en los héroes, creo en la gente consciente y en la gente organizada.

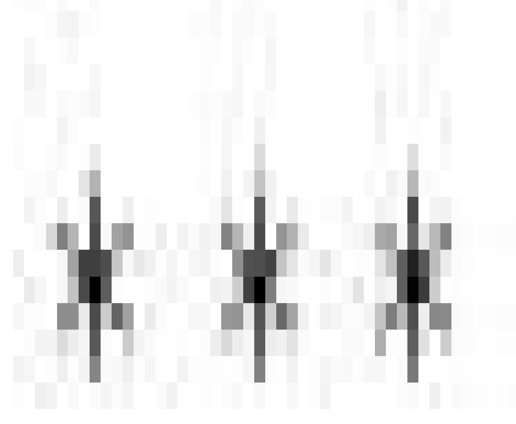


Todos en el ambiente artístico, mal que mal, éramos gente de clase media. Mira, hasta la Violeta Parra, la familia de los Parra eran hijos de profesores primarios, el abuelo de la Violeta había sido abogado, o sea igual venían –de algún modo– de la ilustración. A mí me impresionaba mucho Víctor Jara, porque Víctor venía de lo más humilde y de lo más miserable que podamos imaginar; su madre era cantora popular, cantaba en los bautizos, en los casamientos, en los rodeos; el padre era un campesino mediero, ni siquiera mediero, jornalero, analfabeto, alcohólico. Entonces Víctor venía de una situación realmente…, era un ejemplo. O sea, en realidad, en vez de haberlo asesinado, debieron haberle dado un premio por ser un self-made man. Era mucho más que 'un hijo de ferretero de Maipú'[28], como superación, digo. Con la diferencia que él nunca perdió su origen de clase. A mí me impresionaba en relación a lo que comentaba Shlomit, Víctor decía: "Esto hay que cuidarlo". Era una persona que tenía una entrega absoluta, o sea, él sentía que este Gobierno era la oportunidad, una oportunidad que no se podía farrear.

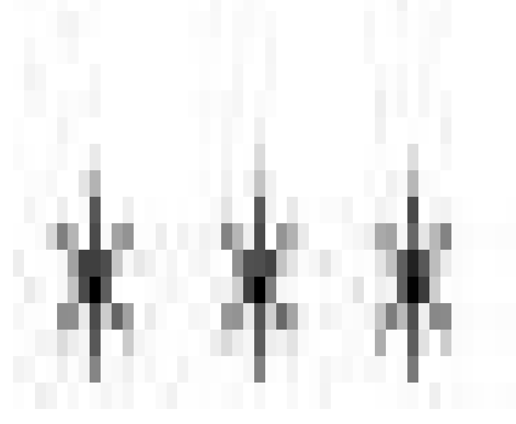
Nosotros, yo soy hijo de profesor, de profesor universitario, todos tenemos, de alguna manera, otra visión de las cosas, pero la determinación que había en la gente de que este Gobierno era su gobierno, era muy impresionante. Y en el arte, en general, había mucho consenso. Claro, como dice Shlomit, las divisiones iban de la izquierda hacia la ultraizquierda, digamos. Los de derecha aparecieron después del golpe. Antes no estaban por ninguna parte en el mundo del arte…



A mí me paso una cuestión bien curiosa. Cuando vino Fidel Castro[29] estuvimos en una recepción que hubo en la embajada de Cuba y recuerdo muy claramente algunos flashes. Uno de ellos, una conversación entre Miguel Enríquez y Bautista van Schouwen[30] y el alto mando –comandantes– de la FACh, donde estaba un tío, además, de Bautista van Schouwen, ahí todos con un mojito, conversando, los que más tarde serían víctimas y victimarios. Era una cosa así como divertida y todo era como entretenido: “No, si los tenemos, ustedes hagan lo que quieran, porque los tenemos súper controlados” y todos se morían de la risa.



El otro flash es Fidel Castro arrancando de una masa de gente, sobre todo mujeres que se le tiraban encima y salió por una ventana y estaba justo al lado yo y un poquito más allá estaba el General Prats. Entonces sale Fidel Castro y me dice, quiero saludar al Comandante –yo estaba ahí de cantor no más…, soy cantor– y yo le abro paso, ahí, entre toda esta multitud y le presento yo a Fidel Castro al General Prats. El General Prats era un tipo muy formal, muy formal, y saludó, "mucho gusto" y todo, y Fidel lo empezó a tutear al tiro y le dice: "Oye, pero tú no pareces general sudamericano, no tienes medallas, no tiene nada". Porque el General Prats se vestía súper sencillo, entonces le respondió: "No, nosotros no, en la tradición del Ejército chileno, eso no está". Pero, en esa conversación, Fidel Castro dijo una cosa súper interesante. Porque le empezaron a preguntar ahí –rápidamente esta presentación y toda esta cosa fue superada por la gente– y le hicieron una pregunta o un planteamiento parecido al que hemos comentado[31], y dijo: "Mira, chico, construir una alternativa toma tanto tiempo, que ustedes tienen que seguir con la alternativa que ustedes construyeron". Y a mí eso me parecía tan sabio –y me parece tan sabio ahora– porque la Unidad Popular fue la construcción de 70 años de historia del movimiento de los trabajadores en Chile y duró 1.000 días. O sea duró menos de lo que ha durado el 'Gobierno de excelencia'. Y en 1.000 días pretender que lo que se construyó durante 70 años era insuficiente o pensar "no, mejor hagámoslo más profundo o hagamos mucho más de lo que nos comprometimos a hacer…", a mí me parece, simplemente, jugársela y farreársela, no más. Esa es mi impresión y la he ido confirmando, con tantas otras experiencias, en muchas partes donde he estado después de eso.



La estrategia con la cual nosotros nos enfrentamos, muchas veces de manera muy infantil, era muy bien pensada. ¿Qué está faltando hoy día en Venezuela? El papel "confort", o sea, falta lo mismo que acá, si acá empezó igual. Faltan las cosas básicas que te enojan a cada momento, es la indignación inmediata. Faltaba la pasta de dientes, los cigarrillos. Una estrategia muy bien pensada. La división, también, esta tirria que se fue construyendo, era muy bien alimentada. Esto no se puede desconocer, así como tampoco se puede decir: "No, si la CIA tuvo la culpa". Si nosotros hacemos un proceso de esas características y pensamos que la CIA nos va a ayudar, estamos perdidos. O sea, la CIA hizo lo que era su trabajo, no más.

En todo caso, yo no creo –o sea no se me pasa pero ni por la cabeza pensarlo– que se pueda hacer un cambio así, por una vía que no sea la de la conciencia popular y la de la organización popular. Pensar que en Chile y en América Latina, a estas alturas, se pueda hacer una revolución armada… O sea, tendríamos que tener las armas que ellos tienen y sería inútil, porque a lo mejor hasta cómo terminaríamos. Por eso no creo en héroes armados, no creo en líderes, no creo en santos, creo solo en la gente y la gente con sus necesidades, organizada y tomando y ocupando los espacios de poder que sea capaz. Esa es mi idea.

1 Ver presentación de Shlomit Baytelman, pp. 123-130.

2 Se refiere a La sonrisa de Víctor Jara, que forma parte de la colección "Minilibros Grandes chilenos" de la Editorial Usach, 2009.

3 Locutor radial, discjockey, que se inició en el programa "Discomanía". Fue el primer animador del Festival de Viña de Mar y que apoyó el desarrollo de la música popular, en sus distintas vertientes durante los años sesenta y setenta. En 1969 organizó y condujo el primer Festival de la Nueva canción Chilena. Creador del sello Alerce en dictadura. Su verdadero nombre era Juan Osvaldo Larrea García. Murió en 1990.

4 Frente de Acción Popular, compuesto de socialistas y comunistas, que sostuvo

las candidaturas de Allende los años 1958 y 1964.

5 Candidato democratacristiano en la elección presidencial de 1970, que obtuvo el tercer lugar, después de Salvador Allende y de Jorge Alessandri. Tomic obtuvo un 28,1% de los votos, en tanto Allende un 36,6% y Alessandri un 35,3%.

6 Sumados los votos de Allende y de Tomic, se constituía una mayoría de casi un 65 por ciento.

7 Se refiere al grupo musical Inti Illimani, del cual Jorge Coulon es fundador e integrante hasta el día de hoy.

8 De acuerdo a los evangelios, cuando Saulo de Tarso iba en camino de Damasco con la intención de perseguir a los cristianos, una luz celestial fulguró alrededor de él, cuestionándolo y llevándolo a la conversión.

9 Quilapayún, grupo de música folklórica creado en el año 1965, cuyo nombre, en lengua mapudungun, significa ‘tres barbas’. Durante los años 60 y 70, desarrollando una línea de canciones de contenido social y político, de ‘protesta’, fueron parte de la llamada Nueva Canción Chilena.

10 Luis Advis Vitaglich (1935-2004) fue un destacado compositor musical chileno. Eugenio Guzmán (1925-1988), un reconocido director teatral.

11 Compuesta por Luis Advis hacia fines de 1969 e interpretada por el grupo Quilapayún. En ella se narran los sucesos de la matanza de la Escuela Santa María, ocurrida el 21 de diciembre de 1907 en la ciudad de Iquique, en el Gobierno del Presidente Pedro Montt.

12 Sergio Ortega, compositor del Conservatorio Nacional de la Universidad de Chile, militante del Partido Comunista. Compuso el tema electoral de la candidatura de Salvador Allende, ‘Venceremos’, y, junto a Quilapayún, ‘El pueblo unido jamás será vencido’.

13 Gustavo Becerra-Schmidt compositor y uno de los musicólogos chilenos más prolíficos. Entre sus obras se cuenta el oratorio Machu Picchu, con textos de Neruda.

14 Víctor Jara Martínez (1932-1973) tal vez el más reconocido de los

cantautores nacionales, fue también director teatral, actor y dramaturgo.

15 Patricio Bunster (1924-2006), bailarín y actor chileno, militante comunista. Académico de la Universidad de Chile, en la época fue Director del Departamento de Danza, que aunaba la Escuela de Danza, el Ballet Nacional y el Ballet de Cámara.

16 Celso Garrido Lecca nació en Perú en 1926 y estudió composición en el Conservatorio Nacional de Música del Perú.

17 Isabel Parra, hija de Violeta Parra, cantautora, intérprete y folclorista.

18 Los Blops fue un grupo musical que se creó en 1964 considerado uno de los pilares musicales del rock nacional.

19 "Canto para una semilla" cantata musical del grupo Inti Illimani, en base a décimas de Violeta Parra. Fue grabada en 1972, junto a Isabel Parra y el relato de la actriz Carmen Bunster.

20 En realidad la votación que alcanza la Unidad Popular en las elecciones parlamentarias de 1973, fue de un 44%.

21 El plebiscito se realiza el 5 de octubre de 1988, Inti Illimani regresa en el mes de septiembre de ese año.

22 En alusión a uno de los eslogan del Gobierno de Sebastián Piñera (2010-2014).

23 Película chilena, con guion y dirección de Miguel Littin, basada en un hecho real. Estrenada el 1969.

24 Movimiento militar del 29 de junio de 1973.

25 Película italiana, estrenada en 1970, dirigida por Mauro Bolognini, interpretada por Massimo Ranieri y Ottavia Piccolo, quien recibe el premio a la mejor actriz en el Festival de Cannes de ese año. El film sigue la vida de Metello, hijo de un anarquista italiano, a fines del siglo XIX e inicios del XX.

26 Margot Loyola Palacios, destacada folclorista, compositora, guitarrista, recopiladora e intérprete.

27 Película dirigida por Valerio Zurline, basada en la novela homónima de Dino Buzzati. Estrenada en 1976.

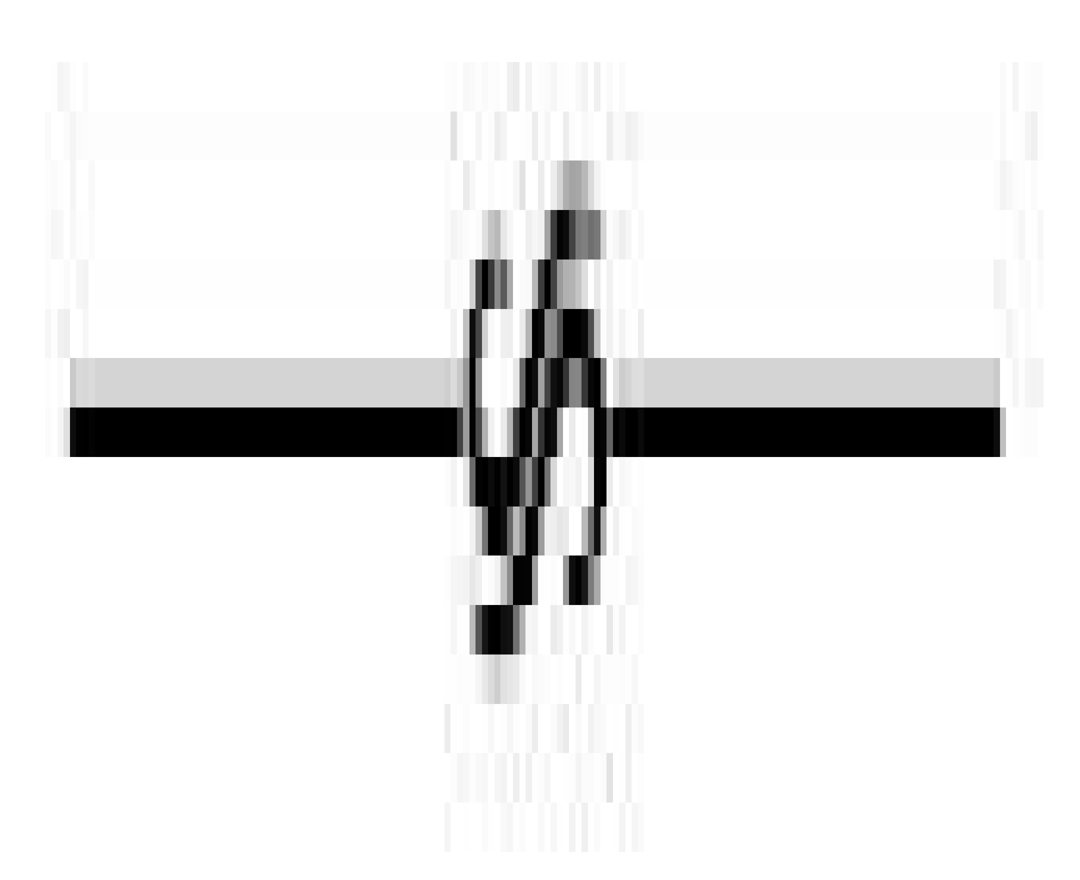
28 En alusión a Laurence Golborn, renunciado precandidato presidencial de la UDI para las elecciones presidenciales de 2013.

29 Fidel Castro visitó Chile en diciembre de 1971.

30 Dos de los principales dirigentes del MIR en el período.

31 En referencia a una discusión respecto de la tensión entre una estrategia de profundización de las libertades democráticas y otra de construcción de un poder capaz de instaurar el socialismo.

ENTORNO SOCIAL Y PERSONAL



Osvaldo Puccio

Sofía Prats

PRESENTACIÓN DE OSVALDO PUCCIO



Quiero agradecer singularmente la invitación, primero, por la importancia del Seminario; luego por el cariño que le tengo a esta Universidad, porque aquí se recibió mi hija; y tercero, por poder hacer un testimonio personal de un tiempo que, para todos aquellos que lo vivimos, independientemente del lugar en que hubiésemos estado en el país y del estado de conciencia etaria en que hubiésemos estado, fue muy importante. No conozco a nadie, que haya tenido en ese entonces cinco años o más, que no recuerde, con alguna certidumbre, más o menos qué pasó en su casa el día del golpe y –probablemente con leyendas distintas– qué había pasado los meses y los años previos a ese hecho.

Déjenme hacer un pequeño discurso biográfico, a fin de situar lo que era –porque eso es lo que me han pedido– la posición de mi padre y mi familia en el Gobierno de la Unidad Popular. Yo vengo de dos troncos familiares en Chile.

Uno, por lado materno, más bien conservador, pero –como diría el viejo Mendel[1]– muy recesivo en la formación nuestra, con muy poca influencia. Fuera del cariño de la mamá, por cierto; los tres hermanos somos los 'edipos' más notables de la República de Chile. Pero, con independencia de eso, esta parte conservadora de la familia no tuvo ni mayor influencia, ni hubo mayor contacto con ella.

La parte de mi familia que fue muy determinante en la formación y en la vida cotidiana, es una familia de migrantes italianos y alemanes. El primer italiano que llegó a Chile, mi tatarabuelo, llegó –y es una historia que nos enorgullece mucho– en los cincuenta del siglo XIX, con Garibaldi a Valparaíso[2]. Garibaldi siguió por América Latina haciendo locuras y amores y mi abuelo fundó una botica en Valparaíso y fue uno de los fundadores de la primera logia masónica moderna de Chile. De modo tal que yo, a estas alturas, vengo siendo quinta generación atea en la familia. La primera vez que vi un cura en mi vida, o sea vi curas siempre, pero la primera vez que hablé con un cura en mi vida, yo estaba saliendo de sexto año de humanidades del Instituto Nacional. Aparecieron unos

cabritos del San Ignacio con unos curas, con los cuales nos pusimos a discutir y a expulsarlos de este ‘espacio laico’, con gran denuedo. Y resultó que eran los curas que conocían el marxismo-leninismo –que era nuestra fe de la época– perfectamente a cabalidad.

La vida de mi familia se divide en elecciones. La primera que yo viví con conciencia fue la del 58 en que Allende estuvo a punto de ser presidente; solo le faltaron 30.000 votos que, en general, corren por cuenta de un cura que financió la derecha como candidato, (Antonio) Zamorano, el cura de Catapilco[3] –llamado a la sazón–. A mí me da la impresión, que recién después de la elección del 64 mi familia empieza a confluir y a estar comprometida con el mundo que conformó la Unidad Popular, que era un mundo más plural en términos sociales, sociológicos e ideológicos.

Hasta ahí, lo que podríamos llamar la izquierda del FRAP, del Frente de Acción Popular, era una izquierda muy laica, con una ambición y pretensión de un protagonismo y centralidad de lo popular –y dentro de lo popular lo obrero– muy del marxismo más clásico. Y con una gran vinculación con el movimiento obrero organizado, con el Estado, con la educación pública. Yo soy un crío de escuela pública y liceo fiscal, antes de pasar a la Universidad de Chile. Era una izquierda de impronta muy republicana, muy laica y con una cierta paradoja, de grandes aspiraciones de cambio social revolucionario y al mismo tiempo un enorme compromiso con las instituciones.

Para nadie es un misterio –y es parte de mi historia familiar– que, por ejemplo, las Fuerzas Armadas fueron –desde la guerra del 79 en Chile, hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial y el asentamiento de la hegemonía americana en América Latina– Fuerzas Armadas que tuvieron una columna progresista y una franja derechamente de izquierda, muy potente. Es el caso de la fundación de la Fuerza Aérea. Para ser oficial de la Fuerza Aérea, en el principio de los tiempos, había que tener tres requisitos: ser ‘socialistoide’, al menos; masón; y perfectamente loco. Esa era, más bien, un tipo de relación, mucho más ambigua, con un cierto anti-militarismo. Las aventuras golpistas del Partido Socialista,

desde su fundación en adelante, hasta el golpe, son más de una, feliz o lamentablemente.

Por ejemplo, el levantamiento del General (Roberto) Viaux, estamos hablando del año 69 en que un grupo de militares, siendo Presidente Eduardo Frei Montalva, se tomó el Regimiento Tacna, para supuestamente protestar por los malos salarios a los que eran sometidos los militares[4]. Fue un momento de tensión importante en el Partido Socialista. Había un miembro de su Comité Central dentro del Regimiento Tacna, habían varios de sus dirigentes, que tenían una posición –por decirlo históricamente de manera correcta– algo ambigua con respecto a este movimiento. Acontecimiento que, naturalmente, tuvo –y a mí me consta muy en lo personal– un rechazo y una resistencia del Presidente del Senado en esa época, Allende[5], de una enorme radicalidad y también desde el Partido Comunista, que no tuvo un segundo de duda con relación a este levantamiento.

Después de 1964, entonces, se empieza a generar un estado de situación en el país que va dando un contexto general de aspiración global de cambio, de retórica revolucionaria. En esto, la Revolución cubana cumple un papel no menor. Creo que su influencia en el proceso revolucionario y democrático impulsado por el Presidente Allende, fue de las influencias más negativas de las que se pueda pensar, para los efectos de que Allende, en el proceso, tuviese efectivamente la hegemonía que siempre le fue mezquinada por sectores mayoritarios de su propio Partido y del grueso de la ultra izquierda. Pero ese es ya otro tema. Lo cierto es aquí que se da un contexto nacional de enorme aspiración y, al mismo tiempo, de enorme ensoñación por un país distinto, que visto en la distancia tiene una enorme línea de continuidad con relación a lo que fue el proceso de la ‘revolución en libertad’ de Eduardo Frei Montalva. No por casualidad un contingente muy importante de los jóvenes de la ‘Patria Joven’, que fue la gran marcha juvenil de la Democracia Cristiana[6], terminaron efectivamente apoyando a la Unidad Popular –del 69 al 71– ampliando así lo que era el espectro del FRAP –que venía del 52, del 58, del 64–, que era básicamente la alianza del Partido Comunista con el Partido Socialista y con parte del Partido Radical.

En este contexto, hay una vida de compromiso muy grande. Yo lo veía en mi familia, en lo personal. No solo no había ningún tema distinto a la política y Allende era una figura permanente y tutelar en la vida familiar. Yo me acuerdo pocos domingos de mi vida entera, sin Allende en mi casa comiendo empanadas. Sobre todo en los tiempos de las mayores pobrezas, que fueron muchos, a raíz de las campañas electorales. Había un compromiso político distinto, se entendía el compromiso y la militancia casi como una misión integral. Déjenme decir una frivolidad: uno pinchaba, 'engrupía', como se diría más tarde, a las compañeras, contándoles que si ellas no se apuraban con 'esta maravillita', 'esta maravillita' habría de morir muy pronto con las banderas rojas en alto, luchando por la revolución. O sea, había todo un cuento muy integral de la vida. Se empezaba desde muy temprano, yo empecé a militar con 13 años, y a los 15 estaba detenido por culpa del papá de Liliana (Bravo), aquí presente. Don Alfonso Bravo[7], que era un grandísimo profesor de mi colegio, Subsecretario de Educación a la sazón y que nos mandó a los carabineros –a los pacos, como se dice ahora– cuando nos tomamos el colegio. En rigor el profesor Bravo tenía toda la razón, y entre los detenidos estaba también su hijo.

Había una vinculación muy integral, por una parte, y una enorme conciencia de lo que estaba pasando, por otra. En la vida cotidiana. O sea, yo me acuerdo en quinto año de humanidades –el tercero medio para ustedes– en el Instituto Nacional discutíamos las batallas de Võ Nguyên Giáp[8] en Vietnam, con enorme propiedad y sabíamos las tácticas militares y estábamos metidos en el tema, preocupados de los avances y de la ofensiva del (río) Mekong. Todo eso era parte de la vida cotidiana, como, desde luego, también las guerrillas en América Latina o los movimientos estudiantiles en Europa. Era una sociedad de una enorme conciencia donde –a diferencia de hoy día en que la sociedad cotidianamente habla de fútbol y economía– se hablaba de política y cambio. El deporte jugaba un rol muy marginal. No solo en el caso mío –yo siempre digo que yo entro a los estadios solo en calidad de detenido– sino, en general, no había una gran preocupación por el tema, porque se vivía una híper-politización que hoy día es muy difícil de explicar.

Cuando ya llegamos al 70, digamos al Gobierno de la Unidad Popular, ahí el compromiso fue completo. Pero fue un compromiso tenso también, lo decía Shlomit (Baytelman) aquí hace un rato[9]. Había un grupo –de 'chalados' dijo ella– que estaban en posiciones muy radicales. Yo creo que yo pertenecía exactamente a ese grupo y teníamos una visión, sobre todo en los sectores más juveniles, distinta a lo que era la visión de Allende.

Hoy día Allende es una enorme figura, pero, para que se hagan una idea, en la Juventud Socialista, donde yo militaba, en la Brigada Secundaría del PS, había solo uno –de toda la brigada, uno, el gran Fifo Morales– que se declaraba allendista y se le iba a ver como quien va a ver un personaje paleontológico, una cosa muy rara. No por casualidad, Allende sacó menos votos que abstenciones en el Comité Central del Partido Socialista para su elección como candidato presidencial. Entonces era una sociedad más tensa, más compleja, en ese sentido de la híper-politización, de la híperideologización y también de un enorme compromiso cotidiano con el proceso que estaba sucediendo y que se estaba llevando adelante.

En mi casa no había ni noche ni día, funcionaba permanentemente. Mi padre trabajaba de manera muy cercana con el Presidente Allende[10], desde todos los tiempos, y literalmente –aquí los que somos mayores lo sabemos, como decía Pedro Felipe (Ramírez) en la mañana[11]– eran 18 horas de trabajo diarias y seguían las 'conspiraciones' después en las casas. Era un nivel de compromiso, de entrega, muy grande, pero también un estado creciente de división, de polarización, de las familias y del país. Ya se ha dicho aquí, las familias tendieron a separarse irremediablemente. Yo, el otro día, en una misa de funeral, encontré a una tía que no veía desde el golpe, que era harto 'momia' y lo seguirá siendo.

Eso pasaba también por las universidades. En la Escuela de Derecho, por ejemplo, don Máximo Pacheco, que era el Decano, decidió en el casino poner una pandereta, que separaba el casino, y a un lado comíamos los de izquierda y al otro lado los de derecha con los democratacristianos, porque no había

posibilidades de tenernos juntos en el mismo casino. En la Escuela de Derecho, se supone que los de Derecho son los más lateros de cualquier Universidad que se respeta. En la Escuela de Derecho, eso puede dar una cierta imagen de lo que era la polarización del país en ese momento.

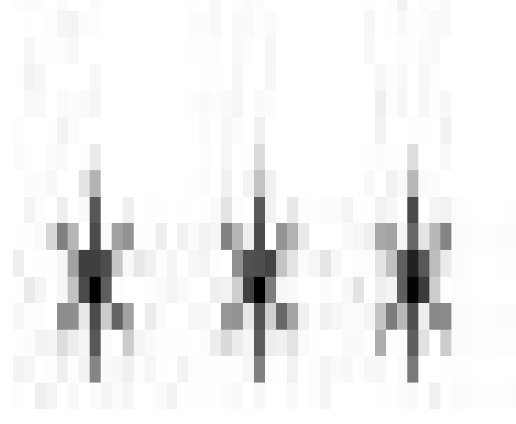
Notas del debate

En lo personal yo estaba junto a mi padre el 11 en La Moneda. Llegamos ahí muy temprano, luego de un llamado de Tomás Moro[12] en que uno de los cercanos a Allende llamó a mi padre para que se fuera a La Moneda. Pasamos la mañana completa en La Moneda, el bombardeo fue a las 12 del día. Ahí hubo dos momentos impactantes ese día, desde el punto de vista personal, además del bombardeo.

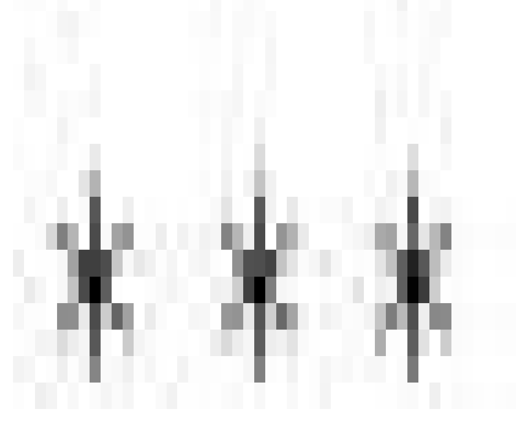
Uno fue cuando el Presidente en su gabinete hizo su último discurso, que yo debo reconocer no me percaté de toda su magnitud, del tipo de discurso que era. Yo soy un testigo presencial de que el Presidente Allende lo improvisó de cabo a rabo. Si uno lo lee, se da cuenta que es un discurso tan estructurado en sus ideas, en sus conceptos, en su sintaxis, en su ritmo, que parece casi una poesía escrita días antes. Seguramente el Presidente lo venía elaborando mucho tiempo antes, sabedor de cómo se venía la mano.

El segundo momento, es un momento muy impactante, cuando reúne el Presidente al conjunto de la gente que estaba en La Moneda, en el patio de Los Canelos, que era el patio donde estaba la Presidencia y el Ministerio del Interior. Él se sube a una banqueta y ante esa centena de personas que había en ese momento en La Moneda, hace un bellísimo discurso, pidiéndole a la gente que está ahí que se vaya, y hace una muy generosa justificación moral para que aquellos que quieran irse –de una situación en que claramente ya está todo jugado, en que quedaba solo cerrar las puertas y esperar que el Palacio de La Moneda fuese bombardeado unos momentos después– puedan hacerlo. Él hace ese discurso y ahí vi uno de los actos de coraje personal más grande de parte de

un periodista, un tipo maravilloso, que levanta la mano y pide permiso al Presidente, y le dice: “Presidente quiero pedirle perdón porque yo nunca he usado un arma, ni sé usar armas, y me voy a ir porque tengo mucho miedo”. Eso podría haber sido hecho muy a la chilena, ‘piolita’, sin que nadie se diera mucho cuenta, haciéndose como el ‘huevón’ por las paredes y después haber escrito en sus memorias que había acompañado a Allende. Otros lo han hecho. Pero no, tuvo la entereza moral, enorme, de enfrentarse a esa situación.



Con mi padre, con Daniel Vergara, que era un viejo maravilloso, Subsecretario del Interior del Presidente Allende, y otro personaje, que no era como Daniel Vergara, salimos al diálogo que hubo con los militares después del bombardeo[13]. Eso, para un tipo de 20 años –yo tenía 20 años– es una marca muy permanente, de haber estado en un momento muy crítico para la vida del país, pero para la vida también. Haber estado exactamente en el lugar, en el instante y en la posición en que estaba la decencia. Si eran las posiciones políticas correctas o incorrectas es discutible, puede ser materia de discusión. Pero lo que no cabe ninguna duda es que la decencia, la integridad, el sentido nacional, el sentido de defensa, que es lo más caro para un país, que es anterior a las posiciones políticas, estaba justamente ahí, en torno al Presidente Allende. Quien, muy probablemente en un acto profundamente republicano, decidió suicidarse. Es la conciencia completa de que un cargo de esa magnitud implica la vida física del que lo encarna, y que la destrucción del cargo conlleva, necesariamente, que el que lo encarna tiene que ser consecuente con esa dignidad republicana que representa[14]. El suicidio de Allende es un acto político en el sentido más profundo, además de moral, pero sobre todo un acto político, de enorme consistencia y consecuencia con el cargo que encarnaba.



Muchos años después, ya en otras tareas, en otro país, le decía a un general en servicio activo: “Mira, la diferencia –hablando de la figura de Allende y de Pinochet, yo todavía no tenía nietos– consiste en que cuando yo le hable a mis nietos de mi héroe, le voy a decir: el héroe de tu abuelo, en el momento supremo de su vida, se pegó un tiro, y tú le vas tener que decir que el tuyo se tuvo que hacer el loco, para no asumir su responsabilidad penal”. Entonces hay una diferencia que no es menor a la hora de hablarle a los que vienen, al país que surgirá en condiciones muy distintas, completamente distintas a las que se vivieron en este tiempo y que hoy día son perfectamente difíciles siquiera de imaginar o de percibir. No solo en su dramatismo, sino en su composición y en su constelación y que, como todos los momentos de la historia –y aquí hay muchos jóvenes que están estudiando la más noble de todas las ciencias sociales– son momentos únicos e irrepetibles. La menos noble, es la economía.

1 En referencia a Gregor Mendel (1822-1884), naturalista austriaco, autor de las llamadas “leyes de Mendel”, descubrimientos fundamentales –condensados en tres leyes– para comprender los fenómenos relacionados con la herencia genética entre individuos.

2 Giuseppe Garibaldi (1807-1882), navegante y militar reconocido por su participación en las luchas por la unificación de Italia; parte de su exilio lo vivió en América latina. Habría visitado Viña del Mar y Valparaíso en distintos momentos a partir de 1851, siendo su estancia más larga la que realizó a fines de febrero y comienzos de abril de 1853, cuando el navío Carmen recaló en las playas de Caleta Abarca.

3 Antonio Zamorano Herrera, exsacerdote, se presenta como candidato en la elección presidencial de 1958, obteniendo 41.304 votos, poco más del 3% de la votación. La diferencia entre Jorge Alessandri y Salvador Allende fue de solo 2,7%, lo que en votos representó alrededor de 34.400 sufragios.

4 Sublevación militar, ocurrida el 21 de octubre de 1969. Se le conoce como ‘tacnazo’ ya que en ella participaron fuerzas del Regimiento Tacna, de Santiago.

5 Salvador Allende fue Presidente del Senado de la República desde el 27 de

diciembre de 1966 al 15 de mayo de 1969.

6 Marcha de jóvenes que recorrió todo Chile y culminó en el Parque Cousiño, el 21 de junio de 1964. En la ocasión, Eduardo Frei pronunció un famoso discurso, que concluía con el relato de lo que un niño habría preguntado, supuestamente, a su padre: "–Padre, ¿quiénes son? ¿son los democratacristianos? –No, son más que eso... –¿Son los freistas? –No, hijo, mucho más que eso... –¿Qué son, padre? –Hijo, ¿no ves las banderas? Son los mismos, los del año 1810, los de 1879, los de 1891. ¡Son la Patria!".

7 Además de profesor del Instituto Nacional y militante democratacristiano, Alfonso Bravo fue un activo dirigente del magisterio chileno a lo largo de toda su vida. Fue parte del proceso de reforma educativa impulsada en 1965. En dictadura fue parte de la Asociación Gremial de Educadores de Chile, Agech y, luego, participó activamente en la democratización del Colegio de Profesores.

8 Võ Nguyên Giáp, militar vietnamita, llegó a ser Comandante en Jefe de las fuerzas militares de la República Democrática de Vietnam y cuya defensa dirigió cuando, a fines de los años sesenta, Estados Unidos se involucró en el conflicto, junto a Vietnam del Sur, en la llamada Guerra de Vietnam.

9 Ver presentación de Shlomit Baytelman, pp. 123-130.

10 Osvaldo Puccio Giesen, militante socialista, fue amigo y secretario personal de Salvador Allende desde sus tiempos de parlamentario, hasta cuando fue Presidente. Lo acompañó en todas sus campañas electorales compartiendo sus derrotas y sus triunfos.

11 Ver presentación de Pedro Felipe Ramírez, pp. 35-43.

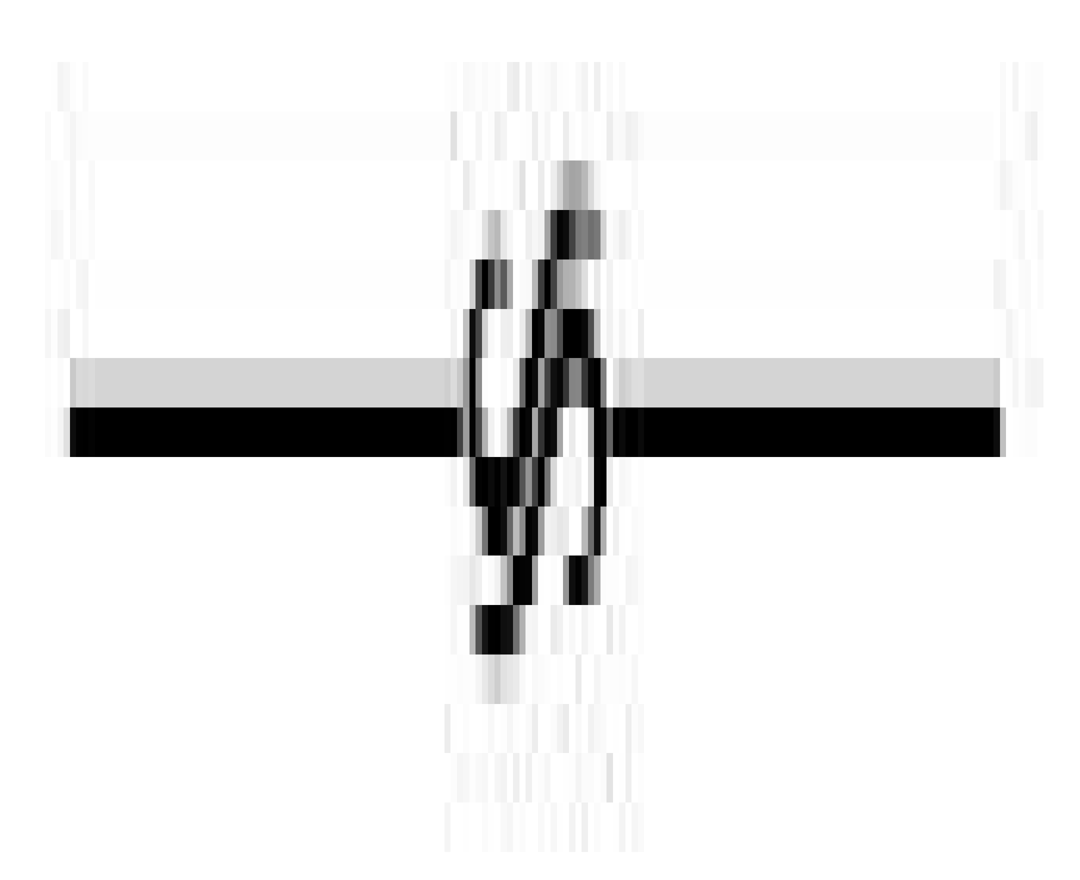
12 Denominación de la residencia que el Presidente Allende ocupó durante su Gobierno, ubicada en la calle del mismo nombre.

13 Su padre, Osvaldo Puccio Giesen, como ya se señaló, era secretario personal de Allende y se encontraba en La Moneda junto al Presidente; Daniel Vergara, miembro del Comité Central del Partido Comunista, era Subsecretario del Ministerio del Interior en ese momento. Los tres –Puccio hijo incluido– estuvieron entre los detenidos que luego fueron enviados a Isla Dawson.

14 Respecto de esta conjunción entre la significación del cargo y quien lo ocupa,

ver conferencia de Joan Garcés, pp. 85-120.

PRESENTACIÓN DE SOFÍA PRATS



Yo soy Sofía Prats, hija del General (Carlos) Prats y de Sofía Cuthbert Chiarleoni. Mi mamá era iquiqueña, hija de ingleses, italianos y mi padre era de Talcahuano, hijo de antiguos españoles llegados a Chile, a fines del siglo XVIII. Así que era una mezcla bastante especial, de una familia de clase media. Mi abuela era profesora, mi abuelo –por parte paterna– tenía una imprenta en Talcahuano y, por otro lado, estaba toda la influencia extranjera de mi madre, que era súbdita británica. Ambas familias no tenían compromisos políticos de ningún tipo.

Mi padre ingresó a la Escuela Militar y egresó como Oficial de Ejército el año 1933, en una época muy convulsionada porque acaba de terminar un periodo dictatorial y, por lo tanto, en esa época los militares eran muy mal mirados[1]. Entonces mi padre tenía muy claro lo que había provocado a la institución esta incursión golpista, que hubo en ese periodo. Eso lo marcó –diría yo– en toda su convicción de mantener el profesionalismo y el apego a la Constitución durante toda su vida.

Mi padre y mi madre formaron una pareja muy armoniosa, de mucho afecto, con muchas cosas en común. Mi padre era un hombre que leía mucho, que le gustaba mucho la música. Me recuerdo que, de la mano, me llevaba al Teatro Municipal, cuando yo tenía siete u ocho años, a escuchar los conciertos. Me acuerdo del concierto Nuevo Mundo[2]…, desde esa época me acuerdo, porque me impresionó. Una vida familiar muy rica. Tengo dos hermanas.

Mi padre fue un hombre que siempre se destacó por su inteligencia, por ser muy estudioso. Le gustaba pintar también. Escribió sus memorias estando en el exilio[3] y comentaba que durante su carrera militar escribió muchos libros de temas militares[4]. Cuando nombraron el Campo Militar Carlos Prats González, en San Bernardo, el General Izurieta[5], me mencionó que toda la modernización del Ejército, que se había hecho hasta ahora, venía de un concepto que mi padre había establecido –por supuesto antes de retirarse de Comandante en Jefe– que

se mantuvo como concepto y toda la modernización que ha habido se ha basado en eso.

Bueno, él recorrió todo Chile como militar, pero cuando ya surge una situación más compleja, es cuando asume como Comandante en Jefe del Estado Mayor del Ejército, con posterioridad al 'tacnazo'[6]. Cuando ocurre este intento de golpe militar por parte de algunos oficiales, el Presidente Frei Montalva nombra como Comandante en Jefe al General Schneider, y el General Schneider pide que mi papá lo secunde como Jefe de Estado Mayor de la Defensa Nacional. Después él asume como Comandante en Jefe, al morir el General Schneider[7]. Bueno, luego viaja a Argentina y hoy día sus restos están en el Cementerio General. Como siempre tuvo mucho apego a la belleza, instalamos ahí una escultura, que Mario Irarrázabal[8] hizo especialmente, relativo a la muerte de mi papá y de mi mamá.

Como él asumió en un periodo muy convulsionado y le tocó vivir épocas muy duras, yo quiero, primero, hacer un recuento muy breve de esos periodos, de algunos hitos que nos ilustran lo que ocurrió en ese periodo.

Como se había dicho anteriormente, después de las elecciones presidenciales del año 70, el 24 de octubre, el Congreso Pleno tenía que elegir el mandatario que gobernaría por seis años, porque ninguno de los que habían participado de la elección había obtenido la mayoría absoluta. Allende tenía el 36%, Alessandri el 34% y Tomic 27%. La tradición decía que se elegía la primera mayoría, pero empiezan a surgir acciones y opiniones para evitar la elección de Allende y empiezan a haber acciones que incitan a las Fuerzas Armadas a la deliberación.

Entonces el General Schneider presenta su pensamiento, para evitar y para responder a estas acciones sediciosas, y define el rol de las Fuerzas Armadas diciendo que las Fuerzas Armadas, en democracia, son profesionales, respetuosas de la Constitución, obedientes, jerarquizadas y no deliberantes. La reacción a esta posición definitiva del Comandante en Jefe, por parte de la derecha y de generales en retiro, como (Roberto) Viaux y en servicio activo,

como Camilo Valenzuela, es provocar un atentado en su contra.

Yo aquí voy a contar algo que muestra cómo se vivió esa época. El General Camilo Valenzuela era compañero de curso del General Schneider y durante el periodo que el General Schneider estuvo hospitalizado, muriéndose, él iba a tomar té con la señora del General Schneider y la acompañaba, habiendo sido la persona que lo traicionó[9]. Me recuerdo que mi papá, después que murió mi tío René –yo le decía tío René– dijo: “Pensar que mi amigo se murió quizás dudando de mí también”. Porque siempre almorzaban los tres juntos. Camilo Valenzuela, Schneider y Prats. Y en una oportunidad el General Schneider dijo: “Qué pasa, que he sabido, por otros lados, que lo que aquí conversamos se ha filtrado”. Entonces, mi papá siempre quedó con esa pena de que en algún momento el General Schneider pudiera haber dudado también de él. Pero, bueno, después se develó la realidad.

Como decía, ocurre este atentado el 22 de octubre. El 24 es elegido Allende por el Congreso Pleno y el 25 fallece el General Schneider. Yo voy a leer del discurso del funeral que mi papá hace, un parrafito: “Sin embargo, pese a su estado fisiológico de inconciencia en la sala de recuperación del Hospital Militar, su espíritu superior permaneció vigilante y orientador para que sus subalternos, sobreponiéndose a la indignación y al dolor, nos mantuviéramos serenos e imperturbables en la línea doctrinaria que él, con tanta firmeza y convicción, preconizó en todas las guarniciones del país. Y ese espíritu del soldado, sólo descansó después de haber sentido la certeza de que el Congreso Pleno había cerrado el ciclo electoral”. Esto muestra la emoción que se vivía en esos momentos.

El 27 de octubre el Presidente Frei Montalva nombra como Comandante en Jefe titular a mi padre. El 4 de noviembre, Allende asume la Presidencia y lo ratifica en el cargo, con el objetivo de mantener la línea de mando, la antigüedad del escalafón y el reconocimiento a su brillante carrera. Ellos no se habían conocido antes de esta situación, en que el Presidente Allende participa como Presidente electo en el funeral del General Schneider[10], y mi padre no tenía militancia

política.

En la primera reunión de trabajo, respecto de destinación y retiro de oficiales, el Presidente Allende le manifiesta que respetará la decisión que él tome –porque tuvieron diferencias de opinión– pero que, naturalmente, será responsable del mantenimiento de la línea institucional. Gran respeto, pero también gran responsabilidad. Mi padre difunde una circular que se denomina “definición doctrinaria institucional”, en la cual reitera la doctrina de que, en un Estado de Derecho, las Fuerzas Armadas son profesionales, jerarquizadas, disciplinadas, obedientes y no deliberantes. Doctrina que posteriormente se ha conocido como la doctrina Schneider-Prats y que mi padre, con un proyecto de Ley, hizo que se incorporara en la Constitución Política del Estado, para que fuera un mandato para las Fuerzas Armadas.

El año 1971, el Gobierno lleva adelante una serie de medidas, de las cuales voy a mencionar algunas, para que ustedes vean lo gravitantes que fueron: la Reforma Agraria, se expropian, el primer año, dos millones de hectáreas; la Nacionalización del Cobre; el control, de distinta manera, de empresas por parte del Estado. Ese año, también, Fidel Castro visita a Chile –se mencionaba ya que mi papá nunca usó ninguna medalla porque consideraba que eran absurdas[11]– y en ese momento se inician las protestas, con las marchas de las cacerolas vacías. Hay un alza mundial del precio de los alimentos y aunque se incrementa el ítem para importación de estos, ello es insuficiente para cubrir una demanda que ha aumentado, gracias al aumento de los salarios. Las medidas económicas respecto de impuestos y producción de bienes no han sido satisfactorias y, por tanto, repercuten fuertemente en el presupuesto del año 1972. Los créditos externos hacia Chile, se paralizan.

El año 1972 los efectos de la crisis económica y del desabastecimiento de alimentos y repuestos para la industria, hace más enconada la confrontación política, que llega a su máxima expresión con el ‘paro de octubre’. Huelga que dura 25 días, en que, además de los camioneros, participan los bancarios, profesores, etcétera. Ante esta grave situación el Presidente Allende solicita que

los Comandantes en Jefes asuman un gabinete cívico–militar, a lo cual acceden, y el 2 de noviembre asumen en el Ministerio de Obras Públicas y Transporte, naturalmente; en el de Minería[12]; y el General Prats en el Ministerio del Interior. El 6 de noviembre, después de una declaración pública que se organiza en el Gabinete –pero que mi papá, como Ministro del Interior, presenta– se pone fin a la huelga, porque los huelguistas aceptan los términos de aquella propuesta.

El Presidente Allende, entre el 28 de noviembre y el 14 de diciembre, viaja fuera de Chile. Va a Estados Unidos, a Naciones Unidas –donde hace ese discurso maravilloso[13]– y mi padre queda como Vicepresidente de la República. En esa condición le corresponde recibir a Pablo Neruda, que llega enfermo a Chile después de haber recibido su Premio Nobel. Ese fue un hecho muy importante, muy emocionante para mi papá: tener la oportunidad de recibir a Neruda. Mi papá escribía, le gustaba mucho la literatura, por tanto era muy honroso para él14.

Quiero contarles que el día que él asume como Vicepresidente hubo una recepción en mi casa, a la cual fueron todos los Generales, etcétera, y mi padre se sintió muy incómodo porque Pinochet le regaló una banda presidencial y se la puso. Este gesto, de apoyo, podía leerse desde muchas miradas, desde muchas visiones. Fue muy incómodo, porque era una cosa muy extraña; aunque las palabras decían que era porque se sentían orgullosos de que un General fuera Vicepresidente, era una situación muy ambigua y poco clara y muy difícil de definir. Quiero mostrar, con esto, que ese era el ambiente que se vivía, de poca claridad respecto de cómo se actuaba.

El año 1973, con el fin de garantizar la corrección de las elecciones parlamentarias de marzo, el gabinete cívico-militar se mantiene, a pesar de que la huelga de transportes ya se había solucionado y que el clima era mucho menos confrontacional. La derecha, o la oposición, estaba esperando la resolución de las elecciones para poder definir la continuidad de sus políticas. La Unidad Popular obtiene el 43%, lo que hace prever el recrudecimiento de la acción opositora. Hubo quejas por la demora en el recuento de votos, pero esto se debió

a que el Presidente Allende cumplió con uno de sus objetivos de su Programa de Gobierno, que era que los mayores de 18 años podían votar, porque hasta ese momento eran los mayores de 21 años los que votaban. Pero, además, mi padre había presentado un proyecto de Ley que permitía que los suboficiales votaran porque hasta ese momento estaba prohibido que lo hicieran. Y con esta Ley de los 18 años quedaban en una situación muy extraña, porque votaban los conscriptos que tenían 18 años, votaban los oficiales, y los suboficiales quedaban en el 'limbo'. Entonces presentó este proyecto de Ley y desde ese momento ya no hay discriminación con ese estamento. Todo esto retrasó el escrutinio.

En el plano económico, la inflación del año 72 llega al 163,4 por ciento, lo que provoca, por supuesto, crispación ya que anula la redistribución del ingreso que se había logrado en el año 71, por el aumento de los salarios.

Terminadas las elecciones se pone fin a este ministerio cívico-militar[15], el General Prats vuelve a su rol de Comandante en Jefe y empieza a visitar las distintas guarniciones porque se detectan algunas acciones extrañas. Como, por ejemplo, hay un juramento a la bandera, asiste el Presidente Allende, el Presidente de la Corte Suprema, el Presidente del Senado, los tres poderes del Estados y el coronel a cargo no los nombra ni los saluda. Mi padre, al final del acto, se va a la tarima, habla, los saluda, les agradece y después, cuando conversa con el coronel, este le dice: "Ay, es que se me olvidó, no me di cuenta, perdón". Entonces, todo esto era así. Era una situación que era muy difícil de manejar.

En el mes de mayo mi padre realiza un viaje a varios países, como Estados Unidos; Inglaterra; Italia; El Vaticano; la Unión Soviética, en esa época; Yugoslavia, también en esa época, ahora es distinta; Francia; etcétera; y durante su ausencia lo subroga Augusto Pinochet. Cuando regresa se da cuenta que todas las reuniones que él ha sostenido afuera con Jefes de Estado, o con sus pares, no aparecen en la prensa; solo aparece en la Torre de Londres o visitando el Museo del Louvre, por ejemplo. Entonces se cuestiona: "¿Qué pasó? ¿Son los medios

los que me han hecho este insidia?". O es el Ejército el que ha entregado la información parcelada.

Volviendo a Chile –como relata en sus memorias– él hace un análisis que solo se puede hacer cuando uno está 'lejos del mundanal ruido' y dice lo siguiente: "Al meditar, en esos días, sobre el encadenamiento de sucesos ocurridos en el país desde septiembre del 70, comprendo lo inexorable. A partir de aquel día se venía gestando el derrocamiento del Gobierno de la Unidad Popular, como plazo máximo y limitado era 1973. En el intento inicial se usó a Viaux, en el asesinato del General Schneider, que me colocó en su lugar y en su pensamiento doctrinario, frustrando el primer intento". En seguida –dice– viene una campaña sicológica para predisponer a las Fuerzas Armadas en contra de la amenaza marxista. El segundo montaje del derrocamiento se preparó para el 'paro de octubre', pero, fue prematuro. Las Fuerzas Armadas no estaban lo suficientemente ablandadas. Después –continúa– viene el compás de espera de marzo, de las elecciones de marzo y el fracaso de este último recurso de la oposición para tener ciertas garantías en el Parlamento, hace prever, entonces, que algo grave va a pasar, probablemente un golpe militar, el cual él trata de evitar.

El Presidente requiere nuevamente la participación de las Fuerzas Armadas en el gabinete, pero mi padre le manifiesta que para que eso pueda ser posible, tiene que haber un objetivo claro. Como, por ejemplo, un gabinete de emergencia o algo que tenga claridad en cuanto a cuáles son las metas de ese gabinete cívico-militar.

Sucede luego un hecho muy doloroso para mi padre y para nosotros como familia, que fue un incidente que ocurre y que él relata en sus memorias. Él iba hacia el Ministerio, al pasar por Isidora Goyenechea con la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, empieza a seguirlo una serie de vehículos y, entonces, recuerda él lo que le pasó al General Schneider. Le pide la pistola de servicio –o revolver, no sé qué sería, porque yo no sé mucho de armas– que llevaba el chofer porque él no usaba armas y cruzan Vitacura. Van por la Costanera y casi al llegar

a Los Leones, se les cruza otro auto desde el que empiezan a hacerle señas –pero estos otros también, que venían al lado de él– y groserías y a sacarle la lengua, en fin. Entonces mi papá toma la pistola y, claro, abrumado seguramente con la visión de lo que había vivido con la muerte del General Schneider, dispara, pero a la rueda de un auto para hacerlo detenerse. En ese momento, de los otros autos se baja gente que pinta el auto de la Comandancia en Jefe, le desinflan los neumáticos, le tiran plumas y llega un taxista, que iba pasando, y le dice: "General, lo van a linchar, venga conmigo". Y lo saca de ahí. Pero eso no es nada, mientras tanto, mi mamá en la casa, había recibido un llamado telefónico que decía: "¡Mamá, me raptaron! ¡Mamá, me raptaron!". Y mi mamá llama a la Comandancia en Jefe, habla con el ayudante de mi papá y le dice: "¡¿Qué pasa?!". Y él le responde: "No se preocupe, señora Sofía, el General viene en camino para acá no ha pasado nada". "No –le dice– si yo estoy hablando de mi hija, que me está diciendo que la están secuestrando". Bueno, no había secuestro, por supuesto, pero eso pasó…[16]. Ese era el ambiente que se vivía, era muy terrible. Afortunadamente, mi mamá tenía sangre británica y, por lo tanto, controlaba sus emociones.

Dos días después se produce el 'tancazo' o la sublevación del Regimiento Blindados Nº2. Mi padre se va a la Escuela de Suboficiales y le dice al Comandante de ahí: "Bueno, vamos a ir a deponer, a detener que los tanques ataquen La Moneda". Porque habían rodeado, como con diez tanques, La Moneda. Había un grupo de oficiales que no quería salir porque tenían a un hermano en ese grupo contrario, o a compañeros, pero mi padre los hace entrar en razón de cuál es la función que ellos tienen y que le deben obediencia por ser el Comandante en Jefe, entonces parte todo el grupo de la Escuela de Suboficiales. En la calle Lord Cochrane con Alameda, en el bandejón sur de la Alameda, mi padre se baja de su auto con una subametralladora Thompson en la mano y con cuatro oficiales que voluntariamente lo van a acompañar a enfrentar los tanques.

En ese momento hay un momento emocional bien impresionante, porque estaba el capellán de esta Escuela con ellos y les dice: "Yo les voy a dar la absolución, antes que partan". Porque, efectivamente, estaban dispuestos a morir. No son palabras, era una realidad. Caminan y mi padre se va enfrentando a cada una de

las personas que están en los tanques y les dice: “¿Quién es usted?”. “El Teniente tanto”, por ejemplo, y él decía: “Yo soy el General Prats, usted me debe obediencia, entrégueme su arma y bájese”. Y lo hacían. Hasta que uno de ellos se resistió y prepara el arma para disparar, pero en ese momento, por casualidad, no sé, aparece por detrás de ese oficial el ayudante de mi papá. Le pone el arma en la sien y lo reduce.

Después mi papá sigue con todos los demás tanques, hasta que logró desarmar este complot y entra a La Moneda por la puerta sur. Cuando va saliendo, para abrir también la puerta norte de La Moneda, se encuentra con Pinochet que venía con el (Regimiento) Buin, pero –sorprendentemente– venía vestido con ropa de combate. Cosa que era extraña, porque ellos trabajaban en oficinas y usaban la ropa de oficina. Pinochet lo abraza, lo felicita, en fin, qué se yo. Pasa por la cabeza esto de: “Qué raro que esté vestido así”, son signos que voy mostrando, porque eran los comentarios que se hacían en casa.

Se forma después de esto, el 9 de agosto, el gabinete de Seguridad Nacional y mi padre integra este gabinete como Ministro de Defensa[17]. Previa reunión con todos los generales, donde explica cuál es el objetivo de este gabinete, junto con los Comandantes en Jefe de las otras ramas de las Fuerzas Armadas.

El 21 de agosto se produce, frente a la casa, una manifestación de esposas de generales y oficiales, a la cual llegan alrededor de 1.500 personas, que tiraban piedras y groserías. Mi madre, a pesar de su flema inglesa, estaba muy emocionada de ver amigas de veinte años que le gritaban en la calle y que le tiraban piedras. Frente a esto mi padre decidió renunciar, pero después lo piensa mejor y dice: “Aquí hay que buscar una solución ecléctica, porque o yo renuncio o tengo que destituir a varios Generales, por esto que ha pasado”. Entonces decide –y él lo dice con mucha fuerza en su libro: “A pesar de la humillación que eso era para mí, yo intenté buscar un camino que fuera intermedio”– pedirle a Pinochet que hablara con los generales para que le hicieran una carta de apoyo. Porque los generales decían que ellos no sabían que sus señoras habían participado en eso, que no tenían idea. Entonces, si era así, ‘que hagan la carta

de apoyo', pero no la quisieron hacer.

Voy a relatar algo sobre ese episodio que me contó, después, el General Pickering, porque él estaba ahí, al igual que el General Sepúlveda[18]. Ambos, que fueron también generales constitucionalistas, estaban en esa reunión –las señoras de ellos no habían participado– entonces dicen que cuando vieron que todos decían: "No, es que la Juanita quizás qué me hace si es que yo hago esta carta", en fin, el General Pickering, que era muy explosivo, dijo: "Yo con estos… –cada uno le pone el epíteto que quiera– no sigo y renuncio". Entonces renunció él y el General Sepúlveda. En ese momento mi padre dijo: "Yo aquí no puedo seguir" y se fue a conversar con Allende. Yo voy a leerles un pedazo de la conversación que tiene con el Presidente Allende, en el momento en que el Presidente Allende le acepta la renuncia:

Se suscita un diálogo doloroso para mí. Él insiste en que no debo dejarme doblegar por la intriga y la maquinación política, en circunstancias que debo sentirme orgulloso y tener mi conciencia limpia, pues nunca lo serví a él dócilmente sino con lealtad y con criterio profesional. La discusión se produce en un nivel en que no aparece el Presidente de la República desde un plano superior, apostrofando al Comandante en Jefe del Ejército, sino ambos colocados en una misma grada humana donde un político diestro argumenta ante un soldado, teniendo en vista el interés nacional. Y este contraargumenta convencido de que en aras de dicho interés, debe sacrificar su orgullo personal. Lo convenzo cuando le manifiesto que si yo continuara en mi cargo de titular, tendría que solicitarle que aplicara su facultad presidencial contra doce o quince generales. Y esa medida iba a precipitar la guerra civil. En tal caso, yo sería el culpable de la sangre que se derramara entre hermanos y él sería el cómplice principal. Y añado que, por mi parte, no estoy dispuesto a ensangrentarme las manos y, en cambio, si me sucedía el general Pinochet, que tantas pruebas de lealtad me había dado, quedaba la posibilidad de que la situación crítica general del país, propendiera a distenderse. Y esto le daba la chance de contar con el tiempo a él, como Presidente, para lograr el buscado entendimiento con la Democracia Cristiana, que nunca pudo ser, y a su vez le daba a Pinochet plena independencia para llamar a retiro a dos o tres generales.

En septiembre de 1973 viene el golpe militar, mi padre es amenazado de muerte y, por lo tanto, tiene que ir de casa en casa, una noche en una casa, otra noche en otra casa. Finalmente, el General Osvaldo Rodríguez –lo nombro entre los tres generales que estuvieron siempre en una posición de apoyo al Gobierno constitucional–, siendo Jefe de la Misión militar en Washington, lo llama por teléfono y le ofrece la casa que tenía aquí en Santiago, porque mi papá estaba viviendo en la casa de la Comandancia en Jefe; todavía tenía todas sus cosas ahí, no tenía dónde irse en ese momento. Entonces se queda ahí y desde allí viaja a Argentina, previa autorización de la Junta de Gobierno, que la solicita a través de Pinochet, quien le exige que haga una declaración por televisión, porque de otra manera no va a obtener permiso para salir.

Yo voy a calificar la acción que realizó mi papá en su vida, con las mismas palabras que él tuvo cuando falleció el General Schneider: “Es un héroe de la paz y un mártir de la democracia”.

Notas del debate

¿Cómo fue para nosotros el día del golpe de Estado? Yo estaba por tener mi cuarta guagua, entonces sabía que tenía que estar muy tranquila. Mi guagua nació el 30 de septiembre de ese año, o sea, estaba literalmente por tenerla. Tenía tres niños, así es que hablé con mi papá por teléfono. Mi hermana vivía cerca de Tomás Moro, que fue bombardeaba. ¡Qué absurdo! La casa del Presidente, donde estaba su señora. Pero así fue y mi hermana tuvo que salir de allá, porque las balas llegaban no solo a la casa de Tomás Moro. Entonces mi hermana se fue a mi casa, así que estaba ella con sus niños, yo con mi marido y mis niños y, bueno, el toque de queda, nos quedamos ahí, no podíamos movernos. Hasta el día siguiente que nos fuimos a despedir de mi papá. Una de las cosas que a mí me impresionó ese día es que uno de mis hijos, que tenía alrededor de seis años, llega corriendo y me dice: “¡Mamá, están bombardeando allá!”. No sabía él lo que era. “Y el tío Carlos –un señor que estaba por ahí, vecino– se está riendo y

está aplaudiendo y allá está muriendo gente". Lo que nosotros decimos, es que ningún niño se olvidó de ese día, porque, de alguna manera, hubo situaciones críticas, como esta, por ejemplo. Un niño no podía entender que su tío, que él quería, estuviera aplaudiendo cuando allá estaba muriendo gente. Ese era el ambiente.

1 Se refiere al término del Gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, coronel de Ejército que llegó al poder en 1927. Ibáñez debió renunciar fruto de un movimiento de fuerte oposición identificado con la 'civilidad', en oposición a lo militar. En la conciencia colectiva quedó como 'la dictadura de Ibáñez'

2 Sinfonía Nº 9 o Sinfonía del Nuevo Mundo de Antonin Dvoøák.

3 El General Carlos Prats escribe, Memorias: testimonio de un soldado, en Argentina, antes de ser asesinado, en septiembre de 1974. Publicadas en marzo de 1985 por Pehuén Editores.

4 En 1957, publicó su ensayo histórico Vicuña Mackenna y las Glorias del Ejército, por el cual obtuvo una mención de honor en el concurso del Memorial del Ejército de Chile. En 1969 logró el segundo premio en el octavo concurso de cuentos del diario El Sur de Concepción, con su cuento "Tribunal de honor".

5 La inauguración de este campo Militar se realizó el 5 de junio de 2009, con la asistencia de las hijas del General Prats y de la Presidenta de la República Michelle Bachelet. El discurso estuvo a cargo del Comandante en Jefe del Ejército, General Óscar Izurieta Ferrer.

6 En octubre de 1969.

7 Muerto en octubre de 1970, tras un intento de secuestro por parte de un grupo de extrema derecha.

8 La sepultura de Carlos Prats y Sofía Cuthbert se encuentra en el Patio 33 del Cementerio General de Santiago. Sobre un pedestal de material, se encuentra una escultura de bronce del Escultor Mario Irarrázabal Covarrubias hecha en 1975.

9 Camilo Valenzuela, General de Ejército y jefe de la Guarnición de Santiago,

conjurado para intentar evitar que Allende asumiera como presidente en 1970, tal como lo demostraron los documentos desclasificados por el Gobierno de Estados Unidos. El fallido secuestro del Comandante en Jefe del Ejército René Schneider, formaba parte de la conjura.

10 Realizado el 26 de octubre de 1970.

11 Ver presentación de Jorge Coulon, pp. 131-146.

12 En Obras Públicas asume el Contralmirante Ismael Huerta y en Minería el General de la Fuerza Aérea Claudio Sepúlveda.

13 El Presidente Allende pronuncia este discurso el 4 de diciembre de 1972, asumiendo la voz y la defensa de los intereses de los países en vías de desarrollo.

14 En efecto, le corresponde al General Prats pronunciar el discurso principal en el acto del 5 de diciembre de 1972, en el Estadio Nacional, que lo tituló, según la prensa de la época, "Bienvenido el poeta que recibe este homenaje de la patria".

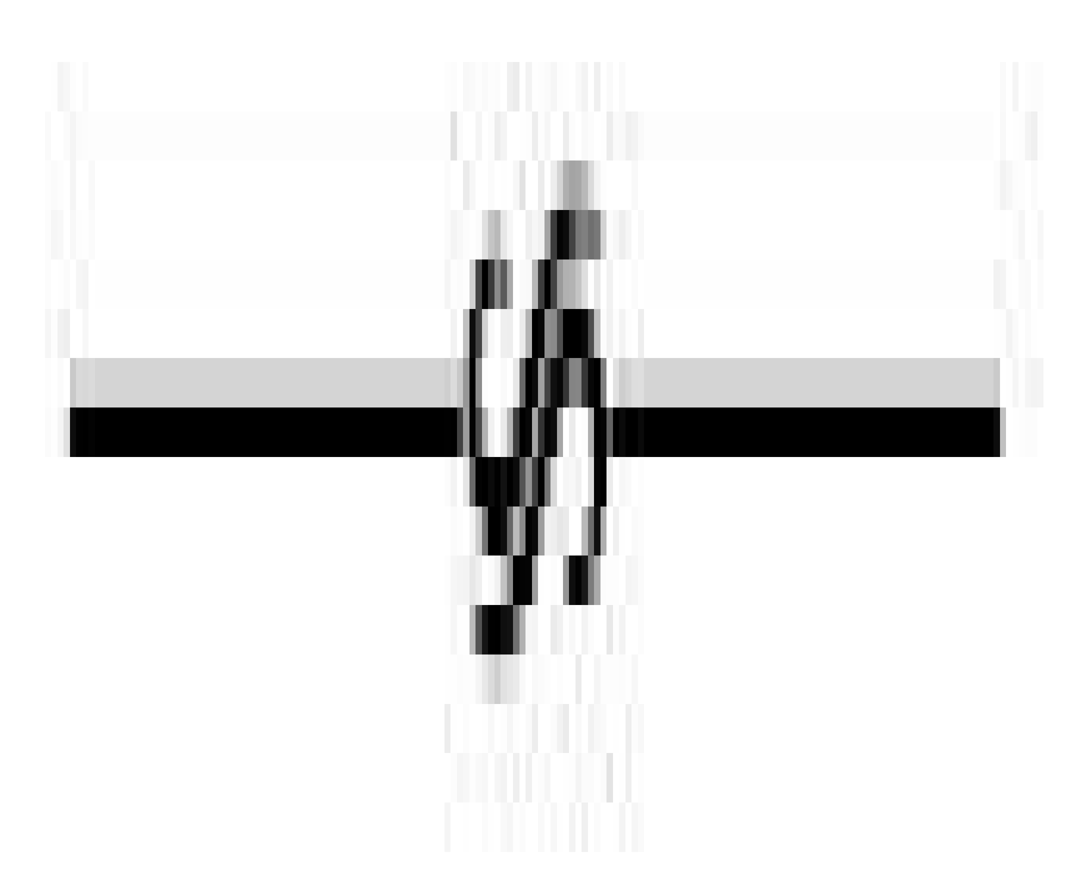
15 Todos los ministros presentan su renuncia el día 24 de marzo y el nuevo gabinete asume el día 27, sin los militares esta vez.

16 Los hechos que se relatan sucedieron el 27 de junio de 1973.

17 El gabinete del Presidente Allende se reestructura nuevamente el 9 de agosto de 1973, incorporando a los tres Comandantes en Jefes y al Director de Carabineros: el General Carlos Prats, del Ejército, en Defensa; el General César Ruiz Danyau, de la Fuerza Aérea, en Obras Publicas; el Almirante Raúl Montero, de la Marina, en Hacienda; y José María Sepúlveda, de Carabineros, en Tierras y Colonización.

18 El General Guillermo Pickering, comandante de Institutos Militares, fue un estrecho colaborador del General Prats y presenta su renuncia indeclinable cuando éste dimite a la Comandancia en Jefe del Ejército, el 22 de agosto de 1973; el General Mario Sepúlveda, por su parte, director de Inteligencia del Ejército en la época, fue también cercano a Prats y fundamental proporcionándole información a él y a su Estado Mayor, respecto de la conspiración de otro grupo de generales.

DILEMAS Y ALTERNATIVAS POLÍTICAS



Luis Maira

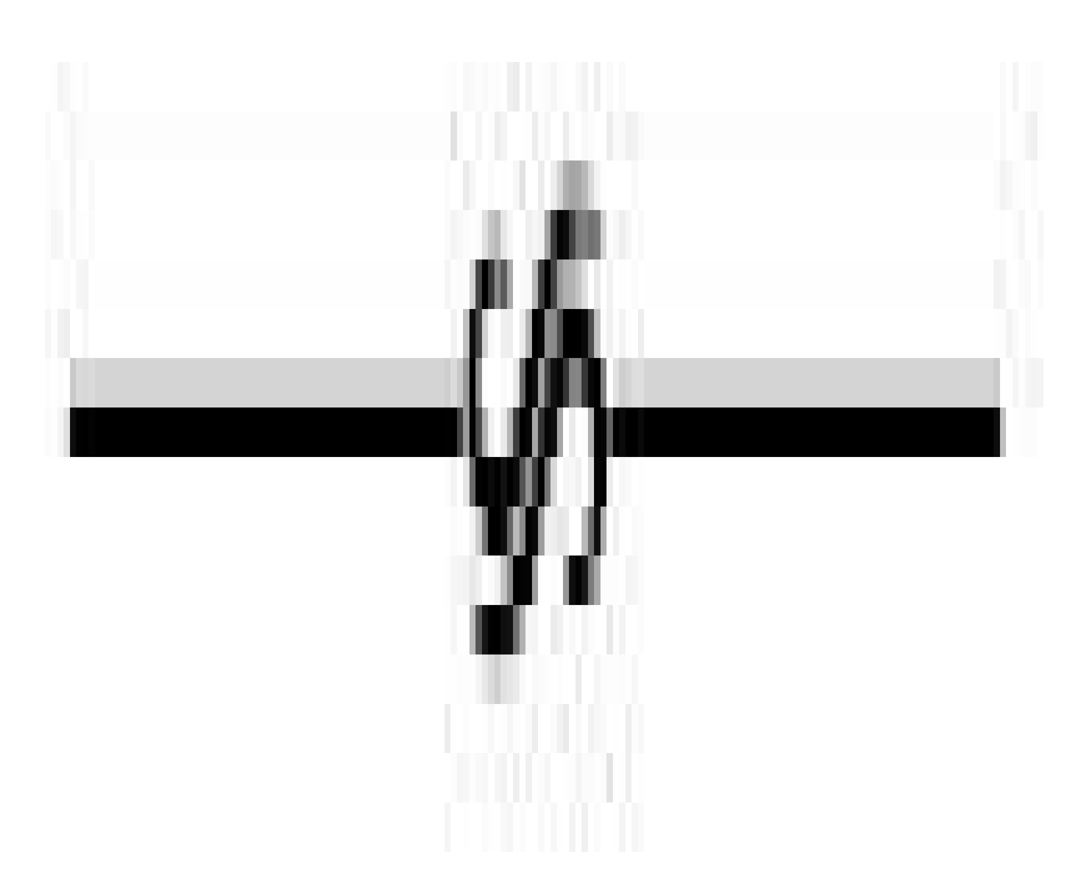
Aníbal Palma

Jorge Arrate

Jaime Insunza

Ignacio Balbontín

PRESENTACIÓN DE LUIS MAIRA



Me da mucho gusto estar aquí. Los felicito, porque creo que este ejercicio de historia oral es muy relevante antes que la memoria se disipe y los autores no estén en condiciones de prestar testimonio. Los cinco participantes que estamos en esta mesa fuimos testigos –y en algunos capítulos protagonistas– de los acontecimientos de 1973. Somos, además, amigos y pertenecemos a la misma generación, que fue joven e hizo política en los años 60 y –ya con alguna experiencia– participó apoyando el Gobierno del Presidente Allende, cuatro de nosotros, y haciendo una oposición digna, el quinto[1].

Yo quiero hablar de un tema que es la negociación del Gobierno del Presidente Allende con Estados Unidos, de lo cual yo no he escrito hasta ahora. Y –si me queda tiempo– quiero hacer también un comentario sobre la sesión en que la Cámara de Diputados declaró inconstitucional al Gobierno del Presidente Allende, en que también me tocó participar activamente.

A modo de introducción, quisiera decir que –a mi juicio– 1973 es el año más terrible de la historia de Chile en el siglo XX. Nunca, ni antes ni después, pasaron cosas de esa envergadura y el país cambió tanto su fisonomía histórica y su naturaleza profunda. En algún libro que escribí[2] –más para explicarles a los latinoamericanos nuestra zigzagueante trayectoria política que para consumo interno– sostuve que Chile era el país con mayores cambios políticos en la segunda mitad del siglo XX. Y que, virtualmente, había habido tres países distintos, en el sentido más propio de la expresión: un Chile republicano, hasta 1973, que desapareció ahí y no se recuperó; un Chile autoritario, los 17 años de la dictadura de Augusto Pinochet; y un Chile de la transición, que concluyó con la gestión de la Presidenta Michelle Bachelet y el periodo –que esperamos sea, como se ha dicho, un paréntesis– del Gobierno de la derecha con Sebastián Piñera.

Lo concreto es que ese Chile republicano tenía reglas, principios y procedimientos, que en este Seminario seguramente se han ido recordando y de

lo que yo no podría hacerme cargo. Pero era un país que –visto de acuerdo a los textos más clásicos de Marx y del marxismo– estaba involucrado en una paradoja, porque era un país políticamente desarrollado –la superestructura tenía un amplio y sofisticado desarrollo– mientras que en la base productiva la estructura era precaria. Con razón, el mejor historiador económico del país, en el siglo pasado, Aníbal Pinto, tituló el más importante de sus libros como Chile, un caso de desarrollo frustrado[3]. De desarrollo capitalista frustrado hasta 1973 y, también, de camino chileno al socialismo frustrado, luego de la derrota que implicó el golpe de Estado y la muerte del Presidente Allende el 11 de septiembre de ese año. Dicho esto, quiero entrar en los temas que anuncié.

El Gobierno del Presidente Allende es un Gobierno imposible de juzgar por un cientista político, porque fue un Gobierno que no tuvo ni un solo día de normalidad. Fue objeto de una campaña de terror –nos tocó investigarla y describirla en la Cámara de Diputados, en agosto del 70[4]– y, ocho días después de triunfar Allende, una de las figuras más relevantes de la derecha de este país, el propietario y director de El Mercurio, Agustín Edwards –en ese momento, Vicepresidente Internacional de la Pepsi-Cola–, logró llegar a la Oficina Oval del Presidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, quien con su Consejero de Seguridad Nacional oyó la profecía de Edwards de que Chile caminaba al comunismo y que había que hacer algo para evitarlo, en el dramático contexto confrontacional de la Guerra Fría. Y Nixon le dio a Henry Kissinger la instrucción de impedir eso, lo que se trató de hacer antes del triunfo de Allende en el Congreso y, en cualquier caso, de hacer “chillar la economía chilena”. Es la expresión textual que se recogió en el informe del Comité Church, en el Senado norteamericano, en 1975[5].

Un Gobierno, que no solo estuvo bajo el asedio de sus opositores internos, sino que la primera potencia del mundo lo quiso derrocar y hacer chillar su economía, es un Gobierno que no tiene posibilidad alguna de un desarrollo normal. El Gobierno del Presidente Allende, por tanto, no puede ser juzgado con los parámetros de cualquier otro gobierno chileno de cualquier época. Lo asombroso es que, en ese contexto, haya hecho cosas tan grandes como la Nacionalización del Cobre, que le ha dado a Chile –según me decía un economista hace poco– 106.000 millones de dólares, por los ingresos que han entrado a las arcas del

Estado chileno, o que profundizara la Reforma Agraria hasta hacer desaparecer el latifundio, que era un régimen arcaico, que venía del periodo colonial y que marcaba una estructura de clases, un conjunto de costumbres y una debilidad productiva que le hacía un enorme daño al país.

Un Gobierno así debería tener, como reconocimiento para su conductor, una de las calles más importante de esta ciudad y de las capitales de las regiones, como deberían también ser honrados el General Carlos Prats, Víctor Jara, Orlando Letelier y algunas otras de las víctimas de la atroz dictadura que le sucedió. No es así y esta situación se prolonga ya por más de 20 años desde el retorno a la democracia. Algún día, ojalá, se pueda reparar.

En este cuadro, el Presidente Allende enfrentó esta ofensiva constante del Departamento de Estado y del Consejo de Seguridad Nacional de Washington, que él bautizó muy bien como el 'bloqueo invisible'. O sea, a Chile lo desestabilizaban cada día, pero sin adjetivos, sin campañas públicas, sino tocando los mecanismos más sensibles de la economía y la política y teniendo acá a los receptores de estas orientaciones. Yo no sé, a la hora de juzgar al golpe de Estado, quién tiene más responsabilidad, si los que aquí decidieron hacer inviable al Gobierno del Presidente Allende en Chile o los que fueron sus más encarnizados opositores y terminaron articulando el golpe de Estado, desde Washington.

Lo que yo quiero contar es lo que nos pasó en diciembre de 1972 y marzo de 1973, cuando el Presidente Allende le pidió a un grupo de tres personas, de su confianza, que formaran parte de una delegación que el Departamento de Estado llamaba 'de alto nivel'. En verdad, era de nivel mediano, porque el Presidente no quiso comprometer ni a sus ministros, ni a los líderes de los partidos. Le pidió encabezarla a Orlando Letelier, que era el embajador en Estados Unidos[6], y le pidió a un amigo suyo muy cercano, Carlos Lazo, Vicepresidente del Banco del Estado y a mí, que integráramos ese grupo. Como en Estados Unidos la tradición del Departamento de Estado era que las negociaciones de alto nivel se hacían con siete personas, tuvimos que incluir a funcionarios de la embajada –en un

minuto hasta un chofer de la delegación diplomática– para poder hacer el grupo de siete y presentarnos en paridad numérica.

¿Por qué el Presidente Allende decidió en diciembre del 72 abrir negociaciones con el Departamento de Estado, que había sido tan extraordinariamente hostil, desde el día de su elección, a su gestión? Esto es muy importante dejarlo en claro.

El Presidente Allende hizo una gira extensa en noviembre diciembre del año 72: fue a México, a Naciones Unidas, a la Unión Soviética, fue a Cuba e hizo una escala técnica en Venezuela, buscando numerosos contactos políticos[7]. Pero dos eran los principales destinos. Primero, las Naciones Unidas, para presentar un mensaje y solicitud de apoyo y solidaridad, que tuvo un enorme impacto. Aún hoy la filmación de ese mensaje de Allende y la recepción de la Asamblea General, que lo aplaude por cinco o seis minutos de pie, es emocionante para cualquier chileno. Pero el segundo objetivo era ir a Moscú a hablar con el Presidente del Consejo de Ministros, Alexis Kosygin[8], y buscar alguna ayuda frente a la asfixia que el bloqueo norteamericano estaba produciendo, al confiscar los cargamentos del cobre en puertos europeos y hacer imposible la vida económica normal de Chile. Allende, cuando me llamó una noche a mediados de diciembre para decirme que había decidido abrir estas conversaciones, me contó, primero, que las negociaciones en la Unión Soviética habían sido un completo fracaso. Con una serie de explicaciones teóricas y doctrinarias, discurriendo sobre países socialistas, países en camino al socialismo, países en vías no capitalista de desarrollo y otras distinciones, Kosygin le había dicho que no había posibilidad de ayuda material ninguna para el Gobierno chileno. Y Allende le había expresado, al final de esa reunión: “Como usted me está condenando a muerte, yo quiero pedir un último deseo: quiero hablar con el señor Leonid Brézhnev”, que era el Jefe de Gobierno soviético.

Allende se queda un día más en Moscú, hace una segunda gestión con Brézhnev, directamente, la que tampoco permite desbloquear la negativa soviética y

Allende vuelve a Chile con la sensación de que tenía que buscar cursos alternativos para salir del embrollo en que estaba literalmente complicado, desde el punto de vista del manejo de las finanzas y la gestión política. Y es allí cuando Allende recuerda que al pasar por Nueva York, al único personero norteamericano que había visto era al embajador de Estados Unidos en Naciones Unidas, el señor George Herbert W. Bush, luego Presidente de los Estados Unidos[9], y que Bush, en medio de la indiferencia con la que planteó este diálogo, en algún momento le había dicho: “Mire, siempre a ustedes les va a quedar la alternativa de una negociación con una delegación de alto nivel, porque eso es parte de la tradición diplomática norteamericana”. Y Allende, esa noche, me dijo: “Quiero que usted esté en este equipo, no me hago muchas expectativas, pero tenemos que jugar todas las cartas y no quiero dejar de intentar esta”.

Estuvimos entre el 20 y el 22 de diciembre en Washington. Nos recibieron en el piso séptimo del Departamento de Estado –cuando después empecé a estudiar el sistema político de Estados Unidos en detalle, durante mi exilio en México, descubrí que eso era el Sancta Sanctórum de ‘Foggy Bottom’, como llaman los americanos al edificio[10]– y ahí estuvimos con estos siete interlocutores. Durante dos días, Orlando Letelier hizo un alegato brillante –porque en estas reuniones siempre habla el Presidente de la delegación, los otros intervienen solo cuando este les sugiere– frente a su interlocutor, que era Charles Meyer, el Secretario de Estado Adjunto para Asuntos Interamericanos[11], haciendo un largo alegato del derecho de Chile y de los países en desarrollo de recuperar sus riquezas naturales. En nuestro caso, el cobre, aplicando una doctrina, elaborada por el profesor Eduardo Novoa, de descuento de las rentabilidades excesivas de esas empresas. Se tomaban los diez últimos años de la contabilidad de Anaconda, Kennecott Copper Mining y Cerro Corporation[12] y se las comparaba con el promedio de ganancias en Estados Unidos y en otros lugares del mundo; ese diferencial era descontado y se llegaba así a una indemnización cero. Estados Unidos, en cambio, planteaba la doctrina de que para nacionalizar había que pagar una indemnización pronta, efectiva, y adecuada. Lo cual resultaba, a veces, hasta un negocio para las empresas expropiadas, porque Estados Unidos hacía valer su presión y conseguía altas indemnizaciones. No había sido el caso chileno. Ese era el contencioso en torno al cual se produjo el diálogo.

Quiero recordar un par de cosas de esa negociación.

La primera fue que el día que abrimos el dialogo, el 20 de diciembre del 72, fuimos invitados a uno de los salones emblemáticos del Departamento de Estado, el Salón “Early American”, donde se guardan muebles y objetos del periodo de la revolución de independencia de Estados Unidos, a finales del siglo XVIII. Ahí se nos ofreció un brindis, en el que pudimos darnos cuenta que nuestros interlocutores conocían hasta la marca de camisa que cada uno usaba y nosotros apenas les conocíamos el nombre. El que me tocó a mí, me preguntó por mi campaña electoral en Santiago, si había resuelto mis problemas en la séptima comuna, la comuna en la cual más me había costado armar un Comando de Campaña, y una serie de otras cosas de un detalle fino, para hacerme sentir completamente indefenso. Lo mismo les pasó a los demás participantes de la embajada y a Carlos Lazo.

En el medio de esa reunión, Orlando Letelier fue llamado a una sala especial, donde estaba el señor Henry Kissinger, que era el Consejero de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, y John Irwin, que era el Vicesecretario de Estado[13]. Letelier nos contó lo hablado, después de la conversación, y quiero dejar constancia de su relato. Kissinger, con mucha frialdad, le dijo: “Señor embajador, yo quiero que usted sepa que para nosotros el caso de Chile no es el caso de un país aislado, finis terrae, al final de América Latina, sino que tiene para nosotros dos significaciones fundamentales. Primero, nunca admitiremos que, por la vía de una interpretación constitucional, se expropie sin pagar indemnizaciones a las empresas norteamericanas. Tenemos casi 100.000 millones de dólares –era la cifra de la inversión norteamericana en el mundo en ese momento– y no los vamos a tirar al agua porque un país decide, irresponsablemente, expropiarnos sin pagarnos lo que debe. Pero, tenemos una segunda razón, señor: ustedes han planteado un camino legal al socialismo, una segunda vía hacia al socialismo, un socialismo al que quieren llegar en democracia, pluralismo y libertad, citando la frase del Presidente Allende en su primer Mensaje al Congreso en mayo del 71. Pues bien, Chile no nos importa nada, no hace parte del interés estratégico norteamericano, pero nos damos cuenta que si las izquierdas que hoy día están divididas en Europa, en países donde pesan mucho, como Francia e Italia, se unieran porque tiene éxito la

experiencia chilena, el interés de los Estados Unidos estaría fuertemente comprometido y por eso no vamos a permitir que el gobierno de Allende tenga éxito”.

Dos argumentos muy profundos y que ponen de manifiesto la magnitud del reto que el Gobierno de Allende planteó a la mayor superpotencia del mundo, que era la cabeza del bloque de países capitalistas en la Guerra Fría. En ese cuadro, acordamos suspender los trabajos hasta la segunda sesión, que se fijó para tres meses después, para el 20 de marzo de 1973, es decir después de las elecciones parlamentarias[14]. Pero el resultado de estas elecciones parlamentarias implicaron el fin de lo que los americanos, en sus documentos de la Comunidad de Inteligencia, llamaron el ‘track one’, la pista uno, que era realizar una acusación constitucional al Presidente de la República, para lo cual necesitaban dos tercios del Congreso, que esperaban conseguir en marzo. Cuando la elección de marzo le da 43,4 por ciento a la Unidad Popular y se convierte en el primer Gobierno chileno de los últimos cincuenta años que sube su apoyo, respecto del que había obtenido para llegar a La Moneda, queda abierta la única otra vía, que era la ‘track two’, la pista dos, o sea, la desestabilización y el derrocamiento del Presidente Allende. Ahí ya no había tiempo que ganar ni nada que negociar.

La segunda ronda de negociación, en marzo, no duró ni 45 minutos y literalmente nos echaron del Departamento de Estado, porque Estados Unidos ya no tenía nada que conversar con nosotros. Durante los meses siguientes yo entendí que se había iniciado una cuenta regresiva para provocar el desalojo final de la Unidad Popular y la caída del Gobierno del Presidente Allende. Y así fue. Ya no tuve nunca más esperanzas de que pudiéramos reactivar nuestro rumbo, teníamos muchos problemas en la economía, en el plano social, pero el problema principal en mi opinión –y quiero aquí formularlo– fue que el país que dominaba el hemisferio occidental, no estaba dispuesto a permitir nuestro desarrollo normal y, menos, la culminación exitosa del Gobierno del Presidente Allende.

En los últimos minutos deseo hablarles de la declaración de inconstitucionalidad del gobierno, por parte de la Cámara de Diputados[15]. Yo creo que eso fue un

fraude institucional que, muchas veces, nuestros historiadores y aún nuestros analistas han dejado pasar. El Congreso chileno y la Cámara de Diputados, como cuerpo fiscalizador, no tenían atribuciones para pronunciarse por medio de una sesión de fiscalización sobre la constitucionalidad del Gobierno. Podían intentar una acusación constitucional contra el Presidente o contra cualquiera de los Ministros, sus Intendentes o Gobernadores, pero no estaba dentro de sus prerrogativas el poder declarar –en una reunión ordinaria y por simple mayoría– inconstitucional al Gobierno. Y, sin embargo, lo hicieron. Lo hicieron de una manera torva, sucia y sabiendo que –como les señalamos quienes hablamos en esa oportunidad en representación del Gobierno– esto iba a ser usado como fundamento del golpe militar, como efectivamente ocurrió. Todas las comunicaciones hechas por la Junta Militar, después del golpe del 11 de septiembre, se iniciaban diciendo que la propia Cámara de Diputados y el Poder Legislativo habían declarado la inconstitucionalidad del Gobierno.

Para que eso fuera posible, resultaba necesaria la suma de los votos de la Democracia Cristiana y del Partido Nacional –el partido de derecha que encabezó desde el primer momento la estrategia del golpe–. Nosotros, en verdad, vivimos un día dramático, la sesión duró casi todo el día, empezó como a las diez de la mañana y votamos entrada la noche. Hubo intervalos en los cuales hicimos conversaciones. La Democracia Cristiana tenía un conjunto de personalidades democráticas, entre ellas, una de las que a mí más me influyó en la vida y a quien admiro hasta hoy, don Bernardo Leighton, que fue Vicepresidente y Ministro del Interior del Presidente Frei Montalva. Estaba también Mariano Ruiz-Esquide –que inicialmente iba a ser parte de esta mesa–. Estaba Claudio Huepe, otra persona de indudables credenciales democráticas, todos firmantes de la declaración de condena al golpe militar del 13 de septiembre que aquí recordaba Ignacio Balbontín[16]. Desgraciadamente, en el curso de todo ese día, pese a las múltiples conversaciones e intercambio de ideas, no fue posible que nadie de la Democracia Cristiana votara en contra, o siquiera se abstuviera, frente a esta declaración, que era inconstitucional e ilegítima y que, además, iba a ser usada, como ocurrió, como pretexto y fundamento del golpe de Estado. Habría sido muy importante que alguien lo hubiera hecho; sobre todo si lo hubiera hecho Bernardo Leighton. Desgraciadamente, no ocurrió. Ello hubiera puesto, sin duda, una sombra sobre esa maniobra. Recuerdo, años más tarde, haber estado en Italia varias horas conversando con don Bernardo, en su casa, poco antes del atentado que sufrió en

Roma[17], y que me dijo: “De lo que más me arrepiento en la vida, fue no haber aceptado la petición que ustedes me hicieron esa tarde y haber votado en contra de esa declaración en la Cámara de Diputados”.

En definitiva, la declaración en la Cámara de Diputados y lo que yo les he contado sobre las negociaciones en torno a la indemnización de las empresas del cobre, prueban el carácter fuertemente planificado, orquestado, de la estrategia que precedió al golpe de Estado de 1973. Cuando uno lee ciertas memorias, esto se presenta como si hubiera sido una respuesta no prevista ante acontecimientos muy graves y no deseados. Se dice que la noche del domingo, dos días antes, convencieron a Pinochet, le llevaron un documento y eso, en lo profundo, no es así. No es cierto que el golpe del dictador fue un acto de última hora. Porque si Pinochet no hubiera firmado ese documento lo hubieran hecho a un lado, como hicieron con el Almirante Montero, habrían puesto a otro golpista y habrían intentado, probablemente también con éxito, el golpe de Estado 48 horas después.

El golpe de Estado fue una propuesta sistemática, organizada, rigurosa, con muchos episodios –fue un trabajo de años que algunos iniciaron, en Washington y en Santiago, la noche misma de la elección, en septiembre de 1970–. Yo, por eso, solo quería dejar constancia del papel que desempeñó la dimensión internacional del bloqueo norteamericano para hacer imposible y restarle viabilidad a un proyecto valioso, distinto: la Vía Chilena al Socialismo. Este constituía una estrategia de desarrollo diferente, en cierta medida situado a la misma distancia de los modelos comunistas de los países del Pacto de Varsovia, en Europa del Este y la Unión Soviética, y de los de la Social Democracia europea, que constituían una búsqueda de humanización del capitalismo, dentro de ese sistema. Allende había conseguido abrir paso, democráticamente, a una tercera fórmula, una vía distinta de ambos, que significaba cambios profundos, transformaciones revolucionarias, pero también profundización democrática y de las libertades públicas.

Al final, lo más amenazante para las fuerzas conservadoras de nuestro país y,

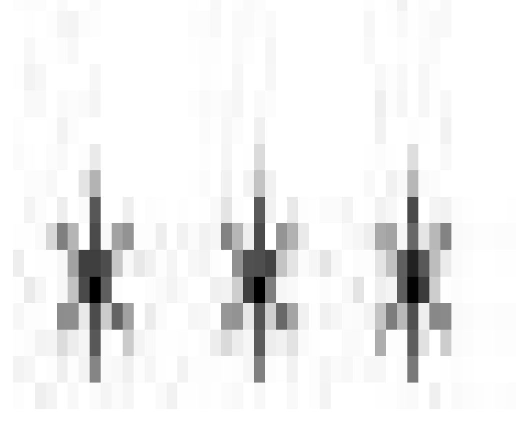
también, para la hegemonía norteamericana a nivel global, era la mirada del hombre y del mundo y el deseo de avanzar a una nueva sociedad que Allende proyectó. Con su férrea y estrecha alianza, estos dos actores fueron los que abrieron camino a la sangrienta dictadura de Augusto Pinochet y al modelo neoconservador –causa y fundamento de la pobreza y la desigualdad de Chile– que sus asesores civiles implantaron.

Notas del debate

Yo quiero suscribir el razonamiento que ha expresado Jorge Arrate en esta segunda parte de la discusión[18]. Como ustedes son historiadores, es una tremenda ventaja hablar del año 1973, cuarenta años después. Allende tenía que tomar medidas, como dicen los mexicanos, a 'bote pronto', o sea sin tener tiempo de análisis y reflexión. Muchos de los dramas que la Unidad Popular vivió, tenían que ver con esa urgencia, de un periodo, además, donde se amontonaron –extraordinariamente– tendencias y acontecimientos contradictorios.

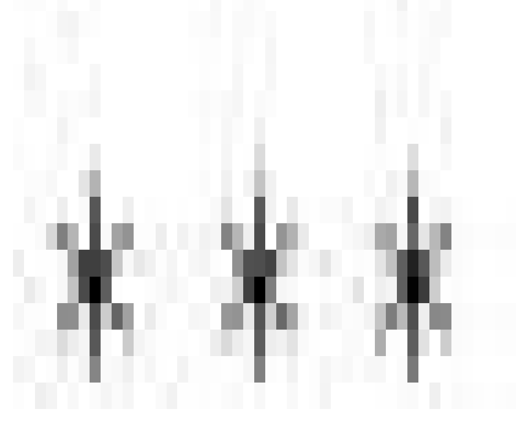
Uno tiene derecho a ser pesimista, con la ventaja de los 40 años, y yo lo soy. ¿Por qué? Porque creo que una lectura profunda de la historia de Chile del siglo XIX, muestra un siglo enteramente oligárquico –donde solo hay un proyecto nacionalista, el de Balmaceda, que fue frustrado violentamente en 1891– y un siglo XX en que convergen dos impulsos complementarios. Uno, mesocrático, que le da a Chile una clase media ilustrada, que se puede simbolizar en la figura del Presidente Aguirre Cerda y en muchos líderes de la izquierda, incluido Salvador Allende; y, otro, un desarrollo del movimiento social, urbano y rural, que progresivamente va madurando y acumulando fuerza en el siglo XX. Pero eso, no se expresa solo en los dos grandes partidos de la izquierda, sino que en cierto momento se manifiesta también en la dimensión social y en el apoyo de la Democracia Cristiana. Radomiro Tomic tenía mucha razón –era un hombre muy lúcido y convincente, del que me sentí muy cerca– cuando planteó la tesis de la unidad social y política del pueblo. La complicación es que lo hizo en medio de una dramática paradoja: estábamos en un país de tres tercios y, a esas alturas, no era posible sumar el tercio del centro y el tercio de la izquierda, sino que era el

tercio que más crecía el que hacía la administración del país, siempre en condiciones minoritarias, como le tocó a Allende aún en el mejor momento, con 44% de apoyo y permanentemente en minoría en el Parlamento. Era muy difícil cambiar un país en esas condiciones.



De todos los análisis que se hicieron después de septiembre del 73, en mi opinión el más acertado y brillante fue el del Secretario General del Partido Comunista Italiano, Enrico Berlinguer, un intelectual sofisticado, fino, con conocimiento del mundo, que escribió dos artículos sobre Chile, en la revista Rinascita[19], donde dijo básicamente lo siguiente: "Para gobernar se necesita tener mayoría, pero para cambiar profundamente una sociedad, se necesita mucho más que el 50,1%, se necesita una mayoría social amplísima, que no se dio en el caso chileno".

Las disyuntivas de Allende fueron muy dramáticas. Allende fue un hombre consistente, que aplicó lo esencial de su Programa de Gobierno, que se encontró a medio camino con gente que planteaba que había que ir más allá del programa e iniciar ya la construcción del socialismo, cuando eso no estaba en el Programa de la Unidad Popular. Que enfrentó una situación dramática, en lo subjetivo, en lo emocional, tratando de que no se quebrara esa izquierda heterogénea que lo apoyaba. Yo no fui amigo de Allende, pero tuve tres conversaciones largas con él, de varias horas. En la última, cuando conversamos el año 73, después de la elección de marzo, a la vuelta de este episodio tan fallido en el Departamento de Estado, él –reflexionando sobre la situación chilena– me dijo: "Lo que yo nunca voy a hacer es tomar una opción polar entre los dos mundos que existen en la izquierda, entre sus dos almas, porque no quiero ser el responsable de su quiebre. Yo podría arreglar mañana una mayoría, buscando apoyos en el centro pero para eso tendría que romper con el Partido Socialista y el sector encabezado por Altamirano, y tendría que reprimir al MIR, pero eso sería repetir la fórmula de González Videla"[20]. Desde entonces me quedó muy claro que Allende prefirió mantener hasta el final una cierta ambigüedad dentro de su bloque, porque le interesaba, sobre todo, la unidad de la izquierda chilena y esperaba, a lo mejor, que a través de su crecimiento, se hiciera viable su proyecto.



Mi última reflexión es que el muro de Berlín cayó y el proyecto comunista se hundió, pero la Vía Chilena al Socialismo, la idea de "un socialismo en democracia, pluralismo y libertad", con cambios sociales, con más libertades públicas, con más participación, es –pese a todo lo que ha cambiado el mundo y a las enormes transformaciones que ha tenido Chile– un proyecto vigente. Un proyecto que coincide con los mejores intereses del país y que deberíamos asumir, reafirmando una conducta inequívocamente democrática, quienes compartimos los valores por los que luchó y murió Salvador Allende.

1 Efectivamente, todos ellos habían sido dirigentes estudiantiles y/o políticos durante los años sesenta. Jorge Arrate, Jaime Insunza, Luis Maira y Aníbal Palma, fueron activos sostenedores del Gobierno de la Unidad Popular –Arrate y Palma, ministros–, en tanto Ignacio Balbontín, opositor.

2 Luis Maira, Chile, la transición interminable, Editorial Grijalbo, México, 1999.

3 Publicado por Editorial Universitaria en 1959.

4 Luis Maira era ya diputado, pues había sido elegido en 1965 y en 1969, por la Democracia Cristiana. Luego, fue reelecto por tercera vez en marzo de 1973, por la Izquierda Cristiana. En la primera ocasión, tenía 24 años.

5 Informe elaborado por un comité encargado de investigar la legalidad de las acciones de inteligencia de los Estados Unidos en otros países. Dirigido por el senador Frank Church, investigó la acción de la CIA en Chile. Fue publicado en 1975, confirmando la intervención norteamericana en el proceso chileno.

6 Letelier había sido designado Embajador de Chile ante el Gobierno de los Estados Unidos en 1970, al asumir Allende. Entre mayo y julio de 1973 se desempeñó como Ministro de Relaciones Exteriores; luego, de julio a agosto, como Ministro del Interior; y finalmente ocupó el Ministerio de Defensa hasta el 11 de septiembre de 1973.

7 La gira presidencial se extendió entre el 30 de noviembre y el 14 de diciembre y consideró los siguientes países: Perú, México, Estados Unidos (Naciones Unidas), Argelia, Unión Soviética, Cuba y Venezuela.

8 Alexis Kosygin presidió el citado Consejo entre 1964 y 1980, siendo clave en la dirigencia soviética –prácticamente el 'hombre número dos'– durante buena parte de la llamada Guerra Fría'.

9 George Herbert Walker Bush fue Presidente de Estados Unidos entre 1989 y 1993. Luego, su hijo George W. Bush, lo haría entre 2001 y 2009.

10 El Departamento de Estado norteamericano, equivalente al Ministerio de Relaciones Exteriores, es conocido también como Foggy Bottom, por ser este el nombre del barrio en que se encuentra su edificio.

11 Charles A. Meyer ejerció este cargo entre abril de 1969 y marzo de 1973, bajo el Gobierno de Richard Nixon. Le sucedió Jack Kubisch B., a partir de junio de 1973.

12 Las empresas involucradas en la Nacionalización del Cobre fueron: la Anaconda, a través de sus filiales Andes Copper Mining Co. y Chile Exploration Co.; la Kennecott Copper Corporation, a través de la Braden Copper Company; y Cerro Corporation.

13 John Nichol Irwin II, abogado y diplomático estadounidense, que sirvió en el Departamento de Estado entre 1970 y 1972, y que previamente había participado en las negociaciones del Canal de Panamá, bajo el Presidente Johnson, entre 1965 y 1968, y en los procesos de nacionalización en Perú, en 1969, ya bajo el Gobierno de Richard Nixon.

14 Elecciones parlamentarias que se realizaron el 4 de marzo de 1973.

15 Sesión Extraordinaria solicitada por los Comités del Partido Nacional y la Democracia Cristiana, realizada el 23 de agosto de 1973.

16 Alusión a la llamada 'declaración de los 13', a través de la cual, en septiembre de 1973, un grupo de dirigentes democratacristianos se oponen públicamente al golpe de Estado. Declaración recordada por Ignacio Balbontín, informalmente, al inicio de la mesa. En esta mesa, Balbontín reemplazó a Mariano Ruiz Esquide a quien un problema de salud le impidió asistir. Presentación de Ignacio Balbontín, en pp. 222-230.

17 Atentado a bala ocurrido en el mes de octubre de 1975, frente a su casa en Roma, fruto del cual él y su esposa Ana Fresno quedan gravemente heridos. Las

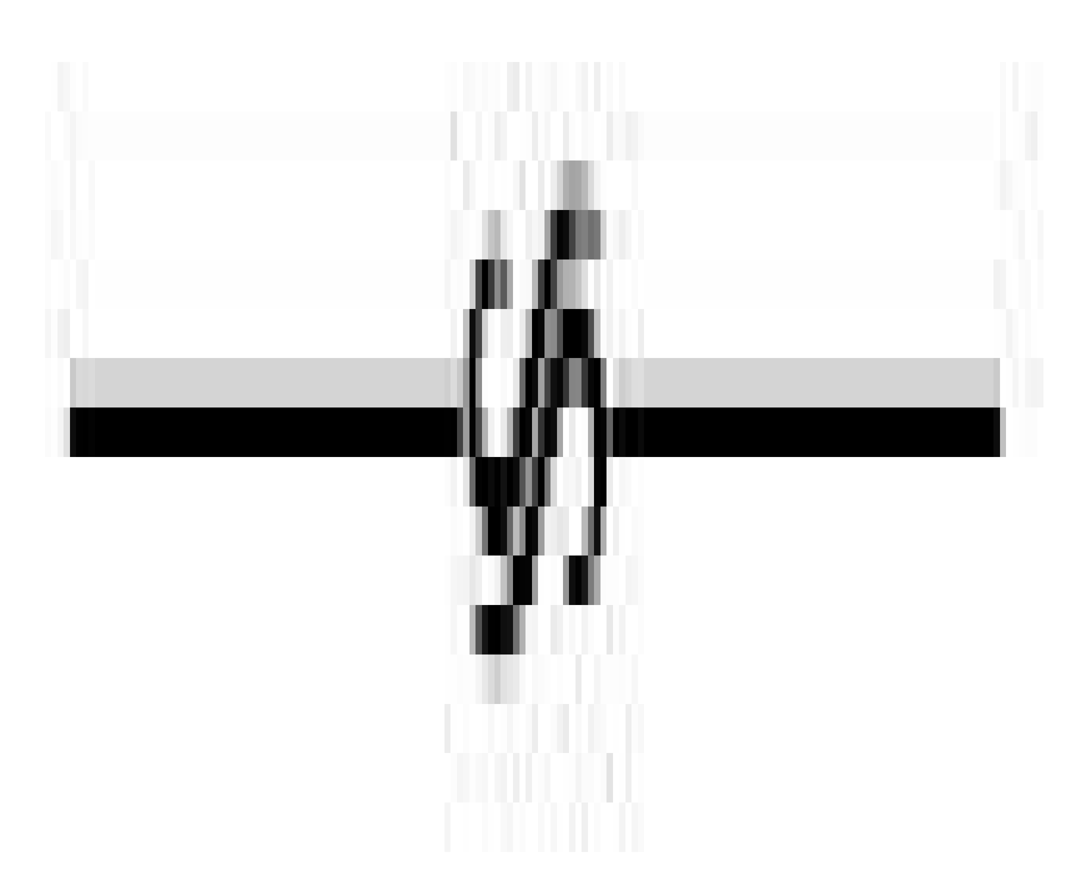
investigaciones posteriores mostraron las conexiones existentes entre el grupo italiano de ultraderecha que realizó el ataque y la DINA en Chile.

18 Ver presentación de Jorge Arrate, pp. 201-212.

19 Revista cultural del Partido Comunista Italiano, fundada en 1964 y dirigida por Palmiro Togliatti. Enrico Berlinguer fue Secretario General del PCI entre 1972 y 1984. En 1973, publicó una serie de artículos a través de los cuales expuso su propuesta de ‘compromiso histórico’, a través del cual –basado en la experiencia chilena– proponía una alianza entre el PCI y la Democracia Cristiana italiana. Uno de los artículos se tituló “Tras los hechos de Chile”.

20 En referencia a lo que implicó la política seguida por Gabriel González Videla para la izquierda chilena y para el Partido Comunista en particular. González Videla, radical, gobernó Chile entre 1946 y 1952, primero en alianza con los comunistas y luego proscribiéndolos en virtud de la Ley de Defensa Permanente de la Democracia, rehaciendo una coalición con participación de un sector de los socialistas.

PRESENTACIÓN DE ANÍBAL PALMA



En primer término, deseo agradecer la invitación y dejar constancia que comparto plenamente la metodología utilizada. En consecuencia, me voy a limitar al periodo que ha sido establecido: entre enero y septiembre de 1973. Además, es un periodo que me compromete muy directamente, porque en enero y febrero fui candidato a Senador por Santiago[1]; posteriormente, hasta agosto, Ministro Secretario General del Gobierno; y en agosto, en estos cambios acelerados que se hacían con motivo de las acusaciones constitucionales a los ministros, aterricé en el Ministerio de la Vivienda[2].

¿Qué puedo señalar al respecto?

En los meses de enero y febrero de ese año 1973, culmina un proceso electoral iniciado a fines de 1972, que se caracteriza por una creciente polarización. Estimo que la oposición incurrió en un grave error al sobredimensionar la experiencia de las huelgas y movilizaciones en el mes de octubre de ese año, que a su juicio habían debilitado fuertemente al Gobierno; y al estimar que la formación de un gabinete cívico-militar ponía de manifiesto su extrema debilidad, lo que les haría posible obtener los dos tercios en la elección parlamentaria de marzo y abrir paso a un juicio político que culminara con la destitución del Presidente.

Mi experiencia como candidato a Senador por Santiago, me indicaba que, no obstante la delicada situación económica, el desabastecimiento, la presión internacional, las huelgas y movilizaciones y otros problemas, el apoyo popular al Gobierno se mantenía y las dificultades que enfrentaba fortalecían su lucha y la firmeza de ese apoyo. A este respecto, quisiera compartir una anécdota. Como candidato –a todos los candidatos les ocurre de visitar poblaciones, en los sectores de la votación, un sector popular– estaba con gente que me acompañaba del comando y me encuentro de pronto con una cola larguísima para adquirir pan o carne, no recuerdo. Era muy larga la cola, con lo cual estaba bastante aprehensivo del resultado que iba a tener mi visita en esas condiciones. Sin

embargo, me encontré con que hubo pifias, pero hubo también muchos aplausos y que decían: “Compañero, no afloje, la derecha nos quiere ganar por hambre y no lo van a conseguir, así es que échele p’ adelante no más”.

Eso me marcó mucho y refleja no solo la polarización, refleja el compromiso de unos por derribar al Gobierno y el compromiso de otros por defenderlo. Los resultados así lo demuestran. Allende obtuvo en la elección presidencial de 1970 poco más del 36% de la votación y, en marzo de 1973, aumentó al 44,3%, como aquí ya lo ha dicho Luis Maira[3]. En efecto, por primera vez en la historia de Chile un Gobierno, promediando su mandato, acrecentaba sus fuerzas y no las disminuía, como era tradicional. Por el contrario, la oposición, con su 57,7%, estuvo lejos de alcanzar los dos tercios que se había propuesto y que estaba segura de obtener. Por otra parte, el Gobierno y las fuerzas que lo apoyaban, se sentían triunfadoras, pero al mismo tiempo aumentaba la preocupación porque al interior de la oposición, después de estos resultados, se fortalecía el sector más duro que apostaba al golpe militar.

En los meses siguientes, esta preocupación se justificaba plenamente. La oposición mantenía su intransigencia y se negaba a cualquier salida razonable, pretendiendo imponer todas sus exigencias. En la Democracia Cristiana asume su conducción el sector más duro, desplazando a quienes buscaban un acercamiento con el Gobierno[4], para ver si era posible un acuerdo que resguardara el sistema democrático.

La huelga de un sector importante de trabajadores de El Teniente, iniciada en mayo de ese año y que se extendió por más de dos meses[5]; la movilización de sectores del estudiantado, de comerciantes, grupos profesionales y transportistas, que amenazaban con un nuevo paro; los atentados a bienes públicos; las acusaciones constitucionales a ministros[6]; y otras muchas acciones, mantenían un clima de agitación y enfrentamiento, cada vez más beligerante.

El ‘tancazo’ del 29 de junio, con abierto apoyo de sectores civiles y

especialmente de Patria y Libertad, cuyos líderes se asilaron o huyeron del país, veía venir[7]. El conflicto se traslada también al interior de las Fuerzas Armadas. Particularmente en el Ejército, donde el General Carlos Prats, Comandante en Jefe, es objeto de una campaña insistente de presiones y críticas, en la que incluso participan esposas de generales y oficiales, a través de manifestaciones públicas, lo que disminuía su autoridad.

¿Por qué se producía esta situación? Porque el Ejército chileno tiene una formación prusiana, de verticalidad en el mando. En consecuencia, el Comandante en Jefe del Ejército no necesita tener 'mayoría' en el cuerpo de generales. Su fuerza fundamental era ser el Comandante en Jefe; en consecuencia, Prats era un obstáculo. Aun cuando en el cuerpo de generales hubiera una mayoría de ellos en contra del Gobierno, había también otro sector y el Comandante en Jefe, que estaban en otra posición. Por lo cual, para avanzar hacia el golpe, era muy importante para ellos terminar con la Comandancia en Jefe del General Prats.

En definitiva, cumplieron su objetivo y el General Prats renunció en agosto al cargo de Comandante en Jefe del Ejército. Asumió en su reemplazo el General Augusto Pinochet, propuesto por el mismo General Prats, y el ex Ministro de Defensa José Tohá[8], con las consecuencias por todos conocidas. Son también conocidos los últimos esfuerzos del Presidente Allende por alcanzar un acuerdo con la Democracia Cristiana. A petición suya, el Cardenal Silva Enríquez organizó una reunión en su residencia, que no tuvo resultados positivos. Al constatar que el acuerdo no era viable y que incluso generaba discrepancias al interior de la Unidad Popular, el Presidente decidió convocar un plebiscito como último recurso para evitar el golpe militar. Podía mantener o perder su cargo, pero se preservaba el régimen democrático[9]. El desenlace, también se conoce.

Antes de terminar esta exposición, no puedo menos –en mi condición de ex Ministro de Educación del Gobierno del Presidente Allende– que referirme a la utilización que se hizo del proyecto de la ENU, para abrir un nuevo frente de conflicto con estudiantes, el Ejército, la Iglesia y partidos de oposición[10]. Me

refiero al tema, no solo por haber sido Ministro de Educación, sino porque efectivamente se hizo del proyecto de Escuela Nacional Unificada, la 'bestia negra'; en el extremo, se le atribuía el carácter de un proyecto de ideologización de los jóvenes. Se le 'atribuía' a este proyecto, como lo acabo de decir. No era un proyecto imprevisto, formaba parte del Programa de Gobierno de la Unidad Popular. Sus bases fundamentales se aprobaron en el Primer Congreso Nacional de Educación, realizado a comienzos de 1971, con toda publicidad, en el que participaron representantes de los estudiantes, de los trabajadores de la educación, de los profesores. Es decir, las bases fundamentales del proyecto de la ENU se discutieron y se aprobaron con la mayor amplitud. Llama la atención que habiendo sido el año 71 cuando se hizo público este proyecto, solo en 1973, en medio del conflicto final, ahí nuevamente se coloque el tema de la Escuela Nacional Unificada y se le atribuya este carácter ideologizante.

La verdad, es que –salvo en el Congreso aludido– el proyecto la ENU nunca fue discutido en su contexto educativo, no obstante su aporte en el plano pedagógico y su intento por superar problemas que afectaban no solo al sistema educacional, sino también al conjunto de la sociedad chilena.

Debemos reconocer, sin embargo, que ese proyecto tuvo una presentación desafortunada y se trató de implementar en un momento inoportuno. En efecto, en su primer párrafo, en las primeras líneas, se dice que el proyecto "procura formar al hombre nuevo en la sociedad socialista"…, y hasta ahí llegó el debate. La discusión se centró, estrictamente, en estas tres primeras líneas, no avanzó más. Nunca se discutió la parte pedagógica, docente, el texto del proyecto, no. Se quedaron en las primeras líneas de esta frase tan poco afortunada. Además, daba argumentos a quienes lo calificaban como anticonstitucional, porque la Constitución vigente declaraba que la educación era una función preferente del Estado y, en tal carácter, era lógico sostener que no podía identificarse con una determinada ideología.

En la Iglesia católica, fortaleció a quienes lo consideraban en pugna con los valores cristianos, mientras que los sectores más duros de la Fuerzas Armadas lo

veían como una amenaza institucional. Ambas circunstancias revestían particular gravedad en el proceso de aguda polarización que se vivía en Chile en esa época, en que, además, no había comunicación de unos y otros. ¿Por qué? Porque la gente de Gobierno leía los diarios del Gobierno, escuchaba las radios del Gobierno y veía el Canal 7. La gente de oposición, leía los diarios de oposición, escuchaba las radios de oposición y veía el Canal 13[11]. Es decir, lo de uno no llegaba al otro.

En el caso de la Iglesia católica, esta fue la única ocasión en que entró en abierto conflicto con el Gobierno, con el que había mantenido una excelente relación y jugaba un rol moderador en el enfrentamiento político que vivía el país. En lo que respecta a las Fuerzas Armadas, la resistencia en su interior acentuó el carácter sedicioso en muchos de sus integrantes y colocó en difícil situación a los más afectos al Gobierno. Se argumentaba que la ENU cumpliría un rol concientizador, amenazando la cohesión interna de las Fuerzas Armadas; ponían como ejemplo que a mediano o corto plazo ingresarían al servicio militar jóvenes formados en la ideología marxista-leninista –no 'lininista', como decía cierto personaje[12]– lo que terminaría por copar las respectivas instituciones. Por absurdas que parezcan hoy estas acusaciones, en el clima enrarecido que se vivía en Chile, contribuían a polarizar aún más la situación y al fortalecimiento de los grupos más radicalizados, que no veían otra solución que el enfrentamiento armado, unos, y el golpe militar, otros.

A la luz de lo expuesto, es legítimo preguntarse por qué se introdujo la citada frase en la presentación del proyecto. La respuesta podría estar en que, como nos enseña la historia, es frecuente que en los procesos que generan polarización y enfrentamiento, las posiciones ideologizantes tiendan a predominar, atribuyendo un carácter ideológico a iniciativas –como aquella– que no lo tienen. Decimos también que el proyecto de la ENU se trató de implementar en un momento inoportuno, en que la extrema polarización, la violencia y la falta de comunicación entre adversarios y partidarios del Gobierno, hacían imposible un debate serio y objetivo, centrado en los aportes técnicos y docentes del proyecto.

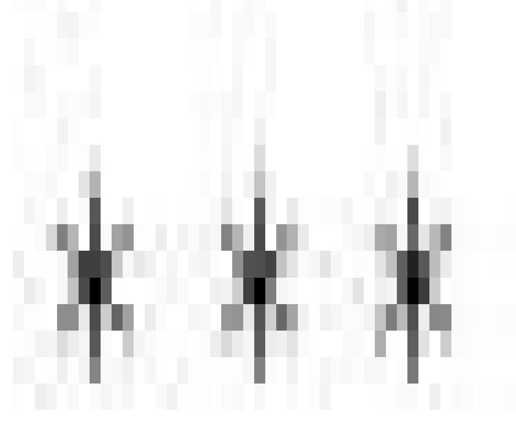
Quienes estaban a favor del Gobierno apoyaban la ENU –“la ENU va”– aunque no tuvieran un adecuado conocimiento de su contenido y finalidad. Quienes se identificaban con la oposición se manifestaban contra ella –“no a la ENU”–, aunque no tuvieran la menor idea de sus objetivos y fundamentos. En otro clima, hubiera podido demostrarse lo absurdo de querer ver la ENU como instrumento de manipulación ideológica. Si ese hubiese sido el objetivo del Gobierno, no era necesario un proyecto como este, precedido de un intenso periodo de discusión y análisis. La solución era fácil y expedita: cambiar los textos de estudios incorporando en ellos un mensaje ideológico, que fue precisamente lo que hizo luego la dictadura militar. Para eso no se requería una ley, ni un decreto, bastaba una simple resolución administrativa. Cómo no va a ser absurdo elaborar todo un proyecto, con toda esta tramitación, para ideologizar, si era mucho más fácil este otro camino. Que no se utilizó por lo demás.

Conviene recordar que el Presidente Allende, al constatar el grado de resistencia generado por el proyecto, suspendió su aplicación para facilitar un amplio debate democrático, que hiciera a la reforma educacional un punto de encuentro y no un nuevo factor de divisiones. Hubiera podido imponerlo, pues no requería tampoco de ley, era suficiente la dictación de un decreto. Pero el Presidente, consecuente con su vocación democrática, una vez más, buscó el consenso y se esforzó por evitar el enfrentamiento en un área que, en su concepto, debía ser factor de unidad y no de divisiones.

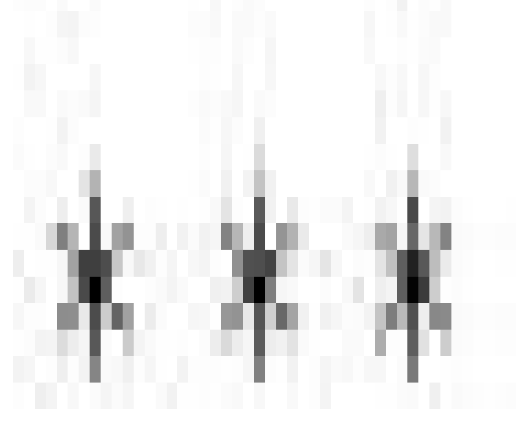
Notas del debate

Un proyecto que se propone introducir reformas profundas a las estructuras de una sociedad, dentro del marco vigente, requiere una mayoría sustancial que permita avanzar en esos acuerdos, en eso coincido. Aquí hay un error compartido, por cuanto, si uno analiza el Programa de Radomiro Tomic en esa elección presidencial y el Programa de Allende, no había grandes diferencias. Ambos coincidían en la necesidad de avanzar en un proyecto de transformaciones estructurales profundas. Sin embargo, no se pudo coincidir y aquí, vuelvo a repetir, no voy a cargar la mano a un lado o a otro. Cometimos un

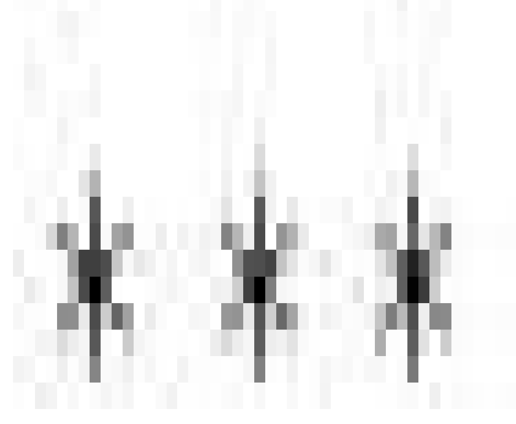
grave error al no avanzar en ese proyecto común, porque lo que inspiraba, precisamente, a la Vía Chilena al Socialismo, era aquello: avanzar en los cambios, dentro de la institucionalidad, y para eso se requería una mayoría sustancial. Por lo demás, como ya se ha dicho, la experiencia chilena fue la que, en parte importante, inspiró la teoría de Berlinguer en Italia, del 'consenso histórico'[13]. O sea, la unidad de la Democracia Cristiana con el Partido Comunista, para avanzar en un proceso de transformaciones. Pero, en ese momento estaba opinándose a partir de una situación ya hecha.



Después del golpe, los principales dirigentes de los partidos de la Unidad Popular estuvieron presos. Yo compartí con ellos prisión en Dawson[14], durante varios meses, y en otras cárceles y discutimos mucho de todos estos defectos, de las diferencias que teníamos y al final llegamos a la siguiente conclusión: podíamos tener muchas diferencias, pero estábamos todos presos. Resultaba absurdo que nos dividiéramos y nos siguiéramos culpando entre nosotros, cuando eso les facilitaba la tarea a los que nos tenían presos. Eso, que parece cómico, me tiene muy marcado en lo profundo. Hay que avanzar en buscar la unidad y no las diferencias, porque mientras con la unidad y las coincidencias se avanza, con las diferencias se corre el riesgo de empantanarse.



Era posible cometer errores y los cometimos, pero tengo grabado lo que Jorge Arrate ha dicho en una frase: “Podemos cometer errores, pero no horrores”. En esto hay un antecedente que quiero revindicar. Después del golpe muchos dirigentes fueron detenidos en distintas condiciones. A muchos se nos acusó de corrupción. Que éramos corruptos, gente que había cometido peculado, que habíamos violado los derechos humanos. ¿Cuál es el resultado? No hay ningún dirigente de la Unidad Popular –y fueron muchos los que estuvieron presos– que haya sido condenado o procesado por peculado o por violaciones a los derechos humanos. Es decir, podemos haber cometido errores, pero las manos las tenemos limpias y la conciencia también y eso hay que valorarlo.



Por último, quisiera señalar otro aspecto: el rol de los jóvenes durante el proceso de la Unidad Popular y en el ambiente que se vivía. Hubo conflictos entre ellos, teníamos distintas opciones, pero rescato que se identificaban con un proyecto. Unos y otros se sentían identificados y participaban. En el caso de los estudiantes, por ejemplo. Durante la Unidad Popular se presentó un hecho inédito en la historia de Chile: por primera vez había estudiantes que salían a defender al Gobierno y al Ministro de Educación. Había jóvenes, partidarios del Gobierno, para los que ser revolucionario era ir a clases, cuando se pretendía hacer una huelga. Es decir, era como el mundo al revés. Ser revolucionario era ir a clases; ser revolucionario era desalojar los colegios que los otros se tomaban; ser revolucionario era defender esos colegios; era defender al Gobierno, defender a su Ministerio[15]. Lo sentían como de ellos. Podemos haber cometidos errores, unos y otros, pero ojalá volviéramos a tener una juventud que se identificara con proyectos de futuro. Que avanzara en estos procesos que se interrumpieron y que tienen, junto con los errores, aspectos también muy positivos que es conveniente destacar.

1 Candidato a senador por el Partido Radical, en la Cuarta Agrupación Provincial de Santiago, resultando tercero en la lista de la Unidad Popular, tras Carlos Altamirano y Volodia Teitelboim, que resultaron electos.

2 Anteriormente, durante el año 1972, había sido Ministro de Educación.

3 Ver presentación de Luis Maira, pp. 175-190.

4 En la Junta Nacional de la Democracia Cristiana, del mes de mayo, el sector encabezado por Renán Fuentealba es desplazado de la dirección, asumiendo como Presidente Patricio Aylwin, del sector más ‘duro’ frente al Gobierno, liderado por Eduardo Frei Montalva.

5 La huelga de los mineros de El Teniente se inicia el 19 de abril de 1973 y se extiende hasta fines de junio.

6 Las acusaciones constitucionales formaban parte de una estrategia de obstrucción a la acción del Gobierno, que venía impulsando la oposición, con intensidad, desde fines de 1971. Esto obligaba al Gobierno a rotar sus ministros.

7 El 30 de junio, el principal dirigente de Patria y Libertad, el abogado Pablo Rodríguez Grez, junto a otros líderes del movimiento, se asila en la embajada del Ecuador, admitiendo que ha participado del levantamiento.

8 José Tohá había dejado el Ministerio de Defensa el 9 de agosto, cuando asumió, en su reemplazo, el General Prats.

9 Recordemos que el llamado a plebiscito no llegó a materializarse, ya que su anuncio estaba previsto para los días en que ocurrió el golpe militar.

10 La ENU, Escuela Nacional Unificada, fue una propuesta de reforma educativa que no llegó a concretarse, pero que despertó gran revuelo político al ser presentada, para su discusión, en los primeros meses de 1973. Al respecto, ver presentación de Gonzalo D. Martner, pp. 70-82.

11Canal 7 era la señal de Televisión Nacional de Chile, estación pública en la que el Gobierno tenía mayor incidencia. Canal 13, en cambio, era la señal televisiva de la Universidad Católica, más cercana a la oposición.

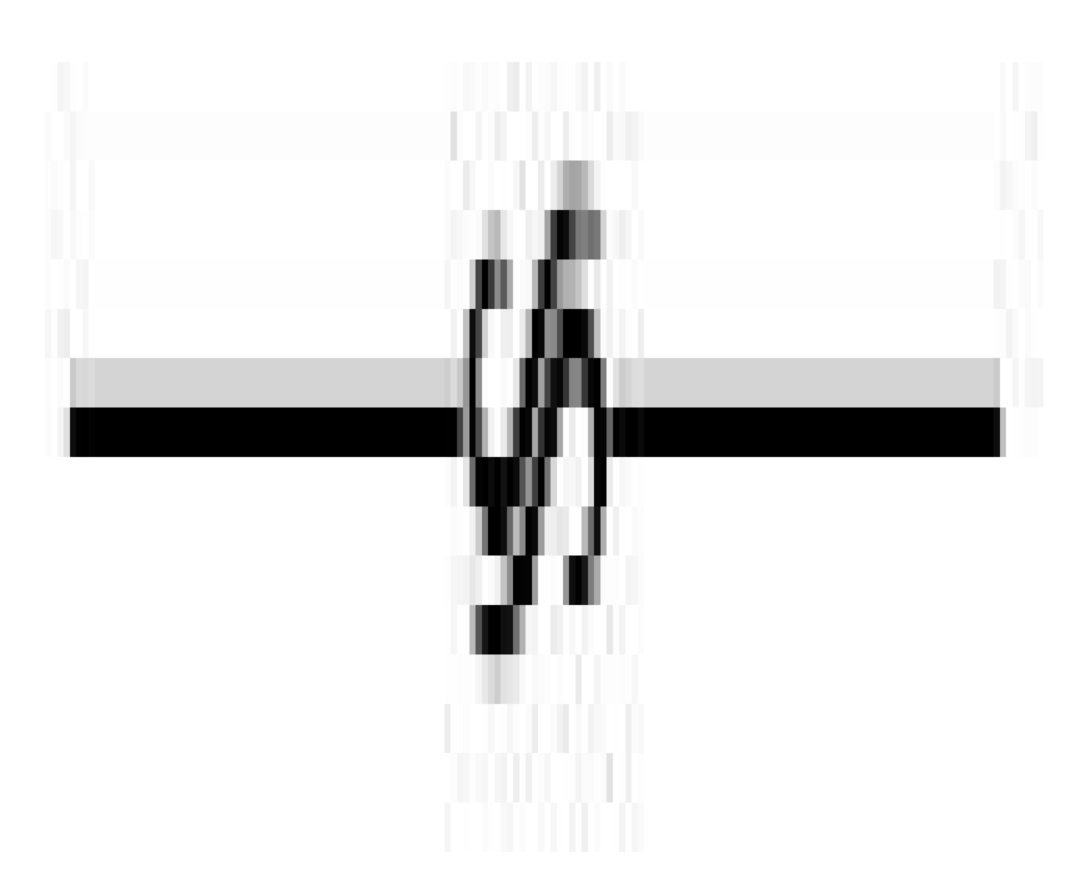
12 En referencia a Augusto Pinochet.

13 Al respecto, ver presentación de Luis Maira, pp. 175-190.

14 En la isla Dawson, ubicada en el Estrecho de Magallanes, en el extremo sur de Chile, se mantuvo prisioneros a aproximadamente 400 exdirigentes y partidarios de la Unidad Popular, sometidos a un duro régimen de vida y trabajo, durante los años 1973 y 1974.

15 Respecto del movimiento estudiantil que se confrontaba a las estrategias de la oposición, que buscaban paralizar la educación, ver presentación de Gonzalo D. Martner, pp. 70-82.

PRESENTACIÓN DE JORGE ARRATE



El tiempo de lo que se ha llamado ‘los mil días de Allende’, fue un tiempo extraordinario. Digo extraordinario, no solo en el sentido positivo, que mi subjetividad recobra de aquel tiempo, sino extraordinario en el sentido de que no eran tiempos corrientes, no era un tiempo cualquiera. No era –como bien decía Luis Maira[1]– un tiempo “normal”. Por lo tanto, no es posible examinarlo aplicando –y esto lo digo particularmente para los más jóvenes– instrumentos de análisis que corresponden a tiempos corrientes, a tiempos donde las aguas están tranquilas. Porque nada más contrario a la idea de ‘aguas tranquilas’ que el tiempo que la Unidad Popular tuvo en el siglo XX de la historia de Chile.

Los tiempos extraordinarios significan también protagonistas extraordinarios y se establecen entre ambos relaciones recíprocas, dialécticas, que se alimentan. Sin duda, el extraordinario protagonista de este tiempo, no en el sentido de la apología, sino también de sus características singulares, fue el Presidente Allende. En un discurso muy bonito, que está, me parece, en varias de las películas que se han rescatado de aquel tiempo, en el discurso de despedida de Fidel Castro en el Estadio Nacional, en diciembre del año 71, hay una parte donde él dice con mucha fuerza –hasta, diría yo con una nota de una cierta rabia– lo siguiente: “Yo no soy un apóstol, yo no soy un redentor social, yo no soy un mártir. Yo soy un luchador, simplemente un luchador, que está tratando de defender los derechos de su pueblo”[2].

¿Por qué cito esto? Porque era un ser humano y los seres humanos por extraordinarios que sean y particularmente en tiempos extraordinarios, no siempre aciertan, también comenten errores, también tienen dudas, también tienen vacilaciones. Y Allende, sin duda, los cometió y las tuvo. Desde ya, en uno de sus discursos, pocos minutos antes de morir, dijo: “Otros hombres superarán este momento gris y amargo en que la traición se impone”[3]. Cuando debiera haber dicho “otros hombres y otras mujeres”, y si hubiera dicho eso, no estaríamos solo los cinco que estamos aquí en esta mesa, en esta noche. Pero él era heredero, también, de la ideología, de la utopía, de la maravilla de los 60, que era la idea del ‘hombre nuevo’, que ha sido citada aquí[4]. Cuando debiera haber sido del ‘hombre y la mujer nueva’ o de la ‘persona nueva’. Pero, bueno, ha

pasado mucha agua bajo los puentes y lo único que podemos hacer hoy día es ser solidarios con Allende y hacernos todos una autocrítica.

En ese tiempo extraordinario, el momento culminante fueron esos últimos seis meses que se nos ha invitado a comentar y yo voy a tratar de concentrarme allí. Básicamente, examinando cómo se dieron las opciones, las posibilidades de que, en ese tiempo, este complejísimo proceso que encabezaba Salvador Allende hubiera tenido otro curso que el que finalmente tuvo.

Allende, hay que decirlo, era extraordinario porque él era un revolucionario y lo decía. Algunos lo calificaban de reformista. Yo he dicho que era un 'reformador revolucionario', porque creía que una acumulación de reformas radicales, realizadas de manera más o menos simultánea, conducían a un estado cualitativo diverso y, por lo tanto, lo que se generaba era una revolución. Pero, además de ser revolucionario, que tiene un aspecto de agitación, de crítica, de castigo, de fustigar a un determinado orden –el existente–, Allende tuvo la característica de ser de esos revolucionarios que aspiran a construir otro orden. Pero eso es tan complejo como llegar al momento climático de la revolución; pensemos en la toma del Palacio de Invierno o en la toma de La Habana por los guerrilleros de la sierra, momentos en que la revolución se instala. Allende era un revolucionario en un sentido pleno. Quería también construir, era un constructor, deconstruía el orden preexisistente para construir, al mismo tiempo, un orden distinto, lo que hacía incluso más complejo el problema. Porque no es tan difícil –aunque es complicado, lleva muchas dificultades– ser revolucionario cuando se denuncia el estado de orden de las cosas, el estado existente, pero es mucho más difícil cuando, además, lo que se quiere es cambiar su signo y construir un nuevo orden.

¿Qué quiero decir con esto?

Allende trabajó siempre en el terreno del riesgo. Esto es extraordinario, particularmente, en un país en que durante 25 años lo que hemos –primera

persona del plural– hecho en la política es movernos siempre en el terreno firme, sólido, donde no hay resbalones, donde no hay bordes, donde no hay acantilados. Allende se movía en esos límites y allí es donde él desplegaba esa característica impresionante, de político-maestro, que tenía, y que lo llevó a ser reconocido por sus compañeros y también por sus adversarios.

Este líder de este proceso revolucionario, enfrentaba grandes enemigos, uno –ya lo hemos identificado en las palabras de Luis Maira– era la política hegemónica de los Estados Unidos, de sus aparatos de inteligencia, de sus grandes empresas transnacionales, que llamábamos –y deberíamos seguir llamando– imperialismo. Lo que pasa es que la palabra ya hoy día ha sido dejada de lado, pero yo creo que pronto va a recuperar, a lo mejor, su pleno sentido.

Estados Unidos vio en Allende un riesgo desde la elección de 1964. El 52 y el 58 Allende aparecía más como un heredero del Frente Popular, una imagen frente-populista, un descendiente de (Pedro) Aguirre Cerda. En cambio, a partir del 64, ya con Revolución cubana –el 1º de enero de 1959– eso cambiaba tanto el programa de Allende, su propia perspectiva, como particularmente la perspectiva estratégica de los norteamericanos respecto a América Latina. Por lo tanto, fue identificado como un adversario y la CIA intervino en la elección de 1964, y Allende –en 1970– fue objeto de un golpe antes de asumir como Presidente.

El ‘track one’ era el fracaso de una maniobra parlamentaria en que le pedían a los congresistas que votaran por (Jorge) Alessandri, que era la segunda mayoría –había segunda vuelta parlamentaria en esa época– y luego, Alessandri renunciado, se presentaba Eduardo Frei y era electo Presidente. Esto no lo aceptó ni Alessandri ni tampoco Frei. Entonces, se aplicó el ‘track two’, que terminó en el asesinato del General Schneider, Comandante en Jefe del Ejército, el mes de octubre del año 70. Es decir, se dio un intento de golpe para evitar que Allende asumiera[5].

En consecuencia, este gran adversario existió desde antes y desde siempre

durante esos mil días. Orlando Letelier –como recordaba Lucho (Maira)– era embajador en Estados Unidos, éramos muy buenos amigos, lo fuimos hasta que fue asesinado en septiembre del 76 en Washington, por la dictadura. Cuando él viajaba a Chile –recuerdo– Allende nos convocaba a su casa en Tomás Moro, no en La Moneda; a veces estaba José Tohá, que era Ministro del Interior en ese primer tiempo, y Orlando siempre decía: "Mira, hablé con Kissinger. ¡Un dólar, un dólar! Es lo que piden que paguemos, pero tenemos que hacer el signo de pagar un dólar"[6]. Yo tenía 30 años o 31 y decía: "Ni medio dólar, ni medio dólar". Y la verdad, más allá de que hoy día adscribo a la flexibilidad y moderación de Orlando Letelier, sigo sosteniendo que yo tenía razón. El tema no era pagar un dólar, el tema era lo que significaba, en América Latina, un gobierno de signo socialista, con un Presidente declaradamente marxista, después de la Revolución cubana.

Teníamos también un adversario potencial, identificado pero potencial, porque sabíamos poco de él, que eran las Fuerzas Armadas. Los socialistas sabíamos más, porque habíamos sido fundados por un Comodoro del Aire, el Coronel Marmaduke Grove Vallejos[7], y los socialistas habían tenido una relación como interesante con sectores de la Fuerzas Armadas durante su historia. Gente como (Raúl) Ampuero, como el propio Clodomiro Almeyda[8], veían ahí un gran tema, respecto del cual uno no podía permanecer indiferente, ni creer estrictamente en esta teoría de la neutralidad. Este fue un factor decisivo en el curso de los estrechos caminos que podían encontrarse en esta ciudad donde, como diría Benjamin, "andábamos perdidos"[9]. Lo que pasa es que Benjamin también decía: "Hay que saber perderse en las grandes ciudades", en que uno se mete en estrechos callejones y, de repente, sigue el camino y vuelve al punto en que estaba, o sale por la izquierda, cuando en realidad quería ir a la derecha, son laberintos. El proceso de construcción de un nuevo orden, como intentó Allende, era un laberinto, donde no había mapa, no había cartografía, era una tentativa original y única, como lo son todos los procesos de este tipo, con sus propias y específicas características. Por lo tanto, eso le daba complejidad y muchas posibilidades de equivocarse y la posibilidad de corregir, aunque a veces ya era imposible dar el paso atrás.

El protagonista de este tema de las Fuerza Armadas, del factor militar, en el

proceso de la Vía Chilena al Socialismo, fue el General Carlos Prats, una gran persona, un gran militar. Un hombre de una calidad humana extraordinaria, que tuvo un destino muy parecido al de Orlando Letelier; la diferencia es que Carlos Prats fue asesinado dos años antes en septiembre –siempre septiembre– de 1974, en la calle Malabia, de Buenos Aires, junto con su esposa, doña Sofía Cuthbert, la madre de Sofía Prats a quien encontré saliendo de este seminario hace un rato. Carlos Prats para mí representaba, en sí mismo, una contradicción entre sus convicciones profundamente democráticas, entre una cierta cercanía que se fue generando entre él y los miembros del Gobierno –desde ya con el Presidente Allende– y su adhesión a lo que es la identidad institucional. Él era un miembro del Ejército y tenía una fuerte lealtad al Ejército. Y su renuncia, pocas semanas antes del golpe, es porque la derecha sistemáticamente golpea en ese nervio. Van a la casa del General Prats, las mujeres de los otros generales, y le tiran maíz en el jardín de la casa, diciéndole que era una 'gallina'. El General Prats va quedando aislado y esa contradicción lo lleva a él a decir: "Mire, yo no quiero participar en la división, en el enfrentamiento de mi propia institución".

Anteriormente ha ocurrido el 'tancazo', que es el levantamiento del regimiento de tanques de Santiago, el 29 de junio de 1973, encabezado por el Coronel Souper[10]. El 'tancazo' fue un acontecimiento extraordinario. Yo bajaba esa mañana, en el auto con chofer que tenía, sentado adelante –porque en esa época nos sentábamos en el asiento de adelante, muchos años después, de repente, nos pasamos para el asiento de atrás, pero en esa época uno se sentaba en el de adelante– venía yo de Ñuñoa y bajaba por lo que es hoy día Santa Isabel, pero que tenía sentido doble. Cuando voy bajando, veo que sube una avalancha de automóviles y empiezan a ocupar las pistas de bajada y uno de esos abre una ventana y dice: "Devuélvase, se están matando". Y yo le digo al chofer: "Devuélvase, vámonos a Tomás Moro". Y me voy a la casa de Allende, y ahí estaba Allende, Joan Garcés, estaba José Tohá, estaba Jaime Gazmuri, estaba Bosco Parra[11]. Y fui testigo de ese momento, cuando Allende nos dice: "Cada uno váyase a su lugar de trabajo. Yo me voy a ir a La Moneda y usted, José, váyase inmediatamente a la base aérea de El Bosque[12] y póngala en acción contra los subversivos".

Pero el 'tancazo' termina de una forma que –según le oí yo al propio Allende

comentarlo– no fue de lo más favorable. El General Prats, con el valor y coraje que tenía, se acercó al tanque de Souper, le golpeó como quien golpea la puerta y le dijo: “Coronel, soy el Comandante en Jefe del Ejército, ríndase”. Y Souper, que era un militar, frente a su Comandante en Jefe –Aníbal (Palma) ya ha dicho aquí que el Comandante en Jefe manda, como sea– abrió la parte de arriba del tanque, salió y se rindió. Recuerdo que hubo una gran manifestación frente a La Moneda, en que todos –yo incluido, que era un alto funcionario de Gobierno– gritaban una consigna que era: “A cerrar, a cerrar el Congreso Nacional”. Y Allende dijo: “No, no voy a cerrar yo el Congreso”. Después fui a La Moneda –donde yo había trabajado los primeros seis meses, tenía pase por la calle Morandé– y recuerdo que me dijo: “Qué lástima que no hayan intercambiado a lo menos un par de disparos”. Porque otro cuento habría sido si se producía un quiebre. La apuesta que la Unidad Popular y la izquierda podrían haber jugado era, precisamente –no a juntar pequeños fierros y a enseñarle a tirar al blanco a unos cuantos compañeros, por razonable que eso fuera; por lo demás, todos andábamos armados, yo tenía mi propia pistola con permiso y ese día del ‘tancazo’ Bosco Parra tenía una que era casi más grande que él–, la posibilidad de un quiebre interno en las Fuerzas Armadas.

De lo que se trataba era de generar una fuerza, que era la fuerza social, que la teníamos, y la fuerza política de nuestros partidos. En las elecciones de marzo llegamos al 44 por ciento; ningún gobierno, sin pasta de dientes, sin papel ‘confort’, con chancho chino –que lo desprestigiaban mucho porque era un cerdo enlatado que se había importado de China–, ningún gobierno en esas condiciones había subido ocho puntos, ni siquiera, en excelentes condiciones, había subido un punto. Este fue el único Gobierno que, en esas condiciones, subió ocho puntos en las elecciones parlamentarias.

Tengo que terminar. Creo que la cuestión militar fue una cuestión decisiva, porque se trataba de juntar las fuerzas sociales y de tener nuestros propios cuadros. En los partidos Socialista, Comunista, MIR, se empezaron a formar sus propios cuadros. Están las declaraciones de Carlos Altamirano, de Luis Corvalán. Naturalmente el MIR y también el MAPU y la Izquierda Cristiana, tenían estos cuadros y supongo que el Partido Radical, que también estuvo a punto de declararse marxista-leninista en ese momento. Y un sector muy

importante de las Fuerzas Armadas, que a mi juicio existía. Son decenas, centenas de militares y carabineros que cayeron presos, que fueron asesinados, que fueron exiliados, que fueron torturados y que estaban dispuestos a trabajar en la dirección de hacer a Chile un país democrático y justo. Entonces, la política militar de Allende no era tan equivocada.

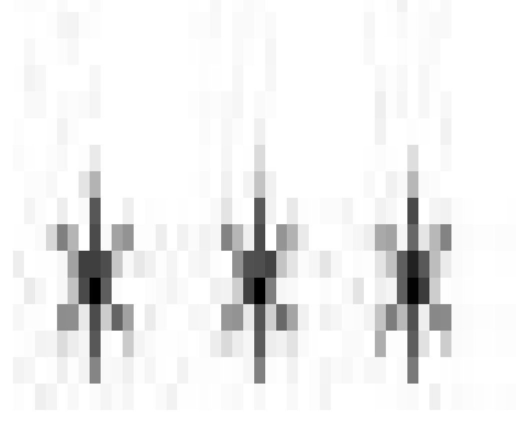
Con esto termino. Creo que hay que preguntarse por las posibilidades que en ese momento existían.

Había una primera posibilidad, que era la negociación con la Democracia Cristiana, que, en realidad, tuvo la dificultad del planteamiento que hizo Patricio Aylwin en esa reunión y que fue que se designara un gabinete de Fuerzas Armadas, y que ese gabinete pudiera designar funcionarios intermedios. O sea, era entregarles el Gobierno a las Fuerzas Armadas y dejar a Allende como la Reina Isabel. ¡Era eso! Era completamente inaceptable. La segunda posibilidad era el plebiscito, que el Presidente finalmente se decidió a hacer, porque el plebiscito había estado dando bote bastante tiempo antes. Y, en tercer lugar, existía la posibilidad de ejercer las facultades constitucionales para cambiar los mandos de las Fuerzas Armadas. La pregunta que uno tiene que hacerse es: ¿Cuáles son las dificultades que hubo en cada uno de estos caminos? Yo sé menos de este último, pero sí sé que en su consideración, Allende pensaba que hacer un cambio en los altos oficiales de las Fuerzas Armadas, utilizando facultades legales, podía adelantar un intento golpista.

Ahí estamos, en los callejones de la gran ciudad; perdidos porque no sabíamos –no lo sabía Allende tampoco– exactamente cuál era el derrotero, tenía que inventarlo en la medida en que el tiempo transcurría.

Notas del debate

No creo que podamos seguir interpretando lo que ocurrió en Chile, en los mil días de Allende, sobre la base de la idea que había dos demonios. Un demonio que estaba en la izquierda, que era la ultra, y otro demonio escondido en la derecha, que era Patria y Libertad, y que los demás podían haber sido paz y amor y tranquilidad, no. El proceso chileno era un proceso de enfrentamiento social, de enfrentamiento de clase y era un proceso de enfrentamiento, también, con el imperialismo norteamericano. Eso era y esos procesos son complicados, son desordenados. Yo no conozco en la historia ningún proceso revolucionario –por más singular que haya sido este– donde todo haya sido súper ordenado. Este no es un puzle con piezas que calzan exactamente, una y la otra. No existen revoluciones así. Si ustedes examinan la mexicana de 1910; para qué decir la francesa, que es la abuela de todas las revoluciones; o la rusa, del 17… Los procesos revolucionarios llegan a ese punto acarreando sus limitaciones. Y yo creo que la izquierda en Chile tenía limitaciones muy importantes para llevar adelante el proyecto allendista, que toda la izquierda abrazó.



Había aquí una asincronía, una asimetría, entre el instrumento, que eran nuestros partidos, y lo que era el proyecto de Allende. Por ejemplo, el proyecto de Allende era sin dictadura del proletariado y el partido más próximo a Allende, tácticamente, en sus opciones políticas, fue el Partido Comunista que sí sostenía la dictadura del proletariado (Interrupción de Jaime Insunza: "Hasta el año 1964, que se sacó del programa"). Es primera vez que lo escucho, Jaime, y yo he leído harto (Jaime Insunza: "Es súper fácil, es cosa de leerlo"). Por lo demás, si fue así, la gente no lo sabe. (Jaime Insunza: "Ah, puede que no lo sepan"). Incluso yo, que he escrito sobre este tema, lo he discutido con Corvalán, así es que Corvalán me habría dicho (Jaime Insunza: "Eres muy fresco…"). No, no soy fresco, sino que te pido que me cites una fuente escrita, en los libros de historia de la izquierda, donde diga que el año 64 se suprimió… Eso fue lo que hizo Marchais en Francia en los años 70[13] (Jaime Insunza: "Se suprimió, pero, bueno, esa no es la discusión principal"). No, pero tú me interrumpiste y dijiste algo que me parece que es inexacto, simplemente. Yo soy súper amigo de los comunistas –como tú sabes– pero al pan, pan y al vino, vino.

Y los socialistas… ¿Por qué le piden al Partido Socialista que fuera un instrumento acerado, monolítico? Si el Partido Socialista por definición era un partido hormonal, un partido donde convergieron grupos distintos. La gracia que tenía, lo que aportó al desarrollo de la izquierda chilena, es que era un partido heterogéneo. Era un partido distinto y (Carlos) Altamirano dirigía ese partido distinto y Allende había surgido de ese partido raro; de ese partido, en cierto sentido movimiento, que tenía hasta un grupo que quería hacerlo centralista-democrático y marxistaleninista, cosa que nunca había sido. Porque sus orígenes estaban más bien en el anarquismo y en el trotskismo, esa es la realidad. El Partido Socialista tuvo dificultades, como tuvieron también el Partido Comunista y tuvieron los otros. Sí, imagínense, que el MAPU se dividió. Todos tenían dificultades para emprender este camino, todos acarreaban una carga para poder emprender este camino y Allende lo que hacía era tratar de equilibrar esa carga. Así era y eso era lo que teníamos.

Y Altamirano que –nos recordaba Jaime Insunza[14]– dijo la frase: "No se para el

golpe con el diálogo". Yo creo que esa frase yo la firmo 'al tiro', hoy día. No se para un golpe, no se para con diálogo. Un golpe podía pararse o con una cosa al interior de las Fuerzas Armadas, que neutralizara a los golpistas, o podía pararse con una decisión presidencial, que sacara a los altos mandos de las Fuerzas Armadas. Con diálogo no podía pararse y eso a mí me parece razonable.

Más allá de eso, yo he sido muy autocrítico con la Unidad Popular. Muy autocrítico, en este sentido. Pero no creo que la gran responsabilidad esté en estos dos demonios, que circulaban alrededor de toda esta masa de gente, que podía ponerse fácilmente de acuerdo. No. Unos eran obreros y otros eran empresarios. Unos eran empresas transnacionales y los otros éramos chilenos, entonces no era tan fácil.

1 Ver presentación de Luis Maira, pp. 175-190.

2 Discurso pronunciado el 4 de diciembre de 1971, en el que Salvador Allende textualmente afirma: "Yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de Mesías, no tengo condiciones de mártir, soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado".

3 Se trata de la quinta y última alocución del Presidente Allende el 11 de septiembre de 1973, pronunciada a las 9.10 de la mañana. La frase exacta es: "Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse".

4 Por Aníbal Palma, en relación al proyecto de la ENU. Ver su presentación, pp. 191-200.

5 Las propias agencias de inteligencia norteamericanas introdujeron la denominación de 'track one' y 'track two' (pista o vía uno y dos) para referirse a estas dos estrategias.

6 En referencia a que el Estado de Chile, finalmente, no había pagado nada por la nacionalización de empresas norteamericanas, en virtud de la llamada 'doctrina Allende', que descontaba las utilidades excesivas del monto a indemnizar.

7 M. Grove participa del proceso de unificación de varios grupos socialistas, que da origen al Partido Socialista de Chile, a inicios de los años treinta.

8 Ambos, importantes dirigentes del Partido Socialista.

9 Walter Benjamin, filósofo, crítico literario y pensador alemán, cercano a la corriente de pensamiento conocida como la Escuela de Frankfurt. A fines de los años 20 publicó, entre otras obras, el Libro de los pasajes.

10 Teniente coronel Roberto Souper Onfray. En la investigación que se sigue por la muerte de Víctor Jara, fue declarado cómplice de su asesinato.

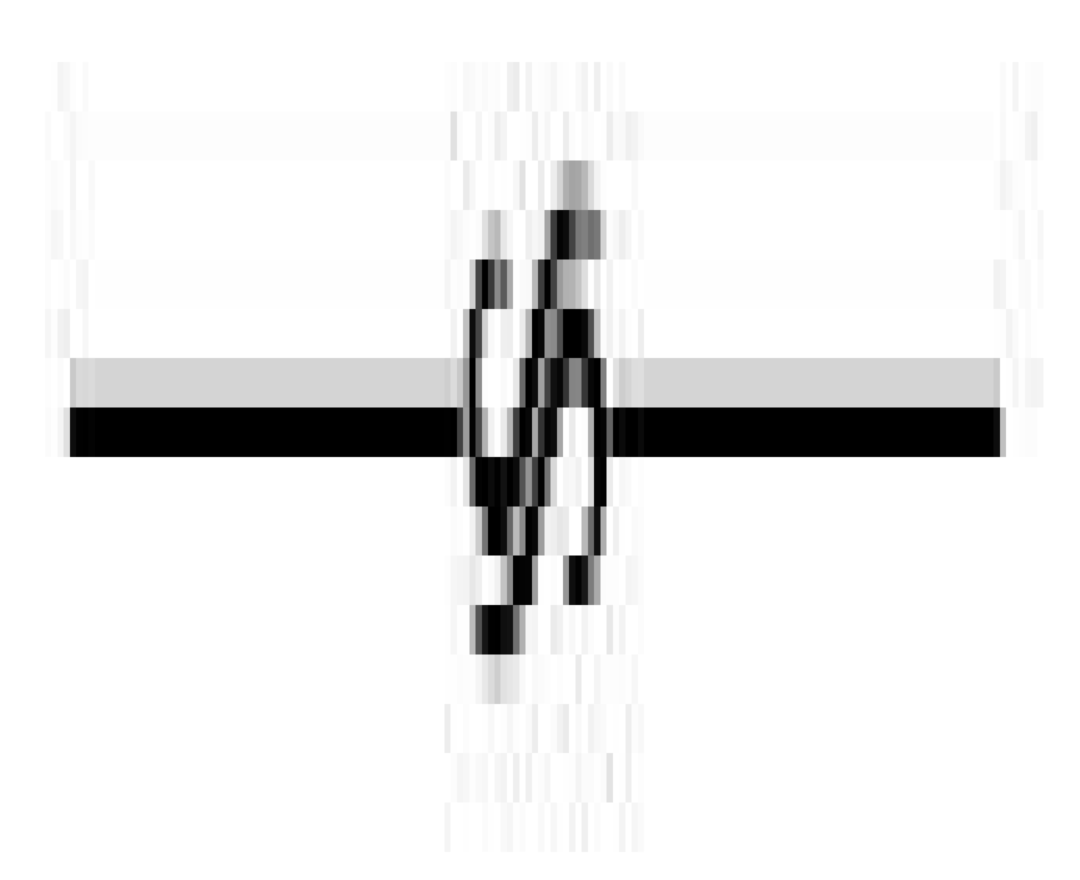
11 Asesor directo de Salvador Allende, Ministro de Defensa, Secretario General del MAPUOC y Secretario General de la Izquierda Cristiana, respectivamente.

12 Principal base de la Fuerza Aérea en Santiago.

13 Georges Marchais fue Secretario General del Partido Comunista de Francia desde 1972, por más de veinte años: hasta 1993.

14 Ver presentación de Jaime Insunza, pp. 213-221.

PRESENTACIÓN DE JAIME INSUNZA



Lo cierto es que después de las intervenciones anteriores uno tiene que volver a pensar lo que va a decir. Yo voy a tocar dos temas básicamente, cambiando un poco la propuesta que traía.

¿Qué hacíamos los jóvenes en ese momento?

Como aquí se ha dicho, yo era miembro de la dirección de las Juventudes Comunistas en ese periodo y, por tanto, algo puedo decir al respecto. Lo primero que quiero destacar es que los jóvenes, en todo el periodo que va desde el 65 al 73, tuvieron una impresionante incorporación al campo de la política. Yo diría incluso –siguiendo un poco lo que decía Jorge (Arrate)[1], que una de las cuestiones que llama la atención, en esa gigantesca incorporación de los jóvenes a la actividad política, es la incorporación de lo que en esos tiempos llamábamos 'la muchacha', las mujeres jóvenes, que efectivamente se incorporaron de manera muy activa.

Quiero decirlo e ilustrarlo en una frase: las Juventudes Comunistas tenían, en 1965, 5.000 militantes en todo el país. En 1973, llegaron a tener 120.000 militantes en todo el país. Dirigíamos las federaciones estudiantiles, la FECH, la FEUT[2], Valparaíso; en Concepción gobernaba el MIR, en fin. Estamos hablando de ocho universidades en Chile, en ese momento, con sus sedes regionales, pero eran solo ocho universidades. Existía una gran federación de estudiantes secundarios[3]. Un movimiento juvenil poblacional, que participaba activamente en las tomas, en las juntas de vecinos. Un asiduo desarrollo de los centros culturales e, incluso, un fenómeno –nuevo para la izquierda– como fue el incorporarse al mundo del deporte, de los clubes deportivos. Que, entre otras cosas, significó, como probablemente algunos saben, que personajes reconocidos en ese momento, como (Carlos) Caszely, como (Leonardo) Véliz, como (Guillermo) Páez –todos jugadores de Colo-Colo, o de otros equipos[4]– empezaron a opinar políticamente. Eso era trabajo de los jóvenes de la Unidad Popular, eran reuniones que Carlos Lorca, que Gladys (Marín)[5] tenían con ellos

y les trataban de explicar cómo incorporarse.

Los jóvenes marchamos dos veces de Valparaíso a Santiago para solidarizar con Vietnam y eran miles de jóvenes los que marchamos y entendíamos que esas eran tareas y responsabilidades de todos[6]. De hecho la Democracia Cristiana participó en esas marchas, por ejemplo; yo soy un convencido que en esas marchas está parte del origen del MAPU, parte del origen de la Izquierda Cristiana. No estoy diciendo que no haya sido un proceso propio de esos partidos, sino que esta relación que se dio a nivel juvenil influyó, porque no fue solo en relación con Vietnam, sino también, por ejemplo, en el impulso de la Reforma Agraria. Nosotros hacíamos trabajos voluntarios para fomentar la Reforma Agraria; hacíamos trabajos voluntarios para ganar la 'batalla de la producción'; hacíamos trabajos voluntarios para construir el 'dren' de Cabildo, que era una gran obra de ingeniería destinada a generar agua para elevar la producción agrícola de esa zona[7]; en fin. Quiero decir, que los jóvenes fuimos absolutamente parte de este proceso, tanto en su origen como en su desarrollo.

En este período yo estaba saliendo de la Universidad y me tocó trabajar particularmente en el campo de la cultura. Quilapayún, Inti Illimani, Víctor Jara, Violeta Parra, etcétera, eran parte de los grupos y personas con las que me correspondía trabajar todos los días, organizando actividades en distintas partes, como encargado nacional de Cultura de la Juventud Comunista. Me tocó, también, preparar la delegación chilena al festival mundial de la juventudes democráticas, que se hizo a fines de agosto, comienzos de septiembre del 1973, en Berlín, al que asistió una amplísima delegación de la juventud chilena. Fue el comienzo de la gran solidaridad internacional con Chile, una vez que se produce el golpe. Nosotros regresamos de Berlín el mismo día de la gran marcha del 4 de septiembre, y el golpe se produjo una semana después. Lo que quiero destacar –no solo desde el punto de vista de la participación– es la importancia que tuvo el movimiento juvenil tanto en la victoria popular, como también en todo el periodo que va del año 1970 al 1973.

Había un campo de acción política o de entendimiento político, que en el caso

juvenil fue muchas veces, durante un periodo sobre todo, mucho más flexible, mucho más amplio que lo que se daba entre los partidos. Con Enrique Correa, que era Presidente de la Juventud Demócrata Cristiana en ese momento, o con Rodrigo Ambrosio, trabajábamos todos los días y entendíamos que teníamos un campo común, que era efectivamente hacer las transformaciones que este país requería[8].

La ruptura que se produce en el último periodo, hacia 1973, este antagonismo tan agudo que se produce en la sociedad chilena, también va a afectar a la juventud. En la elección de la FECH del año 1972, participó el 95 por ciento de los estudiantes de la Universidad de Chile[9]. Eso no sucedió nunca antes y no ha sucedido nunca después. La lista de la izquierda, de la Unidad Popular, sacó once mil y tantos votos y la lista de la Democracia Cristiana, que tenía en ese momento el apoyo de la derecha, sacó también once mil y tantos votos. La diferencia fue de alrededor de 500 votos y en la Universidad de Chile, en ese momento, había 24.000 estudiantes. Pongo este caso porque efectivamente muestra, por un lado, los niveles de participación y, por otro, el nivel de conflicto. De hecho la Feses se dividió: la Feses de (Camilo) Escalona y la Feses de Miguel Salazar y de Andrés Allamand[10], que se había matriculado en el Liceo Lastarria para poder ser dirigente de la Feses. Lo que quiero es que nos hagamos una imagen de lo que se vivía en ese momento en todos los ámbitos de la sociedad.

¿En qué estábamos nosotros? Nosotros estábamos, efectivamente, tratando de ayudar al gobierno popular, en todas las tareas que podíamos aportar, principalmente desde el punto de vista de lo que eran las tareas centrales, la batalla de la producción o el desarrollo de la organización social, etcétera. Pero, al mismo tiempo, el fenómeno de la preparación del golpe también intervino el campo juvenil de una manera activa. Es decir, la pelea no era solo en el Parlamento, no, la pelea era en todos los espacios de la sociedad chilena, en todos, absolutamente en todos.

Creo que ese es un tema que vale tener en cuenta, al momento de reconstruir el

orden de las cosas y decir “viene la elección de marzo y luego vino esto y lo otro”. Yo creo que, efectivamente, ese –marzo de 1973– fue el mejor momento del gobierno popular. Pienso que el Gobierno sintió que se abría una posibilidad más tranquila, por decirlo de alguna manera, para poder llevar a cabo su Programa. Pero no. La reacción comenzó en el mismo mes de abril con una ofensiva que –como bien lo explicaba Lucho Maira[11]– ya era parte de un plan previsto, pre-planificado. Porque el General Prats –recordaba Jorge Arrate– le presentó su renuncia al Presidente Allende por primera vez el 27 de junio, dos días antes del ‘tancazo’ y el Presidente le dijo no. Pero, entre otras cosas, efectivamente, en la Unidad Popular no había una opinión única sobre los militares. Había sectores de la UP a los que no les gustaba que los militares fueran ministros e hicieron todos los esfuerzos para que salieran lo antes posible. La primera salida de los militares fue en abril, si no me equivoco, del 73, y vuelven a incorporarse, posteriormente, la segunda vez, en junio o algo por ahí[12].

En la fase final de 1973 hubo dos grandes temas en el campo de la política.

Uno, el tema de las alianzas. Voy a entender las alianzas no solo en el sentido de los acuerdos plenos, de los conglomerados, sino también en el sentido de que una política de alianzas –como dijo alguna vez, sino me equivoco, Lenin, las alianzas pueden ser de un día, de una semana, de un mes, de toda la vida– puede tener como fin, también, neutralizar sectores y no solo sumar sectores. Frente a eso hubo muchas diferencias en la Unidad Popular que están –desde mi perspectiva– relacionadas con la pregunta que se hacía anteriormente, ¿podía impedirse el golpe o no? Yo creo que sí podía impedirse el golpe. Pero eso implicaba, efectivamente, una política de alianzas distinta, que favoreciera el diálogo con la Democracia Cristiana y tratara de buscar acuerdos. No en los términos, obviamente, que lo planteó (Patricio) Aylwin en el diálogo convocado por Silva Henríquez, que era una posibilidad absolutamente imposible[13]. Yo creo que era posible, aunque sin duda la salida de (Renán) Fuentealba de la dirección de la DC complicó las cosas en ese sentido[14].

Pero al mismo tiempo, desde la política de alianzas, insisto, implicaba algo que

estuvo ausente y que el único que tal vez lo tenía más o menos claro, en ese sentido, era el Presidente Allende. Hablo de la relación con los militares como factor político, no como factor armado, como factor político. Yo creo que el Presidente Allende tuvo súper claro que ese era un tema que había que resolver adecuadamente. Hizo todos los esfuerzos en ese sentido, pero tampoco hubo en la Unidad Popular opinión única frente a ese tema. Efectivamente, había una opinión distinta del Partido Comunista respecto a la opinión de sectores importantes del PS, de sectores del MAPU. Acuérdense que el MAPU en ese momento se divide, entre el MAPU Garretón, que se oponía a cualquier acuerdo en ese sentido, y el MAPU Obrero Campesino, que tenía una posición más cercana a la del PC y que, en términos generales, favorecía ese tipo de relaciones con los militares[15]. Pienso que no se valoró adecuadamente al propio General Prats. Creo que Prats no es simplemente un militar institucional, creo que él compartía una parte significativa del Programa de la Unidad Popular. En varias conversaciones que se sostuvieron, él decía: “Ni un paso más allá”. El Programa de la UP, pero solo hasta el Programa de la UP. “No más allá y los que se quieran pasar de ahí, no”. Estoy absolutamente convencido que el Cardenal Silva Henríquez también compartía aspectos del Programa de la Unidad Popular y por eso hizo todo los gestos que hizo, en fin.

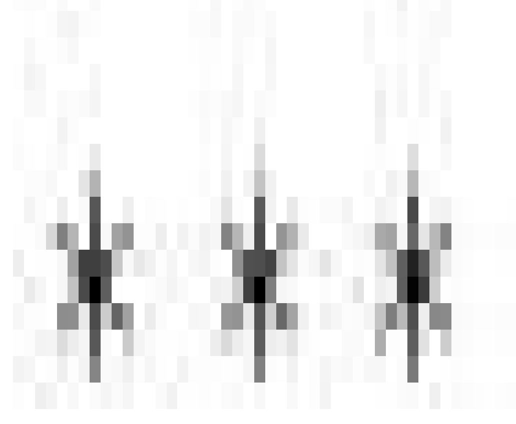
En tal sentido, creo que había posibilidades de evitar el golpe, pero exigía –como lo señaló Jorge Arrate– asumir que estábamos transitando un camino que no había transitado nadie y que por tanto no sabíamos bien cómo hacer las cosas. Maira ha dicho una cosa clave de la reunión con los norteamericanos. Para ellos el tema era: “Si en Chile triunfa el proyecto de la UP, esto es mundial y nosotros no estamos disponibles para eso”. Porque, en realidad, esta inédita experiencia chilena instalaba ante el mundo un proyecto de superación del capitalismo, no transitado, desde el desarrollo democrático, desde alianzas amplias, inclusivas, por la vía institucional, etcétera, etcétera. Que era, efectivamente, la política que había dado origen a la Unidad Popular, pero frente a la cual, durante el desarrollo del Gobierno, hubo sectores que quisieron ir más allá de lo que estaba preestablecido.

Cuando el Partido Comunista levantó la consigna de “No a la guerra civil”, en el entendido del “no al golpe”, en términos de tratar de intervenir en el terreno

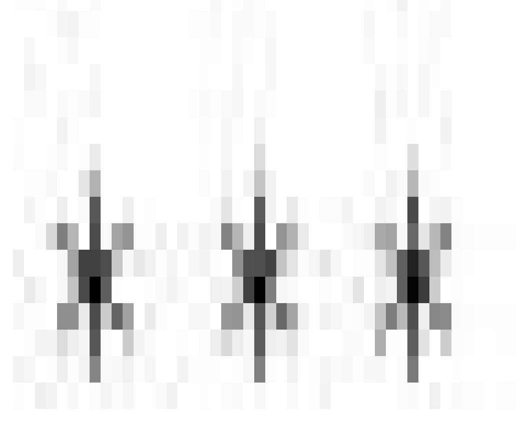
militar para impedir la guerra civil y, en ese sentido favorecer el diálogo, recuerdo una frase de (Carlos) Altamirano, que decía: “El golpe no se combate con diálogo”[16]. Cerrando con ello ciertos espacios. De hecho, la oposición al plebiscito vino preferentemente de esos sectores, como lo recordó hoy en la mañana Joan Garcés[17], siendo que era una propuesta que –como bien se ha dicho– el Presidente Allende había planteado varias semanas antes, con el fin de buscar una solución en ese sentido. Pero, bueno, esto es parte de la discusión.

Notas del debate

Comparto, básicamente, lo que ha dicho Lucho Maira al final respecto de la Vía Chilena al Socialismo. Es muy importante tener en cuenta que la derrota del gobierno popular fue eso, una derrota, no un fracaso. No es un tema tan simple porque, en definitiva, quienes plantean la tesis del fracaso, en el fondo lo hacen para justificar una cierta profecía autocumplida. Es decir, que esto habría fallado porque era imposible y no porque efectivamente –como todos hemos concordado aquí– hicimos cosas muy bien, otras no las hicimos tan bien y cometimos errores y tuvimos diferencias que fuimos incapaces de resolver.



El tema del diálogo no es con los militares, el diálogo era tratar de buscar formas de construir esta mayoría a la que todos se han referido y que, efectivamente, (Radomiro) Tomic planteó en algún minuto. Lamentablemente, un sector, que en ese momento era mayoritario en la Democracia Cristiana, incluido el propio Frei y, por cierto, Aylwin, se opuso a eso. Yo no estoy diciendo que toda la DC sea golpista, pero, por favor, la DC fue parte de la operación del golpe, apoyó el golpe; la carta a Mariano Rumor es más que decidora al respecto[18].



Frente a la idea del diálogo, frente a la idea de una solución que incorporara a la sociedad, que era la idea de Allende con el plebiscito, hubo también diferencias en la Unidad Popular y lamentablemente –a mí no me gusta que haya sido así– esas diferencias se concentraron en determinados partidos. No lo fueron en todos los partidos. No estoy diciendo, con esto, que el PC le apuntó a todo, no, si el PC también estaba súper perdido en la cosa militar, pero pese a eso seguía la política de Allende; pese a que a veces no captaba mucho lo que estaba pasando, porque sus relaciones con el mundo militar eran escasísimas.

1 Ver presentación de Jorge Arrate, pp. 201-212.

2 Las Federaciones de Estudiantes de la Universidad de Chile y de la Universidad Técnica, respectivamente.

3 Sobre la realidad de los estudiantes secundarios en 1973, ver presentación de Gonzalo Martner, pp. 70-82.

4 Los mencionados Caszely, Veliz y Páez eran jugadores del equipo de Colo-Colo, que fue entrenado por Luis Álamos a partir de febrero de 1972 y que llegó a su máxima popularidad en el año 1973, cuando en el mes de junio alcanza la final de la Copa Libertadores de América.

5 Dirigentes de la Juventud Socialista y de las Juventudes Comunistas, respectivamente.

6 En 1969, entre el 6 y el 11 de septiembre, las juventudes de izquierda efectúan una masiva “Marcha por Vietnam”, entre Valparaíso y Santiago.

7 Esta obra, el ‘dren’, consistía en la construcción de un canal subterráneo en la ciudad de Cabildo y su ejecución la asumió principalmente la Juventud Comunista. Se trataba de hacer llegar el agua a campesinos y asentamientos de la zona. Miles de jóvenes se desplazaban a la ciudad de Cabildo con este fin.

8 Enrique Correa fue elegido Presidente de la JDC en 1968, Rodrigo Ambrosio lo había sido en 1967.

9 Resultando elegido, por tercera vez consecutiva, el dirigente universitario comunista Alejandro Rojas Wainer.

10 La división se produce tras la elección de noviembre de 1972, en que ambas listas se dieron por vencedoras. La de Escalona respaldaba a la Unidad Popular, la de Salazar a la oposición.

11 Ver presentación de Luis Maira, pp. 175-190.

12 En efecto, los militares dejan el gabinete tras las elecciones parlamentarias, el 27 de marzo, y se reintegran el 9 de agosto. En el gabinete del 5 de julio no hay presencia de militares.

13 El 27 de junio de 1973 el Presidente Allende declara lo que a su juicio son las bases de un diálogo con la Democracia Cristiana, lo cual es reiterado el 7 de julio. Durante ese mes se realizan aproximaciones, entre ellas una reunión entre Clodomiro Almeyda y Radomiro Tomic, y la DC acepta finalmente, pero con ciertas condiciones. El 30 de julio el Cardenal Raúl Silva Henríquez lo formaliza. Sin embargo, tras algunas reuniones, el 6 de agosto Patricio Aylwin, Presidente de la Democracia Cristiana, lo da por terminado, arguyendo que las condiciones de su Partido no fueron aceptadas por el Gobierno. En los hechos, esas condiciones significaban la capitulación del Presidente Allende.

14 Efectivamente, la salida de Fuentealba de la presidencia de la DC, en mayo, implicó la llegada del grupo menos dispuesto a dialogar, encabezado por Frei y Aylwin.

15 La división del MAPU se había producido en marzo de 1973.

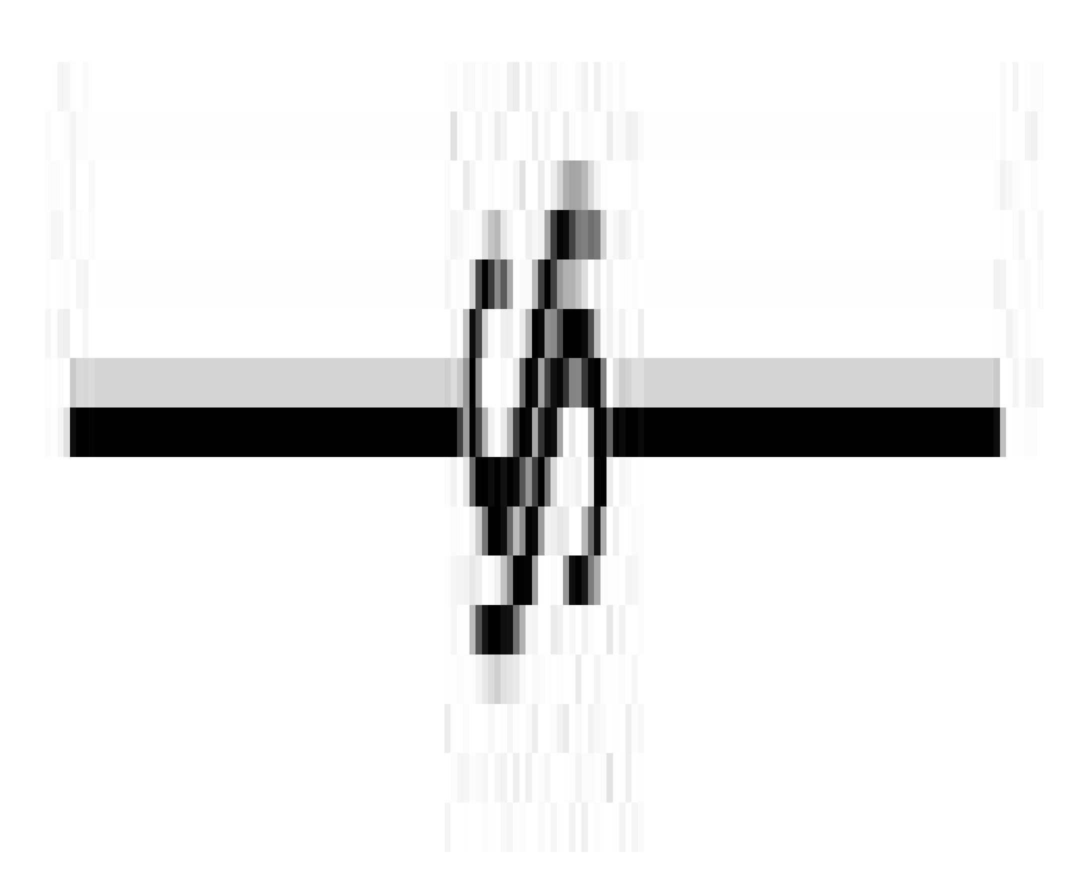
16 Esta afirmación fue parte del discurso pronunciado por el Secretario General del Partido Socialista, Carlos Altamirano, en el Estadio Chile, el domingo 9 de septiembre de 1973, en el que sostuvo: “El golpe no se combate con diálogos. El golpe se aplasta con la fuerza de los trabajadores, con la fuerza del pueblo, con la organización de la clase obrera, con los comandos comunales, con los cordones industriales, con los consejos campesinos”.

17 Video conferencia de Joan Garcés, en el marco del Seminario. Ver su presentación en pp. 85-120.

18 En referencia a la carta que Eduardo Frei Montalva le dirigiera al Presidente

de la Unión Mundial de la Democracia Cristiana, el italiano Mariano Rumor, el 8 de noviembre, justificando y saludando el golpe de Estado.

PRESENTACIÓN DE IGNACIO BALBONTÍN



En primer lugar, quiero agradecer al Departamento de Historia el privilegio de estar en esta mesa, en reemplazo de mi amigo Mariano Ruiz-Esquide, con quien firmé la declaración del día 13 de septiembre, pero que encabezó Bernardo Leighton[1]. Quisiera cumplir con la tarea que ustedes me pidieron, que es dar un testimonio, hacer un análisis sobre la base de los datos, y, en fin, recurrir a la memoria. Para eso quiero partir por la memoria.

Quiero partir por el día 11 de septiembre de 1973. A las 10 de la mañana, más o menos, después de haberme abastecido en mi casa, a mi familia, fui a la casa de Bernardo Leighton, donde estaban también Belisario Velasco, Florencio Ceballos, Jorge Donoso y habían llegado otras personas. Al poco rato de estar allí, llega Ignacio Palma[2]. Esto es antes de la 12 del día y antes del bombardeo a La Moneda. A nosotros nos tocó estar en la casa de Bernardo cuando se produjo el bombardeo a La Moneda. Conversábamos por teléfono con el 'Coco' Paredes[3], que era el único que tenía disponible un teléfono. ¿Por qué señalo la llegada y presencia de Ignacio Palma? Porque Ignacio, que venía con un abrigo y con un sombrero, le dice a Bernardo: "Levántate, vamos a La Moneda". Y entre varios que estábamos ahí, más jóvenes –y que conocíamos algo más, probablemente, de lo que eran los riesgos de un enfrentamiento y de cómo eran las cosas ahora y no cuando Bernardo se subió a los barcos para evitar otro golpe de Estado en los años 30[4]–, les dijimos: "Pero ustedes no pueden hacer esto, porque sencillamente los aviones no pueden distinguir a las personas que están en la puerta de La Moneda".

La verdad es que cuento esta anécdota, porque creo que es importante para la memoria sensible. La historia tiene dos cosas importantes: una, que son los datos de carácter estructural, pero, otra, que son las subjetividades. Para comprender lo que fue el comportamiento de la Democracia Cristiana en los años y los meses que estamos comentando, hay que entender una 'actitud', que se había inspirado en una frase de Radomiro (Tomic), en su campaña, que fue decir: "Miren, señores, en Chile no va a haber cambios fundamentales, si no existe algo que se llama la unidad política y social del pueblo". Lo señaló en el año de la elección de Allende, en 1970. Radomiro obtuvo el 27 por ciento de los votos en esa

elección, o sea, en una clara división de tres tercios.

La pregunta que yo me hice, para tratar de contestarles a ustedes, fue ¿por qué la Democracia Cristiana, que, en su mayoría, inicialmente respaldó la directiva que después terminó con Renán Fuentealba como presidente[5], termina decantándose y pasa a ser sustituida por una directiva que estaba más propicia al golpe? Porque yo no voy a decir que eran golpistas, porque no es la verdad.

Bernardo (Leighton) tuvo muchas conversaciones con Eduardo Frei (Montalva) y muchas conversaciones con Patricio Aylwin. Por algo Patricio Aylwin fue después el candidato con el cual recuperamos la democracia. Patricio Aylwin, años después de la recuperación y de haber sido Presidente, dice: "Mira, ojalá yo hubiese firmado la declaración de los 13 y esta hubiese sido la declaración oficial del Partido Demócrata Cristiano". Está en un libro escrito por el propio Patricio Aylwin.

Por lo tanto, yo creo que tachar a la gente y ponerla en dos cubículos separados y opuestos, no es conveniente para lograr, precisamente –y yo soy de aquellos que sostienen que todavía eso es imprescindible– para lograr la unidad política y social del pueblo de Chile. Eso no se logra a través de los mecanismos de segregación, a través de los mecanismos de discrepancia, que llevan a una agudización de las tensiones.

La pregunta que yo me hice, entonces, fue qué le pasó a Chile en el momento que asume Salvador Allende. En parte, todos los que estamos aquí somos amigos. Éramos amigos en la Universidad, éramos amigos en los movimientos, compartíamos muchas inquietudes. Teníamos una capacidad de diálogo al interior de las familias, los chilenos de ese entonces, que luego se rompió y creo que no se reestablece definitivamente hasta hoy. El problema es por qué se rompe eso.

No se reconoció que Chile es un país –esta es una pregunta que hago a los historiadores, para dejarla como producto de este Seminario–, que si bien ha tenido mucha estabilidad, en relación con sus congéneres de América Latina, ha ido agotando sus marcos de referencias, fundamentalmente básicos, o constitucionales, en lapsos que van entre 30 y 40 años. Esto, desde la Independencia para adelante. Por qué se produce la confrontación de los años 1850; la Revolución del 91; el levantamiento del año 24 en las Fuerzas Armadas… Por qué se va produciendo esto. La respuesta muy inicial que uno puede darse es el problema de la tradicional rigidez institucional que tiene Chile, desde sus Constituciones a todo su aparato jurídico. Es decir, nuestra tradición napoleónica, jerarquizada también a nivel de la estructura jurídica del país, es de tal rigidez que impide que la sociedad pueda penetrar dentro de esa institucionalidad y cambiarla.

En el caso de la Constitución del 25, era la que más aperturas había logrado y por eso Allende dice: “Yo voy a hacer la revolución con sabor a empanada y vino tinto”. Por eso es que dice, en contraposición de otros que propiciaban la guerra interna: “Yo voy a intentar de hacerlo democrática y pacíficamente”. Nosotros respaldábamos ese punto de vista, de hacer el cambio. De hecho hay que recordar que la anticipación al Gobierno de Allende está en el Gobierno de Eduardo Frei Montalva, que hizo la Reforma Agraria, en parte, y que hizo, posteriormente, una reforma educacional, que fue extraordinariamente significativa en términos de la cobertura. Se ha recordado aquí una cosa muy importante: cuando yo estudié y estudiamos nosotros en la Universidad, solamente el uno por ciento de los estudiantes eran hijos de obreros, a pesar de la gratuidad que tenía la Universidad. Y otro dato importante, ¿cuántas eran las mujeres que tenían acceso al trabajo y participaban dentro del mercado laboral? ¿Eran casi el 50 por ciento que tenemos hoy día, o era menos del 30 por ciento? ¿Y cuál era la discriminación que había?

Teníamos una sociedad extraordinariamente desigual en ese tiempo –hoy día sigue siendo desigual– y, por lo tanto, las formas de comportamiento, las maneras de ser, los estilos, las formas de relacionarse, eran discriminatorias en esa época, peor que lo que son ahora. En la actualidad, la discriminación es en torno al patrimonio que tienen las personas, antes eran discriminaciones de

múltiples naturalezas, que todavía persisten: las discriminaciones étnicas, las discriminaciones de género, discriminaciones muy agudamente vividas.

Nosotros saltamos –dentro de nuestra propia generación– desde un mundo prácticamente de la Edad Media –o de la Colonia si ustedes quieren– hacia un mundo posmoderno, hoy día, pero que intentó modernizarse, por la vía del Estado de compromiso, en aquel entonces. Intentó hacerlo sin considerar una cuestión que, a mi juicio, es la segunda lección que yo aprendí que me ha permitido respaldar un punto de vista que yo he sostenido desde aquel entonces. Y que es la siguiente: cambios de fondo, es decir, procesos de cambios revolucionarios, de cambios estructurales, no se hacen sino con mayorías muy sólidas, muy orgánicas y muy constantes. No se hacen con el espontaneísmo ni se hacen con procesos de ruptura, que solamente se sostienen en el juego de las ideas. Requieren de una orgánica social, de una amalgamación social, que se hace –quiero recordarte Lucho (Maira) una vieja cuestión que tú sostenías cuando conversábamos en la Universidad– se hace con pedagogía democrática. Es decir, es indispensable que haya una sociedad empapada en convicción y en una cultura democrática, que sea sólida. Yo quiero decirles a los jóvenes de hoy día, que tengo la impresión que la cultura democrática que actualmente tenemos es extraordinariamente débil, en comparación –incluso– a la que tuvimos en aquel entonces. La cultura democrática es una cuestión que hay que cultivar, si acaso se quieren enfrentar cambios a futuro que tengan buen resultado.

El desafío fue enfrentar una revolución democrática, en libertad, con sabor a vino tinto y empanada. Pero, por qué se produjo, quiénes fueron los que encendieron los fulminantes, quiénes producen la ruptura, a partir de los seis meses que aquí se han indicado. Prácticamente no son iguales, no es lo mismo, pero quiero señalarlo claramente. A mi juicio hay dos sectores extraordinariamente radicalizados ideológicamente, que produjeron el ambiente y el clima de confrontación, de enfrentamiento y de violencia –porque la hubo–, que fueron generando situaciones propicias para la desestabilización. No comparto –como sostuvo Maira[6]– que aquí había un diseño prefigurado desde mucho tiempo y que la función de Kissinger y de Nixon fue llevarlo a cabo. Lo que se señala en el informe Church todos lo conocemos y sucedió, es verdadero, pero ¿qué es lo que gatilla ese fenómeno? A mi juicio, lo gatilla

fundamentalmente la acción de los grupos ultra, lo que aquí se ha denominado 'los cabeza de pistola'. Esto se produce al interior de los partidos en Chile; al interior del Partido Demócrata Cristiano tuvimos los 'chicos malos' y los 'chicos buenos'; las brigadas del Partido Socialista; las brigadas en el Partido Comunista; los distintos grupos que fueron estructurándose, no en términos políticos, sino que en torno a un escenario de guerra. Esa adaptación a un clima ideologizado de polarización es, a mi juicio, un muy mal caldo de cultivo para realizar un proceso de cambios en profundidad. Esa es una primera cuestión.

Y una segunda cuestión fue que lo que se pretendió hacer, se pretendió hacer, además, en un muy corto plazo. Se deben ir produciendo los cambios al paso en que se van produciendo las transformaciones de carácter institucional, es decir, respondiendo a la necesidad que se genera por la voluntad popular, en la base del pueblo soberano y con respaldo soberano. Si eso no se hace así, se produce en definitiva un clima de confrontación muy grande.

Quiero terminar con algo que me parece muy trascendental en esto. Creo que el sentido común que tuvieron quienes estuvieron en el Gobierno, su visión del sentido común, en una parte importante fue equivocado. Hay algo que se le olvidó a nuestro amigo en la videoconferencia[7]. El Partido Socialista, desgraciadamente, desde el Congreso en La Serena, había tomado una opción que se radicalizó en su interior y que terminó con aquella declaración –que tampoco se ha recordado– que fue la de Carlos Altamirano el día 9 de septiembre del año 1973[8]. En esa declaración, Carlos Altamirano manifestaba la penetración al interior de las Fuerzas Armadas; es decir, había actos de provocación –a mi juicio innecesarios– que fueron colaborando al esquema de radicalización que produjo la ruptura. Lo que hay que cultivar es el clima de paz y de tranquilidad que se requiere para hacer los cambios de fondo; hay que cultivar la pedagogía democrática para hacer los cambios de fondo.

Quiero quedarme con dos lecciones de lo que hemos conversado. Una, evitar que predominen las minorías radicalizadas en las raíces de la sociedad. Porque la división al interior de las poblaciones se produjo con las JAP[9]; al interior de las

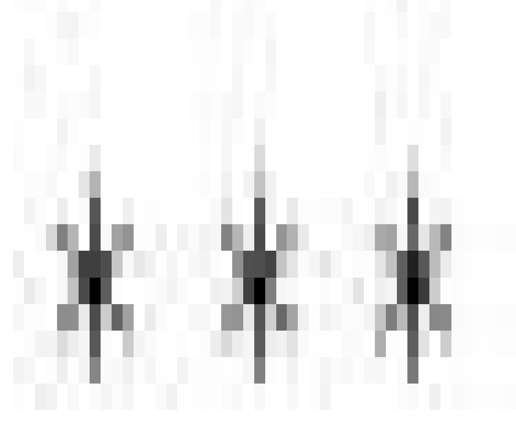
mujeres, con el juego de los cacerolazos y con las plumas y el triguito, por una parte, pero también con el fenómeno de la ENU[10], que fue mal interpretado al interior de las familias; con malos mensajes; con incomunicación entre el mundo político y el mundo de la sociedad. La segunda lección, es evitar la dependencia ideológica externa; sobre todo por algo que no se ha mencionado aquí, pero que favoreció el clima que señalaba Luis Maira: el problema de la ideología de Seguridad Nacional[11] que se había cultivado al interior de las Fuerzas Armadas chilenas. Desde mucho antes, incluso, no desde el tiempo de Kissinger y de Nixon; desde mucho antes habían sido indoctrinados en una visión absolutamente jerárquica de las Fuerzas Armadas, que les decía: “Ustedes tienen que intervenir cuando el comunismo pueda estar en condiciones de poder llegar al poder”. Ahí está la ideología de Seguridad Nacional o el plan Camelot[12], por ejemplo, que aquí tampoco se ha recordado.

Creo que son elementos que hay que entender y considerar para ver cómo se hace una transformación en las raíces de una sociedad –paso a paso y al mismo tiempo– que se exprese en una institucionalidad, si se quieren hacer procesos de cambios profundos. Creo que esa es la lección que podemos aprender, para no encontrarnos de nuevo en circunstancias semejantes, ya que creo que estamos entrando en un clima relativamente similar.

Notas del debate

La verdad es que hay una cosa que me impactó brutalmente, que es la soledad de Allende el día 11 de septiembre. Yo no quiero, ni deseo para el destino de Chile que esto se vuelva a repetir y, por lo tanto, esas lecciones hay que aprenderlas. Esas lecciones hay que aprenderlas, formando realmente mayorías sólidas, orgánicas y mucho más que solamente la mera mayoría de la mitad más uno. Hay que hacer mayorías que realmente le permitan al país seguir avanzando. Ahora esto no es voluntarismo ni leer la historia después de cuarenta años, no. Sencillamente decir: no repitamos aquellas partes malas de la historia, para que podamos remontar el futuro. Los desafíos que tenemos pueden ser distintos en algunas cosas, porque los actores son distintos, pero no nos neguemos a

reconocer que hay algunas cosas, como la dispersión que se produce en esta sociedad hoy día, mercantilizada, etcétera, que son preocupantes.



Por eso es que firmo junto a Jorge Arrate y a otros tantos, ese manifiesto[13], porque creo que Chile requiere hoy día tener una Constitución, que efectivamente lo represente y no la Constitución heredada de la dictadura. Una Constitución –la actual– que con aquellos tres mecanismos que contiene hace imposible realizar el cambio dentro de la propia institucionalidad. Es decir: con el sistema binominal; con el sistema de los quórum calificados, son veinte leyes orgánicas, al menos, que tienen quórum calificado; más la intervención inadecuada del Tribunal Constitucional, que puede producirse durante el proceso de carácter legislativo. Eso tiene que terminar, porque, si no, la institucionalidad sigue siendo tan rígida o más rígida que lo que fue en el pasado. Por lo tanto, la fuerza que tenemos que acumular para poder producir ese cambio, es muy grande.

1 En alusión a la llamada 'declaración de los 13', a través de la cual, en septiembre de 1973, un grupo de dirigentes democratacristianos se oponen públicamente al golpe de Estado, y a la ausencia de Mariano Ruiz-Esquide, que no pudo asistir al Seminario.

2 Todos –Leighton, Velasco, Ceballos, Donoso y Palma– dirigentes de la DC en 1973 y firmantes, al igual que Balbontín, de la Declaración de los 13.

3 Eduardo Paredes Barrientos, médico, militante del Partido Socialista, miembro de su Comité Central, había sido Director de la Policía de Investigaciones hasta fines 1972. El 11 de septiembre de 1973 se encontraba en La Moneda, junto al Presidente Allende, donde fue detenido para luego quedar en condición de desaparecido.

4 En referencia a su participación en los sucesos conocidos como la Sublevación de la Escuadra, ocurrida en 1931, y en que Leighton, enviado a Coquimbo con el fin interceder, logra ser recibido a bordo del acorazado "Almirante Latorre", que encabezaba el movimiento.

5 Se refiere a la directiva que estaba en ejercicio al momento de ser elegido Allende, encabezada por Narciso Irureta, y que luego va a ser representada por Fuentealba desde fines de 1971 hasta mayo de 1973.

6 Ver presentación de Luis Maira, pp. 175-190.

7 En referencia a la presentación de Joan Garcés, ver en pp. por 85-120.

8 Alude al XXIII Congreso General Ordinario del Partido Socialista, realizado en La Serena, en enero de 1971, y al discurso pronunciado por el Secretario General del PS en el Estadio Chile, el domingo 9 de septiembre.

9 Juntas de Abastecimiento y Precios. Al respecto, ver presentación de Raúl Vergara, pp. 44-53.

10 Proyecto de Escuela Nacional Unificada. Al respecto, ver presentaciones de Gonzalo Martner y de Aníbal Palma, pp. 70-82 y 191-200, respectivamente.

11 La 'doctrina de seguridad nacional' comanda las relaciones que desde Estados Unidos se establece con las fuerzas armadas latinoamericanas desde fines de los años cincuenta; doctrina según la cual, la defensa no se ejerce solo hacia amenazas externas sino también respecto de supuestos 'enemigos internos', expresados como fuerzas 'insurgentes' o 'subversivas'.

12 Proyecto impulsado por el Ejército de los Estados Unidos, destinado a realizar una investigación, desde las Ciencias Sociales, respecto de las culturas locales latinoamericanas, las causas de los movimientos populares y las medidas que se podrían tomar para contenerlos. Formulado en 1964, su aplicación se inició en Chile, pero ante las denuncias fue suspendido prontamente.

13 En referencia a un manifiesto firmado por un grupo de abogados respaldando el llamado a una Asamblea Constituyente.

LOS AUTORES

Pedro Felipe Ramírez

Entre los años 1964 y 1965, siendo militante democratacristiano, fue Presidente de la FECH. Posteriormente, ejerció como Diputado por Osorno y Río Bueno entre 1969 y 1973. Fue uno de los fundadores de la Izquierda Cristiana, en 1971. El año 1973, asumió como Ministro de Minería del Gobierno de Salvador Allende en reemplazo de Sergio Bitar. Un mes antes del golpe, ejerció el cargo de Ministro de Vivienda y Urbanismo. Durante la Dictadura Militar, luego de haber sido detenido, partió rumbo al exilio, regresando al país en la década de los 80. Con la llegada de la democracia formó parte del consejo directivo de la Fundación Salvador Allende.

Raúl Vergara

Se desempeñó como jefe de gabinete del General Alberto Bachelet en la Secretaría Nacional de Distribución a partir de enero de 1973. Fue dado de baja el 11 de septiembre del 73 con el grado de Capitán de Bandada. Fue condenado a muerte por el delito de Traición y Sedición en el Proceso FACH "1-73 Contra Bachelet y otros". En 1978 se fue al exilio a Inglaterra regresando en 1990. En marzo del 2006 fue nombrado Subsecretario de Aviación por la Presidenta Bachelet. Graduado como piloto Instructor de la Base Aérea de Randolph, en Texas. Ingeniero Comercial de la Universidad de Chile y magister en Desarrollo Económico de la Universidad de Sussex.

Eduardo Rojas

Vicepresidente de la CUT a partir de mayo de 1972, hasta el golpe de Estado. Empleado portuario. Militante del MAPU, además, entre los años 1970 y 1973. Con una formación de graduado en Construcción Civil en la Universidad Santa María y luego de magister en Ciencia Sociales de Flacso Argentina, se ha dedicado a la investigación y a la docencia en sociología del trabajo y teoría política. Ha publicado: Memoria de la izquierda chilena (en coautoría con Jorge Arrate); El saber obrero y la innovación en la empresa; y Los socialistas chilenos y Michelle Bachelet. En la actualidad es investigador y docente en la Universidad Nacional de San Martín, Argentina.

Gonzalo Daniel Martner

En 1972, a los quince años, ingresó al MIR militando en el medio estudiantil. El año 1973 fue presidente del Frente de Izquierda de Estudiantes Particulares (FIEP), participando, además, en la Dirección de Estudiantes Secundarios del MIR. En 1985 ingresó al Partido Socialista, del que llegó a ser su Presidente. Se desempeñó como Subsecretario de Desarrollo Regional con Patricio Aylwin, Subsecretario General de la Presidencia con Ricardo Lagos y Embajador de Chile en España con Michelle Bachelet. Doctor en Ciencias Económicas en la Universidad de París. Actualmente es Director del Departamento de Gestión y Políticas Públicas de la Universidad de Santiago.

Joan E. Garcés

Entre julio de 1970 y septiembre de 1973 fue asesor político personal de Salvador Allende, a quien acompañó en La Moneda el día 11. Testigo privilegiado del proceso de la Unidad Popular, cumplió con el compromiso contraído con Allende de ‘contar al mundo’ lo vivido durante esos tres años escribiendo Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política. En octubre de 1998 logra, en conjunto con el juez Garzón, la detención de Augusto

Pinochet en Londres. Licenciado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid (1966) y Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad de la Sorbona (París, 1970).

Julio Pinto Vallejos

Académico y profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile. Sus temas de investigación han estado relacionados con la historia salitrera y la gestación de una clase obrera moderna y un movimiento obrero organizado Chile. Entre otras obras, es coautor de Historia Contemporánea de Chile, en conjunto con Gabriel Salazar y responsable de la obra colectiva Cuando Hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular. Bachiller, Master y Doctor en Historia de la Universidad de Yale.

Shlomit Baytelman

En 1966, había sido considerada mejor actriz escolar de Santiago. En 1971 egresa de la Escuela de Teatro de la Universidad de Chile y hace sus primeras actuaciones en La remolienda y Tres tristes tigres, de Alejandro Sieveking. En los años 72 y 73 participó de los montajes Chiloé cielos cubiertos, de María Asunción Requena, y Las Troyanas de Eurípides. En la época participó en la película Estado de sitio de Costa Gavras. Ya en democracia actuó en Julio comienza en Julio de Silvio Caiozzi. Actualmente, junto a sus proyectos teatrales y audiovisuales desarrolla las didácticas de expresión oral en la Escuela de Economía de la Universidad de Chile.

Jorge Coulon

En el año 1965, junto a Max Berrú, Willy Oddó (de Los Quilapayún) y su tío Fauno, formó el grupo Los Nubarrones. Una vez que la izquierda ganó el centro de alumnos de la Universidad Técnica, Coulon organizó una orquesta de músicos andinos, en calidad de Secretario de Folclor. De allí nace Inti Illimani del cual es fundador, voz y músico. En 1973, el grupo musical sale de gira en el mes de julio, debiendo regresar en el mes de octubre. El golpe de Estado lo impide y solo retornan a Chile 15 años más tarde, en 1988. Además de su actividad musical, ha incursionado en la literatura y ha sido candidato a concejal y diputado por Valparaíso.

Osvaldo Puccio Huidobro

El año 1973, Osvaldo Puccio era estudiante de Derecho de la Universidad de Chile. El día 11 de septiembre de 1973 se encontraba en La Moneda, junto a su padre, Osvaldo Puccio Giesen, estrecho colaborador y amigo del Presidente Allende. Luego del golpe militar estuvo un año detenido. Fue parte del grupo de prisioneros de la Isla Dawson. Posteriormente, en el exilio en la República Democrática Alemana, concluyó un doctorado en Filosofía. Ha sido dirigente del Partido Socialista; embajador en Austria, Brasil y España; y Ministro Secretario General de Gobierno en el Gobierno del Presidente Ricardo Lagos.

Sofía Prats Cuthbert

En septiembre 1973 esperaba su cuarto hijo, el que nació a fines de ese mes. Es hija del General de Ejército Carlos Prats González y de Sofía Cuthbert Chiarleoni. Tras el asesinato de sus padres en Buenos Aires, en el año 1974, junto a sus hermanas no ha descansado en la búsqueda de verdad y justicia respecto de lo ocurrido. Así también ha recuperado la importancia histórica del papel jugado por su padre entre los años 1970 y 1973. Es Pedagoga en Inglés. Fue la primera Alcaldesa de la Municipalidad de Huechuraba, en 1991. Entre el año 2004 y el 2010 fue Embajadora en Grecia. Actualmente, es Directora de la Fundación por la Democracia.

Luis Maira

Fue presidente de la FECH en 1963 y delegado estudiantil ante el Consejo Superior de la Universidad. En paralelo fue vicepresidente nacional de la Juventud y consejero nacional de la Democracia Cristiana. Entre 1965 y 1973 se desempeñó como Diputado por Santiago. El año 1971 fundó y lideró la Izquierda Cristiana. En 1974 se fue al exilio durante 10 años a México, donde ejerció la docencia y la investigación. En 1990 fue elegido vicepresidente del Partido Socialista y en 1992, Secretario General del mismo. En 1993 fue Ministro de Mideplan del Gobierno de Eduardo Frei. Además, fue embajador en México y Argentina. Es abogado de la Universidad de Chile.

Aníbal Palma

Estudió Derecho en la Universidad de Chile, siendo Secretario General de la FECH. En 1971 ejerció el cargo de Subsecretario de Relaciones Exteriores. Al año siguiente se desempeñó como Ministro de Educación y en el año 1973 fue Ministro Secretario General de Gobierno. A fines de los ochenta fue Presidente del Partido Radical Socialista y Presidente de la Izquierda Unida. Durante la década de los noventa fue embajador en Costa Rica y Colombia. En paralelo a estas actividades ha sido profesor en la Escuela de Ingeniería de la Universidad Católica de Chile y Profesor Invitado en la Universidad de Bremen-Alemania.

Jorge Arrate

Fue Asesor Económico de Salvador Allende hasta promediar el año 1971. Luego, tuvo a su cargo la dirección del proceso de Nacionalización del Cobre,

desde la jefatura de Codelco y, brevemente, desde el Ministerio de Minería, hasta el día del golpe militar. Desde el año 1977 dirigió el Instituto para el Nuevo Chile con sede en Rotterdam, que organizaba las Escuelas Internacionales de Verano, fundamentales para mantener el nexo entre el exilio y el país. En la década de los noventa fue Presidente del Partido Socialista y Ministro. En el año 2009 fue candidato presidencial del Juntos Podemos. Actualmente es independiente de izquierda. Abogado y economista.

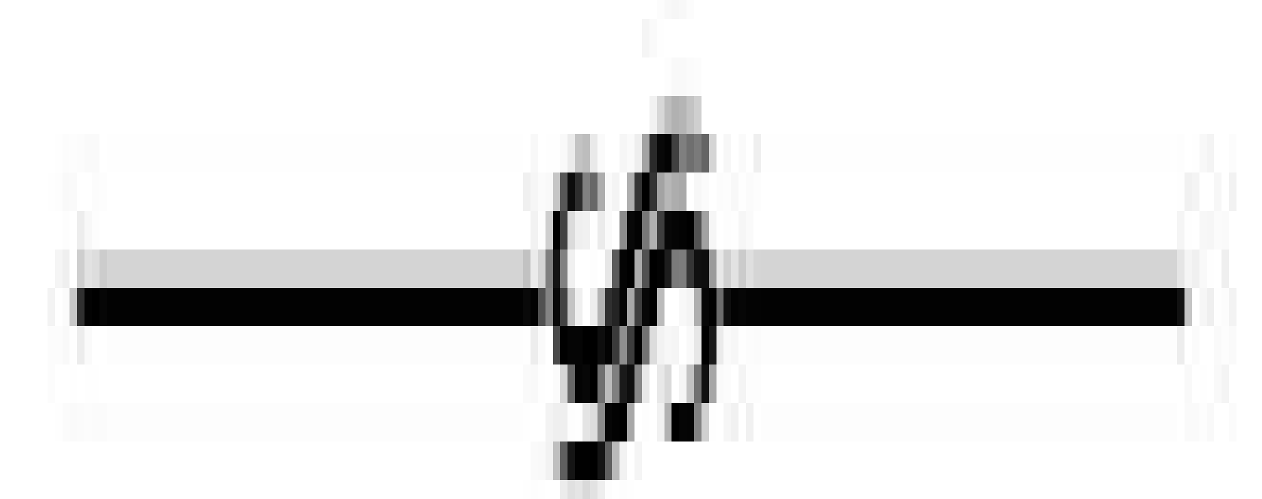
Jaime Insunza

Entre 1968 y 1969, fue presidente del Centro de Estudiantes del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile y, posteriormente, miembro de su Consejo Superior. Entre 1967 y 1982 fue miembro del Comité Central de las Juventudes Comunistas y entre 1980 y 1994 perteneció al Comité Central del Partido Comunista de Chile. En paralelo formó parte de la Comisión de Derechos Juveniles y fue Secretario General del Movimiento Democrático Popular (MDP). El año 1984 fue expulsado del país. A su regreso, entre los años 2006 y 2010, ocupó el cargo de Vicerrector Académico de la Universidad Arcis. Es profesor de Historia.

Ignacio Balboltín

Entre 1959 y 1962, fue dirigente nacional de la Asociación de Universitarios Católicos, AUC. Como estudiante de Derecho de la Universidad de Chile, fue dirigente nacional de la FECH, en los años sesenta. Entre 1971 a 1973, fue dirigente de la Asociación de Empleados y Funcionarios de la Universidad de Chile, Apeuch, como profesor universitario. También, se incorporó como miembro del Consejo de Televisión de la Universidad de Chile. Militante y dirigente de la Democracia Cristiana. En dictadura fue miembro del Grupo de los 24 y participó de la Asamblea de la Civilidad. Fue Diputado entre los años 1994 y 1998. Es abogado y sociólogo.

DOCUMENTOS



Carta del Presidente Salvador Allende al Presidente del Partido Demócrata Cristiano, señor Patricio Aylwin (23 de agosto de 1973)

Señor senador Aylwin:

La trascendencia que para la seguridad y el progreso de los chilenos tiene un urgente entendimiento entre la mayoría democrática del país, que ponga bajo control de la razón las corrientes profundas que de modo cada vez más alarmante amenazan con arrastrar a nuestra comunidad hacia una catástrofe social, interpretando el sentimiento de la gran mayoría de compatriotas, me llevó a convocar pública y solemnemente al Partido Demócrata Cristiano a entablar un diálogo con el Gobierno que permitiera «ordenar el proceso de cambios y continuarlo».

En las circunstancias presentes por que atraviesa Chile, un diálogo entre el Gobierno y el Partido que usted preside tiene un solo sentido: buscar las coincidencias y convergencias sobre los problemas nacionales más vitales que existen entre la oposición democrática y el Gobierno, con el objeto de encontrar el entendimiento mínimo sobre las materias concretas expresadas en la declaración de la dirección democratacristiana el 6 de julio pasado, en sus discursos del 11 y del 26 del mismo mes y en el mío ante el Plenario de Federaciones de la CUT, el día 25 de julio. Y tanto usted como yo convinimos, en nuestras últimas declaraciones sobre la materia, en que el diálogo quedaba planteado sin imposiciones unilaterales y contemplando los puntos de vista de la otra parte.

Por consiguiente, cuando usted, en la carta que ayer me dirigiera, reafirma su deseo de ver promulgada la reforma constitucional sobre las áreas de la economía, ello no puedo interpretarlo como la manifestación de querer imponer los criterios del PDC en torno de esa materia por sobre los del Ejecutivo. Por el contrario, usted se muestra sensible a algunos planteamientos que el Gobierno ha

formulado al respecto y hace proposiciones complementarias para obviar los problemas que para mí, como Presidente de la República, encierra la promulgación de la mencionada reforma.

Las tesis jurídicas sustentadas por el Ejecutivo acerca del procedimiento seguido por el Congreso para aprobar la reforma constitucional en cuestión, distinta de las defendidas por la mayoría parlamentaria, son ampliamente conocidas. La posición del Gobierno se funda en mi voluntad intransigente de mantener el régimen presidencial. Pero ha estado siempre en mi ánimo que una discrepancia jurídico-constitucional no debía convertirse en obstáculo insalvable para la continuidad institucional del país.

Por ello, el Gobierno invocó, en su oportunidad, al arbitraje del Tribunal Constitucional. Hoy, cuando todos nuestros ciudadanos se interrogan por los graves problemas económicos y sociales que enfrentamos y se angustian e inquietan por el destino que espera a nuestra convivencia cívica, no será el Presidente de la República quien anteponga un problema de interpretación jurídica a la discusión y búsqueda de entendimiento sobre los reales problemas materiales que nos preocupan.

Llevado por este anhelo en bien del país, quiero proponerle una solución concreta que concilie las posiciones jurídico constitucionales del PDC y del Gobierno, sin que las de ustedes se impongan sobre las nuestras ni viceversa.

En caso de acuerdo estaría dispuesto a promulgar la reforma constitucional para que así desaparezca la dificultad formal y entremos a discutir sobre lo sustancial que preocupa a los trabajadores y a todos los chilenos, lo que presupone el siguiente procedimiento de instrumentación, basado en la simultaneidad de sus concreciones:

1. Remitir al Poder Constituyente formado por el Congreso Nacional y el Presidente de la República la solución del conflicto de interpretación jurídica pendiente. En este sentido, se tramitaría un proyecto de reforma constitucional que declare explícitamente, a contar de su vigencia, que el quórum para que el Congreso haga prevalecer su criterio, tratándose de observaciones supresivas o sustitutivas a un proyecto de enmienda a la Constitución, es de dos tercios de los miembros presentes, que representen, a lo menos, la mayoría de los diputados y senadores en ejercicio. A la vez, que declare que, para los efectos de la tramitación de los proyectos de reforma constitucional referente a las áreas de la economía y al régimen de tenencia de la tierra, el Congreso no requirió insistencia para que se entendiera aprobado a su propio texto frente a las observaciones del Presidente de la República.

2. Dicho proyecto de enmienda constitucional contendría, también, disposiciones encaminadas, tal como usted lo señala, a solucionar los problemas prácticos a que daría lugar la entrada en vigencia de las reformas constitucionales sobre las áreas de la economía y sobre el régimen de tenencia de la tierra, en trámite.

3. Se despacharían, simultáneamente, los proyectos de Ley sobre empresas de autogestión, participación de los trabajadores en la conducción de la economía, garantías a la pequeña y mediana empresa, actividades económicas reservadas al Estado, estatuto de requisiciones e intervenciones, delimitaciones del área de propiedad social y sanciones contra el delito económico. Estas materias, salvo el estatuto de requisiciones e intervenciones y la persecución del delito económico, están contenidas en los proyectos de Ley enviados hace varios meses al Congreso, previo estudio conjunto del Gobierno y del Partido Demócrata Cristiano, los que, sin duda, constituyen una base real de convergencia. Igualmente, se despacharían los proyectos que fueran necesarios derivados de la reforma constitucional sobre el régimen de tenencia de la tierra, ya referido.

4. Los proyectos de reforma constitucional sobre las áreas de la economía y

sobre el régimen de tenencia de la tierra, se promulgarían conjuntamente con la enmienda constitucional propuesta en los puntos primero y segundo y con los proyectos de Ley a que se alude en el punto tercero.

Obviado de esta forma el diferendo jurídico, queda abierto el camino para abordar los reales problemas sobre los cuales Chile espera un entendimiento mínimo: los problemas económicos, sociales y políticos que hoy están amenazando la paz interna y la unidad nacional frente a presiones extranjeras.

Afirma usted en su carta que hay convergencia formal entre el PDC y el Gobierno en torno de la necesidad de restablecer las bases esenciales de la convivencia democrática. En su discurso del 26 de julio, usted recogió la casi totalidad del plan en ocho puntos que yo propusiera la víspera para centrar el diálogo y que son los siguientes:

1. Afianzamiento del mando y la autoridad de Gobierno.

2. Rechazo de las fuerzas armadas paralelas. Marginación de las Fuerzas Armadas de la pugna política.

3. Desarrollo del poder popular, vinculado al Gobierno y sin producir antagonismos con el régimen institucional.

4. Reafirmación del camino político establecido en el Programa de la Unidad Popular que, en ningún caso, es insurreccional.

5. Definición y articulación de las competencias que les corresponden a los poderes del Estado.

6. Plena vigencia del Estado de Derecho, para lo cual es imprescindible acabar con el bloqueo legislativo y desarrollar el régimen legal.

7. Definición del régimen de propiedad de las empresas, precisando legalmente el área de propiedad social de la economía y teniendo presente la irreversibilidad de las transformaciones realizadas en ella y la necesidad de la participación de los trabajadores en su dirección.

8. Medidas económicas concretas que detengan la inflación, aseguren la distribución y permitan el desarrollo económico del país.

No es, por consiguiente, en los principios genéricamente formulados donde se han producido las divergencias que tanto preocupan al país, sino en el contenido y concreción de esos principios. Es sobre estos problemas concretos que debemos discutir y buscar el entendimiento mínimo que asegure la paz y el régimen democrático.

Tengo el firme convencimiento de que el vigor y el prestigio de nuestras instituciones políticas se demuestran buscando los puntos mínimos de entendimiento democrático sobre los problemas más imperiosos del momento.

Llevar a cabo un nuevo cambio de gabinete, apenas un mes después que asumiera el actual, no aportaría ninguna solución a lo que el país nos exige en la medida que los problemas materiales y tangibles que hoy enfrentan al PDC y al Gobierno no hayan sido reemplazados por un acuerdo que, respetando la

personalidad propia de cada una de las partes, preserve el consenso fundamental sobre las condiciones que hacen posible la democracia, las libertades, el Estado de Derecho, la participación popular, el desarrollo económico y, como consecuencia de todo ello, la convivencia ciudadana.

Mi Gobierno ha sido el único que ha dado pruebas fehacientes y prácticas, en múltiples oportunidades y circunstancias, de su voluntad de incorporar a las Fuerzas Armadas como instituciones a las grandes tareas nacionales. En un momento de grave peligro para la paz interna, en octubre de 1972, les asigné altas responsabilidades en el seno del gabinete. Su participación y contribución al desarrollo económico se manifiesta de diversas maneras. Y es mi propósito continuar sumándolas al esfuerzo nacional por avanzar en el camino que democráticamente ha escogido nuestro pueblo. Pero es en la robustez de las instituciones políticas donde reposa la fortaleza de nuestro régimen institucional. Y es obligación de los partidos políticos democráticos esforzarse en evitar el desmoronamiento de las instituciones cívicas incapacitándolas para atender las necesidades del país.

El estudio detenido de los documentos básicos elaborados por el partido que usted preside y el Gobierno, para orientar el diálogo, me llevó a proponerle, el 30 de julio, que ambas partes discutieran y buscaran coincidencias mínimas en breves plazos preestablecidos, en torno de las grandes cuestiones nacionales en ellos mencionados y que usted recoge y enumera en su carta.

La concreción de todas estas medidas, que expresan el decidido propósito de mi Gobierno de elaborar la nueva juridicidad que el país reclama y que yo estimo indispensable en el ordenamiento del proceso, permitirá el desarrollo normal de nuestra vida institucional lo que, a su vez, facilita el pleno desarrollo de los cambios sociales dentro de la concepción del Estado de Derecho.

No deseo dramatizar, pero tengo el deber de recordarle las trascendentes responsabilidades que usted y yo tenemos en los difíciles instantes que vive el

país y las proyecciones históricas de nuestras decisiones. Por ello y por el interés superior de Chile, debemos continuar el diálogo. Lo invito formalmente para que prosigamos nuestras conversaciones.

Cordialmente,

[illegible]

SALVADOR ALLENDE G.

Presidente de la República

Carta de Salvador Allende al General Carlos Prats (23 de agosto de 1973)

Señor General

Don Carlos Prats González

Estimado señor general y amigo:

El Ejército ha perdido su valioso concurso, pero guardará para siempre el legado que usted le entregara como firme promotor de su desarrollo, que se apoyó en un orgánico plan que coloca a tan vital rama de nuestras Fuerzas Armadas en situación de cumplir adecuadamente sus altas funciones.

Su paso por la Comandancia en Jefe significó la puesta en marcha de un programa destinado a modernizar la infraestructura, el equipamiento y los niveles de estudio de nuestro Ejército, para adecuarlo a los niveles que demandan las tecnologías y ciencias actuales. Esto se le reconoce ahora y se apreciará mejor en el futuro.

Es natural que quien fuera el alumno más brillante, tanto en la Escuela Militar como en la Academia de Guerra, aplicara, en el desempeño de las más altas tareas del Ejército, elevada eficiencia, riguroso celo profesional y efectiva lealtad con los compromisos contraídos con la nación, su defensa y su sistema de Gobierno.

No es solamente la autoridad gubernativa la beneficiada con su conducta. Es toda la ciudadanía. Sin embargo, estoy cierto que, dada su recta definición de soldado profesional, usted considera que, simplemente, cumplió con su deber. A pesar de ello, señor general, me corresponde agradecer, en nombre de los mismos valores patrióticos que defiende, la labor que usted desempeñó.

Expreso una vez más el reconocimiento del Gobierno por su valiosa actuación como Vicepresidente de la República, ministro del Interior y de la Defensa Nacional. Su invariable resguardo del profesionalismo militar estuvo siempre acorde con el desempeño de sus difíciles responsabilidades, porque comprendió que, al margen de las contingencias de la política partidista, ellas están ligadas a las grandes tareas de la seguridad del país.

El encauzamiento del Ejército dentro de las funciones que le determinan la Constitución y las leyes, su respeto al Gobierno legítimamente constituido fueron reafirmados durante su gestión, de acuerdo con una conducta que ha sido tradicional en nuestra nación, que alcanzó especial relevancia frente a los incesantes esfuerzos desplegados por aquellos que pretenden quebrantar el régimen vigente y que se empeñan con afán bastardo en convertir a los institutos armados en un instrumento para sus fines, despreciando su intrínseca formación.

A usted le correspondió asumir la Comandancia en Jefe del Ejército en momentos difíciles para esa institución y, por lo tanto, para Chile; sucedió en el alto mando a otro soldado ejemplar, sacrificado por su riguroso respeto a la tradición constitucionalista y profesional de las Fuerzas Armadas. El nombre de ese general, don René Schneider Chereau, trascendió nuestras fronteras, como símbolo de la madurez de Chile, y reafirmó el sentido o’higginiano impreso en el acta de nuestra independencia y que consagra el derecho soberano de nuestro pueblo para darse el Gobierno que estime conveniente.

Su nombre, señor general, también desbordó nuestro ámbito, al punto que en otras naciones aprecian, en toda su dimensión, su actitud profesional insertada en el proceso de cambios impuesto en Chile por la firme vocación de su pueblo.

Es este un momento en que hay chilenos que callan ante las acciones sediciosas, a pesar de hacer constantes confesiones públicas de respeto a la Constitución. Por eso, su gesto significa una lección moral que lo mantendrá como una meritoria reserva ciudadana, es decir, como un colaborador de la patria con el cual estoy seguro ella contará cuando las circunstancias se lo demanden.

Los peores ataques dirigidos contra usted constituyen una parte de la escalada fascista en la cual se ha llegado a sacrificar al comandante de la Armada Nacional, mi edecán y amigo, Arturo Araya Peeters, quien fuera ultimado por personas pertenecientes al mismo grupo social que tronchó la vida del general Schneider. Es este un duro momento para Chile, que usted lo siente de una manera muy profunda.

El gesto de su renunciamiento, motivado por razones superiores, no es la manifestación de quien se doblega o rinde ante la injusticia, sino que es la proyección de la hombría propia de quien da una nueva muestra de responsabilidad y fortaleza.

Lo saludo con el afecto de siempre.

[illegible]

SALVADOR ALLENDE GOSSENS

Presidente de la República

Palabras del Presidente de la República, compañero Salvador Allende Gossens, pronunciadas en la ceremonia de juramento de ministros (Santiago, 28 de agosto de 1973).

Señoras;

Ministros, subsecretarios, señores Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas;

Señor Director General de Carabineros;

Autoridades civiles y militares;

Estimadas compañeras;

Estimados compañeros;

En la tarde de hoy, vamos a proceder a hacer un reajuste del actual Gabinete. Deseo, previamente, hacer unas breves consideraciones iniciales.

El 8 de Agosto designé un Gabinete que estaba integrado por representantes de los partidos populares, por los señores Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y el señor Director General de Carabineros. Dije que, a mi juicio, este Gabinete se denominaba de Seguridad Nacional; que pensaba que era, posiblemente, la última oportunidad que tendríamos para evitar un enfrentamiento y la guerra civil entre los chilenos. Solicité el concurso de los señores Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas, y del señor Director General de Carabineros, porque la economía del país estaba siendo violentamente atacada por un nuevo paro sedicioso de los transportistas, similar, en sus características y en el fondo, al de Octubre del año pasado.

Hoy, quiero que el país medite en algunas breves cifras que voy a dar. Se calcula

que un camión tiene un ingreso mensual de 400 mil escudos, con lo que debe hacer frente a todos sus gastos, chófer, pioneta, carburante, etc.

En Chile hay 20 mil camiones parados. En un mes, han dejado de percibir –los transportistas– 8 mil millones de escudos. ¿Quién financia esto? ¿De dónde sale este dinero? ¿Qué razones puede haber para rechazar las proposiciones claras y abiertas que el Gobierno ha hecho? Las mismas que también se les han propuesto a algunos sectores del rodado que se han declarado en huelga solidaria, y levantando algunas reivindicaciones que el Gobierno también ha encarado. Es el caso del actual Ministro de Obras Públicas, General Magliocchetti. Está prácticamente nueve días en su Ministerio. Ha trabajado un promedio de doce horas diarias, sin exagerar. En diálogos, conversaciones, proposiciones, estudios, contraposiciones. ¿Cuándo un Gobierno ha demostrado una mayor amplitud y el deseo de encontrar una solución equitativa? Sin embargo, hasta hoy no hay una definición. He dicho al Ministro, señor Magliocchetti, después de conversar con él y estando él de acuerdo, que hoy terminan las conversaciones. Definitivamente. El gremio del rodado entiende que está perjudicando extraordinariamente al país, o comprende que debe aceptar las proposiciones hechas por el Ministro señor Magliocchetti, a nombre del Gobierno, y por el señor General Contreras, que ha reemplazado al General Brady como Interventor General, o lisa y llanamente el Gobierno tomará todas las medidas que sean necesarias. Absolutamente todas, para impedir que Chile siga siendo azotado y desbastado, y para poner atajo definitivo al terrorismo cobarde y artero, que ha azotado implacablemente, de norte a sur, a la Patria.

Quiero que se mediten estas cifras: en la producción nacional, el paro significa una merma de 100 millones de dólares.

Habrá que invertir 50 millones de dólares en camiones, en chasis, en repuestos, en un rubro que golpea muy de cerca a miles y miles de chilenos, especialmente a las madres. Tres millones seiscientos mil niños, 3 millones 600 mil personas, siendo el 80% niños, de embarazadas y nodrizas, han sido perjudicados por el paro de los transportistas. Solo el 50% de la producción lechera ha llegado a las

plantas industrializadoras. Son millones y millones de litros de leche, tan necesarios para nuestros niños, para los hijos de los trabajadores, para lo hijos del pueblo, que se han perdido por la irresponsabilidad de los dirigentes de los transportistas, algunos de los cuales, cínicamente, le han dado un carácter político a su movimiento.

En el caso de la vivienda, hay 80 mil viviendas que están semiparalizadas, lo cual amenaza con cesantía a 90 mil trabajadores.

Teníamos proyectado un esfuerzo nacional fecundo, serio. Estábamos satisfechos de las siembras de invierno. Habíamos duplicado las siembras este año, en comparación con las del año pasado. Se sembraron 600 mil hectáreas el 73. Teníamos proyectado sembrar para la primavera 750, 800 mil hectáreas. Se consultaba transportar 370 mil toneladas de fertilizantes entre Agosto y Noviembre. En Agosto solo se pudieron transportar 20 mil toneladas. Han quedado sin transportar 78 mil toneladas, con la amenaza de quedar sin poder ser cultivadas 170 mil hectáreas. La sustitución de la producción de esas 170 mil hectáreas, significaría más de 60 millones de dólares. Piensen ustedes. Mediten y dense cuenta de lo que eso significa.

Por ello el Gabinete del 8 de Agosto tenía ese contenido. Defender a Chile en su economía. Establecer el orden público. Evitar la crisis política y la crisis económica. Nos interesaba y nos preocupa y nos preocupará siempre la seguridad y la vida de nuestra gente, y la preservación de los bienes, que son patrimonio individual o que son patrimonio colectivo.

Por eso ese Gabinete, y el actual, en que están representadas las Fuerzas Armadas junto a los sectores populares, tienen la misión de atajar la guerra civil y afianzar la seguridad nacional. Pero, tenemos que tener conciencia de que en las últimas semanas se ha intensificado la ofensiva insurreccional, la huelga de los transportistas y del rodado, la paralización medida y parcial del comercio. Se ha agregado el aporte de sectores gremiales, que, quebrando lo que es la norma

que siempre tuvieron, han decretado, inclusive, huelga indefinida con un propósito político. Al iniciarse el paro –les pongo un ejemplo– algunos gremios solicitaron la salida del entonces Subsecretario de Transportes, Jaime Faivovich, quien, desde el primer momento renunció. No acepté su renuncia, sino cuando dejaron de poner como exigencia algo insólito y contra toda norma administrativa. Hoy día, tal como lo había previsto, ya hay algunos sectores que hablan de la renuncia del Presidente de la República. Yo he dicho con la calma y la profundidad necesaria, que yo no estoy aquí “de prestado”, y tengo sentido de la dignidad del cargo y de la responsabilidad que tengo frente al pueblo y a la historia de mi Patria. Limpiamente gané las elecciones, que ratificó el Congreso. He dirigido un proceso de transformaciones y de cambios que causa la admiración del mundo, más allá de lo personal de los que actuamos, porque se hace en un marco de respeto a todas las ideas, a todos los principios y a todas las doctrinas, dentro de la Constitución y de la Ley. Por eso las Fuerzas Armadas han estado y estarán con el Gobierno.

No me van a exigir que renuncie los que siempre estuvieron en contra del movimiento popular. Y si pretenden hacerlo, es porque saben que yo soy su vocero y su intérprete. No dudaría un segundo en renunciar si el pueblo, si los trabajadores, si los campesinos, los técnicos y los profesionales de Chile así me lo demandaran o me lo insinuaran, y por cierto, los partidos populares, base y sostén de este Gobierno.

Pero los problemas no son personales. La historia no se hace en base a las actitudes de algunos hombres. Yo represento y encarno a un proceso revolucionario de transformaciones que no será detenido ni con el terror, ni con la amenaza fascista.

Lamentablemente el terrorismo no ha cesado, aún después de la formación de un Gabinete cívico-militar. Ya recordé lo que significó para el Gobierno, para Chile, el asesinato del Jefe de la Casa Militar, mi estimado amigo el Comandante Arturo Araya, pero además, son siete las víctimas del terrorismo; son modestas personas, son choferes, son campesinos, son obreros que acompañaban a los

choferes en trabajo voluntario, es una modesta mujer que hacía lo mismo. Han pagado con sus vidas el cariño a nuestra Patria y eso no lo puede olvidar Chile. Tiene que demandar la sanción para los responsables.

Toda una campaña de prensa increíblemente audaz, turbia y torpe, pretende inculpar a un pobre sujeto del asesinato del Comandante Araya; a los pocos días, el Servicio de Investigaciones, cumpliendo una extraordinaria tarea, esclarece los hechos y como siempre, son de Patria y Libertad, los ligados a ese sector, el mismo grupo social que asesinara al General Schneider. Pero la prensa reaccionaria los moteja de "muchachos alocados". Se vuela el gaseoducto de "El Cristal", una campaña intensa, igual, un "comandante Sabino", el responsable. Un modesto trabajador, sin abogado, sin recursos. Cuántos y cuántos artículos para denostarlo y condenarlo, para decir que era un militante de la izquierda y a los diez días quedaron en libertad incondicional. Ahí están, incomunicados, Iñiguez y Prieto, que tienen algo que ver, como el propio Thieme lo ha reconocido. El gaseoducto de "Los Cristales" fue volado igual que el oleoducto de Valparaíso, por la misma mano, por la misma gente, por la misma irresponsabilidad, por la misma cobardía.

Ellas mismos, que a través de la insolencia del Jefe Fascista –Thieme– en una entrevista al Washington Post dijeran: "Tenemos que quemar al país para salvarlo del enemigo" y agregó, en entrevista publicada ayer en el Washington Post: "Nuestro propósito es acelerar el caos en el país y facilitar el golpe militar tan pronto sea posible". Dice Thieme que él reconoce abiertamente –en la entrevista– que a él le gustaría que se impusiera en Chile un Gobierno militar, similar al de algunos países de este continente. Cómo se quiebra la moral de un pueblo, cuando asesinos terroristas reciben el amparo de la prensa. Basta leer hoy día, editoriales de los diarios en que, melifluamente, tratan de justificar lo injustificable, con informaciones destinadas a desfigurar la verdad, negando, inclusive, lo que ha hecho Investigaciones, Servicio que merece el respeto del país y que con sus actuaciones se ha consagrado definitivamente.

Es el proceso terrorista, llevado todavía más allá de lo concebible, porque ya no

se trata de jefes políticos de cierta significación, no se trata ya de las vías férreas, de los caminos, de los puentes, de las casas; gente modesta, compañeros nuestros, cuyo único delito es tener una convicción, que nunca tuvieron un alto cargo, teniendo que resistir la vandálica acción de estas gentes. Pero hay más. Se ha desatado una campaña que yo, como Presidente de Chile y en esta oportunidad, no puedo callar. Tres bombas han sido colocadas en casas de representantes de la Embajada de Cuba. ¿Cuándo, en qué circunstancias, dónde, los sectores de la izquierda han tenido una actitud para atacar, aunque fuera materialmente, los edificios de Embajadas que no concuerdan en un pensamiento determinado? ¡Jamás! ¡Nunca lo ha hecho el pueblo, ni le hará! Como chileno me avergüenzo de esta cobardía, y lo hago público en esta solemne oportunidad.

Tengo aquí un artículo publicado en un diario, que rompe todos los moldes, porque inclusive quiere darle un carácter racista al Gobierno que me honro en presidir, incitando, con mentalidad nazi, en contra de un sector respetable de nuestra ciudadanía, que son las israelitas, vinculados a la historia de Chile e incorporados al proceso y al progreso de nuestra Patria.

Estos son los niveles en que nos estamos moviendo. Esta es la realidad que estamos enfrentando. Estos son los hechos que el país no puede desconocer y no puede olvidar. Y como parte de este proceso de desquiciamiento de Chile, está la intención aviesa, como lo dijera en oportunidades anteriores, de intentar separar a las Fuerzas Armadas del Gobierno y a las Fuerzas Armadas del pueblo. Se han cometido errores por parte de las Fuerzas Armadas en algunos allanamientos, buscando armas, pero el Gobierno sabe perfectamente bien que son disposiciones legales y sabe también que estos errores no pueden repetirse. Esta campaña se ha visto caracterizada, por ejemplo, en la explotación que se hizo del llamado a retiro del General de Aviación señor Ruiz Danyau. Para qué recordar aquí los cientos de artículos escritos en contra del ex Comandante en Jefe del Ejército, ex Ministro de Hacienda, ex Ministro del Interior y ex Vicepresidente de la República, General Carlos Prats González. El país conoce la carta del General Carlos Prats, que es una lección. También conoce mi respuesta, que es el reconocimiento a una actitud recta y de soldado profesional, porque jamás dejó el General Prats de actuar como soldado de Chile, al margen de toda posición política o partidista, incorporándose, como cualquiera de los representantes de

las Fuerzas Armadas que han sido Ministros, a una gran política: a la política al servicio de Chile, de su futuro, de su mayoría nacional, a la política de seguridad nacional. Por eso es que pienso que no es posible que esto continúe. Y como Presidente estoy dispuesto a tomar las más drásticas y serias medidas, lo cual no significa desconocer los derechos de nadie, mucho menos los de la prensa en su información y comentarios, aunque tengo la evidencia y la conciencia de que en este país, más que libertad de prensa, hay libertinaje de prensa.

Necesitarnos un Gobierno afianzado en la fuerza moral y en la decisión de hacer respetar la Constitución y la Ley, que fortalezca las funciones del Estado, ¿y qué mejor que un Gabinete en el que estén representados las Fuerzas Armadas, la Administración y los trabajadores?

Que abra un cauce más amplio y más profundo a la clase obrera y al pueblo, que una vez más ha dado una gran lección. Son cientos y miles de trabajadores los que han hecho posible que no se paralice Chile en todos los ámbitos; que han entregado con pasión de chilenos su fe en su Patria, que fortalezca las funciones del Estado. Con sacrificios increíbles, cargando, descargando, transportando, yendo de acompañante en los convoyes, yendo solos, estando en los buses. Podría señalar, por ejemplo, un servicio público al cual pocas veces se le reconoce su importancia trascendente, como es Ferrocarriles. Qué esfuerzo significa 20 o más horas han laborado trabajadores de Ferrocarriles, sin pedir mayor aumento de sueldo. Y el sacrificio de servicios públicos como Carabineros, como Investigaciones. ¿Cuántas horas trabaja Carabineros? ¿Cuántas son las noches que Investigaciones no descansa? ¿Cuántas son las horas que están los conscriptos cuidando las bombas bencineras, resguardando los terminales, impidiendo el sabotaje y el crimen? Es que este país debe entenderlo y debe darse cuenta de la solidez que hay en la concepción responsable de servicios y de hombres.

Por eso, hay que destacar, que más allá de las posiciones políticas, con un profundo sentido de clase, los trabajadores han roto distancias, y no es extraño que la declaración firmada en el Regional Santiago de la CUT, esté rubricada por

la unanimidad de la Directiva excepto por cierto Secretario General de ella –el Secretario Provincial, por cierto– y la misma declaración de la Central Única en escala nacional, también rubricada por representantes de todos los que están allí.

Para el buen funcionamiento del Estado, buscaré, sin claudicaciones, sin entreguismo, pero con decisión, con vocación de responsabilidad y patriotismo, el que se entienda en el Congreso la necesidad de que se desbloqueen algunas leyes que son esenciales para defender a Chile, para regularizar nuestra economía.

De allí, entonces, que sea indispensable también trazar como perspectiva de futuro las grandes tareas, que inciden esencialmente –en el caso concreto de los días que tenemos por delante– en las siembras de primavera. Ya he dicho, transportaremos en septiembre 100 mil toneladas de abono de salitre. ¿Cómo lo vamos a hacer? No sé, pero confío en los trabajadores, en el pueblo, en los servicios públicos. Nada que pueda movilizarse dejaremos de emplear. Porque si los transportistas, esta noche, no aceptan las condiciones que ha entregado el General Ministro de Obras Públicas, señor Magliocchetti, se quedarán ahí, en sus parques. Les retiraremos la vigilancia. Movilizaremos todos los transportes que haya en este país y llamaremos a inscribirse, para entregarles camiones, a todos los que tengan sentido de responsabilidad y patriotismo. Pero Chile va a ser capaz de atajar esto. Recurriremos a todas las reservas morales, intelectuales. A toda la capacidad de un pueblo azotado, pero con dignidad, pero vamos a entregar lo que la tierra necesita, porque necesitamos que nuestra tierra produzca los alimentos que no podemos seguir comprando, primero, porque han alcanzado precios fabulosos, además, porque no tenemos con qué pagarlos, y por último, porque no hay alimentos en el mundo que comprar.

Necesitamos una drástica política en el campo monetario. Atajar la inflación con un plan coherente. Ya hemos lanzado el plan 74, pero estos meses pesarán demasiado sobre nosotros, entre el reajuste y el desfinanciamiento del presupuesto. Tenemos que asegurar una distribución racional a través de medidas complementarias, más allá de las que ha trazado la Secretaría Nacional de

Abastecimiento, que dirige el General Bachelet. El mercado negro se ha agudizado más y más. La especulación ha aumentado más y más, como consecuencia del paro de los transportistas. Y el país debe tener conciencia de ello. Sufre más y mucho más el pueblo, que ya sufría, como consecuencia de la irresponsabilidad artera de esta gente. Tenemos que fortalecer la convicción de que solo trabajando más y produciendo más, un pueblo se defiende y progresa. Por eso, desde aquí, con pasión, llamo a mis compañeros, los trabajadores, para que comprendan que el orden social es básico y fundamental en un proceso de cambios revolucionarios. Para pedirles que no den pretexto para que digan que este Gobierno no tiene autoridad. Para que no nos arrastren a la anarquía, como quisieran algunos justificar entonces sus tenebrosas intenciones. Para pedirles a los compañeros, que se dicen revolucionarios, que entiendan que la revolución es responsabilidad, es conciencia, es voluntad de esfuerzo, es generosidad, no aprovechamiento. Para que termine la ocupación de caminos, de edificios, de oficinas públicas, de pequeños predios, de pequeñas industrias. El Programa de la Unidad Popular es muy claro y a él tenemos que atenernos, dentro del marco de una legislación obsoleta para la realidad económica y social en que vivimos y para poder realizarlo. Solo podemos descansar en un superior sentido de responsabilidad, y de conciencia política de los trabajadores en este país. Tenemos que obtenerlo. Debemos conseguirlo. La estructuración del Área Social, base y pivote para el desarrollo de la economía nuestra.

También los trabajadores deben darse cuenta que se sabotea la economía con paros ilegales o con paros innecesarios, con huelgas que no tienen una justificación. Claro está que todos entendemos, que para solucionar los problemas económicos, es fundamental la solución política y a ello nos encaminamos. Es fundamental desarmar la campaña propagandística que lanza al enfrentamiento hasta sus últimas consecuencias, es decir: la guerra civil. Yo he leído y diría con pavor, que hay gente que dice que para evitar la guerra civil, es preferible un golpe. ¿Quién? ¿Dónde? podría decir que si detiene el golpe o que comienza la guerra civil. ¡Ni golpe ni guerra civil! Ni golpe ni guerra civil habrá en este país porque la inmensa mayoría de los chilenos lo rechaza con patriotismo, con sentido nacional, por responsabilidad histórica con la tradición de que somos depositarios, que nos ha colocado como pueblo y como país frente al mundo, en posición distinta a otros pueblos, de este y otros continentes.

Debemos asegurar la coexistencia entre los distintos sectores sobre la base del respeto a la norma general que es la Ley y la Constitución. Por eso, en esta hora de angustia para la patria. En esta hora de dolor silencioso para Chile. En esta hora de dolor bullicioso, sobre todo en las noches, cuando el terror fascista, despierta a modestos ciudadanos o a gente apacible, tranquila, que lo único que quiere es descansar. Yo llamo desde aquí con calor, con pasión, con responsabilidad de chileno y Gobernante, a los chilenos auténticamente chilenos, a los auténticamente demócratas, a los que entienden lo que es la amenaza fascista y el peligro fascista, a los que no pueden posponer los intereses de la Patria por los bastardos intereses de un grupo social en minoría. Reafirmo mi fe en Chile y en el pueblo. Por eso este gabinete tiene, al igual que el anterior, la gran Responsabilidad de hacer posible que Chile marche de acuerdo a nuestra historia.

Dejarán de ser Ministro: El Almirante, señor Raúl Montero Cornejo, que desempeñaba la Cartera de Hacienda. Parece innecesario decir una palabra respecto al Almirante Montero. Desde el inicio de este Gobierno, ha sido Comandante en Jefe de la Armada. Esto, bastaría para darles el perfil de su personalidad. Sin embargo, quiero señalar como lo vi, en estas pocas horas entregarse con un profundo interés al estudio de la enmarañada situación económica y financiera del país. Quiero agradecerle públicamente la opinión que diera de los asesores del Ministerio en repetidas oportunidades.

Deja, la Cartera de Salud Pública, Arturo Jirón Vargas; amigo, colega, que seguirá trabajando junto a nosotros porque necesitamos de su preparación y de su espíritu, sobre todo ahora, cuando una injusta huelga médica golpea a miles de chilenos, sobre todo, modestos.

Yo sé que Arturo Jirón estará en la barricada de trabajo con el mismo calor de antes.

Dejará la Cartera de Vivienda, Aníbal Palma Fourcade. Pocos días antes había

trabajado cerca de mí, volverá a hacerlo; lo necesito, fundamentalmente, para tareas muy próximas al Presidente de la República.

Ingresarán al Ministerio, Carlos Briones Olivos, que fuera Ministro del Interior. Desempeñará esta Cartera. No tiene militancia política. No representa al Partido Socialista. Su designación es el ejercicio de un derecho que me otorga la Constitución Política, del cual no he renunciado, ni renunciaré.

Desempeñará la Cartera de Hacienda, el Contralmirante, señor Daniel Arellano, quien fuera antes Ministro de Obras Públicas, a fines de noviembre pasado. Su trayectoria en la Armada es de un Jefe brillante, que actualmente es Inspector General de la Armada. Lo vi trabajar como Ministro de Obras Públicas. Sé que pondrá el mismo empeño en la difícil Cartera que desempeñaba el Almirante Montero, quien, por cierto, continuará como Comandante en Jefe de la Armada.

Llega a la cartera de Minería, el General de División, Rolando González Acevedo. Igual carrera militar, en el sentido de eficacia, cargo con responsabilidad y brillo y es actualmente profesor de la Academia en la asignatura de Geodesia y fue Director de la Academia Politécnica del Instituto Geográfico Militar. Se desempeña actualmente como Comandante de Fabricaciones Militares.

En la Cartera de Salud, se desempeñará el doctor Mario Lagos, cirujano especialista, profesor auxiliar de Cirugía del Tórax; actual Secretario de la Confederación Médica Panamericana y que fuera Secretario General del Colegio Médico de Chile.

Fuente: Fundación Salvador Allende